

POR EL AUTOR DE «EL TESTAMENTO MAYA»

STEVE ALTEN

# EL LAGO



Lectulandia

¿Una inofensiva leyenda o una realidad sobrecogedora?

En las aguas del lago Ness habita uno de los misterios que más ha fascinado y, a la vez, aterrorizado al hombre durante siglos: un enigmático monstruo cuya verdadera naturaleza ha permanecido oculta hasta hoy.

El biólogo marino Zach Wallace debe resolver esta incógnita, lo que le llevará a enfrentarse a los integrantes de una sociedad secreta que protege con celo a este oscuro ser. Sin embargo, lo más duro para Wallace será revivir un estremecedor episodio de su pasado cuando, siendo solo un niño, estuvo a punto de perder la vida en las turbulentas aguas del lago.

# Lectulandia

Steve Alten

## El Lago

ePUB v1.0

Alias 17.02.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

© 2005, Steve Alten

Título original: *The Loch*

Publicado por acuerdo con el autor,  
representado por Baror International, Inc., Armonk,  
Nueva York (Estados Unidos)

© 2008, Eduardo G. Muidlo, por la traducción

© 2008, Random House Mondadori, S. A.

Primera edición: abril, 2008

ISBN: 978-84-01-33671-3

Depósito legal: B. 11.958-2008

Printed in Spain - Impreso en España

*Esta novela está dedicada a  
Ed y Tonja Davidson,  
por su apoyo, consejos y amistad...  
Y a mi abuela, Miriam Rosen;  
mis padrinos, Edie e Is Axler,  
y a Ann Roof, por animarme siempre  
a escribir «ese grande».*

# Agradecimientos

Doy las gracias con gran orgullo y reconocimiento a todos aquellos que contribuyeron a la redacción de *El lago*.

En primer lugar, a mi amigo y socio comercial Ed Davidson, cuyo apoyo y consejos me concedieron la libertad de desplegar mis alas creativas. Gracias también a Bob Bellin y al resto del personal de Tsunami Books.

Gracias de todo corazón a mi agente literario y amigo Ken Atchity; a su socia, Chi Li Wong, y a su equipo de Atchity Entertainment Internacional. A Clint Greenleaf y su equipo de Greenleaf Book Group, Allison Pickett (jefe de producción), Courtney Poremski (diseñador de maquetación) y Hilary Turner (directora editorial). Gracias también a Joel McKuIn de Colden, McKuIn & Frankel.

Mi más sincero agradecimiento al productor de Hollywood David Foster, de David Foster Productions, y a su socio Ryan Heppe, por comprar los derechos de *El lago*. Es un honor.

Reconozco con orgullo la inestimable contribución del investigador Bill McDonald ([www.AlienUFOart.com](http://www.AlienUFOart.com)) y al criptozoólogo Richard Freeman, quienes me informaron generosamente de sus teorías relativas al principal inquilino del lago Ness.

Gracias también a Calum Forrest, a los correctores Bob y Sara Schwager, a Bill Raby, a la redactora Claire Wilson (Escocia) y al artista de guiones gráficos Rikin Parekh (Inglaterra) por su colaboración. Gracias en especial a Vincent Guastini.

A mi ayudante Leisa Cotner Cobbs, por su talento y habilidad para actualizar la web [www.SteveAllen.com](http://www.SteveAllen.com), así como por todo su trabajo en el programa Adopt-An-Author; a Michelle Przystas, mi «salvadora» informática de Southeast Business Solutions, y a Eric Hollander, por su tremendo diseño de portada y maestría gráfica.

Por fin, a mi esposa y compañera, Kim, por todo su apoyo; a mis padres por estar siempre disponibles, y a mis lectores: gracias por vuestra correspondencia y contribuciones. Vuestros comentarios siempre son bienvenidos, vuestras opiniones significan mucho para mí, y siempre sois el capital más valioso para el autor.

STEVE ALTEN,  
doctor en Pedagogía  
[Meg82159@aol.com](mailto:Meg82159@aol.com)

# Nota del autor

El lago Ness alberga secretos que se remontan al año 565 y a la época de san Columba. Pero ¿es cierto que algún ser habita en sus profundidades? Después de cientos de años, miles de avistamientos y docenas de expediciones científicas, tenemos teorías, pero todavía carecemos de la respuesta definitiva.

Cuando inicié la tarea de investigar para esta novela, consideré fundamental separar la leyenda del monstruo del lago Ness del cuerpo de la ciencia real. Después de terminar la primera corrección del manuscrito, me topé con una nueva teoría de un criptozoólogo y admirador de mi serie *MEG* que había dedicado años a investigar el lago. Sus estudios, combinados con rumores referentes a un descubrimiento reciente, no solo eran verosímiles, sino que profundizaban en la identificación de la especie del famoso habitante del lago Ness. Sus pruebas también contribuían a explicar la falta de evidencias fotográficas. Convencido de que estas teorías eran sólidas y verosímiles, volví a corregir el manuscrito para incluir esta nueva información tan importante.

*El lago* sigue siendo una obra de ficción, pero la ciencia sobre la que se sustenta la historia es muy real.

Para recibir actualizaciones referentes a acontecimientos sucedidos en el lago Ness, pueden acudir a [www.TheLoch.com](http://www.TheLoch.com).

\* \* \*

La naturaleza es a menudo oscura o impenetrable, pero no falsa como el hombre.

C. G. JUNG

Las sombras andan.

Lo que es... no es.

Lo que no es... puede ser.

GAY MALIN

Era el 13 de julio, el verano de 2000. Mi marido y yo estábamos de vacaciones en Escocia, en las orillas del lago Ness. Habíamos parado para tomar una foto del lago, algo para enseñar a los amigos. Yo estaba utilizando mi pequeña Kodak, con una lente de 23 mm. La foto fue tomada cerca de Boleskin House, junto a una de las partes más profundas del lago, que se hallaba muy calmo, y no había barcas por los alrededores. Cuando vimos la foto revelada, bien..., nos quedamos muy sorprendidos.

MELISSA BAVISTER, turista

El objeto se halla sin la menor duda en la película, no es una mancha en el negativo.

ALISTAIR BOWIT,  
técnico de laboratorio fotográfico  
de Inverness



# Prólogo

*Estuario de Moray, Tierras Altas de Escocia,  
25 de septiembre de 1330*

Las profundas aguas azules del estuario de Moray chocaban con estrépito contra la mellada costa. William Calder, segundo barón de Cawdor, estaba sobre un saliente rocoso, al otro lado del punto en el que se encontraban el espumeante mar del Norte y la boca del río Ness. Miró al sur y distinguió apenas la galera española de una sola vela. El alto navío se hallaba en el puerto desde el alba, y su tripulación entregaba monedas de plata a cambio de lana y bacalao.

La hija de Calder, Helen, se reunió con él en el mirador.

—Os necesitan. Un soldado herido ha llegado a tierra. Quiere ver a un templario.

Habían depositado al joven sobre un montículo herboso. Tenía la cara pálida y sin afeitar, y los ojos gris azulado vidriosos a causa de la fiebre. Su atuendo de batalla, una cota de malla, estaba manchado de púrpura a lo largo de la parte izquierda de su estómago. Tenía una espada larga al lado, con la hoja manchada de sangre.

Un estuche, del tamaño de un melón pequeño, colgaba de su cuello sin afeitar mediante una cadena de oro.

William Calder se detuvo ante el soldado, acompañado de dos hombres más de su clan.

—¿Quién eres, muchacho?

—Necesito hablar con un templario.

—No hablarás con nadie hasta que hayas despachado conmigo. ¿En qué batalla recibiste tus heridas?

—En Tebas de Ardales.

—¿Y a las órdenes de quién luchaste?

—Sir James el Bueno.

—¿Douglas el Negro? —Calder se volvió hacia sus hombres—. Id a buscar a un físico, deprisa. Decidle que tal vez necesitemos también un barbero.

—Sí, mi señor.

Los dos hombres se marcharon corriendo.

—¿Por qué buscas a un templario, muchacho?

El soldado abrió los ojos con esfuerzo debido a la fiebre.

—Solo a un templario puedo confiar mi carga.

—Ah, ¿sí?

Calder se agachó para tomar el preciado objeto que descansaba sobre el pecho del

hombre, pero la espada del soldado se alzó al punto y besó su garganta.

—Lo siento, mi señor, pero me ordenaron que solo entregara la reliquia a un templario.

El sol ya estaba alto en el cielo veraniego cuando Thomas MacDonald llegó a la mansión de William Calder. Más vikingo que celta, el corpulento anciano tenía pelo y barba rojizos y espesos. Sobre sus anchos hombros colgaba una túnica blanca, engalanada con cuatro triángulos equiláteros escarlata, cuyas puntas se encontraban en el centro y formaban una cruz.

MacDonald entró sin llamar.

—William Calder, ¿para qué me has llamado a Morayshire?

Calder señaló al joven soldado, a quien un médico estaba vendando la herida del costado izquierdo.

—El muchacho afirma que ha luchado a las órdenes de Douglas el Negro. Dice que ha viajado desde España para encontrar a un templario.

MacDonald se acercó.

—Yo soy de la Orden, muchacho. ¿Quién eres?

—Adam Wallace. Mi padre estuvo con sir Richard Wallace de Riccarton.

Ambos hombres enarcaron las cejas.

—¿Eres pariente de sir William?

—Era mi primo hermano, y mi padre, su tío. Todavía porto la espada que William utilizaba en el combate.

Calder examinó la espada, ciento sesenta y cinco centímetros de punta a pomo.

—No veo marcas en la empuñadura que la identifiquen como perteneciente a sir William.

MacDonald asintió.

—William no le hizo marcas. Excelente espada, digna de un arcángel, pero ligera en su terrible mano. —Señaló el estuche de plata—. ¿Cómo llegó a tus manos?

—Serví a las órdenes de sir William Keith durante casi un año, desde que Bruce fue víctima de la lepra. Nuestro rey habría deseado tomar parte en las Cruzadas contra los sarracenos, pero se estaba muriendo. Pidió que el contenido de este estuche fuera enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Douglas el Negro deseaba partir al frente de la expedición, acompañado por sir William Sinclair, sir Keith y yo.

—Continúa.

—Cuando llegamos a España, el rey Alfonso XI de Castilla y León... convenció a sir James de que se uniera a su vanguardia contra Osmín, el gobernador moro de Granada. Douglas el Negro accedió, y nos pusimos en marcha el veinticinco de marzo, es decir, todos salvo sir William Keith, que había resultado herido en el brazo

y no podía luchar.

—¿Qué pasó?

—La batalla se torció. Douglas el Negro fue engañado por una aña gaza, y la caballería mora se abrió paso entre nuestras filas. Sucedió deprisa, cadáveres y sangre por todas partes. Apenas pude reaccionar. Vi que sir William Sinclair caía tras Douglas el Negro. Entonces, una espada se hundió en mi flanco y me derrumbé.

»Cuando desperté, había oscurecido. Percibí de inmediato el olor de la sangre, y el costado izquierdo me ardía. Pude ponerme en pie entre los muertos. Quería huir, pero primero tenía que encontrar el cuerpo de Douglas el Negro. A la luz de la media luna, fui buscando entre los cadáveres hasta que localice su cuerpo, custodiando el estuche de Bruce incluso en la muerte. Para entonces, el alba ya había llegado, y sir Keith con ella. Vendó mis heridas, pero temeroso de otro ataque del islam sugirió que nos separáramos. Yo debía regresar a Escocia, y después encaminarme hacia el castillo de Threave, baluarte de Archibald el Adusto, hijo de sir James. Sir Keith deseaba que regresara a las Tierras Bajas y a la abadía de Melrose con el estuche.

—Pero veo que tus planes cambiaron.

—Sí. La víspera de zarpar, sir Keith enfermó de hidropesía. Temeroso de su estado, decidí que lo mejor era que yo llevara encima el estuche, con el fin de liberarle de la tarea.

Calder se llevó a MacDonald aparte.

—¿Le crees?

—Sí.

—Pero ¿por qué busca a un templario?

—Bruce era masón, nacido en el seno de la Orden. El contenido del estuche pertenece a Escocia. Representa nada más y nada menos que nuestra libertad.

MacDonald se volvió hacia Adam.

—Estuviste acertado al venir aquí, muchacho. Lo que contiene ese estuche de plata es demasiado importante para dejarlo en cualquier abadía. Hay una cueva, a un día a pie de aquí, que solo conocen los templarios. Si el Concilio accede, llevaré allí el estuche y...

—¡No! —interrumpió Adam—. El acuerdo es entre Bruce y el clan Wallace. Guiadme y yo lo llevaré.

—No seas loco. No sabes lo que estás diciendo. La cueva en la que pienso conduce al infierno y está custodiada por los siervos del Demonio.

—No tengo miedo.

—Sí, pero lo tendrás, Adam Wallace. Y ese miedo te acompañará hasta el fin de tus días.

# Capítulo 1

## *Mar de los Sargazos, 887 millas al este de Miami Beach*

El mar de los Sargazos es una extensión de agua cálida de dos millones de millas cuadradas, a la deriva en medio del océano Atlántico. Un oasis de calma que no bordea ninguna costa, el mar esta sembrado de sargazos, unas algas gruesas que en su día engañaron a Cristóbal Colón, cuando creyó que divisaba tierra firme.

Se halla en constante movimiento dado que su emplazamiento está determinado por la Corriente Ecuatorial del Norte y la del Golfo, así como por las de las Antillas, Canarias y el Caribe. Estas fuerzas entrelazadas convierten el mar en el ojo de un gran huracán, y al mismo tiempo provocan que sus aguas giren en el sentido de las manecillas del reloj. Como resultado, todo cuanto entra en él es arrastrado poco a poco hasta su centro, como el desagüe de una ducha gigantesca, y se hunde hasta su fondo, o en el caso del petróleo, forma bolas gruesas flotantes de alquitrán. Hay mucho petróleo en los Sargazos, un problema que empeora con cada nuevo derrame, de forma que todos los seres marinos de la zona se ven afectados.

El mar de los Sargazos marca el principio y el final de mi narración, y tal vez deba ser así, pues todas las cosas que nacieron en este misterioso cuerpo de agua vuelven a la larga para morir, al menos eso he descubierto yo.

Si cada uno de nosotros tiene su propio mar de los Sargazos, el mío son las Highlands, las Tierras Altas de Escocia. Nací en el pueblo de Drumnadrochit, hace veinticinco años y siete meses, día más día menos. Mi madre, Andrea, era estadounidense, un alma plácida que llegó al Reino Unido de vacaciones, donde vivió nueve años mal casada. Mi padre, Angus Wallace, la causa de la separación, era un bruto de pelo negro como el azabache y los ojos azules penetrantes de un celta, la astucia de un escocés y el temperamento de un vikingo. Hijo único, heredé las facciones de mi padre y, por suerte, el carácter de mi madre.

Angus afirmaba que sus antepasados paternos eran descendientes del gran William Wallace, un nombre que la inmensa mayoría de no británicos desconocían hasta que Mel Gibson lo retrató en la película *Braveheart*. De niño, pedía con frecuencia a Angus una prueba de que éramos descendientes del gran William Wallace, pero se limitaba a darse unos golpecitos en el pecho y decía: «Escucha, alfeñique, algunas cosas se sienten dentro. Cuando te conviertas en un hombre de verdad, sabrás a qué me refiero».

Crecí llamando a mi padre Angus, y él me llamaba su «alfeñique»; ninguno de ambos términos era cariñoso. Nací con una leve hipotonía: mis músculos eran demasiado débiles para permitir un desarrollo normal, y tuvieron que pasar dos años

(para vergüenza de mi padre) hasta que comencé a andar. A los cinco años corría como un venado, pero como era más menudo que mis corpulentos compañeros de las Tierras Altas, siempre me pillaban. Los partidos semanales entre aldeas en el campo de rugby eran una pesadilla. Ser veloz significaba que debía cargar con la pelota, y a menudo acababa en una melé debajo de chicos que me doblaban en tamaño. Mientras yacía ensangrentado y destrozado sobre el campo, mi padre, embriagado, se paseaba por las bandas, aullando junto con el resto de sus amigos borrachos, y se preguntaba por qué los dioses le habían maldecido con aquel alfeñique de hijo.

Según la filosofía pedagógica de Angus Wallace, para educar a un niño no había nada mejor que la mano dura. La vida era dura, por lo tanto la infancia tenía que ser dura, de lo contrario la planta se pudriría antes de crecer. Así había educado a Angus su padre, y el padre de su padre antes de él. Y si la planta era un alfeñique, entonces el suelo tenía que ser dos veces duro.

Pero la línea entre la mano dura y los malos tratos suele ser borrosa debido al alcohol, y nunca temía más a Angus que cuando estaba borracho.

La última lección de mi infancia me dejó una huella imborrable.

Sucedió una semana antes de que cumpliera nueve años. Angus, bien cocido de whisky, me condujo a las proximidades del castillo de Aldourie, un castillo de trescientos años de antigüedad que se erguía sobre las aguas negras y brumosas del lago Ness.

—Presta atención, alfeñique, porque es la última vez que voy a contarte la maldición de los Wallace. Tu abuelo, Logan Wallace, murió en estas mismas aguas cuando yo tenía tu edad. Un violento vendaval se abatió sobre el valle, y su barco volcó. Todo el mundo dice que se ahogó, pero a mí no me engañan. El monstruo se lo llevó, y date por advertido, porque...

—¿El monstruo? ¿Estás hablando de Nessie? —pregunté, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Nessie? Nessie es folclore. Estoy hablando de una maldición de la naturaleza, una maldición que ha atormentado a los Wallace desde la muerte de Roberto I Bruce.

—No entiendo.

Cada vez más furioso, me arrastró hasta el borde del muelle de Aldourie.

—Mira, muchacho. Mira el fondo del Ness y dime qué ves.

Me incliné con cuidado sobre el borde, mientras mi corazón martilleaba contra el pecho huesudo.

—No veo nada, el agua es demasiado negra.

—Sí, pero si tus ojos pudieran escudriñar las profundidades, verías la guarida del dragón. El diablo merodea por ahí abajo, pero puede detectar nuestra presencia, puede oler el miedo en nuestra sangre. De día el Ness es nuestro, porque la bestia prefiere las profundidades, pero Dios nos ayude de noche, cuando sale a comer.

—Si el monstruo es real, lo atraeré con un señuelo y lo sacaré.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién eres tú? Hombres más sabios lo han intentado y fracasado, y sus esfuerzos parecieron ridículos, mientras otros, los que se ahogaron cuando se aventuraron de noche, pagaron un precio todavía más alto.

—Estás intentando asustarme. No tengo miedo de un mito.

—Así se habla. Muy bien, alfeñique, demuéstreme lo valiente que eres. Zambúllete. Ánimo, muchacho, ve a nadar para que te huela bien.

Me empujó hacia el borde; su aliento me provocó arcadas, pero me agarré a la hebilla de su cinturón.

—Justo lo que sospechaba.

Asustado, me solté y huí corriendo del muelle, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Crees que soy duro contigo, ¿eh? Bien, la vida es dura, y yo no soy nada comparado con ese monstruo. Será mejor que estés atento, porque la maldición se transmite de generación en generación, lo cual significa que estás marcado. Ese dragón merodea en la sombra de tu alma, y un día vuestros caminos se cruzarán. ¿Qué harás entonces? ¿Le plantarás cara y lucharás como un guerrero, como el valiente sir William y sus hijos, o te acobardarás y huirás, dejando que el dragón te atormente hasta el fin de tus días?

Acodado sobre la barandilla de estribor, busqué mi reflejo en la superficie vidriosa de los Sargazos.

Habían transcurrido diecisiete años desde el discurso de mi padre sobre el «dragón», diecisiete largos años desde que mi madre se había divorciado de él y nos habíamos trasladado a Nueva York. Durante ese tiempo había perdido mi acento y averiguado que mi padre tenía razón, que yo estaba atormentado por un dragón, solo que se llamaba Angus Wallace.

Llegar a un país extranjero nunca es fácil para un niño, y el bagaje físico y psicológico que cargaba desde mi infancia me convirtió en carne de cañón para los maltratadores de mi nuevo colegio. Al menos, en Drumadrochit tenía aliados como mi amigo True MacDonald, pero aquí estaba solo, un pez fuera del agua, y hubo muchos días lúgubres en los que pensé seriamente en quitarme la vida.

Y entonces, conocí al señor Tkalec.

Joe Tkalec era nuestro profesor de ciencias, un amable croata de gafas rectangulares, ingenio agudo y amor por la poesía. Al ver que el «escocés raro» siempre cobraba, el señor Tkalec me tomó bajo su protección, y me concedió privilegios especiales, como cuidar de los animales del laboratorio, pequeñas cosas que ayudaron a cultivar mi autoestima. Después del colegio, iba en bicicleta a casa del señor Tkalec, que albergaba una inmensa colección de libros.

—Zachary, la mente humana es el instrumento que determina hasta dónde llegaremos en la vida. Solo hay una forma de desarrollar la mente, y consiste en leer. Mi biblioteca es tuya, elige el libro que quieras y llévatelo a casa, pero no lo devuelvas hasta haberlo terminado.

El primer volumen que escogí era el libro más antiguo de su colección, *The Origins of an Evolutionist*, pues mis ojos se sintieron atraídos por el nombre del autor, Alfred Russel Wallace.

Nacido en 1823, Alfred Wallace fue un brillante evolucionista británico, geógrafo, antropólogo y teórico, del que solía decirse que era la mano derecha de Darwin, aunque sus ideas no siempre coincidían. En su biografía, Alfred afirmaba que era descendiente directo de William Wallace, lo cual nos convertía en parientes, y que él también había sufrido cicatrices infantiles producidas por un padre autoritario.

La posibilidad de estar emparentado con Alfred Wallace cambió al instante la idea que me había hecho de mí, y sus palabras relativas a la adaptación y la supervivencia arrojaron viento sobre mis velas desfallecidas:

... tenemos aquí una causa activa que explica el equilibrio observado tan a menudo en la naturaleza: una deficiencia en un grupo de órganos siempre queda compensada por el desarrollo superior de otros.

Mi obstinado padre, un hombre que nunca había terminado la secundaria, me había tachado de débil, y sus incesantes acosos («he de convertirte en un hombre, Zachary») forjaron una imagen de mí negativa. No obstante ahí estaba mi tío abuelo Alfred, un brillante hombre de ciencia, diciéndome que si mi físico me convertía en una persona vulnerable, podía desarrollar otros atributos para compensarlo.

Ese atributo sería mi intelecto.

Mi apetito de conocimientos se hizo voraz. Al cabo de unos meses llegué a ser el mejor estudiante de mi clase, y al final del año escolar me ofrecieron la oportunidad de saltarme un curso. El señor Tkalec me seguía proporcionando información, mientras su compañero de cuarto, un jugador de rugby semiprofesional retirado llamado Troy, me enseñó a transformar mi cuerpo en algo más formidable para mi creciente lista de opresores.

Por primera vez en mi vida, experimenté una sensación de orgullo. A instancias de Troy, me presenté como aspirante al equipo de rugby de primer año. Gracias al entrenamiento de mi protector y cierto talento para esquivar a los defensores (adquirido, sin la menor duda, en el campo de Drumnadrochit), ascendí con celeridad, y al final del segundo año era el defensa ofensivo de nuestro equipo de rugby universitario.

Nacido bajo la sombra de un neandertal, había evolucionado hasta transformarme en *Homo sapiens*, y me negaba a mirar atrás.

El señor Tkalec siguió siendo mi tutor hasta que me gradué, y me ayudó a

conseguir una beca en Princeton. Como respetaba mi intimidad, raras veces abordaba temas relacionados con mi padre, aunque en una ocasión me dijo que la historia del dragón de Angus era una metáfora de los desafíos que todos hemos de afrontar en la vida.

—Deshazte de tu ira, Zack, solo te haces daño a ti mismo.

Poco a poco se fue desvaneciendo mi desprecio por Angus, pero sin que lo supiera el señor Tkalec, ni yo, todavía quedaba una parte de mi infancia sepultada en las sombras de mi alma, algo que mi inconsciente se negaba a reconocer.

Angus lo había llamado dragón.

De ser así, el mar de los Sargazos estaba a punto de liberarlo.

La niebla de la tarde parecía eterna; el aire, sin vida; el mar de los Sargazos, tan en calma como el mar Muerto. Era mi tercer día a bordo del *Manhattanville*, un buque de investigación de casi cincuenta metros de eslora, diseñado para operaciones de buceo a grandes profundidades. La mitad delantera del barco, de cuatro cubiertas de altura, albergaba laboratorios de trabajo y alojamientos para una docena de tripulantes, seis técnicos y veinticuatro científicos. La cubierta de popa, plana y al aire libre, estaba equipada con un sistema de grúa PVS de veintiuna toneladas, capaz de lanzar y recuperar la pequeña flota de vehículos teledirigidos del barco, así como su principal elemento de exploración, el *Masset-6*, un barco diseñado específicamente para trazar perfiles batimétricos y de fondo marino.

Era a bordo del *Masset-6*, y en este espantoso mar, donde confiaba en establecer mi reputación junto a la de mi gran tío Alfred.

Nuestro viaje de tres días nos había conducido hasta el centro aproximado del mar de los Sargazos. Mientras esperábamos el ocaso, la hora de nuestra primera inmersión programada, masas de algas de un pardo dorado, mezcladas con bolas de alquitrán negro, se mecían contra nuestro barco y manchaban su reluciente casco blanco de un marrón que recordaba el tabaco masticado.

¿Me estarían esperando dragones en las profundidades? En tiempos lejanos, los viejos marineros así lo juraban. El de los Sargazos era un mar considerado traicionero, plagado de serpientes y malas hierbas asesinas capaces de rodear la quilla de un barco y arrastrarlo a las profundidades. ¿Supersticiones? Sin duda, pero como en todas las leyendas, había un fondo de verdad. El embellecimiento de los relatos de los testigos se convirtió en tradición popular en su tiempo, y el mito que rodeaba el mar de los Sargazos no fue una excepción.

El verdadero peligro reside en el tiempo inusual del mar. En la zona no sopla viento, y muchos marineros que entraron en esta agua a bordo de sus altos veleros jamás encontraron el camino de salida.

Como nuestro barco era de acero, impulsado por dos motores diesel y mi motor



de proa de cuatrocientos sesenta y cinco caballos de vapor , no tenía motivos para preocuparme.

¡Ay, cómo florecen las semillas de la altanería cuando se plantan en el suelo de la ignorancia!

Mientras las nubes del destino se amontonaban ominosamente en mi horizonte, todo cuanto percibían mis ojos azul metálico eran cielos despejados. Todavía joven a los veinticinco años, ya había obtenido un máster y una licenciatura en Princeton, así como un doctorado en la Universidad de California en San Diego, y tres de mis trabajos sobre la comunicación entre los cetáceos habían sido publicados hacía poco en *Nature* y *Science*. Me habían invitado a unirme a las juntas directivas de varios consejos oceanográficos importantes, y mientras daba clases en la Florida Atlantic University (FAU), había inventado un aparato acústico submarino, responsable de este viaje de descubrimiento en el que nos acompañaba un equipo de filmación que rodaría un documental patrocinado nada más y nada menos que por el *National Geographic Explorer*.

Según la definición de la sociedad, yo había triunfado, siempre planificaba mi trabajo, me ceñía a mis planes y mi carrera era la única vida que deseaba. ¿Era feliz? Debo admitir que mi barómetro emocional tal vez estuviera algo descentrado. Estaba llevando a la práctica mis sueños, lo cual me hacía feliz, pero siempre tenía la impresión de que una nube oscura colgaba sobre mi cabeza. Mi novia, Lisa, una «risueña» estudiante de la FAU, afirmaba que yo era un «alma inquieta», y atribuía mi comportamiento a que era demasiado introvertido.

—Relájate, Zack. Piensas demasiado, por eso tienes tantas migrañas. Relájate de vez en cuando, vive la vida en lugar de analizarla siempre. Tanto pensar con el hemisferio izquierdo es un mal rollo.

Intenté acabar con el «mal rollo», pero descubrí que me controlaba demasiado para relajarme.

Una persona cuyo hemisferio izquierdo había dejado de funcionar hacía mucho tiempo era David James Caldwell II. Como descubrí pronto, el director del departamento de oceanografía de la FAU era un listillo que había ido ascendiendo debido únicamente a su talento para promocionar los logros de su equipo. Seis años mayor que yo, con cuatro menos de universidad, David se presentaba a nuestros patrocinadores como si fuera mi mentor, y yo, su protegido.

—Caballeros, miembros de la junta, con mi ayuda, Zachary Wallace podría convertirse en el Jacques Cousteau de esta generación.

David había organizado nuestro viaje, pero mi invento lo hizo posible: un señuelo para cefalópodos, diseñado para atraer al más escurridizo depredador de los océanos, el *Architeuthis dux*, el calamar gigante.

Nuestra primera inmersión estaba programada para las nueve de aquella noche, y

aún faltaban tres horas. El sol estaba empezando a ponerse mientras yo estaba solo en la proa contemplando el inmenso mar; mi soledad fue interrumpida por David; Cody Sauls, el director del documental; el cámara y su mujer, y el técnico de sonido del equipo.

—Aquí está mi chico —anunció David—. Oye, Zack, te hemos estado buscando por todo el barco. Como todavía hay luz, Cody y yo hemos pensado que podríamos rodar material complementario. ¿Te va bien?

«¿Cody y yo? ¿Ahora era productor ejecutivo?»

El cámara, un hombre afable llamado Hank Griffeth, montó el trípode, mientras su esposa, Cindy, me colocaba el micro. Cindy llevaba un biquini de leopardo que realizaba su escote, así que me esforcé al máximo por no echarle un vistazo.

Utilizando el hemisferio derecho de mi cerebro, Lisa...

Cody no paraba de hablar, así que tuve que volver a concentrarme.

—... en cualquier caso, os haré unas preguntas a ti y a David fuera de cámara. En el estudio, nuestros montadores me doblarán con la voz de Patrick Stewart. ¿Captas?

—Me gusta Patrick Stewart. ¿Le conoceré?

—No. Bien, presta atención: los espectadores quieren saber qué mola a jóvenes Einsteins como tú y David, de modo que cuando te pregunto...

—Haz el favor de no llamarme eso.

Cody me dedicó una sonrisa de Hollywood.

—Escucha, muchacho, la humildad es fantástica, pero el doctor Caldwell y tú sois el motivo de que estemos flotando en este apestoso pantano dejado de la mano de Dios. De modo que, si digo que eres un joven Einstein, eres un joven Einstein, ¿entendido?

David, un hombre con un coeficiente intelectual setenta puntos inferior al fallecido profesor de Princeton, me dio una palmadita entre los omóplatos.

—Enróllate, muchacho.

—Estamos preparados —anunció Hank, mirando a través de su ocular de goma—. Te quedan unos quince minutos de buena luz.

—Muy bien, chicos, continuad mirando hacia el mar, con espontaneidad... y estamos rodando. Empezaremos contigo, Zack. Dinos qué te impulsó a inventar este trasto acústico.

Miré hacia el horizonte tal como me habían indicado. El sol teñía de oro mi tez bronceada.

—Bien, he dedicado la mayor parte de los dos últimos años a estudiar la ecolocación de los cetáceos. Un órgano acústico, exclusivo de delfines y ballenas, crea la ecolocación, y les facilita una visión ultrasónica de su entorno. Por ejemplo, cuando un cachalote chasquea, o ecoloca, las ondas de sonido rebotan en los objetos y envían imágenes de frecuencia auditiva de la zona que rodea a los mamíferos.

—¿Como un sonar?

—Sí, pero mucho más avanzado. Por ejemplo, cuando un delfín ecoloca a un tiburón, no solo ve su entorno, sino que puede escudriñar el estómago del tiburón para determinar si está hambriento. Es como llevar incorporado un ultrasonido. Estos chasquidos también funcionan como forma de comunicación entre otros miembros de la especie de los cetáceos, capaces de acceder al espectro de las transmisiones auditivas, y los utilizan como una especie de lenguaje.

»Mediante la utilización de micrófonos submarinos, he conseguido crear una biblioteca de chasquidos de ecolocación. Por casualidad, descubrí que ciertas grabaciones de cachalotes, tomadas durante inmersiones a gran profundidad, estimulaban a la población local de calamares a alimentarse.

—Exacto —interrumpió David—. Los calamares, seres inteligentes por derecho propio, suelen alimentarse de los restos abandonados por los cachalotes. Al utilizar la frecuencia de alimentación de estos, pudimos atraer a los calamares hacia el micrófono, creando, en esencia, un señuelo para cefalópodos.

—Asombroso —contestó Cody—, pero tíos, atraer la atención de un calamar de un metro es otra cosa. ¿Creéis que este aparato logrará atraer a un calamar gigante? Estáis hablando de un ser de las profundidades, de dieciocho metros de longitud, que nunca ha sido visto vivo.

—Siguen siendo cefalópodos —contestó David, empeñado en arrogarse el protagonismo de la entrevista—. Si bien es cierto que nunca hemos visto un espécimen vivo, sabemos por los cadáveres arrastrados hasta las costas, y por restos encontrados en los estómagos de cachalotes, que la anatomía de esos animales es similar a la de sus primos más pequeños.

—Fantástico. David, háganos de esta primera inmersión.

Me mordí la lengua, con mi ego sometido a una dura prueba.

—Nuestro señuelo para cefalópodos está sujeto al brazo retráctil del sumergible. Nuestro objetivo es descender hasta unos mil metros de profundidad, atraer a un calamar gigante hasta que salga del abismo y captarlo en película. Como el *Architeuthis* prefiere las aguas muy profundas, a las que nuestro sumergible no puede descender, esperaremos a que oscurezca para iniciar la expedición, con la esperanza de que los animales asciendan al caer la noche, siguiendo la migración nocturna de la cadena alimentaria a aguas menos profundas.

—Explica eso último. ¿Qué quiere decir migración nocturna?

—Vamos a dejar que el doctor Wallace continúe —ofreció David, retirándose antes de verse obligado a poner a prueba su hemisferio izquierdo.

Respiré hondo varias veces para calmar mis nervios.

—Los calamares gigantes habitan en una zona conocida como el reino de las aguas intermedias, por definición el espacio de vida continuo más grande de la tierra.

Mientras la fotosíntesis inicia cadenas alimentarias entre las superficiales del océano, en el reino de las aguas intermedias la fuente primordial de nutrientes procede del fitoplancton, plantas microscópicas. Los seres de las aguas intermedias viven en una oscuridad absoluta, pero en cuanto se pone el sol, suben en masa para alimentarse del fitoplancton, un acontecimiento nocturno que ha sido descrito como la migración de organismos vivos más grande del planeta.

—Estupendo, estupendo. Hank, ¿cómo estamos de luz?

—Quince minutos, más o menos.

—Vamos a adentrarnos en temas más personales. Habla de ti, Zack. El doctor Caldwell me ha dicho que eres ciudadano estadounidense, pero que naciste en Escocia.

—Sí. Me crié en las Tierras Altas de Escocia, en un pequeño pueblo llamado Drumnadrochit.

—Está en la cabecera de la bahía de Urquhart, en el lago Ness —intervino David.

—¿De veras?

—Mi madre es estadounidense —dije, mientras banderas rojas ondeaban en mi cerebro—. Mis padres se conocieron cuando ella estaba de vacaciones. Nos trasladamos a Nueva York cuando yo tenía nueve años.

David se inclinó hacia delante con una sonrisa maliciosa e imitó el acento escocés.

—El doctor Wallace no concede importancia al tiempo que compartió de pequeño con grupos de cazadores de Nessie, ¿verdad, doctor Wallace?

Dirigió a David una mirada que habría podido vaporizarle.

El director, por supuesto, le siguió la corriente.

—De modo que fue la leyenda del monstruo del lago Ness lo que alimentó su amor por la ciencia. Fascinante.

Ya la habían dejado caer, la temible letra «M». El lago Ness era sinónimo de Monstruo, y Monstruo significaba Nessie, el sueño de todo criptozoólogo, la pesadilla de todo biólogo marino. Nessie era ciencia «marginal», una industria de folclore, creada por el turismo y charlatanes como mi padre.

El hecho de relacionarlos con Nessie había destruido la carrera de muchos científicos, en especial la del doctor Denys Tucker, del Museo Británico de Historia Natural. El doctor Tucker había ocupado su puesto durante once años, y en un tiempo había sido considerado la mayor autoridad sobre anguilas..., hasta que insinuó a la prensa que estaba interesado en lanzar una investigación sobre el monstruo del lago Ness.

Poco tiempo después, fue despedido, y su carrera de científico se fue al traste.

Verme relacionado con el lago Ness en un especial de *National Geographic* podía destruir mi reputación de científico serio, pero ya era demasiado tarde. David me

había conducido hasta la cagada de perro y, como diría mi madre, yo la había «pisado». Ahora, el objetivo consistía en no irla arrastrando sobre la alfombra.

—Lo diré con claridad —proclamé, y mi voz atronadora amenazó el micro de la esposa de Hank—. Jamás fui uno de esos cazadores de Nessie.

—Ah, pero siempre has estado interesado en el lago Ness, ¿verdad? —graznó David, abundando en el tema.

Era como un estudiante de instituto salido, que se negaba a rendirse incluso después de que su ligue le dijera que no estaba por la labor. Me volví hacia él, y los rayos del sol me alcanzaron de lleno en los ojos, una equivocación fatal para alguien que padece migrañas.

—El lago Ness es un lugar único, doctor Caldwell —repliqué—, pero no todos los visitantes van en busca de monstruos. De niño conocí a muchos ecologistas serios que iban estrictamente para investigar el contenido de algas del lago, su turba o sus increíbles profundidades. Eran naturalistas, como mi gran antepasado Alfred Kussel Wallace. Pese a todas esas tonterías sobre animales acuáticos legendarios, el lago constituye una extensión de agua única por su...

—Pero la mayoría de esos grupos iban en busca de Nessie ¿verdad?

Miré en dirección al rostro juvenil de David, con su bigote casi albino, el flequillo del mismo color a lo Moe Howard<sup>[1]</sup>, pero solo conseguí ver puntos, demonios púrpura que cegaban mi visión.

«Migraña...»

Se me puso la piel de gallina al pensarlo. Sabía que debía atizarme un *Zomig* antes de que la tormenta cerebral avanzara hacia sus fases más dolorosas, pero seguí parloteando, con la desesperada intención de salvar la entrevista y, tal vez, mi carrera.

—Bien, David, no nos engañemos. Han convertido a Nessie en una industria, ¿no?

—¿Viste alguna vez el monstruo?

Tuve ganas de estrangularle delante de la cámara. Tuve ganas de rasgarle el cuello de su estúpida camisa hawaiana y estrujar su endeble garganta entre los manos, pero mi hemisferio izquierdo, testarudo como siempre, se negó a entregar el control.

—Perdone, doctor Caldwell, pero pensaba que habíamos venido a hablar de calamares gigantes.

David insistió.

—No te hagas el escurridizo, muchacho, mis preguntas tienen un objetivo concreto. ¿Viste alguna vez al monstruo?

Forcé una carcajada, y empezó a dolerme el ojo derecho.

—Escuche, doctor Caldwell, no sé usted, pero yo soy un biólogo marino. En teoría, lo de perseguir al mito hemos de dejarlo a los cazadores de misterios.

—Ah, por ahí voy yo. No hace tanto tiempo que esos calamares gigantes eran

considerados más mito que ciencia. La leyenda de la Escila en la *Odisea*, el monstruo del poema de Tennyson «El kraken». Al ser un niño que se crió muy cerca del lago Ness, debió de sentirse influido por la leyenda más grande de todas, ¿verdad?

A Cody Sauls le estaba encantando la escena, mientras la tormenta tropical David, situada en la latitud de mi ojo derecho, se iba convirtiendo en un huracán.

—... tal vez perseguir a Nessie de pequeño fue la base de tu investigación encaminada a descubrir al calamar gigante. No intento hablar por ti, pero...

—¡El culo es para cagar, doctor Caldwell, y todo lo que sigue! Nessie también es una mierda. No es nada más que una leyenda absurda embellecida para aumentar el turismo en las Tierras Altas. Yo no soy un agente de viajes, sino un científico en busca de una bestia marina real, y no de un invento escocés. Ahora, si los dos me perdonan, he de utilizar la cabeza.

Sin esperar, empujé a un lado a David y al director, y entré en la infraestructura del buque, con la intención desesperada de llegar al cuarto de baño más próximo. Los puntos púrpura habían desaparecido, pero el dolor en el ojo se estaba intensificando. La siguiente fase serían los vómitos, vómitos que resonarían en mi cerebro y resaltarían las venas. A continuación, llegarían la debilidad, el dolor y más vómitos, y por fin, si no me metía una bala en la cabeza, perdería el conocimiento misericordiosamente.

Era una desgracia, y por eso, como todos quienes padecen migrañas, intentaba evitar cosas que las provocaran: la luz directa, el exceso de cafeína y la tensión que, para mí, giraba en torno al tema tabú de mi infancia.

Ya tenía el estómago revuelto, y el dolor laceraba mi ojo, mientras pasaba corriendo ante laboratorios y camarotes. Me metí en el primer cuarto de baño que encontré, cerré la puerta, me arrodillé al lado del retrete, me introduje el dedo del sacrificio en la boca y vomité.

Los temblores intestinales liberaron mi desayuno y amenazaron con implosionar los vasos sanguíneos que conducían a mi cerebro. Continuaron hasta que mi estómago se vació por completo y minaron mi voluntad de vivir.

Me quedé inmóvil unos momentos, con la cabeza apoyada contra el frío borde del váter, infestado de bacterias.

Tal vez Lisa tenía razón. Tal vez necesitaba relajarme.

Ya había oscurecido cuando salí a cubierta, con mi largo pelo castaño enmarañado sobre la frente, los ojos azules vidriosos e inyectados en sangre. La migraña me había dejado débil y tembloroso, y habría preferido quedarme en la cama, pero era casi la hora de descender, y sabía que David se apoderaría de mi sitio en el submarino en un abrir y cerrar de ojos si esperaba un segundo más.

Una franja rojo sangre de luz revelaba lo poco que quedaba del horizonte oriental,

y el intenso calor del día estaba dando paso a una agradable brisa. Aspiré varias bocanadas de aire fresco y me encamine hacia la popa, convertida ahora en un centro de actividad. Las luces del barco estaban encendidas, y creaban así un teatro en el que cuatro técnicos y media docena de científicos concluían su examen final del *Masset-6*, el sumergible de ocho metros de longitud suspendido ahora a metro y medio de la cubierta, como un gigantesco insecto alienígena.

Capaz de explorar profundidades de hasta mil metros, el *Masset-6* era un submarino con capacidad para tres personas que consistía en una burbuja de observación acrílica transparente, montada sobre una cámara de aluminio rectangular, con paredes de doce centímetros y medio de grosor. Bajo el sumergible corría una plataforma y un patín exteriores que sostenían depósitos de flotación, mangueras, aparatos de grabación, cilindros de gas que contenían oxígeno y aire, baterías primarias y secundarias, una serie de cestas para recoger muestras, luces de arco, un brazo manipulador hidráulico y nueve propulsores de cuarenta kilos.

Me encontré con David, quien apoyado contra el submarino se estaba poniendo a toda prisa un traje de buceo dorado (mi traje de buceo). Vio que me acercaba.

—¿Dónde has estado, Zack? Nosotros, hum, pensamos que no te ibas a recuperar.

—Mala suerte. Quítate mi traje de buceo, me encuentro bien.

—Estás pálido.

—He dicho que me encuentro bien, y no gracias a ti. ¿Qué era toda esa mierda sobre el lago Ness? ¿Intentabas desacreditarme ante las cámaras de una televisión nacional?

—Claro que no. Formamos un equipo, ¿recuerdas? Pensé que era un enfoque estupendo. A *Discovery Channel* le encantan los misterios.

—Olvídalo. He trabajado demasiado para destruir mi reputación con estas chorradas. Bien, por última vez, saca tu culo esquelético de mi traje de buceo.

—Estamos preparados —anunció Ace Futrell, el coordinador de nuestra misión—. Señor Wallace, si hace el favor de distinguirnos con su presencia...

Las cámaras rodaron. David, de vuelta a su papel de sumiso mentor, me dio unas instrucciones de última hora mientras me ponía el traje de buceo.

—Recuerda, muchacho, que esta es nuestra gran oportunidad, nuestro espectáculo. Trabájate al público. Comunícate con él. Ponlos de tu lado.

—Relájate, David. No estamos rodando un anuncio.

La escotilla del *Masset-6* se hallaba bajo el compartimiento de observación de popa del sumergible, detrás del ensamblaje de baterías principal. Me arrodillé debajo del sumergible, introduje la cabeza y los hombros en la abertura y subí.

El interior del vehículo era un cruce entre la cabina de un helicóptero y una camioneta de vigilancia del FBI. La claustrofóbica cámara de aluminio estaba abarrotada de monitores de vídeo, aparatos de respiración artificial, absorbedores de

dióxido de carbono y analizadores de gases, junto con miríadas de tubos y mangueras presurizadas. En cambio, el compartimiento delantero era una burbuja acrílica de dos asientos que ofrecía vistas panorámicas del entorno del sumergible.

Ocupé el asiento que me habían asignado, el del copiloto, me puse el cinturón de seguridad e inspeccioné los controles de mi señuelo sónico, que estaba sujeto a la consola de mi derecha. Todo parecía en orden. Asomé la cabeza fuera de la burbuja y vi que un técnico examinaba el altavoz submarino del señuelo, sujeto ahora al gancho de remolque exterior del barco.

Donald Lacombe, el piloto del sumergible, se reunió conmigo en la cabina, y no perdió mucho tiempo en dejar bien claro que él era el jefe.

—Muy bien, genio, las instrucciones son como siguen: mantén pegado el culo al asiento y no tocas nada sin que te lo diga. *Capische?*

—Sí, sí, señor.

—Y a nadie le gustan los listillos. Ahora estás en mi barco, y bla bla bla bla bla...

Dejé de prestarle atención y vi que Hank Griffeth subía con movimientos torpes al compartimiento de popa. Un tripulante le dio la cámara, y después cerró la escotilla posterior.

La radio chirrió.

—Control a *Seis*, preparado para el lanzamiento.

Lacombe habló por los auriculares, como pez en el agua ahora que estaba en sus dominios.

—Recibido, *Ace*, preparado el lanzamiento.

Momentos después se activó la grúa, y el sumergible se alzó de la cubierta, seis metros al otro lado de la popa. Las luces de la quilla del *Manhattanville* se encendieron y crearon un sendero azul en la superficie oscura y cristalina, y nos hundimos en el mar.

Durante los siguientes diez minutos, varios buzos dieron vueltas alrededor del sumergible, con el fin de desprender el arnés y volver a comprobar las mangueras y los aparatos. Lacombe repasaba su lista de control con *Ace Futrell*, a bordo del buque de investigación, mientras Donald me enseñaba fotos de sus hijos.

—¿Cuándo empezaráis a tener hijos tú y esa novia tuya? Nada mejor que unos cuantos renacuajos para convertir una casa en un hogar.

«Tener hijos no representa ningún problema, alfeñique. La maldición de los Wallace se transmite cada dos generaciones.»

—¿Zack?

—¿Eh? —Sacudí la cabeza, y el dolor persistente de la migraña dispersó las palabras de mi padre—. Lo siento. Nada de niños, al menos durante un tiempo. Demasiado trabajo.

Devolví mi atención al panel de control, y me concentré en nuestro viaje.



Descender a cientos de metros en las profundidades del mar era parecido a volar. Siempre eres consciente del peligro, aunque te consuela saber que la mayoría de los aviones aterrizan sin problemas y la mayoría de los submarinos regresan a la superficie. Ya había estado en sumergibles, pero este viaje era diferente, pues su objetivo era atraer la atención de uno de los más peligrosos, aunque menos comprendidos, depredadores del mar.

Mi corazón latía emocionado, y la adrenalina expulsaba de mi cabeza las ideas relativas a los peligros.

Las órdenes de Ace Futrell llegaron por la radio.

—Control a *Seis*, permiso para inmersión. *Bon voyage*, y buena cacería.

—Recibido, Control. Hasta mañana.

Lacombe activo los controles de lastre y dejó que el agua del mar entrara en los depósitos presurizados situados bajo el sumergible. El *Masset-6* empezó a hundirse, lanzando un chorro de burbujas de aire plateadas.

El piloto examinó sus instrumentos, activó el sónar, conectó los propulsores y se volvió hacia mí.

—Eh, novato, ¿has estado alguna vez en uno de estos sumergibles?

—Dos veces, pero las misiones solo duraron dos horas. Nada comparable a esto.

—En ese caso, te lo explicaré de una manera sencilla. Las baterías y los purificadores de aire nos permiten estar abajo un máximo de dieciocho horas, pero la maniobrabilidad es lo peor que hay. La velocidad máxima es un nudo, y la profundidad máxima mil cincuenta metros. Si bajamos más, el casco quedará aplastado como una lata de cerveza. La presión abrirá tu cabeza como una uva.

Me di cuenta de que el piloto estaba intentando bajarme los humos, de modo que contraataqué.

—¿Sabes mucho de calamares gigantes? Este vehículo mide siete metros de largo. El animal al que buscamos mide más del doble de su tamaño, entre doce y quince metros, y pesa más de una tonelada. En cuanto establezcamos contacto con uno de esos monstruos, procura seguir mis instrucciones al pie de la letra.

Cuando quieres intimidar, es conveniente utilizar la palabra «Monstruo»

Lacombe se encogió de hombros, pero adiviné que estaba sopesando mis palabras.

—Noventa metros —dijo a Hank, quien ya estaba rodando—. Activando luces exteriores.

Los focos gemelos perforaron el mar negro, y lo tiñeron del azul del Mediterráneo.

Y qué espectáculo era, como estar en una gigantesca pecera en medio del mayor acuario de la tierra. Me quedé embobado durante diez minutos enteros antes de volverme hacia la cámara, en el mejor estilo de Carl Sagan.

—Estamos abandonando las aguas superficiales, y nos acercamos a lo que muchos biólogos llaman la «zona crepuscular». A medida que vayamos descendiendo, veremos cómo los seres que habitan estas zonas de aguas intermedias se han adaptado a una vida de oscuridad constante.

Lacombe señaló, decidido a no permitir que le eclipsaran.

—Parece que llega nuestro primer visitante.

Un curioso gigante que parecía de gelatina, con una cabeza vibrátil en forma de campana, pasó ante la cabina, con su cuerpo transparente de trece metros y medio iluminado por las luces artificiales.

—Eso es una carabela portuguesa —anuncié, pasando al modo conferencia—. Su cuerpo está compuesto de millones de células urticantes que cuelgan en el mar como una red cuando busca comida.

A continuación, llegaron media docena de peces parecidos a pirañas, de ojos protuberantes y colmillos aterradores. Cuando dieron la vuelta, sus cuerpos planos desprendieron reflejos azules plateados a la luz de los focos.

—Eso son peces hacha —continué—. Sus cuerpos contienen fotóforos productores de luz capaces de camuflar sus siluetas, que les permiten confundirse con el mar crepuscular. En estas aguas oscuras, es esencial ver pero no ser visto. A medida que vayamos descendiendo, encontraremos más seres que dependen únicamente de la bioluminiscencia, no solo para camuflarse, sino para atraer a sus presas.

Medusas de todos los tamaños y formas pasaban en silencio ante la cabina, y sus cuerpos transparentes se veían de un rojo intenso a la luz de los focos del sumergible.

—Piloto, ¿le importaría cerrar las luces un momento?

Me dirigió una mirada inquieta, y después apagó los focos de mala gana.

Quedamos rodeados por el silencio de la negrura más absoluta.

—Miren —susurré.

Un repentino destello apareció en la distancia, seguido por una docena más, y de pronto el mar cobró vida con un despliegue pirotécnico de bioluminiscencia, cuando un millar de bombillas azules de neón destellaron al azar en la oscuridad.

—Asombroso —murmuró Hank, que no paraba de filmar—. Es como si se comunicaran.

—Se comunican y cazan —reconocí—. La naturaleza siempre descubre una forma de adaptarse, incluso en los entornos más duros.

—Seiscientos metros —anunció el piloto.

Un pez pelícano adulto pasó junto a la cabina, y su boca casi se descoyuntó cuando engulló a un pez despistado. Teniendo en cuenta las circunstancias, no habría podido pedir un espectáculo mejor.

Pero aún faltaba lo mejor.

Cada vez hacía más frío en la cabina, de modo que me subí la cremallera del traje de buceo, demasiado orgulloso para pedir al piloto que subiera la calefacción.

Hank cambió el ángulo de la cámara, y después repasó la lista que Cody Saults le había entregado.

—Muy bien, Zack, háganos del calamar gigante. Has escrito que podría tratarse de una mutación.

—Solo es una teoría.

—Suenan bien, haznos un resumen. Espera... Concédeme un momento para volver a enfocar. Muy bien, adelante.

—En la naturaleza siempre se están produciendo mutaciones. Pueden ser provocadas por radiaciones o de manera espontánea, o a veces por el propio organismo, como una forma de adaptación a los cambios de su entorno. La mayoría de las mutaciones son neutrales, lo cual quiere decir que no obran ningún efecto en el organismo. No obstante, algunas pueden ser muy beneficiosas o perjudiciales, según el entorno y las circunstancias.

»Las mutaciones que afectan al futuro de una especie en particular son cambios hereditarios en secuencias concretas de nucleótidos. Sin estas mutaciones, la evolución, tal como la conocemos, no sería posible. Por ejemplo, los accidentes, errores y circunstancias afortunadas que causaron la evolución de los humanos desde los primates inferiores fueron todas mutaciones. Algunas mutaciones condujeron a callejones sin salida, o a la extinción de la especie. Los neandertales, por ejemplo, fueron una mutación sin salida. Otras mutaciones pueden alterar el tamaño de un gen concreto y crear una nueva especie.

»En el caso del *Architeuthis dux*, tenemos a un cefalópodo, un miembro de la familia *teuthid*, pero esta variedad en particular ha evolucionado hasta convertirse en el invertebrado más grande del planeta. ¿Es una mutación? Casi con toda seguridad. La pregunta es: ¿por qué imitaron, para empezar? Tal vez como mecanismo de defensa contra depredadores gigantescos como los cachalotes. ¿Fue una mutación exitosa o un callejón sin salida? Como sabemos poca cosa de esos seres, es imposible decirlo. En ese caso, ¿quién puede afirmar que el *Homo sapiens* será un éxito?

El piloto puso los ojos en blanco mientras escuchaba mis disquisiciones filosóficas.

—Acabamos de superar los seiscientos noventa metros. ¿No es hora ya de que actives ese aparato tuyo?

—Ah, sí.

Extendí la mano hacia la derecha y conecté el señuelo, el cual envió una serie de chasquidos vibrantes a través del mar interminable.

Me recliné en el asiento, con el corazón acelerado a causa de la emoción, a la espera de que mi «dragón» apareciera.

—Eh, Jacques Cousteau hijo, han pasado seis horas. ¿Qué ha pasado con tu pulpo gigante?

Miré al piloto desde detrás de mi ejemplar de *Popular Science*.

—No lo sé. No hay forma de saber el alcance del señuelo, o si hay un calamar en la zona.

El piloto volvió a dedicarse a su solitario.

—No es exactamente la respuesta que deseará oír *National Geographic*.

—Se trata de ciencia —repliqué—. La naturaleza trabaja a su propio ritmo. —Paseé la vista alrededor del mar oscuro—. ¿A qué profundidad nos encontramos?

—Ochocientos diez metros.

—¡Ostras, la profundidad no es suficiente! Pedí concretamente novecientos noventa metros. Los calamares gigantes prefieren el frío. Hemos de bajar más, por debajo de la termoclina<sup>[2]</sup>, de lo contrario perderemos el tiempo.

La expresión de Lacombe se ensombreció, sabiendo que le tenía cogido por las pelotas.

—Seis a Control. Ace, el chico quiere que descienda a novecientos noventa metros.

—Espera, Seis.

Un largo silencio, seguido de la respuesta esperada.

—Permiso concedido.

Media milla al sur y mil cien brazas más abajo, el monstruo permanecía inmóvil en el silencio y la oscuridad. Dieciocho metros de manto y tentáculos se hallaban contenidos en el interior de una hendidura rocosa, con un cuerpo de setecientos sesenta kilos preparado para saltar como el resorte de una ratonera.

El carnívoro escudriñaba las profundidades con sus dos ojos ámbar, cada uno tan grande como un plato de mesa. Tan inteligente como enorme, sentía todo lo que había dentro de su entorno.

El rape hembra pasó nadando lentamente frente al saliente rocoso, provisto de su propio señuelo: una espina larga terminada en un cebo bioluminoso. Sujetos a la parte inferior del pez, y oscilando como una segunda cola, se hallaban los restos de su pareja, más pequeña. En una adaptación poco usual de diformismo sexual, el rape macho había concluido su existencia introduciéndose a dentelladas en el cuerpo de la hembra, la boca fusionada con su piel, hasta que los dos torrentes sanguíneos formaron uno solo. Con el tiempo, el macho degeneró, perdió los ojos y los órganos internos, y se transformó en un parásito permanente, dependiente por completo de la

hembra para alimentarse.

La hembra, que se alimentaba por los dos, acercó más su señuelo luminoso al saliente rocoso.

*¡Zas!*

Como una goma elástica, uno de los tentáculos alimentarios de cinco metros y medio del calamar salió disparado y se apoderó del rape hembra, y perforó al estupefacto pez con una serie de ganchos que sobresalían de las hileras mortíferas de ventosas. Acercó la presa a su boca, y el pico de loro del cazador transformó de inmediato la carne aplastada en pedazos digeribles. La lengua guió a los pedazos garganta abajo, y la carne atravesó su cerebro camino del estómago.

El *Architeuthis dux* asomó su cabeza en forma de torpedo de casi cuatro metros y engulló los restos del rape de un solo bocado.

El calamar gigante todavía tenía hambre, pues durante las últimas ocho horas el señuelo sónico había, estimulado su apetito. Aunque tentado de ascender y devorar lo que percibía como restos de un cachalote, el inmenso cefalópodo no había abandonado las profundidades, pues no quería aventurarse en aguas más cálidas.

Ahora, mientras terminaba los restos de su aperitivo, detectó la tentadora presencia que se iba acercando, adentrándose en las profundidades más frías.

El hambre se impuso a la precaución. Liberó sus ocho brazos de la fisura y se levantó del fondo rocoso. Su aleta dorsal en forma de yunque le propulsó a través de las tinieblas, y sus movimientos alertaron a otras especies de la cadena alimentaria de los Sargazos de su presencia.

*Blip.*

*Blip... blip... blip...*

Donald Lacombe clavó la vista en el sonar, y dramatizó el momento en honor a la cámara.

—Es biológico, es grande, se dirige hacia nosotros. Cuatrocientos cincuenta metros y acercándose.

—¿Estamos en peligro? —pregunté, al tiempo que me sentía de lo más vulnerable.

—No lo sé, el biólogo marino eres tú. Doscientos setenta metros. Espera, está disminuyendo la velocidad. A lo mejor nos está examinando.

—No le gustan las luces brillantes —repliqué—. Cambie a luces rojas solo.

El piloto ajustó los focos exteriores y giró las lentes para colocar los filtros rojos, menos brillantes.

—Lo hemos conseguido, ahora se acerca como un demonio. Noventa metros. Sesenta. ¡Será mejor que te agarres!

Transcurrieron los segundos, y después el *Masset-6* se estremeció y rodó con

violencia a estribor, cuando la bestia invisible se aferró a nuestra batería principal.

Mi corazón martilleaba, y estuve a punto de morir del susto cuando la ventosa, ancha como el guante de un *catcher*, se deslizó por delante de nuestra burbuja protectora.

Ocho tentáculos más se unieron al baile, cada apéndice tan grueso como una manguera de bomberos, y todos se movían con independencia de su propietario, todavía invisible.

Hasta el piloto estaba impresionado.

—¡Vaya, lo has conseguido! ¿Has visto el tamaño de esos tentáculos? Debe de ser un monstruo.

—Es una hembra —expliqué—. Las hembras crecen mucho más que los machos, y no cabe duda de que ese monstruo es una hembra.

«Ah, la palabra que empieza por "M" de nuevo. De haberlo sabido...»

El piloto accionó el conmutador de palanca de su radio.

—Seis a Control, abre el champán, Ace, hemos establecido contacto.

Oímos aplausos en la sala de control.

—Estamos recibiendo la información. Felicidades, socio —interrumpió David por la radio—. Lo hemos conseguido.

—Sí, hemos —murmuré.

El sonido del aluminio al desgarrarse me sobresaltó.

—¿Qué ha...?

—Esperad.

Lacombe parecía muy preocupado, lo cual me preocupó a mí. A novecientos metros, la presión del agua es cien veces mayor que en la superficie, lo cual significa que la menor brecha en nuestro casco nos mataría en cuestión de segundos.

«¿Y si suelta una plancha? ¿Y si abre un cierre hermético?»

La idea de ahogarme provocó que oleadas de pánico removieran mi estómago.

—¡Eh!

Hank apuntó su cámara hacia uno de los monitores de vídeo. La imagen gris con mucho grano reveló un cuerpo tubular imposiblemente enorme, y el borde de un ojo obscuro tan grande como una cabeza humana. Algunos tentáculos del calamar tiraban de la tapa cerrada de una de las cestas de recogida.

—Solo quiere apoderarse del pez —afirmé, rezando para que fuera cierto. El ser arrancó la tapa de la cesta de acero como si fuera un juguete, y ochenta kilos de salmón fueron liberados al mar.

Mientras mirábamos, uno de los dos tentáculos de alimentación más grandes acorralaron con destreza a un pescado, mientras los demás volvían a cerrar la cesta de recogida, para impedir que huyeran más peces.

El piloto meneó la cabeza, asombrado.

—Esto sí que es impresionante.

—Sí —admití, procurando disimular mi preocupación—. Su cerebro es grande y complejo, con un sistema nervioso muy desarrollado.

—Control a *Seis*.

Esta vez, era la voz de la mujer encargada de la radio del barco la que sonaba perentoria.

Lacombe y yo intercambiamos una mirada.

—Aquí *Seis*, adelante Control.

—Hemos detectado algo nuevo en el sónar. Múltiples contactos, sin la menor duda biológicos, no de calamar, algo que nunca habíamos oído. Profundidad dos mil cien metros, alcance dos millas. Sea lo que sea, ha cambiado su curso y está ascendiendo en vuestra dirección. Ya lo captaréis en el sónar. El doctor Caldwell se inclina por pensar que es un banco de peces, pero nuestra recomendación oficial es que subáis de inmediato, ¿de acuerdo?

Lacombe subió el volumen del sónar para que Hank y yo pudiéramos escuchar.

*Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup...*

El piloto me miró, a la espera de un veredicto.

—Demasiado potente para ser un banco de peces —susurré, mientras mi mente se esforzaba por identificar la pauta vagamente familiar—. Casi parece una cavidad de aire anfibia.

—Debe de ser una ballena —dijo Hank.

—¿A dos mil cien metros? Ni siquiera un cachalote puede sumergirse a esa profundidad.

Enchufé mis auriculares a la consola para escuchar en la intimidad.

*Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup...*

Era un sonido muy raro, casi como una jarra de agua que estuviera derramando su contenido.

Y de repente, mi cerebro asimiló la información.

—No puedo creerlo —susurré—. Es el *Blup*.

—¿Qué coño es un *Blup*?

—No lo sabemos.

—¿Qué quiere decir que no lo sabéis? —replicó el piloto—. Acabas de llamarlo *Blup*.

—Es el nombre que le dio la Marina. Solo sabemos lo que no son. No son ballenas, debido a la extrema profundidad, y no son tiburones ni calamares gigantes, porque ninguna de ambas especies posee sacos llenos de gas para emitir esos sonidos tan fuertes.

—¿Son peligrosos? —preguntó Hank—. ¿Nos atacarán?

—No lo sé, pero lo que sí es que no quiero averiguarlo a esta profundidad.

Lacombe captó el mensaje.

—Seis a Control, nos largamos.

Agarró la palanca de mando, activó los propulsores y ajustó los planos de inclinación del sumergible.

Empezamos a ascender a paso de caracol.

—¡Mirad! —chilló Hank. El calamar gigante había abandonado la cesta de recogida y estaba rodeando la burbuja, con los tentáculos abrazando el cristal de la cabina, lo cual provocó que casi no pudiéramos ver nada—. También sabe que se acerca.

—¿Qué puede asustar a un calamar gigante? —me pregunté en voz alta, y después así los reposabrazos cuando el sumergible saltó bajo nosotros y el sonido del metal al retorcerse resonó en todo el compartimiento.

Lacombe blasfemó mientras examinaba su panel de control.

—Es tu maldito pulpo. Se está encajando bajo el brazo manipulador.

—Está asustado.

—Sí, y yo también. Ese sonido que oyes es nuestro oxígeno y los depósitos de aire que están siendo arrancados del trineo del sumergible. Si los perdemos, el *Massett-6* se convertirá en un ancla. —El piloto volvió a colocarse los auriculares, mientras aumentaba la presión de los depósitos de lastre—. *Seis a Control*, tenemos una emergencia...

Otra sacudida le interrumpió, seguida por una explosión que hizo vibrar nuestros huesos y liberó una avalancha de burbujas. Un trueno resonó en nuestros oídos cuando el mar tembló a nuestro alrededor. Luces rojas de advertencia destellaron en el panel de control de Lacombe como un adorno navideño, y el piloto, antes tan chulo, se puso muy pálido.

—Seis, hemos perdido los depósitos de lastre primario y secundario. El sistema hidráulico interno se ha desconectado. Los sistemas de propulsión están fallando...

Y entonces, queridos míos, el *Massett-6* empezó a caer.

Cayó poco a poco de cola, pero fue peor que cualquier atracción de feria a la que había subido. El metal gruñó y las planchas se estremecieron, y dio la impresión de que el pelo se me ponía tieso y crujía contra el respaldo de mi silla.

El resto de mi cuerpo se quedó paralizado.

El piloto miró en mi dirección, y su expresión confirmó nuestra sentencia de muerte.

La voz de Ace Futrell sonó en la radio y envió un destello de esperanza.

—Control a *Seis*, aguantad, tíos, estamos preparando un ROV con un cable de remolque. ¿Cuál es vuestra profundidad?

La cara sudorosa de Lacombe brillaba a la luz translúcida del panel de control.

—Mil cien metros, y bajamos quince metros cada minuto. ¡Será mejor que el



ROV llegue cuanto antes!

Me sentía impotente, como un pasajero a bordo de un avión que acababa de perder los motores, acompañado de una voz interior que se negaba a callar. «¿Qué estás haciendo ahí? Dios, no me dejes morir... Aún no, por favor. Lisa tenía razón, tendría que haber vivido un poco. Señor, sácame de aquí y te juro que...»

El sumergible rodaba y se estremecía, haciendo añicos mi arrepentimiento, y me desplomé sobre mi asiento. Mis palmas sudorosas aferraron los apoyabrazos, y mis ojos se clavaron en el medidor de profundidad, mientras me preparaba para la última implosión que nos destrozaría el cráneo.

—¡Jesús, hay algo más ahí fuera! —gritó Hank, mientras señalaba entre los tentáculos del calamar.

Me incliné hacia delante. Varias figuras largas y oscuras estaban describiendo círculos a nuestro alrededor, a la caza del calamar. Distinguí sombras de movimientos, pero antes de que pudiera enfocar mi visión, nubes de tinta envolvieron nuestra burbuja.

Los blups se habían lanzado al ataque.

Los oí por los auriculares mientras despedazaban al calamar gigante, sus siniestros gruñidos agudos, como fox terriers hambrientos devorando la carne succulenta de su presa.

Entonces, mi mente me abandonó. Demasiado asustado para razonar, cerré los ojos con fuerza, y de repente me invadió una imagen subliminal de mi infancia.

*Bajo el agua.*

*Un frío mortal.*

*La oscuridad... ¡perforada por un haz de luz celestial!*

*Ve hacia la luz... Ve hacia la luz...*

—¡La luz!

Abrí los ojos, me liberé del cinturón de seguridad y giré el interruptor del panel de la estación de control, para cambiar las luces de arco de rojas a normales.

Apareció el mar de nuevo, y vimos las mangueras hidráulicas destrozadas y el brazo manipulador del sumergible colgando de su armazón roto, junto con los restos amputados de tentáculos sin vida, que giraban en un remolino de sopa negra.

—Control a Seis. El ROV está en el agua. Aguantad, Don, vamos a buscaros.

—¿Eh? —Lacombe dejó de contemplar el espectáculo para comprobar nuestra profundidad—. Control, acabamos de superar los mil ciento cuarenta metros. Pisa el acelerador, Ace, estamos viviendo de tiempo prestado.

Yo me había puesto de pie, y tenía la vista clavada en un solitario tentáculo que todavía rodeaba el brazo de remolque del sumergible. La presa mortal del brazo

impedía que el resto del manto y la cabeza del calamar muerto marcharan a la deriva.

Distraído, vi que aquel largo apéndice muerto se desenrollaba poco a poco. Los restos del cuerpo gigantesco se liberaron y se perdieron más allá de nuestra luz.

Se lanzaron sobre él al cabo de escasos segundos, formas marrones largas que entraban y salían de las sombras como una exhalación, cada una de unos seis a nueve metros de longitud, y devoraron los restos como una manada de lobos famélicos.

Eran veloces y oscuros, y estaban demasiado lejos para que pudiera identificarlos, pero su tamaño y voracidad desmesurada intensificaron mi miedo. Estaba presenciando una horripilante exhibición de la Madre Naturaleza (puro instinto animal), y por un fugaz momento me sentí aliviado, porque moriría mucho antes de que aquellas mandíbulas feroces pudieran despedazarme.

*Craaaaaaac...*

La muerte bailó ante mí una vez más, mientras la grieta del grosor de un cabello se abría poco a poco en la burbuja acrílica. Tuve la impresión de que el miedo me engullía como un agujero negro.

Lacombe aferró la radio con desesperación.

—Ace, ¿dónde está el puñetero ROV?

—Acaba de rebasar los seiscientos setenta metros.

—¡Eso no es suficiente, Control, nuestros problemas son muy graves!

Me dejé caer de nuevo sobre la silla, pero me puse en pie al instante, incapaz de sentarme, de estar quieto. La presión de la cabina iba aumentando, y también en el interior de mi cráneo, mientras la grieta de la burbuja acrílica continuaba ensanchándose, y el indicador de profundidad señalaba en ese momento mil doscientos setenta metros.

Cerré los ojos, sin apenas respirar, y pensamientos demenciales de última hora acudieron a mi mente. Imaginé a David Caldwell leyendo mi panegírico ante mi tumba: «... en efecto, le echaremos de menos, pero como decían los Beatles, oh bla di, oh bla da, la vida sigue... bra...».

Justo cuando pensaba que las cosas no podían ir peor, la Parca me demostró que estaba equivocado. Con un silbido chirriante, se produjo un cortocircuito en las baterías del sumergible, y nos sumimos en una oscuridad repentina, asfixiante y claustrofóbica.

El pánico se apoderó de mí, y se sentó sobre mi pecho como un elefante. Jadeé en busca de aire. ¡No podía respirar!

Las luces de emergencia azules de neón se encendieron, cuando el bendito generador auxiliar se conectó.

Respiré como un asmático cuando vi que las luces azules empezaban a apagarse.

—Aguantad, aguantad, todo saldrá bien.

Lacombe estaba hiperventilando, y era evidente que no creía en su propia

mentira.

En respuesta, las paredes de aluminio de doce centímetros y medio de grosor del compartimiento de popa se combaron.

Todos nos hallábamos al borde de la muerte, pero el pobre Hank no pudo aguantar más.

—He de salir de aquí —anunció, con las extremidades temblorosas y los ojos desorbitados de miedo, y después se precipitó hacia la escotilla de escape.

Paralizado, solo pude contemplar el desarrollo del drama, cuando Donald Lacombe saltó al compartimiento posterior y derribó al cámara contra la cubierta.

—¡Chaval, ven aquí y ayúdame! ¿Chaval?

Pero yo me encontraba en otra dimensión, con los músculos petrificados, la mente hipnotizada, porque desde el otro lado del parabrisas agrietado de la cabina me estaban mirando un par de ojos redondos, siniestros, opacos..., fríos y desalmados, los ojos perezosos de la muerte..., míticos, surgidos de una pesadilla, ojos que se grababan en la mente de un hombre y le atormentaban hasta el final de sus días..., tan definitivos como un ataúd bajado a la sepultura y tan insensibles como los gusanos que se alimentan de la carne.

Era la muerte quien me miraba, la que estrujaba mi cerebro, la muerte misma..., y chillé como nunca había chillado, un aullido estremecedor que frenó el delirio de Hank Griffeth y provocó que Donald Lacombe volviera dando tumbos a su asiento.

«El dragón puede sentir tu miedo, Zachary, puede olerlo en tu sangre.»

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Jadeé en busca de aire para formar palabras, pero el ser había desaparecido, y en su lugar apareció una luz roja parpadeante, cada vez más cercana.

Lacombe señaló, nervioso.

—¡Es el ROV!

El vehículo dirigido a distancia en forma de minitorpedo se dirigía hacia el radiofaro de socorro instalado en nuestro gancho de remolque. Al cabo de unos segundos, sujetaron el extremo del cable de remolque, que se tensó al instante.

Nuestro sumergible gimió y giró, y después dejó de hundirse.

Cerré los ojos y continué hiperventilando, todavía demasiado asustado.

—Control, estamos sujetos, pero la presión ha agrietado la burbuja. ¡Súbenos, Ace, y deprisa!

—Recibido, Don. Aguantad.

Lágrimas de alivio brotaron de los ojos de mis dos compañeros cuando el tullido *Massett-6* empezó a subir. En cuanto a mí, no podía apartar la vista del profundímetro mientras temblaba, y contaba los segundos y los metros al tiempo que íbamos ascendiendo.

Mil doscientos sesenta metros... Mil doscientos cuarenta y cinco... Mil doscientos

treinta...

Horrorizado, vi que las grietas de la burbuja acrílica continuaban extendiéndose, empeñadas en completar la fractura.

Mil ciento cuarenta metros... Mil ciento diez... Mil ochenta...

El hemisferio izquierdo tomó el control de mi mente, y calculó al instante nuestra velocidad de ascenso en relación con el avance de las grietas y la menor presión del agua que se apretujaba contra el cristal.

«No vamos bien, el cristal no aguantará... ¡Hemos de subir más deprisa!»

Una tubería estalló sobre mi cabeza y empapó de agua helada mi espalda. Salté de mi asiento y atacé la válvula de cierre como un poseso.

—¡Más deprisa, Control, se está rompiendo!

Novecientos cuarenta y cinco metros... Novecientos treinta... Novecientos quince...

Una vez cerrada la fisura de la tubería, me aovillé y dejé que Hank me sustituyera delante.

Ochocientos cuarenta metros... Ochocientos diez... Setecientos ochenta...

Las primeras gotas de agua marina aparecieron en las grietas de la burbuja.

—Vamos, nena —canturreó Lacombe—, aguanta..., un poquito más.

Quinientos cuarenta metros... Quinientos diez... Cuatrocientos ochenta...

Daba la impresión de que ahora íbamos más deprisa, el mar color caoba nos envolvía en tonos grisáceos, y las cortinas del amanecer se filtraban hasta las profundidades.

El piloto y el cámara rieron y se dieron palmaditas en la espalda.

Yo seguía hiperventilando, preparando mis pulmones para el asalto del mar, al tiempo que rezaba para que no llegara.

—Gracias, Jesús, gracias —susurró Hank, mientras se persignaba con una mano y se secaba su rostro encarnado, cubierto de sudor y lágrimas, con la otra—. Alabemos a Dios, nos hemos salvado.

—Te dije que lo conseguiríamos —dijo Donald, que había recuperado su chulería con la luz.

—Mis hijos... Qué ganas tengo de abrazarlos otra vez.

¿De qué estaban hablando? ¿No se daban cuenta de que la profundidad era todavía excesiva, de que seguíamos en peligro?

—Eh, Zack, pásame la cámara, hemos de documentar nuestro regreso triunfal.

Recogí el pesado aparato como un zombi y lo entregué a Hank, sin saber muy bien por qué estábamos vivos todavía.

«¿Lo ves? No eres un genio, puedes equivocarte. Anímate. Como diría Lisa, disfruta del viaje.»

Trescientos sesenta metros...

Trescientos metros...

Doscientos cuarenta metros...

La voz de David tronó en la radio.

—¿Sigue con nosotros, doctor Wallace?

Hank giró su cámara, pero yo aparté el objetivo.

—¿Doctor Wallace? ¿Hola? Diga algo, para que sepamos que sigue con vida.

—Que te den por el culo.

Ciento ochenta metros... Ciento cincuenta y seis metros... Ciento treinta y dos metros...

El mar viró de un púrpura intenso a un azul marino, mientras dejábamos atrás las más insondables profundidades en las que se había aventurado un ser humano de una sola tacada.

El segundo punto más profundo, solo unos pocos metros más arriba, había provocado la muerte.

Ciento diez metros...

«Bien... Sigamos adelante, el peso del agua disminuye a cada metro, las grietas se propagan con mayor lentitud ahora.»

Noventa y tres metros.

Me sequé las lágrimas, y una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Hank me dio una palmada en la espalda y reí. Tal vez íbamos a conseguirlo.

—Control a *Seis*, los buzos están en el agua, a la espera. Bienvenidos, equipo.

Lacombe guiñó el ojo a Hank.

—Eh, Control, esperad a ver lo que hemos filmado.

La vida es frágil. En un momento dado estás vivo, y al siguiente un camión te pasa por encima y todo ha terminado, sin previo aviso, sin palabras ni pensamientos finales, todo desaparecido.

A setenta metros, la burbuja estalló hacia dentro y el mar de los Sargazos invadió nuestro refugio como un tren de mercancías, y nos cegó con su furia asfixiante.

Vi que el rostro del piloto estallaba como un tomate maduro cuando fragmentos de cristal acrílico acribillaron su cuerpo como una ráfaga de ametralladora. Distinguí a Hank con el rabillo del ojo, y después el océano Atlántico me levantó de mi asiento y me lanzó contra la pared de atrás. Solo el repentino cambio de presión me mantuvo consciente, y estrujó mi cráneo en su tornillo de banco. Sepultado bajo la avalancha aulladora, manoteé ciegamente en la oscuridad, los músculos como de plomo... Mi mente reconoció la escotilla posterior, al tiempo que ordenaba a mis brazos agotados que giraran la rueda.

Sentí que el cable de apoyo del buque de superficie se partía bajo el peso del mar. Mis manos se aferraron con desesperación a la escotilla, mientras el sumergible liberado caía de nuevo hacia el abismo.

La repentina pérdida de presión destrozó mis tímpanos.

Y entonces, como por milagro, la escotilla se abrió.

«Mis hijos... Qué ganas tengo de abrazarlos otra vez.»

¡Hank!

El hemisferio cerebral izquierdo me pidió a gritos que saliera, pues mis probabilidades de alcanzar la superficie ya eran inferiores al diez por ciento, pero era el hemisferio derecho el que había tomado el control, y de repente me había dotado de la valentía de sir William Wallace.

Tanteé en busca de Hank. Le agarré justo por el cuello de la camisa, y después saque su cuerpo inerte de setenta y ocho kilos por la escotilla y lo entregué al abrazo cálido del mar de los Sargazos.

Habían transcurrido unos laboriosos veinticinco segundos, y yo estaba intentando izar a un hombre inconsciente a través de setenta y cuatro metros de agua.

*Ve hacia la luz...*

Pataleé y chapoteé, me obligué a adoptar una cadencia para no desperdiciar en exceso aquellas preciosas moléculas de aire.

«Nunca lo lograrás, con Hank no. Deshazte de él, o los dos os ahogaréis.»

Pero no me deshice de él, no porque quisiera ser un héroe, no porque creyera a pies juntillas que lo iba a lograr, sino porque, en aquel momento, sabía en el fondo de mi corazón que su vida era más importante que la mía.

Experimenté la sensación de que mis pulmones ardían, y el único sonido que oía era el de los latidos de mi corazón.

¿Estaba avanzando, siquiera unos metros? Sentía las piernas como si fueran de plomo... ¿Continuaban pataleando?

Escenas de mi adolescencia desfilaron ante mis ojos. Mi voz interior se encargó de retransmitir la jugada: «Esta debería ser la última jugada, Princeton pierde por cuatro tantos. El mariscal de campo lanza para Wallace. Este elude un placaje, luego otro, y se dirige hacia la luz del día.»

*La luz... tan preciada. Ve hacia la luz.*

«Está cruzando el centro del campo... Ha llegado a los doce metros...»

*Ve... hacia... la... luz...*

«Wallace ha llegado a los nueve... a los seis...»

*La luuuuu...*

«Ha llegado a los tres, y solo ha de burlar a un defensor...»

Las sombras se cerraron sobre mi visión periférica. Vi la mano oscura de la muerte extendida hacia mí..., hacia Hank.

«¡Oh, no! Han placado a Wallace en la línea de gol, cuando el tiempo está a punto de finalizar.»

Sin aire, sin fuerzas, sin ritmo cardíaco, sin fuerza de voluntad, salí de mi cuerpo y me ahogué.

Otra vez.

Es difícil combatir a un enemigo que tiene puestos de avanzada en tu cabeza.

SALLY KEMPTON



## Capítulo 2

*Flotar.*

*Solo flotar hacia la luz...*

*Mmm. Es tan relajante, cuando todo el dolor, la tensión y los temores de la vida se desvanecen por fin. En el vacío de la existencia, el alma flota..., flota con el río sedoso del paraíso.*

*Alegría, alegría, alegría, la vida es solo un sueño...*

*¿Mi vida fue un sueño?*

*Más bien una tormenta refrenada, cuya furia necesitaba desencadenarse desde hacía mucho tiempo.*

*Podríamos seguir el rastro de mis vientos de desesperación hasta el lago Ness y mi noveno cumpleaños, el día en que me ahogué por primera vez. Exacto, ya había muerto una vez, tan muerto como el pomo de una puerta..., hasta que mi salvador había llegado en la forma del mejor amigo de mi padre, Alban MacDonald, el único hombre al que conocí capaz de espantar a la propia muerte. Desde el momento en que me resucitaron, mi mente había albergado un secreto oscuro, que había reprimido para protegerme. Siempre estaba presente, seguía mi existencia como una sombra, pero si mi mente infantil había creado esta falsa realidad, ¿cómo podía saber que todo era mentira?*

*Diecisiete años después, todo estaba a punto de salir a la luz.*

Jamás llegué a sentir las descargas eléctricas administradas por el médico; solo el fragor que resonaba en mis oídos y estrangulaba mis nervios con un dolor insoportable, que me dio la bienvenida al mundo de los vivos. Todas las células de mi cuerpo ardían como asaeteadas, cada vez que respiraba era una tortura, y tenía la sensación de que mi pecho se había hundido sobre mis órganos internos. Como un pez expulsado del agua, padecí convulsiones sobre la cubierta helada del *Manhattanville*, vomité agua de mar, solo y enloquecido mientras el médico se ocupaba de mí.

Inyectó una solución transparente en mis venas temblorosas, y una vez más me recliné en la oscuridad.

Columba tuvo que cruzar el río Ness. Vio en la orilla a un pobre individuo al que estaban dando sepultura los demás habitantes, los cuales le informaron de que, mientras estaba nadando poco rato antes, la víctima había sido atacada y mordida salvajemente por una bestia marina. Cuando san Columba se enteró de esto, ordenó a uno de sus acompañantes que atravesara a nado el río y le trajera una barca amarrada en la otra orilla. Al oír la orden de aquel hombre santo y memorable, Lugne mocu-Min obedeció sin más dilación, se quitó la ropa, a excepción de la túnica, y se zambulló en el agua. Pero el monstruo, cuyo apetito no había sido tanto saciado como acicateado por la presa anterior, acechaba en las profundidades. Al notar que Lugne agitaba las aguas de la superficie mientras nadaba, emergió de repente, y con la boca abierta y un gran rugido se precipitó hacia el hombre que nadaba en medio del Ness. Mientras todos los presentes, bárbaros y hermanos por igual, se quedaban paralizados de horror, san Columba alzó la mano e hizo la señal de la cruz en el aire, y después, invocó el nombre de Dios y ordenó a la bestia: «No seguirás adelante. No toques a ese hombre. Da media vuelta al punto». Al oír la orden, la bestia, como si tiraran de ella con unas cuerdas, se zambulló a toda prisa en las aguas del lago Ness. Los bárbaros paganos, sobrecogidos por la magnitud del milagro, adoraron al Dios de los cristianos.

De la biografía de san Columba  
escrita por san Adamnan,  
abad de Iona, 565 d.C.

## Capítulo 3

*St. Mary's Hospital,  
West Palm Beach, Florida*

Dolor y confusión me recibieron aquella primera mañana después de escapar por segunda vez de morir ahogado. El lugar en el que me encontraba era luminoso, y me obligué a abrir los ojos, pero enseguida me revolví presa del pánico cuando descubrí que no podía moverme.

Transcurrieron varios segundos aterradores, hasta que descubrí que me hallaba en una habitación de hospital. Tenía tubos clavados en las venas, y mis muñecas y mis tobillos estaban sujetos a los costados de la cama.

El cambio operado en los signos vitales debió de alertar a las enfermeras. Entró una mujer jamaicana, cuyo dialecto recordaba a una canción de cuna.

—Así que ha decidido despertarse. Estaba segura de que le habíamos perdido, por el amor de Dios.

Intenté hablar, pero algo obstaculizaba mi garganta seca.

—Procure no moverse, señor Wallace. Tiene lesiones graves en el esternón y dos costillas rotas, todo ello debido a la reanimación cardiorrespiratoria. Consiguió salvar al otro hombre, ¿sabe?

¿Hank? ¿Se refería a Hank?

—No sé su nombre, pero está a dos puertas de distancia. Supongo que eso le convierte en un héroe.

Intenté hablar. Frustrado, señalé el tubo como mejor pude con las manos sujetas.

La enfermera desabrochó las correas de cuero.

—No se mueva, el doctor vendrá enseguida y le quitará el tubo dentro de unos minutos. Su novia está fuera. Una criatura muy bonita. ¿Quiere que entre?

Lisa, mi ángel de misericordia. Asentí enérgicamente, con el corazón rebosante de alegría.

Había conocido a Lisa Belaski durante mi primer año en la FAU, una estudiante que quería licenciarse en biología. Yo era el profesor no numerario más joven de la universidad. De día, fingíamos no conocernos, mientras yo la deslumbraba a ella y a setenta y cinco estudiantes más delante del atril. De noche, nos íbamos a la cama juntos, sus piernas largas y bronceadas alrededor de mi cintura, sus ojos verde avellana vidriosos a causa del enamoramiento y la lujuria.

Lisa no tardó mucho en empezar a hablar de matrimonio, de que su hermandad quería dedicarle una ceremonia con velas encendidas o alguna otra chorrada en cuanto se anunciara nuestro compromiso, que quería fundar una familia en cuanto se licenciara y vivir en una urbanización de acceso controlado con buenas escuelas. Yo

le dije que una familia me parecía bien, siempre que estuviera dispuesta a ocuparse de los niños mientras yo trabajaba.

Presionado, me declaré por fin el día de Acción de Gracias, pero me negué a fijar una fecha hasta que regresara del viaje.

Ahora había vuelto, y la cercanía de la muerte me había proporcionado una perspectiva nueva sobre lo que era importante de verdad. Ardía en deseos de abrazar a Lisa, de decirle cuánto la necesitaba. Dejaría a un lado mi carrera, colaboraría en los planes de la boda. Aceptaría el puesto fijo que me ofrecía la universidad, porque así podríamos quedarnos en el sur de Florida. Joder, hasta empezaría a elegir nombres para los niños. «Veamos... ¿Que te parece Drew Wallace? ¿O Michael? Mike Wallace...» No, sonaba demasiado a cualquier programa estilo *60 minutos*.

—Dios, Zack, tienes un aspecto espantoso.

Ese no era el saludo lloroso que yo había esperado.

—Dicen que salvaste al cámara. También dicen que te ahogaste. ¿Sabías que estuviste técnicamente muerto? Debe de ser raro, ¿eh? Pero ahora te encuentras mejor, ¿verdad?

¿Mejor que muerto? De acuerdo, ella no era el pez más despierto del mar, pero era mi pez.

Apreté su mano.

—Risa, te quieso.

Ella me devolvió el apretón, y después retiró la mano.

—Quizá no deberías hablar con esa cosa en la boca. De hecho, será mejor que escuches. Mientras estabas fuera, he estado pensando en serio y...

*Ummm...*

—Ya comprendo que no es el mejor momento para ti, pero mañana me voy aprovechando las vacaciones de invierno, y antes de marcharme quería decirte que... Bien, creo que deberíamos aplazar la boda. Indefinidamente.

—¿Eh?

¿Estaba rompiendo conmigo ahora? ¡Ahora! ¿No existía una especie de moratoria compasiva después de que tu novio regresaba de la muerte?

—¿Por qué, Risa?

—Afronta la verdad, Zack, tú no me necesitas; de hecho, no necesitas a nadie, y yo... Soy alguien que necesita sentirse necesitada.

—¡Yo también, Risa!

Como me sentía ridículo, intenté arrancarme el maldito tubo.

—Sé sincero, nunca te volvió loco la idea del compromiso. Tienes tu carrera, y bien sabe Dios que nada puede interponerse en su camino.

—Risa, cambiaré.

—... y además, detestas salir con mis amigos. La verdad, aparte del sexo, me

pregunto si alguna vez lo has pasado bien conmigo.

—Risa...

Entonces, interrumpió el contacto visual, y hasta un analfabeto emocional como yo supo lo que venía a continuación.

—La verdad es que he conocido a alguien durante tu ausencia.

¿Durante mi ausencia? ¡Había estado fuera cuatro días! Ni que fuera Ernest Shackleton<sup>[3]</sup> perdido en la Antártida.

—...es divertido y me hace reír. Tú le conoces, va a nuestra clase de biología.

«¡Dime su nombre! Dímelo, y suspenderé a ese hijoputa.»

—De todos modos, lo siento, pero tal como yo lo veo, si ahora tengo dudas, lo mejor es dejarlo. Te devuelvo la llave de tu apartamento. Ah, hum, vendí el anillo de compromiso. Sé que es una putada, pero Drew y yo necesitábamos el dinero para ir a Cancún de vacaciones.

«¿Drew? ¡Pero si íbamos a llamar Drew al primogénito!»

—Te enviaré un cheque o algo así el próximo semestre, te lo prometo.

Dejó la llave sobre la mesita de noche, se inclinó para besarme en la frente, dijo «que te mejores», se bebió el zumo de naranja de la bandeja de mi desayuno y se marchó.

David Caldwell vino a verme más tarde, su turno de «subirme los ánimos». Me dijo que Hank se estaba recuperando, que nuestro piloto no sobrevivió, que habían recuperado el sumergible pero no habían encontrado el cuerpo.

La idea de aquellos seres devorando los restos de Donald Lacombe me provocó arcadas.

David no tardó mucho rato en soltar su siguiente «bomba de racimo».

—Pese a tu heroicidad, Zack, todo ha sido cancelado. La muerte del piloto, combinada con la pérdida de un sumergible de doce millones de dólares... Jesús, es un desastre de cojones. Mientras tú estabas aquí durmiendo, he tenido que afrontar un lío de la hostia. Además, hemos perdido la película del calamar gigante que Hank rodó...

—Olvídate de los calamares gigantes, David, ahí abajo hay algo todavía más fascinante... ¡Blups!

—¿Blups?

—¿Nunca lees revistas científicas? En el 97, la marina descubrió esas misteriosas señales biológicas a una gran profundidad, a las que llamaron Blups. Las captó el SOSUS.

—¿SOSUS?

—Venga ya, el Sound Underwater Surveillance System. Los micrófonos que

utilizaba la marina para detectar submarinos soviéticos durante la guerra fría.

—Ah, ese SOSUS... Vale.

—Son animales, David. Depredadores grandes y repulsivos, que aún no han sido descubiertos, solo que acuden en tropel como..., como pirañas. Nos atacaron en los Sargazos. ¡Perseguían a nuestro calamar gigante!

—Zack...

—Esto es algo muy grande, David, una especie desconocida. Has de organizar otra expedición y...

—No me estás escuchando, Zack. Se acabó. No más expediciones. No más subvenciones.

—¿De qué estás hablando?

—La familia del piloto ha contratado a un abogado de los buenos, un tal Mike Rempe, de West Palm. Para que luego hablen de pirañas. El tipo ya ha presentado una demanda de homicidio por imprudencia contra ti y la FAU. La universidad considera que eres invendible, tío. Veneno.

—¿Una demanda? Pero si fue un accidente.

—Resérvalo para la declaración. De todos modos, el decano y yo consideramos que lo mejor es cortar todo tipo de lazos contigo, al menos de momento.

Yo no daba crédito a mis oídos.

—¿La FAU me echa la culpa? ¿Qué les dijiste, David?

—Pues que abriste la escotilla de escape.

—¡Claro, imbécil, para escapar!

—Y al hacerlo, tal vez aplicaste excesiva tensión al cable de arrastre.

—Hijo de puta... ¡Les dijiste que inundé el submarino!

—No... Yo... O sea, será mejor que consigas un abogado.

—¡Ni de coña, David, ni de coña! No voy a hacer de cabeza de turco por ti ni por la FAU, ya puedes olvidarlo. La burbuja del sumergible se agrietó, y eso fue lo que mató al piloto.

—Eh, yo solo soy el mensajero, y el mensaje es que toda relación tuya con la universidad ha terminado. Es una cuestión de prestigio, nada personal.

—Sí, pues que te den por el culo, no es nada personal.

Estuve a punto de estrangularte con una de mis intravenosas.

El hospital me dio el alta al cabo de dos días, solo después de que firmara un papel en el que accedía a concertar cita con un psiquiatra. Por lo visto, mis médicos temían que me deprimiera.

Tenían razón al estar preocupados.

Fui en taxi a mi apartamento del campus, un beneficio adicional del contrato de la FAU. Haciendo gala de una eficacia poco usual en él, David había atacado de nuevo,

y ordenado a los responsables de las viviendas de la universidad que empaquetaran mis posesiones en cajas de cartón. Ante la mirada vigilante de un agente de seguridad (¿qué iba a hacer, robar mis propias pertenencias?), lo tiré todo en la parte trasera de mi jeep. Después, como no tenía adónde ir, me dirigí a casa de mi madre, en Bal Harbour.

Tras regresar a Estados Unidos con su hijo de nueve años, la ex señora de Angus Wallace se había esforzado durante varios años por ganarse la vida trabajando de agente de viajes, antes de conocer a su futuro marido, el señor Charlie Mason, de Long Island, Nueva York. Charlie era escritor, y dedicaba sus días a escribir columnas para revistas de culebrones, y las noches a parir guiones. Su éxito llegó seis meses después de casarse con mi madre, cuando un amigo de ella animó a un importante agente de Hollywood a leer uno de sus guiones, una comedia sobre un hombre que intenta asesinar a su pareja homosexual, con la que está legalmente casado, para cobrar un billete de lotería. La venta se elevó a seis cifras y la película triunfó en taquilla, y de repente Charie y su nueva esposa ascendieron de posición en el mundo.

Mi padrastro me caía bien. Era un hombre delgado de pelo ralo, quince años mayor que mi madre, pero la quería mucho y la trataba con respeto, lo único que a mí me importaba.

El hecho de que fuera rico nunca me molestó en lo más mínimo, aunque jamás le pedí a Charlie ni un centavo. Como la FAU me pagaba el alojamiento y las comidas, pude ahorrar lo suficiente con el paso de los años para la entrada de una casa.

Tras perder el empleo, iba a necesitar esos ahorros para sobrevivir.

Bal Harbour Island es un complejo turístico playero situado al norte del condado de Miami-Dade, refugio favorito de ricos y famosos. Está compuesto de casas unifamiliares acurrucadas en urbanizaciones ajardinadas de acceso controlado, así como edificios de apartamentos que se alzan en blancas playas privadas y costas azul celeste. Centros comerciales y restaurantes de lujo corren hacia el norte y el sur por sus arterias principales, y hay yates amarrados en su canal de aguas profundas.

Mamá y Charlie habían ido a pasar la semana en Manhattan. Habíamos hablado brevemente por teléfono, yo le había asegurado que me encontraba bien, y que solo me interesaba descansar y relajarme. Le dije que no se preocupara, que pronto nos veríamos.

Su apartamento de cuatro habitaciones se encontraba en un décimo piso, de cara al mar. Ya era tarde cuando me instalé, de modo que me di una ducha rápida, me puse mis pantalones cortos favoritos y me acosté en una de las habitaciones de invitados. Dejé la puerta del balcón abierta, para que la brisa salada y el retumbar del océano me condujeran a un sueño profundo.

*Está oscuro.*  
*Está oscuro y yo estoy en el mar. Aguas profundas, heladas.*  
*Estoy en el lago.*  
*¡Me estoy ahogando!*  
*¡Sube a la superficie! Trago agua, escupo, intento mantenerme a flote.*  
*Mi bote de remos volcado se hunde bajo mi cuerpo.*  
*Salmones por todas partes, saltan e intentan morderme.*  
*¡Estoy nadando en medio de un banco de peces!*  
*Miro a mi alrededor. Busco tierra, pero hay niebla por todas partes, y el sol se ha puesto. ¿En qué dirección está mi casa?*  
*Conserva la calma, Zachary, no te dejes arrastrar por el pánico...*  
*Mantente a flote y espera... Espera a que se alce la niebla.*  
*¡Socorro! ¿Alguien puede oírme?*  
*Los músculos cada vez más pesados, estoy muy cansado, entumecido.*  
*Una corriente poderosa gira a mi alrededor... ¿Hay algo ahí abajo?*  
*Estoy asustado.*  
*¡Socorro! ¡Socorro! Ayyyyyyyy...*  
*¡Trago agua! ¡Me hundo! ¡Me estoy hundiendo! ¡Algo me ha aferrado el tobillo! Un dolor agudo... ¿Qué es? ¿Qué me ha cogido? ¿Es el bote de remos? ¿Me he enredado con el cabo de proa?*  
*Pánico... Me remuevo... Me retuerzo... Lucho por respirar...*

—¡Ay! ¡Ayyy!

Salí catapultado de la cama, todavía medio dormido, emití un aullido estremecedor y salí corriendo ciegamente de la habitación... ¡por donde no debía! Atravesé las cortinas, me planté en el balcón, y la velocidad provocó que saltara por encima de la barandilla.

Las manos que en otro tiempo habían asido pelotas de rugby en el aire se lanzaron hacia arriba por última y desesperada vez, y la izquierda se estrelló contra el reborde de cemento del balcón, mientras la derecha conseguía aferrar la mampara de la barandilla de aluminio que separaba los dos paneles de plástico del balcón.

—¡Uf!

Durante un momento surrealista me quedé suspendido a cuarenta metros sobre la acera. Los dedos de mi mano derecha se cerraron sobre su presa, mientras mi mente, sosegada por el rumor apagado del mar, pugnaba por convencer a mi cerebro de que estaba despierto y me separaba de morir el aleteo de una mariposa, solo que esta vez no quedaría nada de mí susceptible de ser resucitado.

«¡Haz algo, Wallace, muévete!»



Levanté las piernas con sumo cuidado, los dedos de los pies desnudos tantearon el áspero cemento de la parte inferior del balcón. Mi tobillo derecho encontró apoyo cerca de la parte exterior de la barandilla, de forma que pude agarrarme con la mano izquierda e izarme por encima de la mampara agrietada. Mi cuerpo temblaba cuando mis pies tocaron las baldosas tibias, y mi pecho dolorido se alzó y bajó mientras miraba desde el décimo piso y pensaba con incredulidad en lo que habría podido suceder.

—Eh, hijo, ¿te encuentras bien?

—¿No es el chico de Andrea Mason?

—¿El chaval de los diarios? No sabía que estaba como una cabra.

Los vecinos habían salido al balcón, vestidos con pantalones cortos, batas y camisones, y hablaban de mí como si fuera un suicida chiflado.

Indiqué que se largaran con un ademán, volví a entrar en el apartamento y cerré con doble llave la puerta de cristal.

Estaba despierto por completo y atestado de adrenalina, pero la habitación en penumbra parecía plagada de demonios. Noté que empezaba a perder el control, así que salí disparado del dormitorio y fui encendiendo todas las luces que encontré a mi paso, hasta que llegué al armario de bebidas de Charlie. Lo abrí, agarré la primera botella abierta que encontré y di dos largos tragos, y después arrojé la maldita botella de jerez para cocinar al suelo de mármol y vomité.

La vida de los animales salvajes es una lucha por la existencia. Se necesita todo el esfuerzo de sus facultades y energías para conservar la existencia y mantener a sus crías. La posibilidad de proporcionar comida durante las estaciones menos favorables, y de escapar de sus enemigos más peligrosos, son las condiciones principales que determinan la existencia de los individuos y de toda la especie. Estas condiciones también determinan la población de una especie, y gracias a una minuciosa consideración de todas las circunstancias se nos permite comprender, y hasta cierto punto explicar, lo que a primera vista parece inexplicable: la excesiva abundancia de algunas especies, mientras otras estrechamente relacionadas con ellas son muy escasas.

ALFRED RUSSEL WALLACE,  
*Sobre la tendencia de ciertas  
variedades a desviarse indefinidamente  
del tipo original, 1858*

Hay al menos diez mil avistamientos constatados en el lago Ness, pero solo el treinta por ciento están documentados.

ROY MACKALL,  
criptozoólogo

# Capítulo 4

## *South Beach*

Desperté a la mañana siguiente en el sofá del apartamento. Los horrores de la noche ya no eran más que un recuerdo vago. Me arrastré hasta las cortinas, las descorrí y vi el cielo azul, una reluciente extensión de playa blanca y un mar azul celeste.

Nirvana.

Me duché y afeité, tomé un desayuno rápido, y después me encaminé a la playa con mis pantalones cortos y las gafas de sol, dispuesto a gozar de un descanso muy merecido y del sol.

El edificio de apartamentos tenía sillas reservadas en la playa. Me acomodé en una tumbona, provisto de un puñado de toallas, y escudriñé la costa.

Tumbada boca abajo cerca del agua había una veinteañera. Mis ojos tomaron nota del cabello castaño largo hasta los hombros y de un tanga que se hundía hasta tal punto en la grieta que separaba sus nalgas, que era casi invisible. Llevaba desabrochado el top del bikini, que apenas podía cobijar sus rotundos pechos, para que no se le marcaran las rayas.

«Dios, me encanta South Beach...»

Acerqué mi silla a unos tres metros, espiándola desde detrás de mis gafas de sol tintadas. Esperé a que girara la cabeza y dije:

—Bonito día.

No hubo respuesta.

«Te vas a llevar un chasco como sir Alfred, memo.»

Me lo tomé con calma, me acerque más, flexionando mis músculos con cada movimiento.

—Me llamo Zack —dije, y me arrodillé cerca de su cuerpo serrano—. ¿Y tú?

—No me interesa.

—Vale. Lo siento. Es que salí con un montón de deportistas cuando jugaba al rugby en la universidad, así que tengo debilidad por las mujeres que están físicamente en forma.

Ella levantó la vista.

—Leesa Gehman.

—Hola, Lisa.

—Lisa no, Leesa.

—No serás..., hum, estudiante, ¿verdad?

—Ya no. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Mi ex novia era estudiante.

—O sea, que lo estás haciendo por despecho. Buena suerte.

Volvió a bajar la cabeza, pero levantó la vista una vez más.

—Espera. ¿Has dicho que te llamas Zack, como Zachary Wallace?

—Me declaro culpable.

—He leído sobre ti en los periódicos. Te ahogaste mientras salvabas a un tío, ¿no?

«¡Y Wallace atrapa la pelota en la zona de anotación y consigue un touchdown!»

En South Beach, la fama es la llave que abre todos los cinturones de castidad. Durante los siguientes veinte minutos, averigüé que Leesa era de Allentown, Pennsylvania, que había trabajado con un arquitecto en Miami, y que daba clases de aeróbic a tiempo parcial. Me contó a qué colegios había ido, el nombre de su hermano, sus libros favoritos, el significado de los símbolos chinos tatuados en su tobillo izquierdo y dónde quería ir a cenar aquella noche.

En cualquier momento, esperaba que empezáramos a hablar de sus nombres de bebé favoritos.

—Zack, ¿te gusta en el agua?

—Soy biólogo marino. Siempre he trabajado en el mar y...

—No, Zack, me refería al sexo. —Se quitó el top, se levantó y tomó mi mano—. Nunca lo he hecho con un muerto. Vamos.

«Dios, me encanta South Beach...»

Tomados de la mano, nos metimos en el agua, y pensar en lo que me esperaba bombeó sangre en dirección a mi ya espabilada entrepierna.

Corrimos entre las olas, chapoteando, mi corazón acelerado... y el pecho me dolió de repente, puntos púrpura aparecieron ante mis ojos. La sangre abandonó mi cara cuando el agua nos llegaba ya a las caderas.

«Ahora no...»

Noté un hormigueo en la piel, y después la sensación de que ardía, como si un millar de medusas me estuvieran picando.

Solté la mano de Leesa y volví dando tumbos hacia la orilla, mientras el mundo daba vueltas en mi cabeza. Me derrumbe de rodillas sobre la arena mojada y luché por recuperar el aliento.

Leesa me miró perpleja.

—¡Vamos, el agua está perfecta!

Intenté contestar, pero fui incapaz de hablar, porque no podía parar de hiperventilar. Mi cuerpo se cubrió de un sudor frío, y seguía sin ver bien.

Esto no era una migraña, era otra cosa...

Tenía miedo.

Leesa se acercó más, mientras se desabrochaba el sujetador.

—Zachary. ¡Zach... ar... y!

La zorra sonrió al levantar su bikini y movió las dos piezas.

—Venga, héroe, estoy salida.

Los puntos se desvanecieron, el dolor y el sudor remitieron misericordiosamente. Me levanté, avergonzado, y me sequé el sudor de la cara.

—Lo siento.

—¿Qué ha pasado?

—Una bajada de azúcar, diría yo. —Respiré hondo unas cuantas veces más. Mis extremidades seguían temblando—. Vale, voy corriendo.

—Espero que todavía no.

Asió mi mano y me condujo de vuelta al agua.

Di dos zancadas, y de repente una imagen subliminal destelló en mi mente y me cegó.

*Agua oscura. Niebla espesa. Salmones por todas partes. Pánico. Una presencia... ¡Da vueltas por debajo! Dolor en el tobillo izquierdo. Arrastrado al fondo... ¡No puedo respirar!*

—No puedo... respirar.

—¿Zack?

—¡No puedo respirar!

Presa del pánico, di media vuelta y huí, sin soltar la mano de Leesa, hasta que la solté para vomitar en la playa.

***Consulta del doctor Douglas G. Baydo,  
Coral Springs, Florida***

—Nunca había sentido nada semejante. Ha de ayudarme, doctor. ¡Soy biólogo marino, no puedo tener miedo del agua!

El psiquiatra era un hombre de gran tamaño, tal vez ex jugador de rugby, un defensa atacante. Una placa colgada en la pared proclamaba que había estado en la fuerza aérea.

—¿Y solo ha experimentado esta hidrofobia desde el incidente del mar de los Sargazos?

—Sí.

—Zachary, las fobias se crean en el inconsciente. Puede que, a la larga, desaparezca, o tal vez tenga que aprender a vivir con ella.

—¿Vivir con ella? ¡Ni hablar! No puedo vivir con la sensación de no poder acercarme al mar. ¿Cómo voy a trabajar ?

—Tal vez tenga que dedicarse a otra profesión.

Paseaba de un lado a otro de su despacho como un demente.

—No sabe lo que dice. Me he pasado la vida dando el callo para llegar a donde estoy, y no pienso renunciar a mi carrera.

—Cálmese y siéntese. Dígame algo más acerca de esos sueños.

—Son pesadillas, pero mucho más intensas, y siempre una versión del mismo sueño. Estoy sumergido cuando oigo esos sonidos, los mismos gruñidos que oí en los Sargazos. Es como si susurraran en el interior de mi cerebro, y entonces sé que voy a morir.

—¿Y luego despierta chillando?

—Despierto, y tengo los ojos abiertos de par en par, pero no puedo hablar ni moverme. Es como si una parte de mí continuara atrapada en la pesadilla. Pero lo peor, doctor, lo peor es que siento esa horrible presencia en la habitación, conmigo. La siento. Oigo los ecos de sus susurros todavía en mi cabeza. Me hormiguea la piel, y mi miedo... es tan intenso que debo salir de donde estoy.

El doctor Baydo tomó unas cuantas notas, y después continuó.

—¿Había experimentado ya episodios semejantes?

—No. Al menos que yo recuerde.

—Pero ¿no está seguro?

—Bien, cuando era más joven padecí una época de sonambulismo. Llegó al punto de que mi abuela tuvo que instalar un cerrojo en la puerta de la calle.

—¿Su abuela?

—La madre de mi madre. Nos fuimos a vivir con ella después de que mis padres se divorciaran.

—Entiendo. Por curiosidad, ¿qué hace para divertirse?

—¿Divertirme? No lo sé. ¿Por qué?

—Parece muy tenso.

—Anoche estuve a punto de saltar al vacío, y después hice el ridículo delante de una chica por la que habría dado el brazo derecho. ¿No le pondría tenso eso a usted?

—Intuyo algo más profundo. Hablemos un poco más de su infancia. ¿Dice que nunca se llevó bien con su padre?

—Dije que disfrutaba haciéndome la puñeta. Escuche, ya sé que a ustedes les va el rollo freudiano, pero ¿hemos de hablar de mi infancia? Lo que pasó en los Sargazos no tiene nada que ver con mi padre. Eso ocurrió hace diecisiete años. Soy una persona por completo diferente.

—Quizá, pero todo el mundo lleva sus traumas de una manera diferente. Algunas personas reprimen o bloquean recuerdos dolorosos de la infancia, que nos afectan de manera inconsciente durante nuestros años adultos. La experiencia cercana a la muerte que vivió en el mar de los Sargazos tal vez provocó que esos recuerdos infantiles afloraran a la superficie.

—¿Qué debo hacer?

—Hablar de su pasado puede contribuir a la solución de los conflictos. ¿Todavía siente odio hacia su padre?

—¿Odio? Odio no. Algo más parecido a la decepción. Angus no ejercía mucho de padre. Nunca me dejaba en paz..., nunca. Siempre acosando, siempre burlándose. Cuando estaba borracho, me acojonaba. Y siempre con sus malditos jueguecitos psicológicos. Recuerdo un día, a los seis años, cuando mi madre me compró un cubo de Rubik. Estuve batallando con aquella maldita cosa todo el día y toda la noche, hasta que lo dominé. Recuerdo que fui corriendo a ver a mi padre, en busca de su aprobación, ya sabe. Pensé que se quedaría impresionado, que tal vez me daría una palmadita en la cabeza. Pero Angus el tocapelotas no hizo nada por el estilo. Primero me acusó de engañarle, y después me desafió a un duelo con el cubo de Rubik. Pensé que esa vez le iba a ganar. Bien, me apliqué a la tarea como un demonio y ordené las piezas de colores en menos de diecisiete minutos, un récord personal. Ante mi asombro, Angus tardó solo cuatro minutos en terminar, me hizo polvo. Durante las siguientes semanas me reprendió por ello, consiguió que me sintiera inferior, hasta que al final descubrí como lo había hecho el borrachuzo hijo de puta.

—¿Como lo consiguió?

—Hizo trampa, por supuesto. No movió ni un solo bloque, se limitó a despegar las pegatinas y volver a colocarlas en orden.

El doctor Baydo sonrió.

—¿Lo considera divertido?

—Ha de admitir que fue ingenioso.

—Pruebe a tenerlo de padre.

—Su comportamiento no tiene excusa, pero intentemos mirar las cosas desde la perspectiva de Angus. Tenemos a un hombre que nunca acabó la secundaria, que intenta ponerse a la altura de su precoz hijo de seis años, un genio en ciernes.

—Él nunca lo vio así. Yo solo era su alfeñique. Y ser inteligente no justifica su constante ebriedad, ni que engañara a mi madre.

—¿Cometió adulterio?

—Siempre que podía. Vivir el momento, afrontar las consecuencias después; ese era mi padre.

—¿Le sorprendió in fraganti?

—Varias veces, incluida...

Me interrumpí, al darme cuenta de que iba a recaer en el viejo vicio.

—Continúe.

—Olvídelo.

El psiquiatra esperó a que continuara

—Fue el día de mi noveno cumpleaños. Angus me regaló una caña de pescar nueva, pero después descubrí que la había ganado en una partida de dardos. Bien, dijo que me reuniera con él en el lago, y prometió que saldríamos a navegar en nuestro bote de reinos después de tomarse un café. Así que esperé. Pasó una hora y estaba oscureciendo, de modo que dejé la barca y fui a buscarle.

»Había un camping cerca. Oí ruidos procedentes de una tienda. Cuando me acerqué, oí que alguien gemía en el interior, de modo que miré entre las solapas de la tienda.

—¿Estaba con otra mujer?

—Una chica, la morenita de la cafetería, y no tenía ni un día más de dieciséis años. Estaba encima de él, desnuda por completo, saltando arriba y abajo como una de esas muñecas cabezonas. Me daba la espalda, pero vi a Angus tendido en el suelo, con una sonrisa estúpida en la cara, borracho como una cuba.

—¿Qué hizo usted?

—Me volví loco. Ya era bastante malo que se olvidara de mi cumpleaños, pero ¿engañar otra vez a mi madre? Tiré de los postes y la tienda se vino abajo, pero los dos se limitaron a reír y siguieron con lo suyo. Me fui. No paré hasta llegar al lago y me puse a pescar solo.

—¿Fue esa noche cuando estuvo a punto de ahogarse?

—Me ahogué.

—¿Qué paso? ¿Cuál fue la causa de que el bote volcara?

—Fue un árbol. El fondo del lago está cubierto de ellos. Dentro de los troncos se forman gases comprimidos. Cuando la presión supera a la de la profundidad, salen disparados hacia la superficie como misiles. No recuerdo gran cosa, salvo que la proa volcó de repente y me encontré en el agua. Cuando el tronco volvió a hundirse, me



arrastró con él.

—No lo entiendo.

—El tronco del árbol estaba envuelto en alambre de espino. El alambre se enganchó con mi tobillo izquierdo y casi me arrancó el pie. Solo Dios sabe a qué profundidad me arrastró antes de que consiguiera liberarme.

—Debió de ser espantoso. Es sorprendente que el amigo de su padre consiguiera salvarle.

—Tuve suerte, el viejo MacDonald debía de estar cerca. El tipo más aterrador que se le ocurra imaginar. Los chicos de Drumnadrochit le llamaban el Cascarrabias. Incluso su hijo True, mi mejor amigo, le tenía miedo. De todos modos, estuve bajo el agua mucho rato y me desmayé. Lo que debió de salvarme fue la temperatura del agua del lago. Es tan solo de cinco grados, casi helada. En un agua tan fría, los músculos se convierten en plomo, y todas las constantes vitales adoptan la velocidad del caracol.

—Zachary, la gente no puede huir de experiencias traumáticas como la de usted. Sí, pueden bloquearse durante un tiempo, pero los recuerdos perduran en el inconsciente... y también los efectos. Es evidente que Angus era el culpable, pero toda esa ira que usted almacena dentro dirigida hacia su padre tampoco es sana. Y no olvide que quien sufre no es él, sino usted.

—Eso me han dicho, pero da igual. Nunca pediré perdón, y yo nunca le perdonaré.

—¿Y si...?

—¡Y una mierda! No he venido para que se encargue de reconciliarnos, sino por culpa de esas malditas pesadillas.

El psiquiatra cerró su libreta.

—Que conste que no son pesadillas. Lo que usted está experimentando se clasifica como terrores nocturnos, un trastorno del sueño común entre individuos que padecen estrés postraumático. Es la forma en que su mente afronta lo sucedido. En una ocasión traté a un grupo de pacientes que lograron salir de las Torres Gemelas antes de que se derrumbaran. Muchos de ellos experimentaban esos intensos sueños de muerte. Si bien las pesadillas pueden darse en cualquier momento del Movimiento Ocular Rápido, la fase del sueño durante la que suceden los sueños más intensos, los terrores nocturnos solo aparecen en la fase cuarta del sueño, la más profunda y en la cual cuesta más despertar a alguien. Los pacientes se levantan como impulsados por un resorte de la cama, chillando, paralizados de miedo, con una taquicardia de ciento setenta latidos por minuto. Incluso después de despertarse, muchos pacientes continúan en un estado de confusión durante veinte minutos o más.

—Sí, he experimentado todo eso.

—Espero que nuestras sesiones le sean de ayuda, pero debo advertirle que

podrían prolongarse durante años.

—¿Años? Y hasta entonces, ¿qué?

—Hasta entonces, se hará lo que se pueda. —El psiquiatra introdujo la mano en el cajón del escritorio y sacó un talonario de recetas—. Voy a prescribirle un antidepresivo. Tómelo una vez al día antes de acostarse. En cuanto a los terrores nocturnos y su repentino miedo al agua, a veces la mejor terapia es plantar cara a sus causas.

—¿Y cómo se hace?

—Eso es cosa de usted.

Salí de la consulta, convencido de que la única manera de salvar mi carrera y «acabar con la maldición de los Wallace» era regresar al mar de los Sargazos y «plantar cara a mi dragón». Eso significaba resolver el misterio de los Blups, tarea nada fácil, incluso si me encontrara mejor anímicamente. Regresar a los Sargazos significaba recaudar dinero para otra expedición. David me había abandonado, y pocas compañías querrían arriesgar hombres y maquinaria después de mi reciente desastre en el mar.

Aun así, debía intentarlo.

Mi madre y Charlie volvían a casa aquella tarde. Charlie no solo tenía dinero, sino contactos con diversas cadenas. Tal vez su compañía productora fuera mi patrocinadora...

—¡Ni hablar! —Mi madre paseaba de un lado a otro de la sala, enfurecida por el hecho de que hubiera osado sacar el tema a colación—. Estuviste a punto de morir, Zachary, ¿y ahora quieres volver?

Mi padrastro se estremeció.

—Cálmate, Andrea...

—¡Charlie Mason, si le prestas ni que sea un centavo a Zachary para esta expedición, hemos terminado!

Salió como una tromba y cerró la puerta con estrépito para subrayar sus palabras.

—Lo siento, Charlie, no quería meterte en líos.

El bueno de Charlie se encogió de hombros.

—Como decía Will Rogers<sup>[4]</sup>, hay dos teorías para discutir con una mujer, y ninguna de las dos funciona. Tu madre solo está preocupada por ti. Deja que la trabaje un poco.

Pero chillidos aterradores en plena noche no era precisamente lo que mi madre o

Charlie habían pensado cuando me invitaron a alojarme en su casa. Después de la tercera noche consecutiva de escucharlos, mi madre amenazó con enviarme a un manicomio, por lo cual decidí que lo mejor era hospedarme en un motel.

Los siguientes meses pasaron como una exhalación. Solicité empleo en todas las universidades con departamento de ciencias marinas, pero la guerra de Irak, combinada con los ingentes recortes de presupuesto impuestos por el gobierno federal, habían provocado déficit que estaban arruinando a los estados y obligando a las universidades a recortes de empleo y programas. Mientras esperaba alguna oferta, pasé de un trabajo a otro, pinté casas, diseñé jardines, permití que mi mente se convirtiera en papilla. Los antidepresivos me daban náuseas, pero obraban escaso efecto en mis terrores nocturnos. Pronto descubrí algo más eficaz: el alcohol.

Estar borracho evitaba que me adentrara en las fases más profundas del sueño, las fases donde acechaban los terrores nocturnos. Entre conservar la cordura y conservar el hígado, elegí la cordura.

Nunca había bebido mucho en la universidad, pero mi tolerancia aumentó enseguida con mi «terapia», y el uso no tardó en transformarse en abuso. Dedicaba los días a dormir la resaca, y las noches a copas caras y mujeres baratas, y ambas abundaban en South Beach, mi nuevo refugio favorito.

Cuidado, todo el mundo, desde mi ex novia a mi loquero, me habían aconsejado que me relajara. Y eso hacía: seguir su consejo. Y nada mejor para relajarse que South Beach por la noche.

Llegaba a los clubes a las diez y me marchaba después de amanecer. A veces, volvía a la habitación de mi motel; otras, despertaba en lugares desconocidos, donde no recordaba haber entrado. Salía con personas cuyos nombres no retenía, y me acostaba con mujeres a quienes no podía importarles menos.

Ni a mí.

Tras haber sido un hombre disciplinado y ambicioso desde siempre, me convertí muy pronto en un barco sin timón. Dejé de hacer ejercicio. Abandoné mi trabajo y viví de mis ahorros, que se esfumaron tan deprisa como las mujeres de mi vida. Como ya no estaba interesado en el futuro, dedicaba el tiempo al presente.

Me convertí en un vampiro social, un borracho atormentado por sus fracasos.

Me convertí en mi padre.

Fue un jueves de mayo por la tarde, cinco meses después del incidente de los Sargazos, cuando el destino llamó de nuevo. Estaba tumbado sobre un montón de toallas mojadas, en el suelo del cuarto de baño de una habitación de motel, cuando mi cerebro registró una llamada a la puerta.

La sobriedad me recibió con síntomas de migraña. Me apoyé en el lavabo para levantarme, expulsé las toxinas de la noche anterior en la taza del váter (¿existe peor

hedor que el de tacos remojados con Jack Daniel's?), y después me arrastré hacia la puerta.

Los golpes despertaron a mi acompañante de la noche anterior, una rubia teñida y tetuda cuyo nombre no se había quedado grabado en mi memoria. Bajó de la cama, totalmente desnuda, quitó la cadena de la puerta, y los dos nos encontramos ante un desconocido.

—¿Zachary Wallace? Me llamo Max Rael. Encantado de conocerle.

Era un hombre alto cercano a la treintena, inglés, de pelo rubio rojizo, corto y tieso, con los ojos verdes realzados con eyeliner negro. Aunque la temperatura era de unos treinta grados, vestía una pesada trinchera y pantalones negros, que le daban un aspecto gótico.

En cualquier otra ciudad le habrían mirado con curiosidad, pero estábamos en South Beach.

—¿Qué quiere? Ya he pagado la semana.

—No se preocupe, amigo, no soy del hotel. De hecho, trabajo para su padre. — Pasó junto a la rubia, y después arrugó la nariz—. Esta habitación huele a cochambre. Pague a la nena y vístase. Hemos de hablar.

Una hora después, me encontré frente al inglés en el banco de un parque, oculto tras unas gafas de sol.

—Si no le molesta que se lo diga, tiene aspecto de haber salido malparado de un cirio.

—¿Un cirio?

—Una pelea. ¿Con quién se pelea? ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Mujeres? ¿O todo junto?

—Dragones. Dígame qué desea, señor Rael. ¿Ha dicho que trabaja para mí padre?

—Soy su abogado. Su padre ha sido detenido por asesinato.

—¿Asesinato? —Se me pasó la resaca de golpe—. ¿Lo hizo?

—No, pero es complicado. Hay testigos.

—¿Qué pasó? ¿A quién le acusan de haber asesinado?

—A John Cialino Jr. ¿Reconoce el nombre?

—Cialino... Espere, ¿no hay en Inglaterra una gran empresa de bienes raíces...?

—Ciliano Ventures. Una de las más grandes de Europa. Angus estaba haciendo negocios con Johnny C. En persona.

—Eso es absurdo. ¿Qué querría un hombre tan rico como John Cialino de mi padre?

—La empresa está construyendo un complejo turístico y balneario en la orilla noroeste del lago Ness, al sur de la bahía de Urquhart. Angus era el propietario de las tierras...

—Caramba... ¿Mi padre posee tierras en el lago Ness?

—Heredada de sus antepasados paternos.

—Es curioso que nunca se mencionaran en el acuerdo de divorcio con mi madre.

—La tierra no podía utilizarse para usos comerciales, hasta una reciente recalificación. En cualquier caso, Angus vendió la tierra a Johnny C., pero el día de marras, los dos se enzarzaron en una violenta discusión en una loma que domina el lago Ness. Los testigos vieron a su padre clavar un puñetazo a Cialino, que cayó al lago Ness. Aún están buscando el cadáver, pero debido a la profundidad y las bajas temperaturas... Bien, el lago es famoso porque no devuelve a sus muertos.

—Parece más un accidente que un asesinato.

—Como ya he dicho, es complicado. Corren rumores de que Angus y la mujer de Johnny C. se lo montaban.

Ya estaba. En cuanto Max habló de la relación, supe que mi padre era culpable.

—Debía de estar borracho —dije, olvidando mi caída en desgracia—. Parece que al final la cagó, cosa que no me sorprende. En cualquier caso, le deseo suerte. Espero que sea mejor abogado que peluquero.

—No he venido de mensajero, Zachary. He venido a Miami para llevarle a Escocia. Angus le necesita, necesita su apoyo emocional.

Solté una carcajada, pero el repentino movimiento envió una oleada de dolor a mi cerebro.

—¿Apoyo emocional? ¿Desde cuándo necesita Angus Wallace el apoyo emocional de alguien? ¿Dónde estuvo mi apoyo emocional? Joder, ese tipo ni siquiera me ha enviado una tarjeta de felicitación por mi cumpleaños desde hace diecisiete. Creo que unos cuantos años en la cárcel no le irán mal. Tal vez la próxima vez lo piense mejor antes de follarse a la mujer de otro.

Max me dirigió una mirada severa.

—Si Angus es declarado culpable de asesinato en primer grado, se enfrentará a la pena de muerte.

—¿La pena de muerte? Creía que Europa había abolido la pena capital.

—Inglaterra ha cambiado de opinión sin decir nada después de la última oleada de atentados terroristas. No se llame a engaño, los Cialino son una familia poderosa y con buenos contactos. El asesinato se ha convertido en nuestro equivalente del juicio de O. J. Simpson. Ha salido en todos los periódicos, en todas las cadenas de televisión. Si Angus es declarado culpable, le colgarán.

Me recliné en el asiento y contemplé a la gente que paseaba por la playa, algo desorientado.

—Max, no he hablado con mi padre desde que tenía nueve años. No creo que desee mi compañía después de tanto tiempo.

—Tal vez piense que es su última oportunidad de reconciliarse.

—¿Conmigo? Es evidente que no conoce a mi padre. Es un embustero y un tramposo, y eso en sus mejores momentos. Nunca le ha importado nadie más que él mismo.

Max me dio una fuerte palmada en la cabeza.

—Ya basta de negativismo. Al fin y al cabo, ese hombre es nuestro padre.

Apreté los puños, hasta que asimilé las palabras del inglés.

—Exacto, hermanito. Angus también es mi padre. Dejó preñada a mi madre tres años antes de abandonarla y casarse con la tuya. Quizá me hizo un favor, viendo cómo has acabado. Pero la gente cambia cuando se hace mayor, y yo opino que merece una segunda oportunidad. Es evidente que Angus nos la jugó a los dos, pero se ha enmendado conmigo, y ahora te busca a ti. Bien, tú eliges. ¿Estarás a su lado en esta hora de necesidad, o prefieres llevarte tu ira a la tumba?

Dos horas después, Max y yo subíamos a un avión de la Continental Airlines con destino a Inverness.

Estaba sentado en una roca sobre Abriachan, contemplando el agua, cuando vi lo que me pareció un tronco atravesando el lago. En lugar de ir hacia el río como yo esperaba, cobró vida de repente y se dirigió a gran velocidad, retorciéndose y agitándose, hacia el castillo de Urquhart.

D. MACKENZIE,  
vecino de Balnain, 1872

Viajaba con bastante frecuencia en el vapor correo de Abriachan a Inverness. Durante las primeras horas de la madrugada, justo antes del alba, solía ver a un animal extraño y enorme, similar a una salamandra, retozando en la superficie.

ALEXANDER MACDONALD,  
vecino de Abriachan, 1889

## Capítulo 5

### *Sobre el océano Atlántico, a bordo del vuelo 8226 de Continental Airlines*

Era un vuelo de ocho horas hasta el aeropuerto de Gatwick, donde tendríamos que tomar otro avión a Escocia. No llegaríamos a Inverness hasta las siete de la mañana, hora local.

Ya estaba agotado, pero decidido a permanecer despierto, temeroso de dormir y de las posibilidades de experimentar terrores nocturnos a bordo del avión. Con la creciente amenaza terrorista, que ponía nerviosos a la mayoría de los viajeros occidentales, sabía que un chillido estremecedor a doce mil metros de altitud podía dar como resultado que entre todos los pasajeros me propinaran una paliza.

Con Max roncando a mi lado, permanecí despierto, y la sobriedad me obligó a pensar. Evité todo pensamiento sobre el mar de los Sargazos e intenté concentrar mi mente en Escocia, un país que apenas recordaba.

Mi madre acababa de terminar la universidad cuando viajó a Inglaterra con dos amigas y vio por primera vez a mi padre. Angus Wallace era impetuoso y apuesto, una figura impresionante para alguien como Andrea McKnown, de veintiséis años, y el hecho de que hubiera perdido hacía poco a su padre, y de que Angus fuera veintisiete años mayor que ella, sin duda contribuyó a su enamoramiento. El noviazgo duró apenas seis semanas, y él insistió en casarse. Andrea aceptó, en parte porque no la esperaba nada en su país, y en parte porque estaba embarazada y era incapaz de enfrentarse a su madre, una católica estricta. Incluso ahora, mamá todavía insiste en que nací con nueve semanas de antelación en lugar de solo tres.

Mi madre aguantó mucho durante aquellos primeros años y, con el tiempo, su enamoramiento se fue diluyendo y empezó a ver a mi padre como era en realidad: un borracho irresponsable al que le gustaba flirtear tanto como beber. Oculté los líos amorosos de mi padre a mi madre todo el tiempo que pude, pero después de que estuve a punto de ahogarme, confesé todo cuanto sabía. Mi madre esperó al siguiente «viaje de negocios» de Angus, vendió nuestra casa y los muebles, hizo las maletas y solicitó el divorcio. Cuando Angus regresó de Inverness, una nueva familia se había instalado en su vivienda, y mi madre y yo vivíamos en casa de su madre, en Long Island, Nueva York.

Esa fue la última vez que vi a mi padre en Escocia, y me quedé sorprendido al darme cuenta de las ganas que tenía de ver las Tierras Altas de nuevo. Tal vez Angus tenía razón cuando dijo: «Si naces en las Tierras Altas, las llevas en la sangre».



La identidad escocesa procede tanto de la tierra como de su historia, y su historia, como casi todas las de Europa, es sangrienta. Separada de la Europa continental por el mar del Norte, Escocia forma la frontera norte de Gran Bretaña, unida a la cadera norte de Inglaterra, y nuestro pueblo siempre ha estado en conflicto con nuestro vecino del sur, un pueblo más numeroso y rico, y más adelantado, sobre todo en el arte de la guerra. Coexistir con Inglaterra ha sido nuestro gran desafío, y todavía lo sigue siendo en la actualidad.

Como otras naciones, los escoceses son descendientes de todas las razas que pisaron nuestras orillas. Nuestros primeros inmigrantes, cazadores primitivos, llegaron de Europa hará unos ocho mil años, poco después de que se fundiera el hielo del último período glacial. No sabemos gran cosa de estos antiguos habitantes, pero su isla fue invadida unos cinco mil años después por un pueblo conocido como celtas. Llegados del noroeste de Europa, estos conquistadores se autodenominaban «pretani», lo cual fue malinterpretado por los futuros colonos celtas como «britoni».

Los bretones no tardaron en ser invadidos por los romanos, los amos de Europa y el mundo mediterráneo, que jamás descubrieron una tierra que no desearan conquistar. Los romanos avasallaron rápidamente a las tribus celtas del sur, y después fueron subiendo hacia el norte poco a poco, en dirección a la futura nación de Escocia. Por desgracia para los romanos, se alejaron de los puertos del sur, y lo más difícil para ellos era mantener sus líneas de abastecimiento.

La región del norte también implicaba otro reto: los habitantes de las Tierras Altas.

Para los conquistadores romanos, estos bárbaros de las montañas eran conocidos como pictos, un nombre derivado de la palabra latina *pictii*, que significa pintado, tal vez una referencia a los tatuajes corporales de la tribu o a sus documentos escritos, dejados en forma de imágenes talladas en grandes piedras verticales. Hasta el día de hoy, no estamos seguros de su procedencia, de qué idioma hablaban o de cómo se llamaban a sí mismos, pero una cosa está clara: estos guerreros de las Tierras Altas se negaron a someterse al dominio de los romanos, o de cualquier otro invasor. Como alimañas incansables, los pictos nunca dejaron de atacar a los romanos, y hacia el año 409, los romanos se hartaron, abandonaron Bretaña y dejaron como legado su estilo de vida y la religión cristiana.

Fue más o menos en esa época cuando una tribu de habla celta invadió Bretaña y pobló la costa sudoeste de Escocia, fundando el reino de Dalriada. Eran los escoceses y llegaban de Escocia, la región nordeste de Irlanda, entonces llamada Hibernia. En el siglo VII habían logrado mover su frontera medio día de marcha al sur de Inverness, la capital de los pictos, antes de ser rechazados de nuevo hacia Dalriada.

En el año 834, los pictos tenían sus ejércitos ocupados en el norte con los invasores vikingos, en el sur con los anglos y en el oeste con los escotos. Muy

debilitados por los ataques vikingos, Drust IX, el nuevo rey picto, aceptó una invitación de Kenneth MacAlpin, un escoto del clan Gabhran, para solucionar el problema de Dalriada. Al llegar a Scone, Drust y sus nobles fueron agasajados con alcohol y terminaron completamente borrachos. Entonces, los escotos retiraron los tornillos de los bancos de los pictos y atraparon al rey y a sus nobles en oquedades de tierra, donde fueron empalados y asesinados.

Tras derrotar a los pictos, MacAlpin reclamó la corona escocesa y bautizó a su nuevo reino Alba, el cual gobernó hasta su muerte, en el año 858. Durante los siguientes trescientos años, los escoceses continuaron luchando contra los anglos en el sur y contra los normandos en el norte. Las guerras vikingas finalizaron en 1266 con la batalla de Largs y el Tratado de Perth.

Pero la turbulenta historia de Escocia no había hecho más que empezar.

La muerte accidental del rey Alejandro II, rey de los escoceses, en 1286 dejó un trono vacío. En señal de amistad y respeto, los nobles escoceses invitaron al rey Eduardo (Longshanks) I de Inglaterra a actuar de juez en el proceso de selección del nuevo rey. En lugar de elegir, Longshanks llegó a Escocia con su ejército y citó un matrimonio dinástico celebrado un siglo antes como base de su derecho a la corona. Si bien la reclamación de Longshanks carecía de legitimidad, Escocia se vio obligada a aceptar a sir John Balliol como nuevo rey electo, según el compromiso que estaba pactado con Inglaterra.

Pero Longshanks aún no había terminado. Como todavía deseaba que Escocia formara parte de su reino, encarceló a John Balliol en la Torre de Londres y utilizó el terrorismo de estado para sojuzgar a los nobles escoceses y a sus súbditos.

Por fin, los escoceses se rebelaron la primavera de 1297. En el norte iban al mando de sir Andrew de Moray, y en el sur, de mi antepasado sir William Wallace.

William Wallace nació hacia 1270, muy probablemente en Ayrshire. Tenía un hermano mayor, Malcolm; un tío, Richard, y otro tío, un sacerdote, quien le preparó para la vida eclesiástica. La muerte del padre de William a manos de tropas inglesas cambió el destino de William y le convirtió en un proscrito. Después de matar a varios soldados, Wallace fue capturado y encarcelado en una mazmorra, donde cayó en coma. Corrieron rumores de que había muerto de fiebre, pero cuando una ex niñera recibió permiso para sepultarlo, descubrió que aún tenía pulso. Le cuidó hasta que recuperó la salud, y no tardó en empezar a reclutar más patriotas, hasta organizar un ejército de guerrillas contra los ingleses.

Longshanks se había convertido en el dragón de William Wallace, y había nacido un guerrero.

A finales de agosto de 1297, Longshanks envió un enorme ejército a Escocia para derrotar a Wallace. Cuando Moray se enteró, se unió a Wallace, y juntos se encaminaron hacia el sur, en dirección a Stirling. Tres días después, la mitad de la

caballería inglesa cruzó el estrecho puente de Stirling, y después se detuvo, al darse cuenta de que su líder, John de Warenne, no se hallaba entre ellos (se había quedado dormido). En la confusión, no se enviaron más tropas, mientras los soldados de Wallace y Moray, medio desnudos y chillando, bajaban de las colinas para atacar. Los carpinteros se encargaron de quitar las estacas del puente y destruirlo, matando a cientos de soldados al tiempo que cortaban la retirada del resto del ejército inglés. Mientras Moray continuaba su asalto frontal, Wallace condujo a sus tropas río abajo, donde cruzaron y atacaron a las restantes fuerzas inglesas hasta derrotarlas. Se dice que las bajas inglesas fueron superiores a cinco mil hombres.

Moray murió debido a las heridas recibidas en la batalla, dejando a Wallace como único comandante en jefe. Se sucedieron las conquistas, y creció la reputación de Wallace como líder carismático. Su ejército de seguidores reconquistó el castillo de Stirling, y después invadió los condados ingleses de Cumberland y Nortumbria. A finales de aquel diciembre, fue nombrado caballero y proclamado Guardián de Escocia, y reinó en nombre de Balliol. Aun así, la mayoría de los nobles escoceses se negaron a apoyarle.

El 3 de julio de 1298, Longshanks invadió Escocia, y su ejército de noventa mil hombres derrotó a Wallace en Falkirk. Arruinada su reputación de militar, Wallace dimitió como Guardián y viajó a Francia en misión diplomática.

En 1303, las hostilidades entre Inglaterra y Francia habían terminado, y Longshanks pudo concentrarse de nuevo en la conquista de Escocia. Stirling fue reconquistado en 1304, y Wallace traicionado un año después por un caballero escocés que servía a Eduardo.

El 23 de agosto de 1305, sir William Wallace fue ahorcado, mantenido con vida y destripado, y luego quemaron sus entrañas ante sus ojos. Después, su cuerpo fue decapitado y descuartizado, su cabeza empalada en una pica y exhibida en el Puente de Londres.

La bárbara ejecución de Wallace le convirtió en un mártir para los escoceses, y concedió a Roberto I Bruce el impulso que necesitaba para liderar otro levantamiento. En 1306, el triunfal Bruce fue coronado rey de Escocia.

El ejército de Bruce derrotó a los ingleses en 1314 en la batalla de Bannockburn. Invadió en dos ocasiones Inglaterra, hasta aceptar por fin una tregua con el hijo de Longshanks, el rey Eduardo II. La paz entre Escocia e Inglaterra duró trece años, hasta que estalló otra guerra. Los ingleses salieron victoriosos de nuevo, y en 1328 Bruce firmó un tratado en el que se reconocía la independencia de Escocia. Un año después, el rey moría de lepra y dejaba la corona a su hijo, David II.

En 1390, David II moría, y el sobrino de Bruce, John Stewart (Estuardo), conde de Carrick, era coronado rey Roberto II.

Así empezó lo que se conoce en Escocia como la monarquía Estuardo.

Los siguientes tres siglos de gobierno se consumieron en luchas intestinas, conflictos comerciales y matrimonios manipulados entre las casas reales de Escocia e Inglaterra. Se produjeron más derramamientos de sangre, en la guerra que enfrentó a hermanos, y también a religiones, por culpa de la estupidez, que ya duraba un siglo, de fijar qué método de culto era el más adecuado para nuestro Creador, el cual, debido a nuestros esfuerzos criminales, debe despreciarnos a todos.

Las diferencias religiosas condujeron a la caída de la Casa Estuardo.

En 1603, el rey Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, reina de los escoceses, prima de Isabel I, reina de Inglaterra, se convirtió también en el rey Jacobo I de Inglaterra en la Unión de las Coronas. Al conseguir el trono de Inglaterra, unió Escocia e Inglaterra en un reino, Gran Bretaña, convencido de que los ingleses aceptarían a sus hermanos escoceses tal como le habían aceptado a él. Pero siglos de derramamiento de sangre no se olvidan con tanta facilidad, y el Parlamento de Inglaterra votó en contra de la propuesta.

El sucesor del rey, Jacobo VII de Escocia (Jacobo II de Inglaterra), concedió su apoyo inequívoco al catolicismo, la religión tradicional de Escocia. El Parlamento de Inglaterra expulsó a Jaime VII, y en lugar de combatir por su corona se exilió en Francia. Inglaterra ofreció la Corona a su yerno Guillermo de Orange, quien fue conocido como el rey Guillermo III de Gran Bretaña.

Jacobo VII y la Casa Estuardo habían desaparecido, pero aún contaban con el apoyo de muchos habitantes católicos de las Tierras Altas, quienes consideraban a los Estuardo el verdadero linaje de Escocia. A estos partidarios de los Estuardo se los conocía como jacobitas.

Cuando Jacobo VII murió en Francia en 1701, los jacobitas pensaron que su hijo, Jaime VIII el Pretendiente, era el heredero legítimo de la Corona. Cuando el rey Guillermo III de Gran Bretaña murió un año más tarde, la corona recayó en su hija, la reina Ana, que no tenía herederos.

En Francia, el hijo de Jaime VIII, Carlos Eduardo Estuardo, también conocido como Bonnie Prince Charlie, decidió que había llegado el momento de reclamar la corona escocesa. Apoyado por Francia (o al menos eso creía él), viajó a las Tierras Altas de Escocia y formó un ejército de seguidores jacobitas. El primer levantamiento jacobita había tenido lugar un año antes, pero finalizó en derrota. El segundo levantamiento contó con más apoyos, y al cabo de poco Bonnie Prince Charlie y sus seguidores marcharon hacia el sur de Edimburgo, donde sus tropas derrotaron con facilidad a las fuerzas inglesas.

Por Inglaterra se propagó a toda prisa la noticia de que, una vez más, un ejército de habitantes de las Tierras Altas se había puesto en marcha. El rey británico, Jorge II, envió tropas británicas, holandesas y alemanas para interceptarlo, bajo el mando del general Wade y William Augustus, duque de Cumberland.

Entretanto, los franceses decidieron no apoyar a Charlie, y dejaron que se enfrentara al ejército inglés solo con sus tropas jacobitas. El príncipe llegó a ciento ochenta kilómetros de Londres, pero retrocedió cuando se enteró de la (falsa) noticia de que Cumberland había reunido una fuerza de treinta mil hombres y se dirigía a su encuentro.

Temeroso de una matanza, Charlie guió a sus rebeldes en una larga y agotadora retirada, entre montañas cubiertas de nieve y hacia las cumbres de las Tierras Altas. Al llegar a Inverness, los jacobitas averiguaron que el ejército de Cumberland había acampado en Nairn, a veintitrés kilómetros de distancia.

El 16 de abril de 1746, Bonnie Prince Charlie y sus exhaustos jacobitas se enfrentaron a los veteranos de Cumberland, armados hasta los dientes, en Drum Mossie Moor, cerca de Culloden.

La matanza duró poco más de media hora.

Más de dos mil jacobitas murieron aquel día. Algunos habitantes de las Tierras Altas perdieron clanes enteros. Pero lo peor aún no había llegado.

Después de la batalla, el duque de Cumberland se dirigió a Inverness, blandió su espada ensangrentada y gritó: «¡Sin cuartel!», la orden de que nadie quedara con vida. Al acabar el día, los cadáveres ensangrentados de hombres, mujeres y niños cubrían las carreteras que conducían a la ciudad. Cientos de habitantes inocentes de las Tierras Altas fueron aniquilados, y durante meses, las fuerzas de Cumberland continuaron registrando la campaña en busca de jacobinos, y no pararon hasta concluir la limpieza étnica.

Bonnie Prince Charlie logró escapar, pero Inglaterra aún no había terminado con los habitantes de las Tierras Altas. Temerosa del sistema agrícola tradicional, y de los guerreros que engendraba, los «Fueros de las Tierras Altas» fueron puestos fuera de la ley, con la intención de destruir la cultura de clanes. Hablar o escribir en gaélico se condenaba con la horca, así como llevar el tartán. Comunidades enteras fueron «invitadas» a emigrar al Nuevo Mundo, mientras otros habitantes de las Tierras Altas eran vendidos como esclavos, sus tierras robadas y utilizadas para criar ovejas.

Más de dos siglos han transcurrido desde los oscuros días de Culloden. Los escoceses que huyeron hace tanto tiempo han engendrado grandes generaciones que han florecido por todo el mundo. George Washington afirmaba ser de ascendencia escocesa, y más de treinta presidentes estadounidenses exhiben también orígenes escoceses.

Hoy se está produciendo una nueva invasión. Italianos y paquistaníes, asiáticos y africanos, así como ciudadanos de otros muchos países, se han instalado en Escocia y la consideran su hogar. Aunque tal vez no compartan nuestra turbulenta historia, ellos también son escoceses, y ahora se han integrado en nuestra herencia.

De todos modos, aquellos de pura sangre celta, como mi padre, juran que jamás

olvidarán lo que Inglaterra hizo a sus antepasados en los páramos de Culloden hace tanto tiempo.

Que John Cialino fuera natural de Londres no me sorprendió en absoluto.

El amanecer me cegó. Los rayos del sol golpearon mis ojos privados de sueño, por debajo de la persiana medio corrida. Estábamos dando vueltas alrededor del aeropuerto de Gatwick, y la larga noche había acabado por fin. Dentro de escasas horas estaría de vuelta en las Tierras Altas, reunido con mi padre, y si bien no tenía ni idea de lo que me aguardaba, si la historia enseñaba algo, sabía que mi estancia en Escocia iba a ser movidita.

Un país con especies, géneros y familias enteras propias del territorio será el necesario resultado de haber estado aislado durante un largo período, suficiente para que muchas series de especies hayan sido creadas a partir del tipo de otras que ya existían, las cuales, al igual que muchas especies formadas antes, se han extinguido, por lo cual daba la impresión de que los grupos estaban aislados. Si, en cualquier caso, el antitipo poseía un alcance amplio, puede que se hayan formado dos o más grupos de especies, que varían entre sí de diferente manera, de forma que producen varios grupos representativos o análogos.

ALFRED RUSSEL WALLACE,  
*Sobre la ley que ha regulado la introducción  
de las nuevas especies, 1855*

Como sin duda sabrán, algún animal o pez de un tipo poco usual se ha instalado en el lago Ness. Creo poder afirmar que las pruebas de su presencia no dejan lugar a dudas. Demasiada gente ha visto algo anormal para poner en duda su existencia... Se me ha solicitado que presente un proyecto de ley en el Parlamento para asegurar su protección.

Extracto de una carta dirigida a sir Godfrey Collins,  
secretario de Estado para Escocia,  
por sir Murdoch MacDonald,  
diputado por Invernessshire,  
13 de noviembre de 1933

## Capítulo 6

—Necesito dormir un poco, Max. Déjame en el hotel y ya veré a Angus después.

—Lo siento, pero Angus insistió mucho en verte ahora.

—Han pasado diecisiete años desde la última vez que le vi. Podrá esperar otras doce horas.

—La verdad es que no. El juicio es mañana.

Me dio un ejemplar del *Inverness Courier*. El artículo abarcaba casi toda la primera plana del jueves.

### LOS FISCALES DE INVERNESS PIDEN LA PENA DE MUERTE EN EL CASO DEL ASESINATO DE CIALINO

Lord Neil Hannam y el Tribunal Supremo de Justicia han accedido a considerar la posibilidad de la pena de muerte en el juicio por asesinato contra Angus Wallace, de Drumnadrochit. Wallace está acusado del asesinato de John Cialino Jr., presidente de Cialino Ventures, uno de los hombres de negocios más ricos e influyentes de Gran Bretaña. Los testigos informan haber visto caer a Cialino al lago Ness después de haber sido golpeado por Wallace en las orillas del castillo de Urquhart. La policía continúa dragando el lago Ness, en busca de los restos de la víctima. Las primeras declaraciones empezarán a tomarse el viernes.

—El primer interrogatorio fue hace meses —explicó Max—. El juez decidió mantener encerrado al viejo, temeroso de que no pagara la fianza. Presentamos una declaración de inocencia en marzo, y desde entonces estamos esperando.

Pasamos ante el castillo de Stuart y nos dirigimos hacia la A96. Mi pulso se aceleró cuando vi las profundas aguas azules del estuario de Moray. Playas y acantilados bordeaban la costa. Delfines, marsopas y orcas poblaban las aguas del mar del Norte.

Pese a formar parte de una isla, Inglaterra y Escocia no se parecen en nada, debido al hecho de que su geología fue concebida desde una distancia de miles de kilómetros. Hará unos quinientos cincuenta millones de años, las masas continentales del planeta se hallaban localizadas en el hemisferio sur. Escocia pertenecía al continente de Norteamérica (parte de la cordillera Torngat de Canadá), mientras que Inglaterra, Gales y el sur de Irlanda estaban unidos a los restos de un gigantesco continente llamado Gondwana. Los dos reinos que un día formarían Gran Bretaña estaban separados por tres mil millas del océano conocido como Iapetus. Después de setenta y cinco millones de años de fractura y deriva continentales, las islas de Escocia e Inglaterra chocaron, una posibilidad entre un millón, si es que esa una



existía.

Hoy, la topografía de Escocia puede dividirse en dos regiones diferentes: las Tierras Bajas, muy poblada, con industria y ciudades bulliciosas, y las Tierras Altas, una inmensa zona montañosa rica en fauna, rodeada por centenares de islas costeras.

Durante el último período glacial, que terminó hace unos diez mil años, Escandinavia y las Tierras Altas escocesas estaban sepultadas bajo grandes extensiones de glaciares. A medida que estas montañas de hielo y nieve se movían, profundizaban y redondeaban los valles fluviales ya existentes de las Tierras Altas, dejando atrás lagos profundos (*lochs*) y largos valles (*glens*).

Imaginen una enorme trinchera que dividiera Escocia en dos: eso es el Great Glen. Con una extensión de casi cien kilómetros, esta grieta glacial de cuatrocientos millones de años se halla situada sobre una falla geológica que se ensanchó y profundizó durante el último período glacial. Cuando el hielo retrocedió por fin, dejó atrás una serie de *lochs* de agua dulce que cortaban en diagonal las Tierras Altas desde el Atlántico hasta el mar del Norte. Estos cuatro cuerpos de agua están comunicados entre sí mediante otra serie de esclusas artificiales conocidas como canal de Caledonia.

Finalizado en 1822, el canal de Caledonia abarca veintidós millas del Great Glen, y comunica el estuario de Moray del mar del Norte con el Atlántico mediante los *lochs* Dochfour, Ness, Oich y Lochy. Su punto geográfico más impresionante es Fort William, donde la «Escalera de Neptuno» utiliza ocho esclusas para subir y bajar barcos veintiún metros por encima del nivel del mar.

Estábamos viajando por la orilla este del río Ness, cuando Max me sorprendió al girar a la izquierda y seguir una carretera sinuosa que conducía al castillo de Inverness.

—¿No vamos a la cárcel de Portfield?

El abogado punky-gótico sacudió su cabeza de pelo pincho.

—Portfield está saturada, y los polis no quieren mezclar a un tipo acusado de asesinato con el resto de los delincuentes, pues la mayoría están detenidos por cosas sin importancia como peleas tabernarias. En consecuencia, el Tribunal Supremo sacó a nuestro padre de las cárceles de Su Majestad y le encerró en las entrañas del Tribunal del Juez.

Por Tribunal del Juez, Max se refería al castillo de Inverness.

Construido en el siglo XII, el castillo de Inverness fue reconstruido en 1835, después de ser casi arrasado por Bonnie Prince Charlie. Además de ser una atracción turística popular, el enorme edificio Victoriano de piedra arenisca roja, posado majestuosamente sobre una loma que domina el río Ness, también albergaba el Tribunal del Juez.

La figura del juez («sheriff» en la jerga local) se remonta a ocho siglos atrás,

cuando el juez, un oficial del rey, presidía todos los asuntos legales de su distrito. Hoy, hay seis jueces en Escocia, y cada uno está cualificado legalmente como juez y supervisa los casos civiles de su región.

El caso de Angus era de asesinato, de modo que su jurisdicción se confiaba al Tribunal Supremo, pero el castillo todavía contaba con suficientes celdas para alojar al acusado.

Max aparcó y seguimos un sendero bordeado de flores hasta la entrada principal. Una estatua en bronce de Flora MacDonald, la mujer que había ayudado a huir a Bonnie Prince Charlie, se alzaba sobre un pedestal de piedra en el césped del castillo. Al entrar por la puerta del castillo, evitamos la cola de turistas que iban a ver el Garrison Encounter<sup>[5]</sup>, y nos dirigimos al Tribunal del Juez.

Después de veinte minutos de papeleo, y un embarazoso registro de cavidades corporales con un detector de metales, un guardia de la prisión nos guió por una escalera de caracol centenaria hasta las entrañas del castillo. Luces modernas se mezclaban con accesorios antiguos de hierro, cuando nos acercamos a otro agente que custodiaba un pasillo de celdas.

—Creo que vienen a ver a nuestro Angus. Está en la suite de la luna de miel, la última celda.

—Adelántate —dijo Max—. Nos encontraremos fuera. He de hacer algunas llamadas.

El guardia abrió la puerta enrejada y me dejó pasar.

Las seis primeras celdas de cada lado estaban vacías.

La última de la izquierda alojaba a mi padre.

Estaba acostado sobre un colchón, la espalda contra la pared, y leía un ejemplar del *Inverness Courier*. Los años habían teñido de plata su mata de pelo negro como el azabache, y una pulcra barba y bigote, más gris que negra, había sustituido a la perilla. Manchas de vejez moteaban su piel, patas de gallo cercaban sus ojos, pero sus iris gris azulados todavía se veían penetrantes y vivaces. Su físico todavía era imponente, aunque un atisbo de panza aparecía en su cintura.

Me paré ante la celda, el cuerpo tembloroso a causa de los nervios y la fatiga.

—Malditos periodistas. Mira que le dijimos al menos diez veces a ese capullo que éramos descendientes directos de sir William Wallace, y ni siquiera lo menciona. ¡Joder! Bien, es lo último que me sacará, te lo aseguro.

—Yo también me alegro de verte —logré articular.

Se levantó del colchón, todavía con agilidad, pero ya no era un gigante.

—Hablas como un yanqui, pero tienes un aspecto horrible. Tienes los ojos inyectados en sangre y hundidos, y percibo el hedor del whisky en tu sudor.

—No he dormido bien.

—Sí, desde el accidente. Ya lo he leído. Dos veces te has ahogado, y las dos has vuelto. Ve con cuidado, Nancy, dicen que a la tercera va la vencida.

Medio minuto, y ya estaba hurgando en la herida.

—Si no tienes nada más que decir...

—Va, va, no te alteres, deja que te eche un vistazo.

Extendió las manos entre los barrotes y las apoyó sobre mis hombros. Dedos poderosos masajearon mi deltoides y descendieron hasta mis bíceps.

Apreté los puños sin darme cuenta.

Me dedicó una media sonrisa.

—Ya no eres un alfeñique, ¿eh? Gracias a Cristo que los Wallace tienen genes resistentes. Dime, ¿qué opinas de mi bastardo, Maxie? Creo que es medio inglés, pero...

—Está como una chota. ¿Estás intentando cabrear al juez a propósito?

—¿Así se decide en estos tiempos quién es culpable y quién es inocente? ¿Por la apariencia del abogado?

—Esto no es un juego, Angus. Max dice que los Cialino están pidiendo la pena de muerte.

—Todos los hombres mueren, Zachary. Es curioso: soy yo quien afronta la pena de muerte, y tú el que tiene miedo. Solo pueden colgarme una vez, pero tú morirás mil veces antes de que me hayan enterrado bajo seis palmos de tierra.

—No tengo miedo.

—Y una mierda. Huelo el miedo que te retuerce las tripas tan bien como huelo mis pedos.

—¿De qué he de tener miedo?

—Creo que los dos sabemos la respuesta a eso. Diecisiete años es mucho tiempo para guardar algo escondido dentro.

—Lamento decepcionarte, Angus, pero lo superé hace mucho tiempo.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué no has vuelto a los Sargazos?

—Las expediciones cuestan dinero, y nadie está interesado. Volvería ahora mismo, pero...

—Déjate de chorradas. Max ha hecho algunas averiguaciones. La Royal Navy se puso en contacto contigo hace seis semanas, porque está interesada en financiar un viaje para encontrar a esos blups o lo que sea. Se dice que te ofrecieron un barco de investigación y un sumergible, pero rechazaste la oferta.

Apreté los dientes, enfrentado a la verdad. La Royal Navy había intentado ponerse en contacto conmigo, pero yo había rechazado sus llamadas, todavía víctima de la hidrofobia.

—No es que sea asunto tuyo, pero volveré al mar cuando me sienta preparado.

—No, no lo harás. Cuanto más esperes, más te costará. Mira cuánto has tardado en volver a casa para ver a tu viejo.

—En primer lugar, Escocia no es mi casa, ya no. En segundo, tú nunca has sido para mí nada más que un donante de esperma. Siempre fui tu alfañique, la decepción que Dios te envió para que el apellido Wallace continuara. Si quieres endilgarme un último sermón antes de que te cuelguen, adelante, es tu tiempo, empléalo como te dé la gana.

—De modo que piensas que tu viejo es culpable, ¿eh?

—La verdad, Angus, ya no sé de qué eres capaz.

Vi que aquello le había herido de verdad.

—Zachary, sé que estás avergonzado de mí, pero en cuanto a esas acusaciones, yo no lo hice. Johnny C. y yo éramos amiguetes. Sí, discutimos, como tú y yo, pero lo que pasó fue un accidente. Pienses lo que pienses de mí, hijo, no soy un asesino.

«Hijo. No recordaba que nunca me hubiera llamado hijo.»

—¿Qué quieres?

—Nada más que tu apoyo. Mañana, cuando entre en la sala del tribunal, me sentiría orgulloso de tener a mis dos chicos a mi lado.

Tal vez era el cansancio, pero cuando se le estranguló la voz, las lágrimas rodaron sobre mis mejillas y le abracé a través de los barrotes.

—De acuerdo, Angus, allí estaré.

Mi esposa y yo regresábamos a Dumnadrochit desde Inverness por la vieja y estrecha carretera, cerca del mojón de los diez kilómetros. Cuando pasamos ante el castillo de Aldourie, ella me pidió de repente a gritos que parara, diciendo que había visto un enorme cuerpo negro que oscilaba en el agua. Cuando frené, solo quedaban ondas en el agua, pero se notaba que allí había algo grande. Momentos después, vimos una gigantesca estela, causada por algo que se movía justo debajo de la superficie. La estela se dirigió hacia el muelle de Aldouric, y después la cosa que la causaba se sumergió y nos enseñó dos jorobas negras, una a continuación de la otra. Se elevó y hundió de una manera ondulante, viró a babor y desapareció.

JOHN MACKAY, marzo de 1933  
(Primer avistamiento desde san Columba)

# Capítulo 7

*Inverness, Tierras Altas de Escocia,*

*7.15 h*

Desperté chillando, temblando de pies a cabeza, con los pantalones cortos y la camiseta empapados de sudor. Durante un terrorífico momento, no estuve seguro de dónde estaba, y después, la habitación de hotel vacía me miró bostezante, y la televisión todavía seguía emitiendo la BBC2 de la noche anterior.

«Estás bien... Estás bien... Estás bien...»

Aparté las sábanas a patadas, me quité la ropa empapada y me metí bajo una ducha caliente.

Furiosos golpes en la puerta me obligaron a abandonar la ducha prematuramente. Me envolví la cintura con una toalla, y abandoné el cuarto de baño todavía mojado.

—Por los clavos de Cristo, espere...

Era el director, acompañado de un guardia de seguridad.

—¿Todo va bien, señor?

—Sí, bien. ¿Pasa algo?

El hombre de seguridad entró.

—Algunos huéspedes nos han dicho que oyeron unos gritos horribles. Daba la impresión de que estaban apuñalando a alguien.

—¿Apuñalando? Ah, lo siento, debió de ser la televisión, uno de esos programas norteamericanos. A mí también me despertaron.

El director compuso una expresión de alivio.

El hombre de seguridad seguía buscando un cadáver.

—Buenos días. —Entró Max, vestido con un traje de raya diplomática gris y corbata a juego, el pelo peinado hacia atrás, sin rímel—. ¿Algún problema?

—Oyeron gritar a alguien. Era la televisión.

—Pues claro. Ni una palabra más.

—Aquí no hay nada —anunció el hombre de seguridad—. Pero si vuelve a pasar, le denunciaré por perturbar la paz.

Me miró fijamente, y después salió por la puerta, seguido del director.

—Gilipollas. Ni siquiera es un poli de verdad. —Max me empujó hacia el dormitorio—. Vístete, hermanito, el Tribunal Supremo nos espera.

El Tribunal Supremo de Justicia es la máxima instancia jurídica de Escocia. Como los únicos tribunales supremos se hallan en Edimburgo y Glasgow, todos los juicios por asesinato que tienen lugar fuera de estas dos ciudades se celebran en el

edificio del tribunal del juez. El castillo de Inverness alojaba al Tribunal Supremo en Inverness, un decorado medieval único.

Había dos fiscales: Mitchell Obrecht, un hombre alto y corpulento, de pelo castaño claro que formaba una «V» impresionante sobre su frente, y su ayudante, una rubia de pelo corto, vestida con traje azul marino, llamada Jennifer Shaw.

Angus iba vestido con un viejo traje de lana marrón, y estaba sentado en el banquillo de los acusados, detrás de los fiscales. Max estaba en otra mesa, de cara al tribunal. Había quince jurados sentados en la tribuna del jurado, tres agentes de policía en sus puestos, uno al lado de mi padre. Los demás (reporteros, amigos, familiares y curiosos) estaban apretujados en filas de bancos de madera, en la parte posterior de la sala.

La viuda de Johnny C., Theresa Cialino, una belleza de aspecto atlético, pelo rojizo largo y ondulado, estaba sentada tres bancos delante de mí, con un ángel tatuado en el omóplato izquierdo. A juzgar por la forma en que clavaba sus ojos castaño oscuro en Angus, no me cupo la menor duda de que habían sido amantes.

A las nueve y tres minutos, el secretario del tribunal indicó que nos levantáramos.

—El Tribunal Supremo de Justicia abre la sesión, presidida por lord Neil Hannam.

El juez, un hombre menudo con aspecto de estar en plena forma, piel bronceada y pelo oscuro peinado hacia atrás, ocupó su asiento e indicó con un cabeceo al secretario que continuara.

—Caso número C93-04, Angus William Wallace contra el fiscal de Su Majestad en el caso de asesinato en primer grado. El acusado ha presentado una declaración de inocencia.

—Señor fiscal, sus comentarios iniciales.

Mitchell Obrecht se levantó y miró al jurado.

—El 15 de febrero de este año, el acusado, señor Angus William Wallace, de Drumnadrochit, se encontró con el fallecido, señor John Cialino Jr., de Cialino Ventures, Londres, en los terrenos del Nessie's Retreat and Entertainment Center, de próxima apertura. El fiscal de Su Majestad demostrará que el señor Wallace era propietario de algunas hectáreas junto al lago Ness, y las había vendido a la firma de bienes raíces del señor Cialino unos dieciocho meses antes.

»Aproximadamente a las cuatro y media de aquella tarde, no menos de una docena de personas fueron testigos de que el señor Wallace y el señor Cialino se enzarzaban en una acalorada discusión, que terminó cuando el señor Wallace golpeó con el puño al señor Cialino en la cara, de forma que este cayó desde siete metros de altura a las aguas inmisericordes del lago, con una temperatura de seis grados. Si el señor Cialino no estaba muerto cuando tocó el agua, se ahogó unos minutos después. Las aguas que rodean el castillo de Urquhart tienen una profundidad superior a

doscientos metros, y es improbable que alguna vez se recupere el cadáver.

»El fiscal de Su Majestad tiene la intención de demostrar que el señor Wallace no solo es culpable del asesinato de Cialino, sino que el acto fue premeditado, asesinato en primer grado.

Se elevaron murmullos en la sala cuando el fiscal volvió a su asiento. Miré las caras de los jurados, y me dio la impresión de que habían concedido crédito a las palabras de Obrecht.

Ahora era el turno de Max.

—Damas y caballeros, mi cliente, Angus Wallace, admite que estaba discutiendo con su amigo y socio comercial, el señor John Cialino, aquel trágico 5 de febrero pasado. Confiesa que golpeó a su amigo, como alguien podría golpear a un colega después de una pinta de cerveza. Pero el señor Wallace no mató al señor Cialino, ni por accidente ni de manera intencionada, porque el señor Cialino estaba muy vivo después de tocar el agua. Nos proponemos demostrar que la muerte del señor Cialino fue provocada por su propia negligencia, y no por la mano de su amigo, el señor Angus Wallace.

El juez tomó algunas notas, y después se volvió hacia el macero del tribunal.

—Puede llamar al primer testigo de la Corona.

—El Tribunal Supremo llama al señor Paul Garrison, de Las Vegas, Nevada, al estrado.

Un estadounidense de edad madura y pelo castaño claro, gris en las sienes, se presentó en el estrado y prestó juramento.

Jennifer Shaw le interrogó desde su asiento.

—Tenga la amabilidad de decir su nombre completo y ocupación.

—Paul Garrison. Trabajo para un casino de lujo de Las Vegas, Nevada.

—¿Qué le trajo a Escocia el pasado febrero, señor Garrison?

—Vacaciones, sobre todo. Han sido muy amables al traerme de vuelta.

—¿Estaba usted en el castillo de Urquhart el 15 de febrero?

—Hum, sí... Sí, estaba.

—¿Qué vio?

—Bien, era invierno, así que oscureció muy pronto. Mirando desde las ruinas, vi a ese hombretón de barba plateada...

—Que conste en acta que el señor Garrison ha identificado al acusado.

—Exacto, es él. Bien, vi al tipo de la barba plateada dar un puñetazo al otro tipo...

—¿El señor Cialino?

—Exacto, el señor Cialino, en plena cara. Bien, el tal Cialino dio unos cuantos tumbos, y después cayó de cabeza al lago.

—No haré más preguntas.

El juez se volvió hacia Max.



—Señor Rael, su testigo.

Max levantó la vista de sus notas.

—Señor Garrison, desde el punto donde usted se encontraba, ¿pudo ver al señor Cialino cuando caía?

—Sí.

—¿Le vio tocar el agua?

—Oí el chapoteo, pero la caída es demasiado empinada.

—¿De modo que no llegó a verle en el agua?

—No. Como ya he dicho, el ángulo me lo impedía, pues yo estaba cerca de la torre del castillo. Con aquella pendiente, tendría que haber estado cerca del borde para verle hundirse en el agua.

—Por lo tanto, no pudo saber si el señor Cialino seguía con vida después de caer al lago Ness.

—Sí, o sea, no, no podía verle.

—Gracias, señor Garrison. No haré más preguntas.

Y así continuó todo el día. La acusación presentó a sus testigos, y Max demostró que ninguno había visto a John Cialino en el agua después de que Angus le golpeará.

A las cuatro y veintidós minutos de la tarde, la acusación pidió un descanso. Max presentaría su defensa el lunes.

Los reporteros corrieron a transmitir la historia.

Aún quedaba lo mejor.

# *El diario de Sir Adam Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 17 de octubre de 1330*

*Tres semanas han transcurrido desde que me acogió la Orden Militar de Caballería del templo de Jerusalén, habiendo sido descartado el nombre de templarios, según me han referido, desde la matanza perpetrada por Felipe el Hermoso. El caballero sacerdote MacDonald afirma que el linaje se remonta hasta el mismísimo San Columba, y sus artes curativas no me ofrecen duda. La fiebre ha remitido y estoy empezando a sentirme como antes. Buenas noticias, según me han dicho, pues necesitaré de todas mis fuerzas para lo que nos aguarda.*

*Anotación: 22 de octubre de 1330*

*Un largo día ha transcurrido y la noche ha caído sobre nuestro campamento.*

*Un viento tempestuoso agita las llamas de nuestra hoguera, que bailan en la noche, lo cual me dificulta escribir, pero estoy decidido a terminar la anotación.*

*Hemos pisado el estuario de Moray, justo antes del alba, ocho templarios, yo y el sagrado estuche de Bruce, colgado alrededor de mi cuello. Durante horas seguimos el río Ness en dirección sur, pero a mediodía las montañas se habían elevado a ambos lados. El camino empezó a presentar dificultades, pero jamás había visto un paisaje tan hermoso. Colinas esmeralda se estaban tiñendo de oro, rojo y púrpura, y se percibía el olor del invierno en el aire. El río se hizo más denso al doblar un curva, y MacDonald señaló el mismísimo lugar en que San Columba había salvado a un guerrero picto de una de las bestias que estábamos buscando.*

*Sigo siendo escéptico.*

*Al anochecer terminamos nuestro día de marcha, y llegamos a las orillas de un estrecho canal que se ensanchó alrededor de la boca del lago Ness. Esta era la primera vez que mis ojos contemplaban sus aguas oscuras, que corren hasta perderse en el horizonte. El cielo estaba muy*

*nublado y gris, y retumbaban truenos en el valle. En busca de refugio, MacDonald me ordenó que acampáramos en el bosque, lejos de la orilla, no fuera que los dragones emergieran a la superficie y sintieran curiosidad.*

*La charla sobre dragones del templario, jovial al principio, ha empezado a inquietarme un poco en este ominoso entorno. Aunque todavía me niego a creer, la espalda de sir William se quedará cerca de mi lado mientras duerma.*

La proporción general que [la Naturaleza] ha de alcanzar entre ciertos grupos de animales se ve con facilidad. Los animales grandes no pueden abundar tanto como los pequeños. Los carnívoros han de ser menos numerosos que los herbívoros. Águilas y leones nunca pueden ser tan abundantes como las palomas y los antílopes. Los asnos salvajes de los desiertos tártaros nunca pueden igualar el número de caballos de las praderas y pampas más exuberantes de América. La mayor o menor fecundidad de un animal se considera a menudo una de las principales causas de su abundancia o escasez, pero un análisis de los datos nos demostrará que poco o nada tiene que ver con el asunto. Hasta los animales menos prolíficos aumentarían de número rápidamente si no fueran controlados, en tanto resulta evidente que la población animal del globo ha de continuar igual, o tal vez, debido a la influencia del hombre, menguante.

ALFRED RUSSEL WALLACE,  
*Sobre la tendencia de las variedades a alejarse  
indefinidamente del tipo original, 1858*

# Capítulo 8

## *Inverness, Tierras Altas de Escocia*

Max me dejó en el vestíbulo del hotel después del primer día del juicio de Angus, pero yo estaba nervioso y no podía quedarme en mi habitación. Pese a estar convencido de la culpabilidad de Angus, era la primera vez que mi padre me había recibido de una manera positiva, disolviendo años de ira. Un pozo de emociones llenaba mi alma, sosegadas tan solo por el hemisferio izquierdo, escéptico y analítico, quien me seguía pidiendo a gritos que abandonara Escocia de inmediato, y me advertía de que permitir que Angus entrara de nuevo en mi corazón era como intentar apagar un incendio con gasolina.

«Deja de pensar con el hemisferio izquierdo. Concede a ese hombre una oportunidad de redimirse.»

Tendría que haberlo sospechado.

Con un fin de semana por delante, decidí alquilar un coche y reanudar mi relación con las Tierras Altas, con la esperanza de localizar a Finlay «True» MacDonald, mi amigo de la infancia de Drumnadrochit. El plan de transporte se alteró un poco cuando pasé junto a la tienda de alquiler de motos.

Yo no era motero, pues había ido en moto menos de una docena de veces, pero la idea de recorrer las Tierras Altas por carretera me atraía. Veinte minutos después, estaba saliendo de Inverness, y los motores gemelos de una Harley-Davidson Softail rugían entre mis piernas, mientras avanzaba hacia el sur entre un tráfico abundante por el canal de Caledonia, en dirección al lago Ness.

Hay dos carreteras que rodean el lago. General Wade's Military Road es la menos transitada, un único carril asfaltado que sigue las orillas este del Ness. Cuando llega a Fort Augustus, en el extremo sur del lago, empalma con la A82, una transitada autopista de dos carriles que completa el círculo por las orillas oeste.

Como Drumnadrochit se halla en la ribera oeste, a una tercera parte del camino, elegí la A82.

El tráfico de la hora punta se despejó cuando crucé el puente giratorio del canal y aceleré colina de asfalto arriba, en dirección a las tierras montañosas. Un viento frío soplaba a través de mi casco, y Lord Burton's Estate no era más que una mancha a mi izquierda cuando me acerqué a Loch Dochfour, una vía fluvial artificial que había elevado el nivel del lago Ness casi tres metros cuando habían construido el canal.

Disminuí la velocidad y cambié de marcha cuando atravesé los pueblos dormidos de Dochgarroch y Kirkton, y después aceleré cuando dejé atrás una granja situada junto a la carretera. El tronar del motor de la Harley espantó a gansos y pollos, y resonó en la cara rocosa grisácea que se elevaba majestuosamente a la derecha. Al pie

de estas montañas se encontraba el bosque caledonio, que a mí se me antojó una muralla continua de verdor. Más abajo y a la izquierda brillaban las aguas grises de Loch Dochfour.

Al cabo de unos minutos, la vía fluvial artificial casi desapareció del todo cuando se alejó de la A82 hacia el este, hasta estrecharse y desembocar en el río Ness.

Pasé junto a un aparcamiento del coto de pesca de Abban, un pequeño canal donde True MacDonald y yo habíamos pescado. Se me hizo la boca agua al pensar en una buena trucha a la parrilla, pero mi recuerdo se desvaneció al instante cuando tuve que maniobrar para adelantar a un camión que transportaba grava.

La Harley escupió humo azulado cuando adelanté al sobrecargado vehículo y me dirigí hacia las afueras de Lochend, el inicio del lago Ness situado más al norte.

Acechando delante, extendido ante mí como una serpiente oscura, se hallaba el tristemente célebre canal. Tuve que aminorar la velocidad, pues la oscura belleza del lago y las altas murallas montañosas eran demasiado fascinantes para no admirarlas.

*¡Bip! ¡Buip!... !Bip!*

El camión estaba justo detrás de mí, y su calandra amenazaba con arrojar mi moto a la cuneta.

Cambié de marcha y me alejé de la amenaza, y después salí de la A82 y entré en un aparcamiento de la carretera.

Apagué el motor y escuché la respiración del Great Glen entre los coches que pasaban. Aspiré la humedad de un bosque de piceas sobre el que había llovido hacía poco y percibí el olor de la presencia de las aguas acidas del lago Ness en el valle.

Los fantasmas de mi infancia susurraban en mi cabeza, me llamaban a la antigua orilla.

Dejé la moto y bajé por un sendero sembrado de piedras hasta que llegué a una playa de guijarros.

El lago estaba en calma, y su superficie negra reflejaba el cielo nublado. A un kilómetro de distancia, a través de hilillos de niebla, vi el castillo de Aldourie posado sobre la orilla opuesta, el mismo lugar donde Angus me había sermoneado tanto tiempo atrás.

«Cálmate, Zack. No hay dragones ni monstruos en el lago Ness, solo Angus, que aún te sigue jodiendo.»

Contemplé el castillo de trescientos años de antigüedad. Emplazado sobre dieciséis hectáreas de bosque y montículos herbosos, el castillo de Aldourie era como una visión salida de Camelot. Abandonado desde hacía mucho tiempo, corrían rumores de que estaba en venta, y la mansión baronial era conocida por sus numerosos avistamientos de Nessie, y en una ocasión había albergado la fiesta de presentación de *Loch Ness*, una película protagonizada por Ted Danson y Joely Richardson. Me había gustado la película, incluso su final de cuento de hadas, que

presentaba a Nessie como un par de entrañables plesiosauros, justo el tipo de basura que mantenía alejados del lago a los científicos de mayor reputación.

Aguas color té, manchadas de marrón por la sobreabundancia de materia vegetal en descomposición, lamían la grava bajo mis botas de excursión. Un gajo de sol asomaba entre el techo de nubes. La vista era impresionante, las montañas se alejaban ondulando hacia el sudoeste...

... mientras imágenes submarinas, oscuras, subliminales, destellaban en mi cabeza, sustituidas por una nauseabunda oleada de miedo que revolvió mi estómago.

Eran los mismos destellos mentales que había experimentado en South Beach, de modo que retrocedí nervioso y subí corriendo por el sendero hasta el aparcamiento. Fue lo único que pude hacer para mantener a raya las arcadas.

«Tranquilo, Zack. Solo es un lago. No podrá hacerte daño si no entras.»

Mi hidrofobia afirmaba lo contrario.

Respiré hondo varias veces, y después me acerqué tambaleante a la Harley. Monté, puse en marcha el motor y continué hacia el sur por la concurrida autopista de dos carriles, en dirección a Drumnadrochit.

La fría brisa de las montañas se filtraba a través de mi ropa, y no contribuía a calmar mis exaltados nervios. Puede que hubieran transcurrido diecisiete años, pero el incidente de mi niñez todavía me atormentaba.

Recorrí otros cinco kilómetros, y después me obligué a dirigir una veloz mirada hacia el lago cuando dejé atrás Tor Point. Era aquí donde la costa este se retiraba y la anchura del Ness se multiplicaba por dos, hasta alcanzar un kilómetro y medio. Conservaba dicha anchura hasta que el canal llegaba a Fort Augustus, treinta kilómetros más al sur.

Eran casi las ocho, pero el sol veraniego del atardecer todavía brillaba cuando atravesé la aldea de Abriachan.

Quince minutos después, la A82 se curvaba hacia el oeste, cuando la costa del lago se abría en la bahía de Urquhart. Otros dos kilómetros y el canal desaparecía, sustituido por un pequeño cementerio y el río Enrick.

Crucé el puente de Telford y seguí la carretera hasta el parque municipal de Drumnadrochit.

Había llegado a casa.

Mi esposa y yo íbamos en coche por el lado sudeste del lago, entre Dorey y Foyers. El día estaba nublado, eran tal vez las cuatro de la tarde, cuando vimos a un animal enorme, que se deslizaba sobre la carretera unos doscientos metros delante de nosotros. El cuerpo mediría un metro y medio de altura, y calculé su longitud entre siete y nueve metros. Su color podría denominarse gris elefante oscuro. No vimos la cola, pero más tarde llegamos a la conclusión de que la cola debía de estar enrollada a su lado. No se movía como los reptiles, sino que su cuerpo cruzaba la carretera a sacudidas. Aunque aceleré en su dirección, había desaparecido cuando llegamos al lugar.

SEÑOR F. T. G. SPICER,  
Londres, 22 de julio de 1933



# Capítulo 9

## *Drumnadrochit, Tierras Altas de Escocia*

Diecisiete años... y el pueblo no había envejecido ni un solo día.

Drumnadrochit es la primera de una serie de comunidades de las Tierras Altas escoradas hacia el oeste desde la bahía de Urquhart del lago Ness, río Enrick arriba hasta adentrarse en Urquhart Glen, Glen Affric y Glen Cannich.

Para los doscientos mil turistas que visitan cada año Drumnadrochit, la ciudad es el símbolo del mercantilismo de las Tierras Altas, plagada de hoteles y pensiones, casas de turismo rural a la europea, cubos llenos de flores de todos los colores, gente cordial, restaurantes y bares, tiendas pintorescas y casas de montaña particulares que dominan el lago. Más importante aún: Drumnadrochit está cerca del castillo de Urquhart y su misteriosa bahía de aguas profundas, que la convierte en la capital mundial del monstruo del lago Ness. El pueblo acoge dos exposiciones del Monstruo del Lago Ness que compiten entre sí, así como el complejo turístico de John Cialino, que estaba a punto de inaugurarse.

Para los ochocientos trece residentes que dependen del turismo para ganarse la vida, Drumnadrochit es seis meses de fiesta y seis meses de hambruna, una pauta que obedece a la temporada turística y a la longitud de sus días. Debido a que las Tierras Altas se encuentran tan al norte, los días de verano en el lago Ness pueden prolongarse desde las tres de la mañana hasta las once de la noche. En cambio, los días de invierno se reducen a franjas de seis horas, desde las nueve y media de la mañana hasta las tres de la tarde. Vivir en Drumnadrochit es como vivir en Alaska, solo que con temperaturas más moderadas y menos nieve, el encanto del viejo mundo y vecinos fisgones, y todo el mundo quiere ganarse la vida entre algunas de las mejores obras de la Madre Naturaleza.

Para un pequeño Zachary Wallace, crecer en un pueblo de las Tierras Altas tan alejado de la civilización significaba libros de texto anticuados, películas de reestreno, sermones sobre la ira de Dios y profesores cerriles. Significaba excesivas lecciones sobre agricultura y métodos de cultivo, y pasar el rato en la gasolinera con los amigos. Era robar los enanitos del jardín de la señora Dougall y vivir en un lugar que pocos forasteros eran capaces de deletrear, ya no digamos pronunciar, y su aislamiento del resto del mundo parecía extender un techo sobre mi capacidad de acumular conocimientos sobre el resto del mundo..., al menos hasta que fuera lo bastante mayor para ir en autobús a Inverness.

Por supuesto, Drumnadrochit siempre sería Angus Wallace y sus juegos psicológicos, fingiendo que no oía las lágrimas de mi madre. De niño, ardía en deseos de marcharme, aunque solo fuera para estar en paz conmigo mismo.

Diecisiete años después, las pesadillas de mi niñez habían regresado... y yo también.

Atravesé el parque municipal y dejé atrás la gasolinera donde pasaba el rato con mis amigos. Reduje la velocidad ante el Blarmor's Bar para percibir el olor a pescado y pollo, y después pasé ante el Sniddles Club, el garito favorito de mi padre.

Aparqué y estiré las piernas. Sentía entumecida la ingle. La oficina de correos estaba cerca y entré, justo cuando iba a cerrar.

Había un empleado, un anciano de unos ochenta años que me había dado clases de historia en primaria.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Busco a un viejo amigo, se llama MacDonald, F. True MacDonald.

—¿Se refiere al chico de Alban MacDonald?

—Exacto. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Por lo general, en el mar del Norte. Trabaja en una de esas plataformas de perforación petrolíferas, pero este mes y el que viene está en la ciudad. Vive con su padre, que trabaja en el hotel. Yo miraría allí primero.

—Gracias.

El anciano me miró fijamente a través de sus gafas de montura de cobre.

—Su cara me suena. Le conozco.

—En efecto. Gracias, señor Stewart, tengo prisa.

Aún no había llegado a la puerta, cuando el hombre me llamó.

—Tú eres el chico de Angus Wallace, el científico importante. Has venido a buscar al monstruo, ¿verdad?

—El único monstruo que conozco, señor Stewart, está encerrado en el castillo de Inverness.

Monté en la Harley y me dirigí al sur, y aceleré en un sendero de grava empinado que conducía a las colinas.

Los hoteles de Drumnadrochit eran una serie de casas y chalets particulares situados en la ladera de una montaña que dominaba el lago Ness y la ciudad. Aparqué y entré en la oficina principal, con la esperanza de localizar a True antes de tropezarme con su padre.

Demasiado tarde.

Alban Malcolm MacDonald, conocido entre los chavales de Drumnadrochit como «Cascarrabias MacDonald», tenía el mismo aspecto espantoso y malhumorado que yo recordaba. Su rostro escandinavo en forma de luna estaba medio escondido detrás de una espesa perilla y patillas entre rojizas y grisáceas, que no conseguían ocultar las cicatrices de la viruela que le había atacado de pequeño. Sus ojos grises de zorro me miraron cuando entré en su habitáculo, mientras sus dedos de gruesos callos provistos

de uñas amarillentas tamborileaban sobre el mostrador de madera.

—Me alegro de verle, señor MacDonald —mentí—. ¿Se acuerda de mí?

Se quitó un mondadientes de entre sus labios color hígado, y reveló sus dientes torcidos y amarillentos cuando escupió:

—Zachary Wallace.

—Sí, señor. Es increíble que se acuerde.

—No me acordaba. Vi tu foto en los periódicos hace cinco meses.

—Ah, claro. ¿Está, hum, True?

—No.

—¿No? ¿Y Brandy? Dios, la última vez que vi a su hija tenía cinco o seis años...

—Vuelve a Estados Unidos, Zachary Wallace, aquí ya no te queda nada.

—Mi padre está aquí. He venido a brindarle mi apoyo.

—¿Desde cuándo lo ha pedido? No se puede confiar en hombres como tu padre. Están arruinando el Great Glen, ¿sabes a qué me refiero? Él, y los hijos de puta como él que venden la tierra de sus antepasados. Que se gasten el dinero en el infierno, eso digo yo.

—¡Grrr!

El aire se escapó de mi pecho cuando dos fornidos brazos erizados de vello rojizo me agarraron por detrás y me levantaron del suelo.

El viejo MacDonald sacudió la cabeza y volvió a trabajar.

—¡Zachary Wallace, que ha vuelto de entre los muertos!

El hombre me depositó en el suelo, me obligó a dar media vuelta y me abrazó de nuevo.

La última vez que había visto a Finlay True MacDonald era un alfeñique enclenque, con pecas y cabello naranja desordenado. Nadie llamaba a True por su verdadero nombre, pues su segundo nombre, heredado de su difunta madre, era mucho más interesante<sup>[6]</sup>. Durante un tiempo, después de que me fui a Estados Unidos, habíamos mantenido contacto, y siempre nos llamábamos el día de nuestro cumpleaños, pero habían transcurrido diez años desde que yo había visto una fotografía actual.

El imponente gigante de la coleta rojiza que se erguía ante mí medía ahora metro noventa y tres y era propietario de unos músculos enormes. Debía de pesar más de cien kilos.

—Jesús, True, eres tan grande como un puto caballo.

—Sí, y tú, con ese estirado acento estadounidense, parece que hables con la nariz. Ya no eres un alfeñique, y por Dios que me alegro de verte.

—Me han dicho que trabajas en las plataformas petrolíferas. ¿Qué fue de tu carrera en la Royal Navy?

—Me harté. La marina de Su Majestad tuvo la amabilidad de enseñarme a

trabajar con trajes de inmersión atmosféricos, pero en la privada pagan mucho mejor.

—No sabía que fabricaran trajes de inmersión lo bastante grandes para que te cupieran.

—¡Sí, la verdad es que aprietan mucho! ¿Has probado alguno?

—Una vez, y a cada paso parecía que fuera cargado con una tonelada de ladrillos.

—Sería uno de esos viejos trajes JIM. Ahora, solo utilizamos WASP y los nuevos Newt Suit en las plataformas. Ambos cuentan con propulsores. Las piernas se mueven con mucha más facilidad. Ahora me paso cuatro horas al día, nueve meses al año, peinando el fondo del mar del Norte, comprobando las líneas y haciendo reparaciones. Mucha tensión, pero la paga es alta, así que no me puedo quejar. Muy poca gente en las Tierras Altas gana eso en la actualidad.

—¿Cuánto tiempo estarás de permiso?

—Aún me quedan tres semanas y media. Después, volveré cuatro meses, o hasta que el mar se ponga chungo en invierno.

—Supongo que te habrás enterado de lo de mi padre.

—Sí, y en todos los pubs, desde Lochend hasta Fort Augustus, se brinda a su salud. El turismo ha descendido mucho, por culpa de las amenazas terroristas. Tal vez el juicio atraiga a más visitantes. Eso, o el nuevo complejo turístico.

—¿Crees que Angus mató a Johnny C.?

True meditó.

—No, pero sí creo que quería darle una lección. Tú y yo sabemos que tu padre tiene muy mala leche, sobre todo en lo tocante al dinero. El tal Johnny C. era inglés, un promotor inmobiliario muy importante, y apuesto a que no quería ser legal con la gente de las Tierras Altas. Angus debió de pillarle en alguna y se le fue la mano. Yo habría hecho lo mismo, pero no en los acantilados de la bahía de Urquhart, y encima delante de testigos.

—Están hablando de la pena de muerte.

—Sí, pero yo no me preocuparía mucho por eso. Angus es tan escurridizo como una anguila, y aún estamos en las Tierras Altas. No nos gusta colgar a los nuestros. En cualquier caso, dejemos el juicio en paz. Supongo que vas a estar libre el fin de semana.

—Sí, pero he de estar en Inverness el lunes por la mañana.

—Lo cual nos concede tiempo suficiente para envenenar nuestros hígados. Lo primero es lo primero: necesitarás una cama.

Pasó la mano por detrás del mostrador de su padre y agarró la llave de una habitación.

—La verdad es que no había pensado quedarme. Ni siquiera estaba seguro de que te localizaría. Me he dejado toda la ropa en Inverness.

—Te prestaremos. Te vas a quedar, y punto. Pareces un poco tenso. Para empezar,

quemaremos un poco de energías, como cuando éramos unos críos.

Antes de que yo pudiera contestar, True me rodeó la espalda con su manaza y me sacó por la puerta.

Las ruinas del castillo de Urquhart se alzan sobre Strone Point, un promontorio rocoso situado en la orilla sur de la bahía de Urquhart, una de las partes más profundas del lago. Los orígenes del castillo se remontan hasta una fortaleza picta construida en el siglo v, y fue allí donde san Columba, abad de Iona, visitó por primera vez el reino picto en 565.

Ochocientos años después, los ingleses fortificaron el poblado, después de la victoria de Longshanks sobre los escoceses en Dunbar. William Wallace y Andrew Moray atacaron por fin el castillo y lo reconquistaron para Escocia. Años después, se produjo otro asedio sangriento, y el ejército invasor de Longshanks obligó a los ocupantes a rendirse por hambre. El castillo siguió bajo control de Inglaterra hasta que Roberto I Bruce lo reconquistó en 1306.

Los escoceses controlaron el castillo durante los siguientes cuatro siglos, hasta que los ingleses utilizaron explosivos para demoler la mayor parte de la fortaleza, con el fin de arrebatarlo a los jacobitas.

Lo que queda hoy del castillo de Urquhart son las murallas exteriores, fragmentos de su muro fortificado y parte de su torre de cinco pisos. Si bien es cierto que existen edificios mucho más impresionantes en las orillas del lago, ninguno es tan popular como este castillo encantado en ruinas, rodeado por tres lados de aguas profundas famosas por los frecuentes avistamientos de Nessie.

Eran más de las diez y el ocaso veraniego estaba a punto de caer sobre nosotros. Las montañas se desvanecían en sombras onduladas púrpura, y la noche teñía de gris el horizonte escarlata. True y yo paseábamos por el perímetro del castillo de Urquhart, cargado cada uno con un palo de golf y un pequeño cubo con pelotas de entrenamiento. Avancé en dirección sur a lo largo del montículo cubierto de hierba, y me detuve para mirar la empinada caída de seis metros a nuestra izquierda.

Un ominoso oleaje negro se estrellaba contra el rocoso terraplén vertical, cubriendo las profundidades del Ness.

—Aquí debió de suceder —dije.

—Sí. Se puede sobrevivir a la caída, en función de dónde caigas. Claro que pudo golpearse la cabeza contra una roca, y eso habría bastado. Vamos.

True me condujo hasta una colina que dominaba el aparcamiento del castillo. Hacia el sur se veía la obra iluminada de lo que pronto sería el complejo turístico de cinco estrellas de Cialino.

—Bonito, ¿eh? Piscinas y restaurantes elegantes, y todas las habitaciones con vistas al lago. Según me han dicho, están vendiendo incluso multipropiedades. Johnny C. habría triunfado por todo lo alto, si hubiera vivido para verlo.

—Aún queda la viuda alegre.

—Sí. Por lo que he oído, consigue todo lo que quiere. Y no es fea precisamente, ¿eh? —True sacó un *tee* del bolsillo, cogió una pelota del cubo y estudió el tiro—. Bien, la valla de la obra está a doscientos veinte metros, el patio a doscientos veintisiete, y la piscina a doscientos treinta y cinco. Si la metes en el jacuzzi, ganas automáticamente. Empezaremos con diez libras, y aumentaremos dos libras por tiro.

Me coloqué a su izquierda, dejando mucho espacio a aquellos largos brazos.

—True, ¿a qué se refería tu padre cuando dijo que aquellos hijos de puta están arruinando el Great Glen?

True tiró, la pelota pasó por encima de la valla de la obra y rebotó contra una máquina excavadora.

—Olvida a mi padre, es de la vieja escuela. Alban MacDonald se cargaría un ordenador con un bate de cricket antes que aprender a usarlo. En mi opinión, es una hipocresía no fomentar la construcción. Los viejos clanes retienen los mejores terrenos que rodean el lago Ness, pero tu padre fue el primero de ellos que vendió. Le seguirán más, no te quepa duda. Vamos, dale a la pelota.

Aferré el *driver*, hice unos cuantos *swings* de entrenamiento, y después golpeé la pelota, que describió una curva a la izquierda y se hundió en el lago Ness.

—Jesús, Zack. Mi tía Griselda lo hace mejor a la pata coja.

—¡Caramba!

Coloqué otra pelota en el *tee*.

True tiró de nuevo, y la pelota desapareció al otro lado de la máquina excavadora.

—Te habrás enterado de que vendieron el castillo de Aldourie, ¿eh? Dicen que una gran empresa va a convertir el lugar en un club de campo muy exclusivo, como hicieron con Skibo. Creo que un día dejaré lo de las plataformas petrolíferas y me dedicaré al golf profesional.

—Te iría mejor de aparcacoches.

Lancé otra pelota, que golpeó en una roca y salió rebotada hacia el agua.

True sonrió y tiró de nuevo. La pelota rebotó dos veces en el balcón de ladrillo y se hundió en la piscina de hidromasaje.

—Lo dicho, golfista profesional.

—¿Desde cuándo llevan coleta los golfistas profesionales? —repliqué, lanzando otra pelota al agua.

Acarició su gruesa coleta.

—No te burles de esto. Las chicas acuden a mi cama como moscones. Vamos, te concedo una última oportunidad, o lo dejaremos en catorce libras. Después, nos

llegaremos a Sniddles. Brandy nos está esperando.

Lancé mi último golpe, que se alzó hacia el cielo antes de curvarse y hundirse en el lago Ness.

—Odio esta mierda de juego —dije, e hice ademán de arrojar el palo al agua.

—Calma, calma —dijo True, al tiempo que pasaba un robusto brazo por encima de mi hombro—. Cuando nuestros antepasados inventaron el maldito juego, comprendieron dos cosas. Primera, hacen falta dieciocho tragos para pulirse una botella de whisky, de modo que una partida de golf se juega a dieciocho hoyos. Segunda, tu forma de jugar es un indicador de cómo llevas los altibajos de tu vida. Al igual que tu juego, tu vida también necesita práctica.

—Muy bien, señor Golfista Profesional, ¿qué me aconsejas?

—Fácil. Cualquier hombre incapaz de mantener sus pelotas fuera del agua necesita un polvo. Vamos a buscar a mi hermana.

Era viernes por la noche y el club estaba abarrotado, las mesas llenas de turistas, cuatro filas de clientes delante de la barra. Había dardos, cerveza rubia, música, cerveza rubia, risas... ¿He dicho cerveza rubia?

True entró y la multitud se vio obligada a apartarse, y yo aproveché para pegarme a él. Estrechó una docena de manos y besó a media docena de mujeres, y yo agradecí el hecho de que no me presentara.

Y después, saludó a una belleza de pelo negro como ala de cuervo que estaba agitando la mano en nuestra dirección desde una mesa del rincón, y yo me quedé estupefacto.

Claire MacDonald, que prefería su segundo nombre estadounidense, Brandy (sobre todo para fastidiar a su padre), era la clase de chica con la que los chicos tímidos como yo soñaban en el instituto y fantaseaban de noche, pero nunca tenían el coraje ni las credenciales para pedirle una cita. Eran chicas reservadas al mariscal del campo estrella y los chicos que conducían deportivos descapotables, y cuando se hacían mayores, se convertían en esposas-trofeo de los ricos y poderosos.

Para mí, Brandy era un cisne y yo era un pato, y como norma básica de la naturaleza, como habría dicho mi tío abuelo Alfred, patos y cisnes no se apareaban.

Pero Brandy era el garbanzo negro de la familia. Cuando tenía dieciséis años, su noviete del instituto la había dejado embarazada, justo antes de que su familia se trasladara inopinadamente a Edimburgo. Al viejo MacDonald no le hizo ninguna gracia la evidente falta de celibato de su hija, de modo que la echó de casa y la chica tuvo que mudarse a un centro de acogida. Aunque perdió el niño a principios del segundo trimestre y regresó al instituto, Brandy estaba sola y su amargado padre jamás la invitó a volver a casa.

A los diecinueve años, Brandy conoció a Jack Townson, un corredor de bolsa

estadounidense que estaba de vacaciones en el lago Ness. Al ver una oportunidad de escapar de las Tierras Altas, volvió con él a Estados Unidos, y dos meses después se casaron, más para fastidiar a su padre que por amor.

A Brandy le gustaba vivir en el sur de California, y durante un tiempo las cosas fueron bien. Una tarde, cuando daba un paseo en bicicleta por las colinas de Hollywood, un coche la arrolló, y en aquel instante su vida cambió.

Las lesiones de Brandy fueron graves, una fractura de cráneo y conmoción cerebral, junto con múltiples fracturas de brazos y piernas, un pulmón perforado, la cuenca del ojo izquierdo rota y la mandíbula hecha trizas. Se sometió a tres operaciones importantes, pasó semanas en cuidados intensivos y cinco meses en fisioterapia. Durante ese tiempo, su marido tuvo un lío amoroso.

Townson se quedó a su lado durante casi todo el período de recuperación, y esperó a que le dieran el alta para presentar los papeles del divorcio. Catorce meses después de abandonar Escocia, Brandy regresó a las Tierras Altas divorciada, sola y deprimida.

Como dijo Darwin en una ocasión, en el proceso de selección natural existen excepciones. Brandy era un cisne con un ala rota, y de esta forma patos como yo se agencian cisnes.

Lo que ignoraba era que las fobias de Brandy eran tan agudas como las mías.

—Así que el hijo de Angus Wallace ha vuelto. Deja de mirarme y dame un abrazo.

Nos abrazamos, mi nariz percibió sus feromonas, mi ingle despertó por primera vez en meses.

—Voy a buscar bebida —dijo True—. Poneos al día.

Ella sonrió y se sentó delante de mí. La luz arrancó reflejos naranja de su pelo negro como la tinta.

—Si conozco bien a mi hermano el casamentero, tardará un buen rato en volver.

—¿Cómo te encuentras? Quiero decir... Tienes un aspecto... asombroso.

—True te ha hablado de mi accidente, ¿verdad? Ahora estoy bien, pero fue horrible, además no teníamos seguro, y los abogados tuvieron que demandar a la compañía del conductor. Fue una batalla muy desagradable, pero ganamos, y al final, mi ex marido me confesó que se estaba cepillando a mi enfermera particular.

—Joder.

—Aún no he terminado. Como yo todavía no era ciudadana, el ex y su nueva puta se quedaron con el dinero del seguro. Sesenta de los grandes me robaron, ladrones de mierda.

Me incliné hacia delante, confiado en impresionarla con las cicatrices de mi relación.

—Hace seis meses estaba prometido. Era una de mis estudiantes de biología.



Esperó a que salieran las notas, y después rompió conmigo cuando estaba en la cama del hospital. Me dijo que había vendido el anillo de compromiso, y que iba a utilizar el dinero para ir a Cancún durante las vacaciones de Navidad con su nuevo novio.

Sus carcajadas fortalecieron mi alma.

—Bien, somos como dos gotas de agua. Dime, Zachary Wallace, ¿cómo te sientes ahora que eres un gran científico?

—No lo sé. ¿Soy famoso o tristemente célebre?

—Como localizaste un calamar gigante, yo diría que eres famoso. Tal como deseabas. Aún me acuerdo de cuando diseccionabas peces, ranas y pájaros en el sótano de tu padre.

—Tienes razón. Me había olvidado.

—Yo no. Me acuerdo de todo. Para mí, fueron buenos tiempos. ¿Te ha dicho True que estoy haciendo un curso por correspondencia en la universidad local?

—Eso es fantástico.

—No, pero es un principio. Estoy aprendiendo todo tipo de cosas. ¿Sabías que el ojo de una ostra es más grande que su cerebro?

—No, pero no lo olvidaré.

Sonrió, y luego se puso melancólica.

—Leí lo del sumergible que se hundió. Uno de los hombres murió, ¿eh?

—Fue un accidente.

—Lo sé. Me alegré de que salieras bien parado.

—Técnicamente, me ahogué.

—El artículo decía que estuviste a punto de ahogarte.

—No, me morí. Pffffff.

—¿Cómo se sabe que estás muerto? ¿Viste una luz celestial?

—Más o menos.

Nervioso, miré por encima del hombro para ver dónde estaba True con aquellas bebidas. Estaba en la barra, absorto en una conversación con dos escandinavas casi desnudas que le estaban enseñando los piercings del ombligo.

Hice una seña a la camarera.

—Bien, Zack, ¿qué se supone que hace uno cuando vuelve de entre los muertos?

—Se emborracha, se deprime y regresa a las Tierras Altas. ¿Qué, si no?

Reímos y hablamos y bebimos y comimos y flirteamos. Una hora después, nos largamos del pub y paseamos medio borrachos por el centro de la ciudad, tomados del brazo, y supe que jamás había querido a Lisa, al menos que nunca había estado «enamorado», porque lo que sentía ahora era como caminar en el aire.

—¿Te ha contado True cómo me gano la vida? —preguntó ella.

—Fue impreciso. Algo acerca de que trabajabas en Brackla.

—Hago visitas guiadas en un barco que sale de los muelles del hotel Clansman.

Es un Sea Angler de segunda mano, de unos nueve metros de eslora. Arriba hay bancos para los turistas, y abajo vivo yo. ¿Quieres verlo?

Era la clase de frase que un hombre tal vez tardaría en oír toda su vida, pero la idea de subir de noche a un barco amarrado en el lago Ness me serenó como un pozal de café.

Aun así, se trataba de amor, y el amor (y la lujuria) lo conquistan todo. Subimos a la Harley y nos dirigimos hacia el norte por la A82, con el viento aullando en nuestro pelo y Brandy mordisqueándome el lóbulo de la oreja, lo cual me estaba volviendo loco.

Brackla es una aldea situada en la orilla noroeste del lago, a mitad de camino entre Drumnadrochit y Lochend. Su atractivo reside en el Clansman, el único hotel (a excepción del complejo turístico de Angus) enclavado en las orillas del lago Ness. El hotel cuenta con veintiocho suites, todas con vistas panorámicas al lago, junto con amplios comedores y salones que han acogido muchas bodas y cenas con bailes escoceses.

Justo detrás del hotel Clansman había una ensenada rectangular que hacía las veces de muelle del lago. El barco de Brandy, el *Nessie III*, estaba amarrado al final de un embarcadero. Cuando cruzamos la pasarela de madera que conducía a su amarradero, sentí el estómago revuelto.

—¿Y bien, Zachary? ¿Qué te parece?

—Eso depende. ¿Qué fue del *Nessie I* y el *Nessie II*?

—Ah, se los comió el monstruo —bromeó ella, y me acarició la entrepierna.

Me sentí mareado.

—Brandy, ¿por qué no volvemos al hotel y...?

—Vamos, te voy a dar un paseo. —Sin hacer caso de mis protestas, me tomó de la mano y me arrastró a bordo, al tiempo que recitaba más datos oscuros que había aprendido durante su curso por correspondencia—. ¿Sabías que las mariposas prueban los sabores con las patas?

Bancos de madera blanca, paralelos entre sí y clavados a la cubierta principal, ocupaban la longitud de ésta. En la proa estaba la caseta del timón, con la entrada enmarcada por un par de puertas. Una daba acceso a un váter con lavabo, y la otra conducía a los aposentos privados de Brandy.

El miedo aceleró mi pulso cuando Brandy me obligó a bajar, al tiempo que señalaba la sala de máquinas, la cocina y el cuarto de baño restaurados. Y después, me guió hasta su camarote, se quitó las sandalias y me besó con tuerza en los labios.

Su lengua con sabor a whisky escocés revoloteó en mi boca, mientras su mano me bajaba la cremallera del pantalón. Manoteé como un orangután la parte posterior de su sujetador, cuyos cierres parecían soldados.

—Deja.

Se llevó las manos a la espalda y liberó sus pechos.

Durante un preciado momento, el deseo se impuso a mi fobia..., hasta que el barco subió y cayó bajo media docena de olas, y el miedo volvió a insinuarse en mis tripas, como si hubieran arrojado agua helada sobre mi erección.

Pegué un bote cuando me desabrochó la hebilla de mi cinturón.

—Brandy, espera, yo... No puedo hacer esto.

—¿Por qué? —ronroneó ella—. ¿Tu mango también pereció en los Sargazos? Tendré que resucitarlo, ¿eh?

—¡No! —Los pensamientos se agolpaban en mi mente, pues no quería que se repitiera lo ocurrido en South Beach—. O sea, tu padre... Es tu padre. Se enterará de que me he quedado contigo esta noche.

—¿Desde cuándo te importa una mierda lo que piense mi viejo?

—Desde..., desde que me salvó la vida. Si me acostara contigo esta noche, nuestra primera noche juntos, sería una falta de respeto hacia él, ¿no? Y eso estropearía cualquier oportunidad de reconciliarnos con él más adelante.

—Me da igual. Odio a ese hijo de puta más de lo que tú odias a Angus, así que quítate la ropa, necesito sentirte dentro de mí.

El barco osciló bajo nosotros, y me entró el pánico de un oso caído en una trampa.

—¿Qué? ¿No quieres estar conmigo? ¿Es eso?

—No, digo sí, lo juro...

—Entonces, ¿qué pasa? Estás pálido como un espectro, y tiembles. Ven, nos acostaremos.

—Yo... ¡necesito aire!

Me puse los tejanos, subí corriendo la escalera, con la cubierta principal dando vueltas en mi cabeza mientras saltaba por encima de la barandilla de popa y aterrizaba con torpeza sobre el muelle.

—Zachary Wallace, ¿adónde crees que vas?

Miré hacia atrás, mientras las aguas oscuras remolineaban a ambos lados.

—¡Te llamaré! ¡Me pasaré mañana!

Sin esperar la respuesta, bajé dando tumbos por la pasarela hasta llegar al aparcamiento, y después seguí corriendo hasta llegar a un bosquecillo.

Apoyado contra el tronco de un pino, cerré los ojos, con los miembros temblorosos mientras hiperventilaba como un ciervo aterrado.

... en el caso de una isla, o de un país rodeado en parte por barreras, en que formas nuevas y mejor adaptadas no podrían entrar a su antojo, deberíamos tener lugares en la economía de la naturaleza que se poblarían mejor si los habitantes originales se modificaran de alguna manera, pues si la zona hubiera estado abierta a la inmigración, los intrusos se habrían apoderado de esos mismos lugares. En tales casos, leves modificaciones, que en ningún caso favorecieran a los individuos de ninguna especie, consistentes en adaptarlos mejor a sus condiciones alteradas, tenderían a conservarse, y la selección natural tendría campo libre para progresar.

CHARLES DARWIN,  
*El origen de las especies*, 1859

## Capítulo 10

*Bajo el agua... No puedo ver... No puedo respirar. Helado, asustado. Pataleo con la pierna libre, me retuerzo y pataleo, no tragar agua. La garganta me arde, los oídos están a punto de reventar, me ahogo, sigo pataleando... me retuerzo, me revuelvo...*

*¡Libre!*

*Nado, pataleo, el tobillo me duele mucho. Gruñidos gorgoteantes... ¡Suben hacia mí! ¡Oh, Dios, Zachary... ve hacia la luz!*

Golpeé y pataleé, arranqué las sábanas del colchón, aparté la asfixiante manta de lana de mi cara, al tiempo que saltaba de la cama y salía disparado por la puerta principal de la cabaña del hotel como si se hubiera declarado un incendio.

Jadeante, tembloroso, el aire de la montaña enfrió mis pantalones cortos y la camiseta, empapados en sudor, y el frío contribuyó a despertarme.

«Estás bien... Estás bien... Estás bien...»

Paseé la vista a mi alrededor, jadeante. El bosque estaba silencioso, la soledad pesaba a la luz previa al amanecer. Y entonces, mis ojos captaron un movimiento.

Era el viejo MacDonald, que cruzaba el bosque. Al verme, se detuvo y se escondió tras un grupo de abedules.

—¿Señor McDonald?

Se empeñó en continuar inmóvil, lo cual consideré algo más que raro, así que decidí acercarme. Cualquier cosa con tal de distanciarme de los terrores nocturnos.

—Vuelve a tu cabaña.

Iba vestido con una túnica negra de aspecto casi medieval, con una X de color púrpura tejida alrededor de un emblema en forma de corazón.

La túnica estaba manchada de sangre fresca.

—¿Está herido, señor MacDonald?

El viejo salió corriendo, pero no me costó alcanzarle. Le agarré por el hombro y le obligué a dar media vuelta, pero me encontré con el extremo de una espada de doble filo, cuya hoja chapada en oro chorreaba sangre.

—Atrás, joven Wallace. No te metas en mis asuntos, ¿entendido?

No estaba en situación de discutir.

Me miró durante un largo momento, y después continuó bajando la pendiente montañosa en dirección a su cabaña.

Varias horas después, aún desconcertado por el encuentro surrealista con el Cascarrabias, entré con la Harley en el aparcamiento del hotel Clansman, y después

me encaminé hacia el muelle en busca de la hija del viejo.

Iba armado con un ramo de flores recién cortadas y un plan sencillo: suplicar perdón, darle las flores e invitarla a cenar en Inverness, con la esperanza de terminar en la habitación de mi hotel.

Vacilé, y después pisé el embarcadero, mientras la luz del día aplacaba los temores de la noche. Cuando me acercaba al *Nessie III*, Brandy salió de la timonera, vestida con un chándal de algodón gris.

—Vaya, mira quién está aquí. Gracias por una noche del copón, cariño.

—¿Puedo explicarme, al menos?

—Tengo una idea mejor. ¡Vete a presentar tus respetos a mi viejo, porque yo no quiero saber nada de ti!

—¡Espera, Brandy! —Subí a bordo y le entregué a toda prisa las flores—. Para ti. Yo mismo las he cogido.

—¿No lo sabes? —Olió el ramo, y después lo tiró por la borda—. Odio las flores. Flores era lo que el hijoputa de mi ex me regalaba mientras se follaba a mi enfermera.

—¡Eso no nos pasará a nosotros!

—¿Nosotros? De eso nada, monada, así que lárgate de mi barco.

—Lo siento. Deja que te compense. Pasaremos el día en Inverness. Iremos de compras, cenaremos...

—No pienso ir a ningún sitio. Zarpo dentro de cuarenta minutos con los turistas. Todas las plazas están vendidas. Además, no puedes sobornarme para que te acepte de nuevo en mi corazón, hay demasiado tejido cicatricial.

Me empujó hacia la barandilla.

—Escúchame, por favor, Brandy. Eres la primera cosa buena que me ha pasado desde hace mucho tiempo, y no quiero cagarla.

—Tendrías que haberlo pensado anoche.

—Concédeme una segunda oportunidad. Haré cualquier cosa.

Estuvo callada unos segundos.

—¿Cualquier cosa?

«Oh, oh...»

—De acuerdo. Como ya he dicho, tengo el barco lleno para ir a Fort Augustus. Si hacemos un buen trabajo, casi todo el mundo me contratará para el viaje de vuelta.

—¿Hacemos?

—Has dicho que harías cualquier cosa, así que harás de primer oficial. Cuando regresemos, me ayudarás a limpiar el barco, y después podrás llevarme a cenar a Inverness.

Antes de que pudiera negociar, se quitó la sudadera con capucha y reveló curvas bronceadas apenas ocultas tras un bikini de algodón negro de infarto.

Mi hemisferio izquierdo le daba vueltas al asunto, mientras el derecho cerraba el

trato.

Cuarenta minutos y una triple dosis de pastillas después, mi cerebro zumbaba como una abeja mientras desanudaba la bolina del *Nessie III*, lo cual permitió que el abarrotado barco se alejara del muelle. Había veintitrés pasajeros a bordo del barco, cuando lo legal habría sido dieciocho, pero por lo que a mí respecta habrían podido sumar un centenar.

Demasiado desequilibrado para estar de pie, me apretujé en un banco encarado a estribor, entre un estadounidense llamado Clay Jordan, que iba con su esposa alemana y sus dos hijos, y una mujer paranchina llamada Bibi Zekl, empleada de una librería, que estaba de vacaciones con su marido, Stefan. Al cabo de nada, el *Nessie III* se dirigió hacia el sur, todos los ojos, salvo los míos, clavados en el agua cuando nos acercamos a la bahía de Urquhart.

Brandy estaba en la timonera, actuando al mismo tiempo de capitán del barco y de guía turístico. Anunció por dos altavoces que no dejaban de emitir ruiditos:

—Bienvenidos a las Tierras Altas. En Escocia llamamos *lochs* a los lagos, y el más grande y profundo es el Loch Ness, con más de treinta y seis kilómetros de longitud. Eso son veintitrés millas para nuestros huéspedes norteamericanos. Desde Tor Point al sur, mide una milla de ancho, con profundidades superiores a ciento ochenta metros, o seiscientos pies. Por asombroso que parezca, el lago Ness es más profundo todavía que el mar del Norte.

»Nos estamos acercando a la bahía de Urquhart a estribor, o a la derecha. La bahía de Urquhart es una de las partes más profundas del lago, pues desciende a profundidades de doscientos cuarenta metros, casi ochocientos pies.

»El lago Ness es uno de nuestros cuatro lagos largos y estrechos que atraviesan en diagonal las Tierras Altas escocesas. Cuarenta ríos y arroyos, lo que nosotros llamamos "burns", desembocan en el lago Ness, y solo uno, el río Ness, nace en el lago y desemboca en el estuario de Moray y en el mar del Norte. ¿Sabían que el lago Ness contiene más agua que todos los lagos y ríos de Inglaterra y Gales juntos? El agua es extremadamente fría, unos cinco grados centígrados, y la visibilidad es muy escasa. Eso es debido a la turba, partículas de tierra arrastradas por los ríos y que dan al lago un sabor ácido. Si van a beberla, recomendamos que añadan un chorro de whisky barato.

La mujer alemana, Bibi, me dio un codazo y rió, mientras se preguntaba por qué hacía la visita guiada con los ojos cerrados detrás de las gafas de sol.

—Bien, ¿sabrían decirme por qué es famoso el lago Ness?

—¡Por el monstruo del lago Ness!

—Exacto. A lo largo de los años se han producido miles de avistamientos, pero el primero tuvo lugar hace más de mil cuatrocientos años, cuando san Columba viajó a

las Tierras Altas para llevar el cristianismo a sus nativos pictos. Según la leyenda, un espantoso monstruo surgió de las profundidades turbias de la bahía de Urquhart y se apoderó de un nativo que nadaba. El santo alzó la mano y gritó: «No seguirás adelante y no tocarás al hombre», y el monstruo le soltó y regresó a las profundidades.

Los niños emitieron «ohhhs» y «ahhhs», mientras yo apretaba los dientes y lamentaba no haberme dormido durante la explicación.

—Tenemos a estribor la ciudad de Drumnadrochit, donde se produjo el primer avistamiento de Nessie de la era moderna. Los señores Mackay, propietarios del hotel Drumnadrochit, iban en coche por la A82 en 1933, poco después de que se construyera. Desde la carretera vieron una bestia enorme que rodaba y se sumergía en medio del lago. Pronto, centenares de personas empezaron a informar sobre avistamientos similares, y ahora el lago atrae la atención de cazadores de monstruos del mundo entero. Se han filmado docenas de documentales en estas aguas, incluyendo una película protagonizada por Ted Danson. También han venido científicos famosos a visitar el lago, y hoy, damas y caballeros, me emociona decir que tenemos con nosotros a un invitado muy especial...

«¡Mierda!»

—... en exclusiva, solo a bordo del *Nessie III*, está uno de los biólogos marinos más importantes del mundo...

«No, Brandy, no lo hagas...»

—... el único hombre que ha visto a un calamar gigante en su propio habitat...

«¡Estúpido hijo de puta! ¡Mira lo que pasa cuando piensas con el hemisferio cerebral que no toca! Tendrías que haberte quedado en Inverness. Tendrías que...»

—... recién llegado de Estados Unidos, a través de las Tierras Altas, el doctor Zachary Wallace, originario de Drumnadrochit.

Abrí los ojos cuando sonaron los aplausos, y mi corazón latía como un timbal.

—Levante la mano para que le veamos, doctor Wallace. ¿Doctor Wallace? Vamos, hombre, no sea tímido.

Levanté la mano y aferré el borde del banco con la otra.

—Estoy segura de que al doctor Wallace le encantará responder a sus preguntas, ¿no es cierto, doctor?

Con el rabillo del ojo vi que el hijo mayor de Clay Jordan levantaba la mano muy emocionado.

—Doctor Wallace, ¿usted cree en Nessie?

—No.

—¿Por qué no?

La pregunta procedía de la parlanchina mujer alemana.

—Nessie es folclore —surgió de mi garganta seca.



Brandy me rescató, aunque solo un momento.

—Oh... A ver, si esperan un momento para hacer sus preguntas al doctor Wallace, estamos pasando ante el castillo de Urquhart, uno de los puntos más populares del lago. Muchas fotos famosas del monstruo se han tomado desde la orilla de este castillo en ruinas y...

—Eh —dijo una canadiense de pelo oscuro—, ¿no es este el lugar donde asesinaron a ese ricacho?

—John Cialino, en efecto —contestó Wezzi Hoeymans, una visitante de Holanda—. ¡A lo mejor vemos su cadáver!

Los pasajeros siguieron a la joven de cabello púrpura hasta la barandilla de estribor, mientras tomaban fotos de la orilla como una pandilla de paparazzi famélicos.

La radical redistribución de la masa fue demasiado para la sobrecargada embarcación, que empezó a oscilar. Su francobordo de sesenta centímetros desapareció enseguida cuando la barandilla de estribor se inclinó peligrosamente cerca del agua.

Brandy luchó con el timón.

—Siéntense... Por favor, el barco ha de mantener el equilibrio. Siéntense, por favor, no querrán que nos hundamos.

No le hicieron caso y siguieron filmando, ajenos al peligro.

—¡Siéntense de una puta vez!

De qué profundidades surgió aquel berrido lo ignoro, pero salió de mi boca y resonó en todo el lago, como si el mismísimo sir William hubiera lanzado sus tropas a la carga.

Los pasajeros se quedaron petrificados, y después volvieron a toda prisa a sus asientos con el rabo entre las piernas.

Brandy me miró estupefacta.

Tartamudeé una disculpa.

—Lo siento. Yo... Es que no quiero que nos hundamos en estas aguas heladas... Hum... Sobre todo, con el monstruo tan cerca.

Como la había cagado, pisé la mierda.

—Pero, doctor Wallace, acaba de decir...

—Dije que no creo en el folclore de Nessie, pero no cabe duda de que algo grande vive en el lago Ness, de eso estoy seguro.

Las palabras salieron de mi boca, y una vez más, no las reconocí.

La multitud sí, y se congregaron a mi alrededor al instante, con las cámaras apuntadas hacia mí como si fuera Mel Gibson.

—Continúe, doctor Wallace —me animó Brandy—, no se pare ahora.

Con gotas de sudor que brotaban de todos mis poros, y los pantalones cortos

encajados en la raja del culo, apreté los dientes y clavé la vista en la orilla lejana.

—Con... con el fin de comprender los misterios del lago Ness, primero... Bien, primero hemos de separar la ciencia verdadera de todas las tonterías de la leyenda. Por ejemplo, algunos habitantes de las Tierras Altas hablan de Kelpie, una especie de hipocampo, que vive no solo en el lago Ness sino en otros de la zona..., e incluso en lagos de todo el mundo. En el lago Lochy, llaman a su monstruo Lizzy, y en el lago Champlain, la bestia se conoce como Champ.

Una estadounidense rubia y pálida señaló de repente desde su silla de ruedas y gritó.

—¡Oh, Dios mío, miren! ¡Allí está!

Los pasajeros se pusieron en pie, y varios utilizaron sus prismáticos.

—¡Eh, está ahí! ¡Es el monstruo!

Una avalancha de carne se abalanzó hacia la barandilla de babor, y la multitud señaló una serie de jorobas que se estaban moviendo en la superficie espejeante, a varios cientos de metros de distancia.

—Doctor Wallace, doctor Wallace, ¿lo ve?

El barco empezó a oscilar de nuevo, esta vez a babor.

—No es el monstruo —dije con autoridad—, de modo que siéntense.

—No, mire, se está moviendo... Caramba, ha desaparecido.

—Solo era una ola, señores. Siéntense y se lo explicaré.

Los pasajeros volvieron a sus asientos de mala gana, con los ojos todavía clavados en el este, mientras el *Nessie III* se aposentaba en el agua.

Me volví hacia la mujer de la silla de ruedas.

—¿Cómo se llama, señorita?

—Kate Coffey.

—Kate, ¿ve las montañas que forman murallas a lo largo de las orillas del lago? Esas montañas continúan debajo del agua y crean una especie de paleta geológica, de entre doscientos diez y doscientos cuarenta metros de profundidad. Piense en el lago Ness como la versión geológica de una bañera gigantesca. Cuando usted chapotea en la bañera de su casa, crea olas que se estrellan en el lado opuesto de la bañera y regresan. El lago Ness funciona más o menos así. Cuando un barco como el nuestro pasa ante una orilla empinada como la del castillo de Urquhart, la estela del barco golpea la cara del acantilado y regresa de nuevo. El lago Ness es tan grande que, a veces, el barco que crea la estela ya se ha alejado mucho cuando se refleja en el siguiente barco que pasa. Cuando el agua está calma como hoy, una estela refleja que se mueva en ángulo hacia otra estela refleja creará una alteración muy similar a múltiples chepas en el agua.

—¿Eso fue lo que vi?

—Exacto. No se preocupe, Kate, engaña a muchos, aunque la gente tiende a ver

lo que desea ver. Barcos de quilla larga, como transbordadores o remolcadores, provocan otra ilusión óptica popular. Cuando atraviesan el lago Ness, estos poderosos barcos crean alteraciones en el oleaje que recorre el fondo. Cuando estas olas llegan a aguas menos profundas, la energía es enviada a la superficie, lo cual provoca una gran agitación de las aguas; la gente jura que es el monstruo emergiendo.

—Cuéntenos más cosas —dijo la alemana, mientras me tomaba una foto con la cámara digital de su móvil.

Continué, pues la conferencia, combinada con los efectos de mis pastillas, aplacaba mi hidrofobia.

—La abundancia de fauna en el lago Ness ha engañado a los turistas durante décadas. La zona acoge cormoranes, aves acuáticas de gran cuello que asoman del agua. También patos Merganser, capaces de volver locos a quienes pretenden ver a Nessie. Cuando atraviesan el agua, los patos crean estelas en forma de V, lo cual da la impresión de que algo enorme se está moviendo bajo la superficie. Desde lejos, una fila de patos puede parecer chepas en el agua. También se encuentran en el lago Ness ciervos, nutrias y focas, además de pumas, tejones, leopardos, linceos, ovejas, cabras y ratas...

—¿Ratas?

—No se preocupen. Las anguilas se las comen.

—¿Las anguilas? —preguntó Kate Coffey.

—Se trata de una especie de anguila muy desagradable que habita en Gran Bretaña, con dientes afilados y...

—Una vez vi una morena en el acuario —dijo el hijo mayor de los Jordan, Neil—. Era guay.

—Estas anguilas son muy diferentes de las morenas —dije—. Son largas, con forma de serpiente, de cuerpo grueso y dos aletas que les permiten reptar sobre la tierra. Se considera el pez más taimado y agresivo que pueda pescarse.

—¿Son muy grandes ?

—Los machos no crecen mucho, tal vez alcancen diez kilos, pero las hembras... Pueden medir tres metros y medio y pesar más de cuarenta kilos.

—Caramba.

—¿Nacen en el lago Ness? —preguntó Clay Jordan.

—La verdad es que no...

Me interrumpí cuando la semilla de un pensamiento se plantó en mi inconsciente, pero el chirrido de los altavoces de Brandy retardaron su crecimiento.

—Siento interrumpirle, doctor Wallace, pero si todo el mundo mira a estribor, verán Achnahannet. En los años sesenta, este pequeño pueblo era el emplazamiento de la Agencia de Investigación de Fenómenos. También fue en estas aguas donde el famoso corredor de lanchas motoras John Cobb murió trágicamente en 1953, cuando

intentaba batir el récord mundial de velocidad en el agua.

—¿Le mató el monstruo, doctor Wallace?

Formuló la pregunta una estadounidense que exhibía una docena de anillos corporales de aspecto muy doloroso.

—Bien, señorita...

—Johnston, Dena Johnston. Fue Nessie, ¿verdad?

—Dígame, Dena, ¿qué es más probable: que un animal prehistórico surja de las aguas y ataque la embarcación, o que John Cobb perdiera el control cuando su velocidad superó los trescientos sesenta kilómetros por hora?

—No sé a qué velocidad iba, pero es posible, ¿no? O sea, he visto fotos submarinas, fotos que plasman con claridad la aleta del monstruo. ¿Cómo puede negarlo?

—Por desgracia, la famosa foto de la que usted habla no era la original de Robert Rines, sino una versión ampliada, manipulada por un ambicioso estudiante que trabajaba en el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA. Fue su proceso de escaneo de la señal digital lo que causó el efecto de la aleta, no el negativo original de Rines.

Un pesado silencio cayó sobre el barco. Los pasajeros debían de sentirse decepcionados porque me había dedicado a destrozarse la leyenda del lago Ness.

Brandy intentó levantar los ánimos.

—Eh, amigos, Invermoriston a nuestra derecha, miren Invermoriston. La aldea está rodeada de un espeso bosque conocido como...

—No tan deprisa, doctor Wallace. —Un norteamericano con una camiseta de la Universidad de Iowa levantó la mano—. James Keigan, escribo mucho en internet, y mis blogs giran en torno a lo inexplicable. Después de llevar a cabo exhaustivas investigaciones, estoy de acuerdo con los expertos que consideran a Nessie un plesiosauro.

Cabeceos de asentimiento.

—Bien, James, como ha llevado a cabo «exhaustivas investigaciones», tal vez podría explicarnos cómo es posible que un plesiosauro, un reptil acuático prehistórico que se extinguió hace sesenta y cinco millones de años, viva todavía en las aguas del lago Ness.

—En primer lugar, los plesiosauros y los ictiosauros vivían en la zona del mar del Norte. ¿Lo niega?

—En absoluto.

—¿Y niega que el lago Ness estuvo abierto al mar del Norte, antes del último período glacial?

—Técnicamente, el lago Ness todavía desemboca en el mar del Norte, pero el río Ness es demasiado poco profundo para ocultar algo tan grande como un plesiosauro.

—Lo sé, pero ¿no es posible que exista todavía un pasaje submarino desconocido, que comunique el mar del Norte con el lago Ness?

—Eso son teorías, no hechos. De todos modos, todavía no ha utilizado sus exhaustivas investigaciones para demostrarme cómo es posible que una colonia de plesiosauros que respiran aire lograra escapar de la extinción y colonizar el lago Ness sin que nadie los viera.

—No he dicho que fuera una colonia. Podrían quedar unos cuantos supervivientes.

—¿De hace sesenta y cinco millones de años?

—¿Por qué no? El celacanto se creyó extinto durante trescientos millones de años, pero descubrimos que todavía vivían, y habitaban en aguas profundas situadas ante la costa de Madagascar. Y el lago Ness es más profundo.

Varios pasajeros aplaudieron en señal de aprobación.

—En efecto, pero está comparando un reptil de doce metros con una especie de pez de aletas lobuladas que mide un metro ochenta.

—¿Qué me dice de esto?

Bibi, la alemana, alzó una copia de una foto que había comprado en Drumnadrochit. Era la famosa «foto del médico», una instantánea de un animal de cuello largo, parecido a un plesiosauro, tomada por un ginecólogo inglés, R. K. Wilson, en 1934.

—Lo siento, Bibi, esa foto es una falsificación. El fotógrafo afirmó que el animal se hallaba a varios cientos de metros de la orilla cuando la tomó. Un análisis del ángulo de la toma y sus ondas, completado décadas más tarde, demuestra que la foto se tomó desde tan solo treinta metros de distancia. El hombre que la hizo acabó confesando antes de morir que había utilizado un modelo en miniatura.

—¡Atención, atención! —interrumpió Brandy—. Nos estamos acercando a Eileen Mhuireach, o Isla de Murdoch, llamada a veces Cherry Island. La isla, la única del lago Ness, es una estructura artificial llamada *crannog*. Fue construida en el siglo XVI como refugio fortificado. Este *crannog* en concreto está hecho con una balsa de troncos de roble y rocas pesadas. El conjunto *está* fijo al fondo mediante una serie de postes de madera.

Los pasajeros apenas miraron la isla artificial, con su atención todavía concentrada en mí.

Un fornido estadounidense se levantó del otro extremo del banco, y reconocí su físico de luchador, cubierto de tatuajes.

—Nos conocimos hace años, doctor Wallace. Chris Oldham.

—Sí. Usted era uno de los ayudantes de producción que trabajaban en aquel especial de NOVA<sup>[7]</sup>.

—Exacto. *La bestia del lago Ness*, el que emitieron en el 99. Nuestro programa

reunió a los investigadores Charlie Wyckoff y Bob Rine. De todos modos, si no lo ha olvidado, pese a tener acceso a equipos de sonar modernos y cámaras submarinas de alta tecnología, nuestra investigación no obtuvo nada concluyente.

—Como las demás investigaciones que la precedieron.

—Exacto. Bien, ha empezado esta excursión afirmando estar seguro de que algo grande habita en este lago. Esas fueron sus palabras. Procedentes de la única persona que ha visto un calamar gigante vivo, bien, digamos que me tomo muy en serio su afirmación. En cualquier caso, todo lo que ha dicho desde entonces contradice dicha afirmación.

Un punto púrpura revelador se insinuó en la comisura de mi ojo derecho.

—Nos ha contado de manera muy elocuente todo lo que el monstruo no es. ¿Podría decirnos qué es en realidad el monstruo?

Murmullos de asentimiento. Los pasajeros se acercaron más para escuchar.

—Tal vez debería aclarar mi anterior afirmación. No es más que una creencia personal.

—¿Basada en qué pruebas?

Brandy bajó de la timonera.

—Nos explicará esas pruebas con pelos y señales durante nuestro viaje de regreso desde Fort Augustus, ¿verdad, doctor Wallace? Ahora, necesito que todos ustedes recojan sus pertenencias, ya que vamos a atracar dentro de pocos minutos. Un descanso de dos horas les concederá tiempo suficiente para hacer un poco de turismo y compras. Fort Augustus es el pueblo más grande del lago Ness, con muchos restaurantes y tiendas estupendos. Recomiendo que paren en la abadía, y no me cabe duda de que querrán ver...

Pero la cháchara de Brandy no disuadió a Oldham.

—¿Sí o no, doctor Wallace, cree que grandes y misteriosos animales acuáticos habitan en el lago Ness?

Los pasajeros aguardaron.

Brandy volvió a la timonera, al tiempo que asentía vigorosamente.

Cerré los ojos, mientras la migraña vacilaba con mi ojo derecho, y los fantasmas del lago Ness, con mi columna vertebral.

—Es una pregunta sencilla, doctor Wallace. ¿Sí o no?

—No.

Gemidos de decepción.

—Entonces, ¿nos mintió antes?

—No mentí. Lo que tendría que haber dicho, lo que quería decir, era que podría haber algo grande ahí abajo, pero sea lo que sea, no es nada relacionado con la tradición popular de Nessie que conocemos.

—Muy bien, si cree eso, ¿por qué no investiga el lago? Aunque no se haya dado

cuenta, el incidente de los Sargazos, combinado con todo lo que le ha pasado a su padre, ha despertado un gran interés en nuestros patrocinadores. Yo diría que la coincidencia en el tiempo no podría ser más oportuna para una investigación bien financiada del lago Ness, dirigida por el doctor Zachary Wallace en persona.

Los pasajeros aplaudieron con entusiasmo.

—¿Es eso lo que le ha traído a este barco, señor Wallace?

La sonrisa reveló sus intenciones.

—Digamos que intentamos dar a nuestros espectadores lo que desean. La película de Werner Herzog<sup>[8]</sup> fue irónica, la gente prefiere algo más científico. Diga la palabra, doctor Wallace, y podré contar con un equipo de filmación, un barco de investigación y un equipo de sonar a su disposición en menos de una semana.

Mi corazón latía desbocado cuando Brandy apagó el motor del *Nessie III*, y maniobró para dirigirnos hacia un amarradero del puerto deportivo de Fort Augustus.

—Doctor Wallace, ¿podría coger la bolina? ¿Hola? Zachary..., la bolina.

Me negué a efectuar el menor movimiento, mientras el dolor de cabeza continuaba aumentando y el productor de NOVA se negaba a rendirse.

—El público confía en usted, doctor Wallace. ¿Por qué no acabar con la controversia de una vez por todas?

Frustrada, Brandy agarró la cuerda y saltó al muelle.

—Creo que al doctor Wallace le gustaría meditar sobre la oferta y discutirla durante nuestro viaje de regreso, ¿no es cierto, doctor Wallace?

¿Viaje de regreso? ¿Estaba loca?

—Y todo el mundo que pague por adelantado ahora ahorrará dos libras...

—No —dije, interrumpiendo su anuncio publicitario—. Escuche, señor Oldham, agradezco su oferta, pero no soy un criptozoólogo, y no quiero que el mundo me considere como tal. Todas estas tonterías acerca de monstruos crean un ambiente imposible para llevar a cabo un estudio serio. Falsificaciones, avistamientos fraudulentos, fotos manipuladas, travesuras infantiles, películas paródicas... No es de extrañar que muchos científicos prestigiosos huyan del lago Ness como de la peste. ¿Quiere saber si un animal marino de gran tamaño vive en estas aguas? Mi respuesta es que puede que sí, pero no estoy interesado en poner en peligro mi reputación de biólogo marino para averiguarlo.

—En eso no estamos de acuerdo —dijo Oldham—. Zanzar la discusión de una vez por todas aumentaría su categoría científica.

—Dígaselo a Denys Tucker —murmuré.

—Puede que tenga miedo —conjeturó Bibi.

La migraña alcanzó su siguiente fase cuando el *Nessie III* entró en el embarcadero libre.

—¿Tiene miedo, doctor Wallace? —preguntó Oldham en tono acusador.

—No pasa nada si tiene miedo —dijo el hijo menor de los Jordan—. A mí también me daría miedo bajar al fondo del lago.

Con las tripas revueltas, palmeé la cabeza del niño de cuatro años, me puse en pie y me abrí paso entre la muralla de pasajeros.

—¡Espera, Zachary!

Sin hacer caso de los gritos de Brandy, salté al muelle, con el globo ocular muy dolorido, y me puse a buscar unos lavabos públicos en los que vomitar.



Eran las tres de la tarde de un día nublado cuando lo vi. La cabeza y el cuello se elevaban sobre la superficie en calma del lago, y se movían muy cerca de la orilla. La cabeza era pequeña en comparación con el grosor de su cuello. Al cabo de cinco minutos, un vapor que pasaba tocó su sirena y el animal, después de girar la cabeza con nerviosismo, desapareció de la vista.

Señorita RENA MACKENZIE,  
Invermoriston, 22 de diciembre de 1935

El lago Ness estaba tranquilo el día que mi primer oficial (Rich) y yo tomamos el (remolcador a vapor) *Arrow* durante su viaje inaugural desde Leith a Manchester. De repente, reparamos en un enorme animal negro, como una ballena jorobada, que salía a la superficie y avanzaba al mismo ritmo que el barco. Al principio, vimos dos gibas inconfundibles, una detrás de la otra, pero tras una breve desaparición, la bestia reapareció con siete gibas o anillos, antes de adelantar al remolcador a velocidad terrorífica, levantando grandes olas.

Capitán BRODIE,  
30 de agosto de 1938

# Capítulo 11

## *Fort Augustus, lago Ness, Escocia*

Dos horas después de atracar en Fort Augustus, salí del lavabo de caballeros agotado y pálido. Los efectos de la migraña todavía perduraban, como una mala resaca. No estaba en forma, ni física ni mental, para regresar lago arriba, y sabía que la había cagado con Brandy.

«La mejor política es la sinceridad, Zack. Háblale de tu fobia, y tendrá que perdonarte.»

Mientras ensayaba el discurso, volví lentamente hacia el *Nessie III*. Brandy se hallaba en cubierta, limpiando. Antes de que pudiera abrir la boca, se lanzó al ataque desde estribor.

—Vaya, mira quién ha decidido volver a casa. Primero, te largas anoche, y ahora me arruinas la puta visita guiada.

—¿Por qué te la he arruinado?

—¿Ves a alguien además de nosotros? ¡Maldito hijo de puta, los ahuyentaste a todos! Nunca le digas a un cliente que paga que Nessie no existe. ¿En qué coño estabas pensando?

—Espera, yo no dije eso.

—Y una mierda que no. «No, señorita Kate, eso es una ola. No, señor James, eso es un pato. No, señor productor de Nova.» Jamás arriesgaría mi puta reputación de Albert Einstein investigando una ridícula leyenda de las Tierras Altas como Nessie. Veintitrés turistas, mi mejor cargamento de toda la temporada, y los has enviado a todos corriendo a la competencia.

—Lo siento, Brandy. Desde el incidente de los Sargazos, yo...

—¡Que te den por el culo, Zachary Wallace! No quiero volver a verte nunca más, ¿me has oído? Por lo que a mí respecta, puedes volver a Inverness a rastras y ahorcarte junto con tu padre.

Como ya se había puesto como una moto, empezó a tirarme cosas. Primero el cubo y la esponja, después sus zapatos, uno de los cuales me alcanzó en pleno hombro. Todavía no satisfecha, corrió a la cocina y salió después con una sartén de hierro forjado, que pasó rozándome la cabeza. Cuando fue a por el ancla, me puse a correr.

Salí del muelle y paré un taxi. Cuarenta minutos después, el taxista me dejó ante el hotel Clansman, donde recogí la moto para regresar a Drumnadrochit.

True se había ido, probablemente a pescar. Pensé en esperarle, pero la idea de estar solo en el refugio, mientras Cascarrabias acechaba en la ladera de la montaña con su pijama y la espada del siglo XIII no era una buena opción. Dejé una nota a

True, incluida mi información de contacto en Inverness, y me fui, convencido de que aquella sería la última vez que pisaba el pueblo donde nací.

Había una nota esperándome en el hotel cuando volví.

Querido hermanito:

El lunes es un día importante para nosotros. Después de estar encerrado durante casi cuatro meses, Angus está ansioso por acabar de una vez. Da gracias a su Creador de que carne de su carne esté en el tribunal para ayudarle en esta hora de necesidad, y solicita que te pongas un bonito traje y gallumbos (calzoncillos) limpios para no indisponerte con el jurado. Nos vemos a las 8.30 de la mañana en punto.

MAXIE

La idea de mi padre aislado de la sociedad, solo en su celda, sobrio y agradecido conmigo por estar a su lado después de tantos años, consiguió que acudieran lágrimas a mis ojos.

De haber sabido lo que Angus me estaba preparando, habría tomado el siguiente vuelo a Miami.

El aislamiento [también] es un elemento importante en la modificación de las especies mediante la Selección Natural. Todas las cuencas de agua dulce juntas forman una zona pequeña en comparación con la del mar o la tierra. En consecuencia, la competencia entre especies de agua dulce habrá sido menos severa que en otras partes. Formas nuevas habrán surgido con más lentitud, y formas antiguas se habrán extinguido con más lentitud. Y es en las cuencas de agua dulce donde encontramos siete géneros de peces ganoideos, restos de un orden en otro tiempo preponderante. Estas formas anómalas podrían llamarse fósiles vivientes. Han sobrevivido hasta el día de hoy, gracias a haber habitado una zona restringida, y haber estado expuestas a una competencia menos variada, y por tanto menos severa.

CHARLES DARWIN,  
*El origen de las especies*, 1859

No me cabe la menor duda de que había algo anormal en el lago, y debe de ser el monstruo o algún objeto vivo de tamaño inusual, que estaba realizando una de sus raras apariciones.

Señor J. W. MCKILLOP,  
4 de abril de 1947

# Capítulo 12

## *Castillo de Inverness, Tierras Altas de Escocia*

—El Tribunal Supremo de Justicia reanuda la sesión. Preside lord Neil Hannam.

El juez tomó asiento detrás del tribunal, dio los buenos días a los funcionarios y habló a Max.

—Señor Rael, ¿la defensa está preparada para presentar sus argumentaciones?

—Sí, señoría.

—Puede llamar a su primer testigo.

—Llamo al estrado al señor Angus William Wallace, de Drumnadrochit.

Angus se volvió, me saludó con la mano y juró.

—Señor Wallace, ¿cuál era su relación con el fallecido?

—Éramos amigos y socios comerciales en una ocasión.

—Describa al Tribunal Supremo sus relaciones comerciales con el señor Cialino.

—Cialino Ventures estaba interesada en construir un complejo turístico de cinco estrellas, con hotel y apartamentos, en una parcela de tierra que poseían mis antepasados, dominando el lago Ness. Le vendí el terreno, que me sería pagado a plazos. Me debía el último pago, y llevaba meses dándome largas. Así que me llegué a la obra y nos fuimos a dar un paseo para charlar.

—¿Y?

—Y el mentiroso hijo de puta me dijo que iba escaso de dinero, lo cual era falso, teniendo en cuenta que acababa de comprar a su amante un bonito collar de diamantes tan solo un par de días antes.

Desvié la vista hacia Theresa Cialino, quien no parecía impresionada por el comentario sobre la amante.

—Johnny no lo sabía, pero vi a su querida llevarlo puesto cuando salieron de la joyería. Menudo pedazo piedra para ese capullo. No me pillarán a mí pagando por...

—¡Protesto! —El fiscal se había puesto en pie—. Señoría, no estamos juzgando la vida privada de la víctima.

—Se acepta —dijo el juez, con una expresión de malas pulgas que pretendía advertir a Max.

Max indicó a Angus que se calmara.

—¿Qué sucedió después de que el señor Cialino le dijera que iba escaso de dinero?

—Dijo que me pagaría después de que el complejo empezara a dar beneficios, y si no me gustaba, mala suerte, era el precio de hacer negocios con los Cialino. Le di un puñetazo.

—¿Golpeó al señor Cialino?

—Sí, en la nariz. No se la rompí, pero fue un buen golpe y retrocedió unos pasos dando tumbos, blasfemando como un poseso, y luego se torció el tobillo con una piedra y cayó al lago Ness.

—¿Qué pasó después?

—Me puse de rodillas y miré por encima del borde. John había emergido y se mantenía a flote, aunque le salía sangre de la nariz. Grité: «Y este es el precio de hacer negocios con un Wallace, hijo de puta tramposo». De pronto, el agua se llenó de salmones, habría cientos de ellos. Algunos saltaban fuera del agua, otros golpearon a John en la cabeza. Me hizo reír, pero entonces..., el sol se escondió tras una nube y lo vi.

—¿Qué vio?

Los bancos crujieron al unísono cuando el público se inclinó hacia delante para escuchar.

—Era un animal enorme, alargado como una serpiente, debía de medir quince metros de longitud, como mínimo, y estaba dando vueltas alrededor de John y aquellos salmones como un lobo hambriento. De color gris, o quizá marrón, es difícil decirlo porque se mantenía justo debajo de la superficie, y la visibilidad en el lago es como mirar a través de una cerveza negra. Distinguí una curiosa aleta dorsal que recorría todo el cuerpo, como la crin de un caballo. John no podía ver el animal, pero debió de sentir el agua que desplazaba al dar vueltas, y le entró el pánico de golpe y me pidió auxilio.

—¿Qué hizo usted?

—No podía hacer nada, porque lo que sucedió a continuación fue muy rápido. El sol apareció de nuevo y bañó la superficie, su reflejo me cegó, de modo que perdí de vista al animal. Y entonces...

Angus hizo una pausa y se pellizcó el puente de la nariz con una mano temblorosa.

—Continúe.

—Entonces, John soltó un grito..., un aullido terrible, lo más espantoso que he oído en toda mi vida, pero se interrumpió de repente cuando el animal lo agarró y lo arrastró hacia abajo, y los dos desaparecieron.

La sala estalló en cien conversaciones distintas. Algunas personas reían histéricamente, otras se mostraban estupefactas, aullaban y blasfemaban como si hubieran visto al Espíritu Santo. La viuda de Cialino se mordió el labio y cubrió su cara con las manos, y más de una vieja se desmayó sin más.

¿Y yo? Sentado muy quieto, incrédulo.

El juez golpeó la mesa con el mazo para imponer silencio, y a punto estuvo de romperlo.

—Permítanme recordarles que esto es el Tribunal Supremo. ¡Otro escándalo y

ordenaré desalojar la sala!

El silencio que siguió fue ensordecedor, porque nadie, excepto yo, quería marcharse.

El juez se volvió hacia Angus, con expresión escéptica.

—Señor Wallace, ¿está declarando en serio, bajo juramento, que vio al señor Cialino devorado por... por el monstruo del lago Ness?

—Devorado no, señoría, sino apresado y arrastrado hacia abajo, sin duda.

Cerré los ojos y recé para no ver puntos púrpura.

Angus se volvió hacia el jurado y procedió a recitar un discurso muy bien ensayado.

—No busco coartada para mis actos. Hice mal al golpear a mi amigo y socio comercial, y jamás deseé que cayera por el borde del acantilado, eso fue un acto de Dios. Pero he jurado decir la verdad, y eso es lo que he hecho. Da igual lo que piensen, yo vi a la bestia, y ella me vio a mí. Tanto si se apoderó de John Cialino a posta o de manera accidental, nunca lo sabremos, pero lo agarró y se lo llevó al fondo. Aunque la policía drague el lago Ness desde ahora hasta el día en que me ahorquen, no encontrarán nada, tomen nota de mis palabras, y jamás cambiaré mi declaración, porque es verdadera, de modo que Dios me ayude.

El juez volvió a golpear con el mazo, silenció los murmullos, y después pidió que todos los abogados se reunieran de inmediato con él para conferenciar.

La sala respiró y el frenesí de los medios se desató al instante. Los reporteros se pusieron a teclear como maníacos en sus ordenadores portátiles y Blackberrys a la mayor velocidad con que podían moverse sus dedos manchados de nicotina, mientras otros llamaban a los directores de sus periódicos por el móvil, pidiendo espacio en la primera plana de la edición vespertina.

El juez regañó a Maxie con una dura expresión.

—Señor Rael, le advierto que si intenta convertir este juicio en un circo, le denunciaré por desacato y le quitaré su permiso para ejercer.

—Señoría, el acusado nos ha relatado lo sucedido, y tenemos la intención de demostrarlo al jurado.

—Me gustaría verlo —dijo con desdén Jennifer Shaw, la ayudante del fiscal.

Mientras los veía hablar, mi mente sufrió una especie de experiencia extracorporal. ¿De veras me encontraba en Escocia? ¿Acababa de testificar mi padre que la víctima había sido arrastrada al fondo por el monstruo del lago Ness?

¿Y qué papel iba a desempeñar yo en todo esto, la última jugarreta de Angus?

Los abogados volvieron a sus asientos.

Había llegado el momento de que empezara el Acto 2.

—Señor fiscal, ¿desea usted interrogar al testigo?

—En efecto, señoría —replicó Milchell Obrecht, y su voz retumbó en la sala de

doscientos años de antigüedad—. Señor Wallace, he sido fiscal durante doce años y abogado durante otros ocho antes de eso, y en todos estos años jamás escuché un testimonio tan ridículo y fantasioso como el suyo. La leyenda de que existe una bestia marina en el lago Ness nunca ha sido demostrada en catorce siglos, y si bien se acepta que es un misterio, no existe prueba documental de que alguna persona haya sido atacada.

—Se olvida del guerrero picto al que salvó san Columba. Y hay muchos más ataques que fueron documentados como simples ahogamientos.

—Tonterías, ridiculeces. ¿Qué pruebas ofrece para respaldar esa afirmación?

—En este momento, solo mi palabra.

—¿Su palabra? ¿Nos toma a todos por idiotas, señor Wallace, o está tan solo...?

Maxie le interrumpió.

—Protesto, señoría. Si el señor fiscal ha de preguntar algo al testigo, que lo haga, pero que no aproveche la circunstancia para sacar conclusiones.

—Se admite. Continúe, señor.

Pero el fiscal no tenía nada más que añadir, porque ¿cómo se demuestra o no la existencia de una leyenda en un tribunal?

Max Rael nos lo estaba a punto de demostrar.

—Llamo al estrado al señor Calum Forrest, de Invermoriston.

Un escocés alto y delgado, casi setentón, subió al estrado y juró.

—Señor Forrest, ¿cuál es su ocupación actual?

—Alguacil del lago Ness.

—¿Desde cuándo ocupa ese cargo?

—Diez años y dos meses, pero fui ayudante del alguacil durante los diecisiete años anteriores.

Max retrocedió hacia su mesa y extrajo un documento de una carpeta de papel manila.

—Señor Forrest, ¿quiere hacer el favor de explicar al Tribunal Supremo el contenido de este documento?

Calum Forrest le dirigió un rápido vistazo.

—Es el informe de accidentes que entregué hace varias semanas.

—¿Informe de accidentes en el lago Ness?

—Sí.

Max entregó el documento al testigo.

—Señoría, me gustaría que este documento conste como prueba A de la defensa.

—Aceptado.

—Señor Forrest, ¿cuántas personas se ahogaron el año pasado en el lago Ness? No tenga reparos en utilizar el documento como referencia.

—¿El año pasado? Nueve.



—¿Y el año anterior?

—Cinco.

—¿Y el año anterior?

—Seis.

—¿Cuál sería la media anual de las dos últimas décadas, excluidos los nueve últimos meses?

—Más o menos igual, diría yo, unas seis al año.

—En su opinión, como alguacil, ¿por qué se ahoga tanta gente en el lago Ness ?

—Bien, el Ness es muy grande, por supuesto, y las aguas son frías..., muy frías. Muchos turistas no se dan cuenta de lo frías que están hasta que su barca vuelca y se caen. Bastan uno o dos minutos de estar expuesto al agua para que el cuerpo empiece a entumecerse.

—¿Cuál puede ser la causa de que una barca vuelque?

—Puede ser debido a montones de cosas. El Great Glen es como un túnel de viento gigante, y a veces levanta olas de más de dos metros de altura. Si le pasa algo ahí en medio, no hay muchos sitios donde atracar. Todo eso sin contar los chalados habituales, borrachos hasta las cejas, que siempre causan montones de problemas.

—¿Suelen recuperarse los cadáveres de las víctimas?

—Casi nunca. El frío extremo y el alto contenido de turba provocan que casi todo se hunda como una piedra, y la profundidad es muy grande. Si alguna vez desecan el lago Ness, encontrarán cientos de esqueletos enredados en el lodo.

—Por lo tanto, antes de este año, la media de ahogamientos en el lago Ness era de seis muertes por temporada.

—Sí.

—Díganos ahora cuántas víctimas se han producido durante este año.

—Diecisiete.

Sentí que se me ponían los pelos de punta, y la sala volvió a llenarse de murmullos.

—¿Diecisiete ahogamientos? ¿Ha dicho diecisiete?

—Sí, y la temporada turística aún no está en pleno auge.

—¿Por qué ese cambio repentino, alguacil Forrest?

—Ojalá lo supiera.

—¿Y ningún cadáver?

—No, señor. Como ya he dicho, la temperatura gélida de las aguas impide que se hinchen. Al lago Ness... no le gusta entregar sus cadáveres.

—¿Algún otro acontecimiento extraño en los alrededores del lago?

—Sí. No damos abasto a los informes sobre animales desaparecidos, y me refiero a animales domésticos, perros sobre todo. Golden retrievers, perros salchicha, caniches, pastores alemanes... La raza que sea, y puedo mirar la lista para decirle

cuáles faltan. Hemos puesto letreros de que los encadenen por la noche, pero muchas veces se sueltan y van a perseguir conejos y ardillas.

—Gracias, señor Forrest. ¿Algo más?

—No... Creo que no.

—¿Qué me dice sobre avistamientos de Nessie?

—Sí, recibimos, pero nada fuera de lo normal.

—Pero ¿más de lo normal?

El alguacil vaciló.

—Tal vez.

—De hecho, según su diario, han recibido más de cincuenta avistamientos desde enero a mayo. ¿Me equivoco?

—Si pone eso en mi diario, no cabe duda. Pero eso no los convierte en reales.

—Comprendido. No haré más preguntas.

—¿Señor fiscal?

Los dos fiscales conferenciaron entre sí.

—No haremos preguntas en esta ocasión, señoría.

—Muy bien. ¿Algún otro testigo, señor Rael?

—Solo uno, señoría. La defensa llama al estrado al doctor Zachary Wallace.

Cien cabezas se volvieron en mi dirección, mientras los músculos de mi mandíbula se tensaban y mi boca se quedaba seca.

—¿Doctor Wallace?

Levanté los ojos y vi que mi hermanastro bastardo me señalaba al juez y al macero del tribunal.

—Doctor Wallace, diríjase al estrado de los testigos de inmediato.

El macero del tribunal se había materializado a mi lado, pero yo no podía respirar y mis pulmones se negaban a aceptar aire.

Mitchell Obrecht estaba protestando, y yo le animé en silencio.

—Señoría, el fiscal de la Corona no ha sido informado de este testigo de la defensa que, de hecho, está relacionado directamente con el acusado.

—¿Señor Rael?

—Señoría, el hecho de que el doctor Wallace esté relacionado con el acusado carecerá de importancia, una vez escuchemos su testimonio, que es vital, no solo para mi cliente sino para toda Escocia. La verdad es, señoría, que hasta hace pocos días el doctor Wallace y el acusado no se habían visto ni hablado durante diecisiete años, y hasta la semana pasada ni siquiera estábamos seguros de que fuera a venir. Conste, señoría, que el doctor Wallace no fue advertido de que sería llamado a testificar en este juicio, y de haberlo sabido no habría venido. Como puede ver, está perturbado por todo esto, y por tanto, solicitamos al Tribunal Supremo que sea considerado un testigo hostil.

«¿Testigo hostil? Medio minuto a solas con Max, y puedo llegar al asesinato.»

—Voy a concederle cierto grado de libertad, señor Rael, pero proceda con cautela, se lo advierto.

—Gracias, señoría.

Fui conducido al estrado de los testigos entre mucho alboroto, y después juré. Angus me miraba desde detrás de la mesa del fiscal, con una expresión satisfecha pintada en la cara.

Paseé la vista alrededor de la sala y me quedé sorprendido cuando vi a True MacDonald, vestido de punta en blanco, que me miraba con orgullo como si asistiera a mi graduación.

—Señor, haga el favor de decir su nombre y dirección actual para que conste en acta.

—Zachary Wallace. Antes de este viaje, vivía en un motel de South Beach, Florida.

Max tomó el control del interrogatorio, y yo le miré con un encono que antes solo estaba reservado a mi padre.

—Doctor Wallace, ¿dónde nació usted?

—En Drumnadrochit.

—¿Cuánto tiempo vivió en las Tierras Altas?

—Hasta los nueve años.

—¿Por qué se marchó?

—Mis padres se divorciaron.

—¿El acusado, el señor Angus Wallace, es su padre?

—Padre biológico.

—¿Cuál es su actual ocupación?

—Técnicamente, estoy en el paro.

—Entiendo. ¿Y por qué?

—Porque no tengo trabajo, capullo.

El juez golpeó el mazo para reprimir las carcajadas, en su gran mayoría procedentes de True.

—El testigo se comportará como es debido, de lo contrario será acusado de desacato.

—Permítame expresarme de otra manera. ¿Cuál es la profesión que usted eligió, doctor Wallace? ¿En qué especialidad se licenció?

—En ciencias marinas.

—¿Su edad actual?

—Cumpliré veintiséis años dentro de dos meses.

—Señoría, para ganar tiempo, voy a leer lo más destacado de las credenciales del doctor Wallace, solo para que el tribunal entienda por qué hemos llamado a este

testigo.

Max volvió a su mesa, sacó varias hojas de la carpeta de papel manila y empezó a leer en voz alta.

—Graduado con honores en la Washington High School de Nueva York... a la edad de quince años. Aceptó una beca en Princeton, donde jugó al rugby y se graduó con honores, al tiempo que obtenía la licenciatura y un máster en biología marina. Se doctoró en la Universidad de California de San Diego..., todo esto antes de los veintitrés años. Durante los últimos cuatro años, el doctor Wallace ha publicado tres artículos en *Nature* y en *Science*, y ha patentado dos aparatos hidrofónicos submarinos, incluido uno que fue utilizado con éxito hace seis meses para localizar un calamar gigante en las aguas del mar de los Sargazos. En 2003, el doctor Wallace fue incluido en la lista de las cien mentes científicas más eminentes del mundo, y estaba a punto de ganar su segundo doctorado en la Florida Atlantic University, al tiempo que daba clases y conferencias. ¿Me he olvidado algo, doctor Wallace?

—Ha olvidado mencionar que me enamoré de mi profesora de matemáticas de décimo.

El comentario mereció otra mirada severa del juez.

—Ultimo aviso, doctor Wallace. Si insiste en mofarse de mi tribunal, lo hará desde la celda de una cárcel.

Entonces, comprendí que había hecho el ridículo, y reí por lo bajo.

El juez golpeó su mazo y me acusó de desacato.

Max intervino antes de que mi sentencia se prolongara a dos noches.

—Nuestras más humildes disculpas, señoría. Como puede ver, el testigo está un poco nervioso por tener que testificar en el juicio por asesinato de su propio padre.

—Vaya al grano, abogado, o desecharé a este testigo y le meteré en la cárcel a usted junto con su cliente.

Guiñé el ojo a Max y disfruté de aquella pequeña venganza.

—Doctor Wallace... El acusado afirma haber visto que un animal marino de gran tamaño, un animal al que suele denominarse monstruo del lago Ness, arrastraba a las profundidades a John Cialino. Como candidato al doctorado en Scripps, ¿no escribió en una ocasión un artículo científico sobre esta misma especie?

—No.

—¿No? —Max regresó a su mesa y volvió con la fotocopia de un informe—. Lo tengo aquí. *Lago Ness: una nueva teoría*. Escrito por Zachary Wallace, Scripps, 1999. Es usted Zachary Wallace, ¿verdad?

—Escuche, señor Rael, no sé cómo ha logrado obtener una copia de este documento, pero se trata en esencia de una tesis inédita.

—¿Por qué inédita?

—El comité de mi tesis la rechazó.

—¿La rechazó? ¿Con qué motivos?

—Por el motivo de que las instituciones científicas de prestigio no están interesadas en perseguir leyendas, y tampoco les gusta que sus candidatos al doctorado las persigan.

—De todos modos, el informe parece confirmar la existencia de Nessie.

—El documento solo destaca que el lago Ness es un ecosistema aislado único y...

—Oh, yo creo que hace bastante más que eso. Si me permite... —Max pasó las páginas del informe hasta llegar a una que estaba marcada—. Cito textualmente: «El verdadero misterio del lago Ness reside en su relación con el mar del Norte y el Great Glen. El Great Glen se formó hace trescientos ochenta millones de años, cuando una falla de noventa kilómetros se fracturó y creó una enorme zanja que partió la geografía de las Tierras Altas de sudoeste a nordeste. De este cañón surgió el lago Ness actual, cuando un gigantesco glaciar atravesó el Great Glen hace unos veinte mil años. Cuando el hielo se fundió y subió el nivel de los mares, es posible que el lago Ness fuera un brazo del mar del Norte. Recientes descubrimientos de púas de erizos de mar, conchas de almeja y otros materiales marinos depositados en el fondo del lago avalan esta teoría. Sin embargo, cuando el glaciar retrocedió por completo hace diez mil años, la tierra se elevó en un rebote isostático y los canales se separaron, y tal vez atraparon de paso a algunos animales marinos grandes». Final de la cita.

—Sí, señor Rael, este es el mantra recitado por casi todos los teóricos de Nessie, que el retroceso de los glaciares de la última era glaciar atraparon a inocentes animales marinos en el lago Ness. Pero si se hubiera tomado la molestia de continuar leyendo, me he esforzado en desmontar esta teoría. Diez mil años es un período de tiempo demasiado dilatado para que una pequeña colonia de grandes depredadores permanezca aislada en un lago, y tan solo la endogamia habría acabado con su existencia hace tiempo.

—Ah, pero después usted afirma..., espere, espere... Ah, aquí está: «Un animal marino habituado a las grandes profundidades, con el tamaño que se confiere a Nessie, evitaría atravesar las zonas poco profundas que conducen desde el lago Ness y el estrecho de Bona al estuario de Moray. La solución del regreso al mar del Norte puede residir, de hecho, en la geología única del lago. Mientras la superficie del lago Ness se encuentra a unos quince metros por encima del nivel del mar, sus profundidades siguen siendo de más de doscientos diez metros bajo el nivel del mar. El fondo de esta depresión es liso y calmo, cubierto por una capa de sedimentos de siete metros y medio de grosor. En la parte situada más al norte, el lago Ness está bloqueado por sedimentos glaciares, pero ahora se cree que su cuenca norte puede extenderse más allá de Inverness, incluso hasta el estuario de Moray. Por tanto, es probable que las profundidades extremas del Great Glen no se detengan en el lago

Ness, sino que continúen hacia el norte hasta desembocar en el mar, mediante algún profundo acuífero subterráneo». —Max paró de leer—. ¿Acuífero? Eso es un río subterráneo, ¿verdad?

—Un río que corre a través de los estratos..., a través de la roca, sí.

—¿Todavía suscribe estas palabras, doctor Wallace?

—Solo es una hipótesis de trabajo.

—Una hipótesis de trabajo de un científico experto. Echemos un vistazo a esa hipótesis de trabajo sobre Nessie. —Pasó a la siguiente sección marcada—. Vuelvo a citar: «En mi opinión, el animal al que llaman Nessie, si existiera, se trataría de una especie desconocida de ser marino, tal vez incluso de una mutación. Incluso en nuestros días, no paran de descubrirse animales extintos marinos y terrestres, gracias a los avances tecnológicos y a las nuevas posibilidades de adentrarse en entornos hostiles. El gigantesco muntjac de Laos<sup>[9]</sup>, el saola de ochenta kilos, una bestia similar a una vaca, y el descubrimiento de seis especies nuevas en los Andes son solo algunos ejemplos. Sin embargo, Nessie no es el mismo animal al que san Columba plantó cara en 565, una época en que el teórico acuífero del lago Ness podía estar abierto al mar. De hecho, nuestra cronología sugiere que el Nessie de los tiempos modernos es un animal apartado de la manada, que quedó atrapado y aislado del estuario de Moray, no hace millones, ni siquiera miles de años, sino con posterioridad a san Columba, y seguramente en fecha mucho más reciente, durante los últimos cien años».

Paseé la vista a mi alrededor, asombrado por el número de personas que asentían con la cabeza.

—Doctor Wallace, ¿podría explicar esta última parte al jurado?

—¿Qué parte?

—Eso de que el monstruo tiene menos de cien años de edad.

—Una vez más, solo es una conjetura.

—Ilumínenos.

Respiré hondo, mientras me esforzaba por controlar los nervios.

—El Great Glen... es una zona sísmica activa. El último terremoto importante tuvo lugar en 1901, y fue tan violento que agrietó la orilla del canal de Caledonia. El epicentro de estos terremotos suele localizarse en los alrededores de Lochend, situado en el extremo norte del lago Ness, precisamente donde podría existir un teórico acuífero que corriera hacia el nordeste y desembocara en el estuario de Moray. Los posibles escombros del temblor de 1901 cerraron el acceso subterráneo al acuífero que desembocaba en el lago Ness, y en teoría atraparon a una o más de estas bestias, en el caso de que existieran.

—¿Y la otra prueba que cita, doctor Wallace, la teoría relativa a las explosiones obra del hombre?

Miré al juez Hannam, esperanzado por el hecho de que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Esto nos va a conducir a alguna parte, señor Rael?

—Sí, señoría, de hecho, este interrogatorio en concreto aporta el motivo de que el animal emergiera en febrero para atacar a John Cialino.

—Continúe, pues, pero dese prisa.

—Gracias, señoría. Me remito de nuevo al documento del doctor Wallace: «Desconocemos si uno o más de estos movimientos sísmicos bloquearon el teórico acuífero, pero otro acontecimiento, un acontecimiento obra del hombre, coincide de manera manifiesta con el inicio de los avistamientos de Nessie en la edad moderna.

»Fue en los años treinta, cuando empezaron los trabajos de construcción de la autopista A82. Enormes cantidades de dinamita se necesitaron para abrirse paso a través de la roca montañosa. No cabe duda de que estas explosiones retumbaron en toda la cuenca, y molestaron a los animales grandes que habitaban el lago Ness. Desde este período de tiempo en adelante, los avistamientos de la criatura aumentaron de forma drástica. De hecho, si bien solo se tenía constancia de un puñado de avistamientos antes de la A82, se han contado por millares desde que empezó su construcción».

Max concluyó la disertación y se volvió hacia mí.

—Doctor Wallace, hablando en teoría, si un depredador o depredadores de gran tamaño estuvieran atrapados en el lago Ness, ¿pudieron las explosiones de dinamita inquietar al monstruo y empujarle a emerger?

—Acaba de leer mi documento. ¿No es eso lo que decía?

El juez me advirtió con la mirada.

—En ese caso, si las explosiones de dinamita inquietaron a esos habitantes de las profundidades en los años treinta, ¿no podría haber sucedido lo mismo debido a los trabajos de construcción que empezaron el invierno pasado, en las orillas sur de la bahía de Urquhart?

—¡Protesto! Señoría, todo este testimonio, si bien divierte a algunos, carece de relación con...

—Denegada. Responda a la pregunta, doctor Wallace.

Me rasqué la cabeza, impresionado por la lógica de Max.

—Supongo que, si se utilizó dinamita, sí.

Max asintió en dirección al jurado.

—Los registros demostrarán que los constructores de Cialino empezaron a utilizar dinamita a finales del pasado octubre, coincidiendo con numerosos avistamientos de Nessie y ahogamientos, tal como confirmó el alguacil del lago.

Una gran conmoción se produjo en la sala, acallada provisionalmente por el mazo del juez.

Pero Max estaba lejos de haber terminado.

—Doctor Wallace, hablando de manera hipotética, si un animal marino de buen tamaño cazara en las aguas del lago Ness, ¿es posible que se hubiera aficionado a la carne humana?

—¡Protesto, señoría!

Abogados y jurados miraron al juez, mientras los curiosos contenían el aliento.

—Voy a permitirlo —dijo el juez—. Conteste a la pregunta, doctor Wallace.

Me sentía agotado.

—¿Afición por la carne? En teoría sí, supongo, pero solo si, a) este animal o animales fueran depredadores y no vegetarianos, y b) solo si la dieta de la especie hubiera sido alterada sustancialmente por alguna ruptura inusual en la cadena alimentaria. Debería añadir que ambas circunstancias son muy improbables.

—¿Y por qué?

—Porque en el lago Ness abundan las presas. Tendría que producirse un desastre ecológico sin precedentes para crear un comportamiento tan estúpido. En cuanto a mi teoría inédita sobre el efecto perturbador de la dinamita sobre un depredador grande, aunque la mayoría de los avistamientos se han producido desde la construcción de la A82, no se tienen informes documentados de ataques contra seres humanos.

Max paseó alrededor del estrado de los testigos, mientras preparaba su siguiente ataque contra mi armadura mental.

—Una pregunta personal, doctor, si no le importa. Si alguna prueba justificara las afirmaciones de su padre, ¿estaría interesado en llevar a cabo una investigación del lago?

—No.

—¿No? ¿Y por qué no? —Max se volvió e interpretó para su público—. No tendrá miedo de teorías hipotéticas, ¿verdad?

Un destello púrpura de luz nubló la visión de mi ojo izquierdo. La señal de advertencia aceleró mi pulso.

—No me interesa el lago Ness.

—Parece que en otro tiempo sintió un gran interés por él.

—Ya no.

—¿Ni siquiera si una investigación pudiera salvar la vida de su padre?

Miré a Angus y sostuve su mirada.

—Mi padre nunca me ha necesitado, señor Rael. Dejemos que luche contra sus propios dragones.

«Dios, qué bien me ha sentado eso.»

Max se limitó a sonreír.

—Volvamos a John Cialino. Usted afirma, correctamente, que no se han documentado jamás ataques contra seres humanos, salvo en el relato de san Columba.



Sin embargo, siendo prácticos, si se hubiera producido un ataque contra los restos de un ser humano, no habría pruebas ni documentación, ¿verdad?

—Habría denuncias de personas desaparecidas.

—Sí, pero sin pruebas, sin cadáver, el informe sería el de un ahogamiento, ¿no es cierto?

—Supongo... que sí.

—Ya hemos oído al alguacil del lago. Ha dicho que el número de ahogados ha aumentado de manera inusual desde que empezaron los trabajos de construcción...

—¡Seguro que es el monstruo! —gritó un anciano sentado cerca de True—. Algo pasó en el 33. ¡Durante los tres años siguientes, hubo docenas de ahogamientos! Mi propio primo...

El juez golpeó con el mazo, mientras dos funcionarios del tribunal acompañaban al hombre hasta la salida.

—Si se produce otro alboroto, expulsaré a todo el mundo de la sala, ¿entendido? —Se volvió hacia Max, consciente de que el abogado le había obligado a pisar mierda—. Estoy perdiendo la paciencia, señor Rael.

—Le pido disculpas, señoría. El tema es muy sensible para muchos habitantes de las Tierras Altas, pero el testimonio del doctor Wallace es vital para determinar qué mató en realidad a John Cialino.

—Concluya.

Max miró a Angus, quien asintió.

—Doctor Wallace, haga el favor de contar al tribunal lo que le pasó la noche de su noveno cumpleaños.

—¿Qué?

La referencia provocó cuchilladas de dolor en ambos ojos.

—¿Doctor Wallace?

Miré a Angus, furioso por el hecho de que sacara a colación un capítulo tan negro de nuestra historia, y encima en un tribunal de justicia.

—Responda a la pregunta, doctor Wallace.

—Mi padre... debía llevarme a pescar aquella tarde, solo que el borracho estaba demasiado ocupado poniendo los cuernos a mi madre para preocuparse por su único hijo.

Los asistentes intercambiaron murmullos.

—Así que decidió ir a pescar sin él.

—Sí.

—¿En un bote de remos?

—Exacto.

—¿Alguna vez había ido al lago solo?

—Una o dos veces.

—Díganos qué ocurrió en esa ocasión particular.

—Ah, ¿he dicho que la camarera con la que estaba era menor de edad? Tendrían que haber detenido a su cliente entonces. Si quiere saber mi opinión, ha tenido mucho morro cuando ha puesto a parir a John Cialino.

El juez golpeó su mazo.

—Conteste solo a las preguntas del abogado, doctor Wallace.

—Mi barca volcó y yo me ahogué. Estuve legalmente muerto. Por suerte para mí, el alguacil del lago de aquel tiempo, el señor Alban MacDonald, estaba en la zona y presencié lo que ocurría. Me arrastró a bordo de su barca y me resucitó. Me devolvió a la vida, literalmente.

Más murmullos recorrieron la sala.

—Hablemos de lo que sucedió cuando estaba en el lago. ¿Cómo volcó su barca?

—Un árbol la golpeó.

—¿Un árbol?

—Exacto, señor Rael. Como saben casi todos los verdaderos habitantes de las Tierras Altas, el lago Ness estuvo rodeado en un tiempo de grandes pinos escoceses. Cuando estos árboles de una tonelada cayeron al lago, se llenaron de agua y se hundieron hasta el fondo, a más de doscientos metros de profundidad. En esas grandes profundidades, la presión aumenta hasta veinticinco atmósferas, suficientes para impulsar un motor a vapor. La composición de los pinos escoceses abunda en productos petroquímicos. Cuando los árboles se pudren, diminutas burbujas de gas se forman en el interior del tronco. A la larga, las burbujas alcanzan un punto en que la presión dentro del tronco es mayor que la de las profundidades, y el tronco se convierte de repente en un proyectil que sale disparado del agua.

—¿Eso fue lo que golpeó su barca?

—Sí.

—¿Está seguro? Porque según su testimonio, usted se ahogó.

—Me ahogué después de que mi barca fuera golpeada. Era un tronco.

—¿Vio el tronco cuando impactó en la barca?

De súbito, destellaron imágenes en mi cerebro, imágenes subliminales surgidas de mis terrores nocturnos.

*Agua negra, torbellinos de niebla. El cielo se pone al revés de repente, el bote de remos sale disparado hacia arriba, la proa convertida en popa.*

—¿Doctor Wallace?

—No, yo... No vi el tronco, pero sentí el impacto.

—En ese caso, tal vez era algo muy diferente, algo mucho más grande... Algo vivo...

—¡Protesto!

—Se acepta. Deje de sugestionar al testigo, señor Rael.

—Le pido disculpas, señoría. Doctor Wallace, ¿qué pasó después de que su bote volcó? ¿Doctor Wallace?

*Agua negra, frío paralizante. Patalea hasta la superficie, los miembros temblorosos. Mantente en el agua, mucha niebla. ¿Hacia dónde nado?*

—Doctor Wallace, ¿sigue con nosotros?

—Ah, sí, lo siento. ¿Cuál era la pregunta?

—Su barca volcó y...

—Y yo me hundí, y después salí a la superficie. Me estaba congelando, pero no veía la orilla, había demasiada niebla. Me mantuve a flote y pedí ayuda a gritos.

—Tengo entendido que había salmones en el agua. ¿Todo un banco?

—¿Salmones?

*El agua bullía de salmones, los peces golpeaban mis piernas y nalgas.*

—Había peces, sí. Es... es posible que siguieran al árbol desde las profundidades. A veces lo hacen.

Max se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasó después?

*Un dolor agudo, como mil puñaladas...*

—Algo me acuchilló..., algo que había debajo de la superficie. Rollos de alambre de espino se habían enredado alrededor del tronco, tal vez los restos de la valla podrida de una granja. Se me quedó enredado el tobillo izquierdo. Cuando el tronco volvió a hundirse, su peso me arrastró hacia abajo.

—¿Alambre de espino?

—Sí.

—¿Vio el alambre de espino?

—Claro que no. La oscuridad y la profundidad eran muy grandes, pero la valla me atrapó, me arrancó la piel.

—Eso suena muy aterrador. ¿Aún tiene las cicatrices?

—Algunas. Tuvieron que hacerme un injerto de piel.

—¿Le importaría enseñarnos las cicatrices, doctor Wallace?

El juez y los jurados se inclinaron hacia delante cuando me quité el zapato y el calcetín izquierdos, dejando al descubierto un diminuto círculo de cicatrices que

rodeaban mi tobillo izquierdo, con la piel desprovista de vello.

—El cirujano plástico hizo un buen trabajo. De todos modos, ¿cómo puede estar seguro de que la herida fue causada por alambre de espino ?

—El médico que me trató al principio lo certificó en su informe. Había restos de herrumbre alrededor de los bordes de la herida.

—Entiendo. ¿Es posible que un animal le haya mordido en la pierna, doctor Wallace ?

Sentí náuseas y el estómago revuelto cuando más imágenes de mis terrores nocturnos destellaron en el ojo de mi mente.

*Agua negra. Me hundo con más rapidez. Lucha... patatea... retuércete, has de liberarte.*

—¿Doctor Wallace?

—No.

—¿No es posible, o no se acuerda?

*Más abajo... Me ahogo... Los oídos zumban debido a la presión. ¡Me libero de repente! ¡Animo, Zack... aléjate! ¡Ve hacia la luz!*

—¿Doctor Wallace?

La oleada de dolor de la migraña se estaba alzando ya, iba a ser como un maremoto. Hundí la mano en el bolsillo de los pantalones, extraje dos Zomig y los tragué, mientras rezaba para que alguien detuviera el inminente desastre.

—Responda a la pregunta, doctor Wallace.

—No había ningún animal en el agua, señor Rael —dije. Los globos oculares empezaban a dolerme.

—Retrocedamos un momento, doctor Wallace. Ha dicho que cogió el bote para ir a pescar solo, ¿no?

—Sí.

—¿Con el nuevo carrete que su padre le había regalado?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué dejó su caña de pescar nueva en la orilla?

—Yo, hum... ¿Qué ha dicho?

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—La caña de pescar. Su padre la encontró en la orilla después de que le rescataran. No se la llevó.

—¿Eso hizo? Yo... no...

—¿Para qué fue en realidad al lago, doctor Wallace? ¿Intentaba demostrar algo a

su padre?

La sala empezó a ladearse ante mis ojos.

—¿Qué iba buscando en realidad?

El juez se inclinó hacia mí.

—¿ Se encuentra bien, doctor Wallace? Se ha puesto muy pálido.

Sequé el sudor frío de mi frente.

—Una migraña. A veces me dan. Esta es muy fuerte.

—No le gusta hablar del incidente, ¿verdad, doctor Wallace? —ronroneó Max—.

Es doloroso para usted. Empeora las migrañas, ¿eh?

Cerré los ojos y asentí.

—Aun así, hemos de hablar de ese capítulo aterrador de su infancia con el fin de obtener la verdad, con el fin de determinar la inocencia o culpabilidad de su padre. Volvamos al animal acuático que su padre describió bajo juramento. Afirmó que medía quince metros de largo, como mínimo. Eso equivaldría a la longitud y radio de mordedura de una ballena pequeña, ¿verdad?

Le miré, y las manchas de mis ojos casi me cegaron.

—Lo que me atrapó el tobillo fue alambre de espino, señor Rael, no una ballena, una serpiente de mar o un monstruo. ¡Alambre de espino!

—¿Y fue el alambre de espino lo que casi le partió en dos?

—¿Cómo?

—Subió detrás de usted, ¿eh? Consiguió liberarse, pero le persiguió y consiguió agarrarle por segunda vez cuando huyó hacia la superficie. Solo que esta vez le atrapó por la cintura, ¡como le pasó al pobre John Cialino!

Mi cabeza estalló, y también la sala. Los dos fiscales se pusieron en pie, protestando a voz en grito para hacerse oír por encima de la multitud, mientras el juez descargaba su mazo una y otra vez, y cada impacto sobre la mesa enviaba astillas de dolor a mi cerebro, mientras intentaba infructuosamente recuperar el control de la sesión.

Era una batalla campal, y yo estaba en el centro de la tormenta.

Casi sin poder aguantar el dolor del ojo, apoyé mi torturada cabeza sobre la repisa de la tribuna de los testigos y tragué grandes bocanadas de aire, intentando por todos los medios taponar el volcán de bilis que gorgoteaba en mi estómago, mientras los recuerdos de mi infancia, dormidos durante tanto tiempo, continuaban desfilando ante el ojo de mi mente.

*¡Libre! Corre hacia la superficie, más deprisa... más deprisa... Una presencia... ¡sube desde las profundidades detrás de mí! No hagas caso del pánico, patatea con más fuerza... ¡Una luz! Ve hacia la luz... ¡Ve hacia la luz!*

Me aferré la cabeza y supliqué piedad al juez.

—Señoría, necesito un descanso.

Angus se puso en pie y gritó:

—¡Ordénale que se baje los pantalones, Maxie! ¡Su cintura todavía conservará las cicatrices de la mordedura de Nessie!

Un funcionario del tribunal obligó a sentarse a Angus de un empujón, mientras el juez volvía a utilizar el mazo.

—Otro exabrupto como ese, señor Wallace, y ordenaré que le aten y amordacen. Señor Rael...

Max indicó a Angus con un gesto que se calmara.

—Le pido disculpas, señoría.

—Señor Rael, termine sus preguntas de una vez, o dejaré que el testigo se retire para que le presten asistencia médica.

—Sí, por supuesto. Doctor Wallace, ¿el día de su noveno cumpleaños se estaba construyendo algo en el lago Ness? ¿Doctor Wallace?

—No tengo ni idea —murmuré pese al dolor.

—De hecho, doctor Wallace, los registros confirman que se estaban haciendo obras en el castillo de Urquhart, con el fin de aumentar las doce plazas del aparcamiento a las cuarenta y siete actuales. ¿No lo sabía?

Me mordí la lengua y tragué saliva, mientras intentaba impedir que la bilis ascendiera a mi garganta.

—Dinamita, doctor Wallace. Según su propia teoría, algo perturbador para los depredadores que viven en...

Si Dios me hubiera concedido un deseo en aquel momento, le habría pedido una pistola. Mi primer disparo habría alcanzado a Max entre los ojos, para acallar su incesante voz, y reservarí la segunda y tercera balas para Angus y el presuntuoso juez. Dedicaría el resto del cargador a mi torturada cabeza, para acabar con mi desdicha de una vez por todas.

Pero no tenía pistola, tan solo un dolor y una rabia inmensas.

El juez Hannam estaba a punto de añadir la humillación a la lista.

—Doctor Wallace, haremos un descanso para que reciba atención médica dentro de un momento, pero antes, debo pedirle que se baje los pantalones, solo un poco, en atención al jurado.

—¿Cómo?

Los jurados se inclinaron hacia delante, mientras se les hacía la boca agua mentalmente, y los espectadores se encorvaron en sus asientos.

Tragué saliva.

—¡Esto es absurdo, señoría!

—Lleva calzoncillos, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Admito que no es ortodoxo, pero tengo la intención de poner fin a las excentricidades del señor Rael, antes de que este juicio por asesinato se convierta en la búsqueda del monstruo del lago Ness.

*La sombra asciende detrás de mí, siguiendo la estela de sangre. Siento su presencia alrededor de mis rodillas, oigo sus gruñidos en mis oídos... ¡Oh, Jesús, ve hacia la luz, Zachary! ¡Ve hacia la luz!*

—Despejen la sala —ordenó el juez, y se volvió hacia el macero del tribunal—. Todo el mundo, excepto el jurado, el acusado y los fiscales.

La migraña estaba asaeteando mis ojos, el macero se movía con excesiva lentitud. Nadie quería marcharse, y yo estaba más allá de la desesperación; la migraña y las imágenes provocaban que todo mi cuerpo temblaba.

¡Que se vayan a la mierda!

Me puse de pie sobre las piernas temblorosas, me desabroché el cinturón, y sin más ceremonias me bajé los pantalones y los calzoncillos quince centímetros, para permitir que el Tribunal Supremo de Inverness devorara con los ojos mi cintura, y todo el mundo viera la horripilante hilera de cinco centímetros de cicatrices púrpura que rodeaba la parte superior carnosa de mis nalgas.

# *El diario de sir William Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 23 de octubre de 1330*

*¿Qué he hecho, qué maldición me ha conducido hasta este perverso lugar, en una misión imposible? Intento escribir, pero ya sea de día o de noche, no puedo... No puedo pensar, con la mente abrumada por la oscuridad y la locura de nuestra tarea.*

*Nos hemos puesto en marcha de nuevo al alba, o eso supongo, porque el valle seguía cubierto de nubes. Cada caballero cargaba con un pesado fardo en la espalda, yo incluido, aunque desconocía su contenido y deduje que era mejor no preguntar. MacDonald parecía malhumorado pero decidido, mientras continuábamos por la orilla este del lago Ness en dirección siempre al sur.*

*Una hora después, llegamos a nuestro destino..., al menos eso pensaba yo.*

*Era una loma rocosa, algo apartada de la orilla, en un lugar situado justo al norte de donde las aguas se ensanchaban. MacDonald ordenó que seis de nosotros apartáramos una roca, y apareció un agujero en el suelo. Era la entrada de una cueva, cuya boca solo permitía pasar un hombre a la vez, y que descendía a las tinieblas.*

*¿Adónde llevaba? Pronto lo iba a descubrir.*

*MacDonald nos ordenó formar, y me colocó entre él y sir Jain Stewart. Nos atamos todos mediante una cuerda, encendimos las antorchas y nos adentramos uno a uno en las entrañas de la madre tierra.*

*Como nunca había estado en una cueva, me sentía muy nervioso, pero la tierra que pisaba no tardó en hacerse más inclinada, y se convirtió en una hendidura estrecha. Era como si Dios hubiera cortado un pedazo de tierra mellada con su espada. Cada paso traicionero nos alejaba de la luz del día, hasta que al fin desapareció, y solo nos iluminó la luz de las antorchas. Varias veces experimenté mareos y fatiga, pero MacDonald y Stewart me sujetaron, y me aseguraron que, mientras las antorchas siguieran encendidas, estaríamos a salvo.*

*No se decir cuánto tiempo caminamos, ni a qué profundidad llegamos, pero la hendidura se ensanchó demasiado y adoptó un ángulo demasiado difícil para andar, de manera que teníamos que ir bajando de uno en uno mediante la cuerda hasta los siguientes peñascos. Por suerte, MacDonald había elegido dos excelentes guías para la expedición, Keef Cook y su hermano menor, Alex, y era evidente que ambos habían recorrido esta misma ruta muchas veces.*

*Continuamos así durante muchas horas, descendiendo hacia los infiernos, y los pesados fardos amenazaban con arrojarnos al abismo.*

*Cuando parecía que mis manos ensangrentadas ya no podrían aferrarse a ningún saliente más, llegamos a una especie de meseta... en el fondo de la garganta.*

*Descansamos. MacDonald me llevó a un lado.*

*—Escucha eso, Adam Wallace. ¿Lo oyes?*

*Oí un rugido sordo, como un trueno lejano, que procedía de mi izquierda.*



—¿Qué es eso?

—El vientre del lago Ness.

Tras un breve descanso, los hermanos nos condujeron hacia el oeste a través de la oscuridad, hasta que llegamos a la entrada de un estrecho túnel. Ráfagas de aire frío surgían aullando de su boca. Entramos de uno en uno, y tuvimos que gatear. Más de una docena de veces me golpeé la cabeza contra la roca. Las paredes del túnel estaban húmedas, el eco de una corriente de agua aumentaba de intensidad a cada minuto que pasaba.

Y por fin, llegamos.

Era una enorme cámara subterránea, que albergaba un río subterráneo, negro y frío, de profundidad imposible de calcular a la luz de nuestras antorchas. Miles de rocas puntiagudas colgaban como colmillos de su techo abovedado, y una pared empinada que se alzaba en la orilla opuesta bullía de murciélagos.

Los horribles animales volaban unos sobre otros como alimañas aladas, y algunos desaparecían en la oscuridad.

MacDonald dio respuestas antes de que yo pudiera organizar mis pensamientos en palabras.

—El río atraviesa el vientre del lago en dirección nordeste durante cuatro leguas, antes de desembocar en el mar.

—¿Y la caverna?

—Formada por el hielo antes de que los hombres llegaran a estos parajes. Este lugar es el punto más estrecho del río, y lo utilizaremos para terminar nuestra misión.

—MacDonald, si nosotros podemos acceder a este pasaje, los ingleses también. ¿Quién de nosotros se quedará en este agujero infernal para custodiar la reliquia de Bruce?

—Ah, ahí reside la belleza del plan. Utilizaremos las draķontas como nuestras leales acólitas, y nadie, ni siquiera Longshanks, osará desafiarlas.

—¿Y qué son las draķontas?

—Algunos dicen que son serpientes de mal, otros las describen como dragones, yo digo que son el diablo en persona. La cabeza es como una gran gárgola, con dientes capaces de arrancar la piel de un hombre hasta los huesos. Las hembras son las más temibles, puesto que crecen más, hasta alcanzar una longitud equivalente a la altura de un campanario. Son criaturas espantosas, pero como nacen en la oscuridad prefieren las profundidades, lejos de la luz de Dios y de los hombres.

—Ah, pero ¿cómo vamos a utilizar a esas criaturas para proteger lo que perteneció a Bruce, un objeto por el cual el rey inglés daría la mitad de sus tesoros?

—Este es el pasaje que las draķontas jóvenes han de atravesar cuando entran en el lago Ness a través del estuario de Moray. Cuando alcanzan la madurez, los adultos deben seguir de nuevo el río y regresar al mar. Si bloqueamos el pasaje, impediremos que las criaturas más grandes salgan, y de esta manera protegeremos el Santo Grial escocés.

Mientras él hablaba, los caballeros templarios empezaron a abrir sus fardos y sacaron enormes cantidades de hierros planos, del tipo utilizado para construir puentes levadizos.

MacDonald me dedicó una sonrisa, con la locura brillando en sus ojos.

*Ha transcurrido una hora, y ahora estoy descansando junto al fuego, con el cuerpo todavía agotado debido al descenso. Mientras los demás trabajan, acoplando la puerta de hierro, medito sobre las repercusiones del plan de MacDonalá. Suponiendo que estos dragones existan, con qué ira caerá sobre nosotros la Naturaleza...*

Mi marido y yo acabábamos de llegar a Strone Holiday Chalet, cerca del castillo de Urquhart, que domina la bahía. Aparcamos detrás del chalet, y mi marido dejó de descargar el coche para admirar el paisaje. ¡Fue entonces cuando lo vimos! Era un objeto largo y oscuro, de piel muy lustrosa. Los dos estuvimos mirando el objeto durante unos treinta o cuarenta y cinco segundos, hasta que se hundió bajo la superficie y desapareció.

Tanto mi marido como yo habíamos visto focas y delfines en su habitat, y este objeto no parecía ni una cosa ni otra. No era la estela de un barco, ni el efecto del viento, ni cualquier otra forma oscura que en ocasiones se confunde con Nessie. Era simplemente un animal muy grande y negro.

Señora de Robert Carter,  
residente en Marsden, West Yorkshire,  
19 de septiembre de 1998

# Capítulo 13

## *Castillo de Inverness, Tierras Altas de Escocia*

El juez Hannam cumplió su palabra y ordenó que acudiera un médico, y después me arrestó por desacato, su excusa «oficial» para llevarme secuestrado lejos de las hordas de los medios, por lo cual me sentí eternamente agradecido. No tardé en encontrarme en una celda situada enfrente de la de mi padre, y los espesos muros del castillo me aislaron de los gritos y chillidos de los reporteros, que exigían respuestas a sus preguntas.

Al cabo de unos minutos, la medicación me dejó sin sentido.

Estaba oscuro cuando desperté por fin.

Durante varios momentos maravillosos, seguí tumbado de espaldas, contemplando los detalles del techo de piedra de la antigua celda, disfrutando del bendito alivio de haber sido perdonado por el dolor.

—La migraña ha pasado, ¿eh?

Me incorporé poco a poco y miré hacia la celda de Angus.

—Yo en tu lugar, iría a ver a un médico para que me lo mirara —dijo Angus, al tiempo que apretaba la cara entre los barrotes de hierro—. Me estuve tirando una temporada a una galesa, y padecía del mismo mal. Decía que era por culpa de la regla. Después de eso, la evité durante esos períodos. Pero a ti no te pasa eso, ¿verdad, Lassie?

—No tenía que haber venido. Sabía que nunca cambiarías. Me la has jugado bien esta vez, ¿eh, Angus?

—¡Vaya! Tú mismo te la has jugado. ¿Cuánto tiempo pensabas seguir viviendo con ese secreto? ¿Otros diecisiete años?

—¿Qué secreto? Despierta, viejo, nunca existió un monstruo, ni entonces ni ahora. Llevarme al estrado de los testigos no cambiará el hecho de que mataste a un hombre, ya fuera a posta o por accidente.

—Todavía sientes demasiado miedo para recordar, ¿eh? —Me miró desde su celda, y sus ojos azules brillaron a la luz fluorescente—. Esas migrañas son la forma que tu cerebro utiliza para escapar del pasado. Algo ocurrió después del primer accidente. Dolores de cabeza cada vez que intentabas hablar de lo sucedido. No eran nada en comparación con tus pesadillas, claro está.

—¿Pesadillas? —Me incorporé en la cama con el corazón acelerado—. ¿Entonces también sufría terrores nocturnos?

—Sí. Te despertabas chillando como un demonio. Gracias a Jesús que tu madre te llevó por fin a Estados Unidos; hubiera matado por gozar de una buena noche de descanso. Cuando aquel bicho te mordió...

—¡No me mordió nada! No son marcas de dientes, Angus, son heridas de pinchazos, cicatrices del alambre de espino. Debí meterme entre los rollos cuando salí a la superficie.

Angus meneó la cabeza con tristeza.

—De pequeño podías ocultar la verdad, pero de adulto no es tan fácil. El episodio de los Sargazos está empujando los recuerdos hacia la superficie, ¿eh? No lo niegues, muchacho, lo veo en tus ojos. Esta vez, tendrás que enfrentarte a tus demonios.

—Menudo eres tú para dar consejos.

—Por lo que veo, los dos estamos en la cárcel, pero la tuya está aquí —dijo, y se dio unos golpecitos en la cabeza.

—Como tú mismo has dicho, ya no soy un niño, de modo que deja de jugar conmigo, me he inmunizado. En cuanto a tus dudas sobre el alambre de espino, intenta leer el maldito informe médico. El doctor que me cosió...

—¿Doctor? —Angus lanzó una carcajada estentórea—. ¿Llamas a Ryan Hornsby médico? Hornsby es veterinario, trabajaba con animales de granja. Los hombres de las Tierras Altas como yo le utilizábamos porque no podíamos permitirnos el lujo de pagar a médicos de verdad.

—Pero era un profesional de la medicina.

—Abre los ojos, chaval. El único motivo de que Alban MacDonald te llevara a Hornsby fue porque es pariente de él, y además un templario, por supuesto, lo cual significa que se llevará la verdad a la tumba con él..., si es que no lo ha hecho ya, a juzgar por como graznaba el año pasado.

—Ahorra tu aliento, Angus. No me lo pienso tragar.

—Lo que aún me intriga es cómo conseguiste escapar. O sea, Jesús, fíjate en las cicatrices, es como si el diablo te hubiera dado un bocado y lo hubiera escupido.

—Vi el informe médico, Angus. Ponía alambre de espino.

—Sí. Hornsby lo escribió con la polla.

—¡Basta! Aunque fuera veterinario, ¿por qué iba a hacer caso Hornsby al alguacil del lago y arriesgarse a perder la licencia?

—Porque, Judy, Alban MacDonald no era solo el alguacil del lago, sino también un caballero sacerdote de los templarios.

—No lo entiendo.

—¿No has oído hablar nunca de los caballeros templarios?

—Sí, claro, pero ¿qué tienen que ver con el lago Ness?

Angus sacudió la cabeza.

—Un genio en lo tocante a los seres marinos, pero estás perdido cuando se habla de tus propias tradiciones, ¿eh? —Se alejó de los barrotes y se sentó en el borde del colchón—. Presta atención, Gracie, porque puede que tu viejo te enseñe algo. La Orden de los Caballeros fue fundada oficialmente en Jerusalén hacia el año 1100, a

finales de la Primera Cruzada. Digo oficialmente, porque ya hacía mucho tiempo que existían, desde la época de san Columba. Eran en parte guerreros y en parte monjes, y caballerosos, dedicados a proteger a los cristianos que peregrinaban al Templo de Salomón. El rey Balduino II de Jerusalén les ofreció residir en el templo, y como vivían de las limosnas, se les llegó a conocer como los Pobres Caballeros del Templo.

—¿Qué tiene que ver todo esto con...?

—Paciencia, Sally, paciencia. Diez años después de formar la Orden, Hugues de Paynes viajó a Europa para buscar nuevos reclutas. En Francia, se alió con otro monje, Bernardo de Claraval, y su hermandad cisterciense. Juraron luchar contra el demonio en nombre de Cristo, y consiguieron reclutar a miles de caballeros-para la Orden. Adoptaron la vestimenta blanca, adornada ahora con la cruz roja de los Caballeros. En 1139, el papa Inocencio II decide que lo mejor es hacerse con el control de los Templarios. Lo primero que hace es eximirlos de impuestos, lo cual les permite acumular grandes riquezas. Como eran listos, los caballeros adoptaron la práctica de prestar dinero a plazos con intereses, que fue como inventar los procedimientos bancarios modernos. La Orden llegó a ser muy rica y poderosa, y su número creció, nada de lo cual fue apreciado por el rey francés Felipe el Hermoso, el más ambicioso hijo de puta que haya existido nunca. El rey codiciaba la riqueza acumulada de los caballeros, y fue él quien dio mala fama a los viernes trece, pues en aquel día de octubre de 1307 ordenó que los caballeros residentes en Francia fueran detenidos por herejía. Tres mil templarios inocentes fueron encarcelados y torturados, y sus propiedades pasaron a manos del rey. Bajo la presión de Felipe, el Papa ordenó la detención de los Caballeros Templarios. Quince mil monjes fueron encarcelados y torturados brutalmente, de forma que la Orden se disolvió. El Primer Maestre de los Caballeros, Jacques de Molay, fue obligado a redactar una falsa confesión, y después fue quemado en la hoguera. Dice la leyenda que Molay se retractó de su confesión mientras ardía, y después maldijo al rey y al Papa, que murieron antes de transcurridos siete meses.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el padre de True?

—Ya llegó. Los templarios supervivientes huyeron de Francia y se dividieron en dos órdenes, la Soberana Orden Militar del Templo de Jerusalén y los francmasones. Muchos de la Orden Fraternal vinieron a Escocia, que había sido una plaza fuerte de los templarios en los días de Hugues de Paynes, el cual había llegado a un acuerdo con el rey David de Escocia a cambio de las tierras de Ballatradoch. Roberto I Bruce y el clan de los Stewart habían nacido en la Orden, que a la larga fue conocida como la Templaria Masónica. Así se estableció el linaje real escocés, que nos vinculaba con el linaje del rey David de Jerusalén y su hijo Salomón, quien había ordenado a un maestre masón la construcción del templo. Recuerda que el Templo de Salomón albergaba el Arca de la Alianza y una buena cantidad de secretos. Muchos creen que

los Caballeros eran sus guardianes, y cuando un templario custodia algo, permanece custodiado.

»Sea como sea, después de que Bonnie Prince Charlie cayó en Culloden, los masones continuaron sus intentos de restablecer nuestro linaje e introducir las leyes templarias en la corona escocesa. Este movimiento llegó a ser conocido como el Rito Escocés, y fue muy popular en las colonias durante su guerra de la Independencia. La verdad es que tanto George Washington como Benjamín Franklin eran Caballeros, y basaron gran parte de la Declaración de Independencia de Estados Unidos en las enseñanzas del Temple Masónico.

Yo escuchaba con atención, la primera conversación seria que recordaba haber entablado con mi padre. Estaba asombrado por sus profundos conocimientos, pero sospechaba que me estaba tendiendo otra trampa.

—... los puritanos, como eran estrechos de miras y muy supersticiosos, acusaban a la gente de brujería, mientras los masones alentaban los descubrimientos científicos: la ley de la gravedad, la invención del telescopio reflexivo, y la lista continúa.

—Tú también eres un caballero templario, ¿verdad?

Angus hizo una pausa mientras meditaba.

—Lo fui, Gracie, lo fui, hasta que ese hijoputa de Alban MacDonald me expulsó de la Orden. Es increíble. Yo, descendiente directo del mismísimo sir William Wallace, expulsado a patadas de la masonería. El clan Wallace lo ha dado todo por Escocia. Fue un descendiente de los Wallace el que derramó sangre en Bannockburn con Bruce. Y cuando Bruce murió, un Wallace fue a Tierra Santa, y se encontró con que los moros nos superaban en número en Teba. Allí, en Calatrava...

--¡Sí, sí, conozco la historia, y déjate ya de exageraciones! Fue allí cuando Douglas el Negro, sir James el Bueno, arrojó el corazón de Bruce hacia las líneas moras y proclamó: «Ve, Braveheart, y nosotros, tus caballeros, te seguiremos», y así fue como se acuñó el nombre de Braveheart.

Angus meneó la cabeza.

—¿Por qué pierdo el tiempo?

—Contéstame a esto, Angus. Si eras un templario tan caballeroso, ¿por qué te expulsó Alban MacDonald?

—Política. El viejo pedorro se niega a adaptarse a los nuevos tiempos. Los Caballeros custodian las viejas costumbres, pero algunos de nosotros preferimos vivir en el siglo veintiuno. Alban es un Caballero Sacerdote de máximo rango, de modo que lo que él dice va a misa. A él y a otros de los miembros superiores del consejo no les gustó que vendiera la tierra de mis antepasados a Johnny C., aunque no pasa nada si los hijos trabajan para Cialino Ventures, incluido True MacDonald.

—¿La empresa de Cialino es propietaria de la plataforma petrolífera?

—Seis en el mar del Norte, más parte de una nueva presa hidroeléctrica que se está construyendo al este de Fort Augustus. Hay tuberías subterráneas que atraviesan el estuario de Moray hasta llegar a Inverness, y también las Tierras Altas. A Alban no le gusta, y ha montado un gran cirio ecológico ante el consejo masónico. El viejo imbécil me expulsó de la Orden el día que vendí mis tierras a Johnny C., y mi vida ha sido un infierno desde entonces.

—Angus, el sábado por la mañana pillé al Cascarrabias escondido en el bosque, disfrazado de Templario, solo que la ropa no era blanca, sino negra, y en lugar de la cruz de los Caballeros, la túnica llevaba un símbolo, como un corazón tachado con una X.

Mi padre desvió la vista.

—¿Qué pasa?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué no? La sangre de los Wallace corre por mis venas, al igual que por las tuyas.

—No es una cuestión de clan. Un juramento de sangre me prohíbe hablar de determinadas cosas.

—Estás hablando en acertijos.

Me miró con aquellos penetrantes ojos gaélicos, pero no dijo nada.

—Muy bien, sigue con tus juegos psicológicos. Pero la espada de Alban estaba cubierta de sangre. No sé si era sangre humana o animal, pero tenía una mirada de loco, esa que me asustaba cuando era un crío.

—Sí, a MacDonald se le fue la olla hace mucho tiempo. No está en sus cabales para presidir el consejo, si quieres saber mi opinión. Es una desgracia, un mentiroso...

—Mira quién habla. ¿De veras crees que el juez y el jurado van a seguirte la corriente? Utilizaste mis cicatrices de la infancia para montar un espectáculo, pero eso no te convierte en un hombre inocente. De hecho, puede que hayas sellado tu suerte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si hubieras dicho que la muerte de Cialino fue un accidente, es probable que Max habría podido rebajar los cargos a homicidio, y te habrían caído de cinco a diez años de cárcel, o menos. Pero ahora, con esta ridícula historia del monstruo del lago Ness, todo cambia.

—¿Y por qué?

—Porque la coartada del monstruo, por mala que sea, necesitaba planificación. Tuviste que llevar a Cialino al castillo de Urqubart, tuviste que obligarme a venir para testificar, llegaste al punto de obtener mi tesis anónima. Planificación significa que el asesinato de Johnny C. no fue accidental, sino premeditado. Cuando el jurado te declare culpable, y créeme, cuando los ánimos se calmen lo hará, pasarás el resto de



tus días entre rejas..., con suerte. Esto no es como el cubo de Rubik con el que me engañaste cuando era pequeño. Esto es el Tribunal Supremo de Escocia, Angus. Puede que te haya gustado arrojar dinamita a los medios, pero te has pasado un pueblo y has cabreado al fiscal, que va a clavar tu culo peludo en la pared.

—Eso dices tú.

—¿Y qué dice la viuda alegre?

Me miró con ira en sus ojos.

—¿Theresa? No tuvo nada que ver con esto.

—Claro que no. Vi cómo te miraba... Te manipula a su antojo.

—¡Aj! ¡No sabes nada!

—Bonita cara, cuerpo voluptuoso, un dulce anzuelo, y tú lo mordiste, te lo tragaste con caña y todo. Solo que esta mujer atesora sus propias ambiciones. Dime, ¿cuántas veces te la tiraste a espaldas de Johnny C., antes de que plantara en tu cabeza la idea de matar a su marido?

—Cierra el pico.

—Apuesto a que fue idea de ella utilizar a Nessie como coartada. Piensa en la publicidad que representará para su nuevo complejo turístico. Y entonces, tú aceptaste enseguida, y le dijiste que podrías consolidar tu defensa si me arrastrabas al asunto.

—¡Se te ha ido la olla!

—«Utiliza la historia de Nessie, Angus, y triplicaré el dinero que Johnny te debe. Después, viviremos felices y comeremos perdices...», pero, claro, ella se quedará con todas las posesiones de Johnny, incluido su nuevo complejo turístico, mientras tú proclamarás tu eterno amor cuando bailes al final de la cuerda.

—¡Cierra el pico! Theresa es una amiga, nada más.

—Claro, claro. No me extraña que contrataras a Max, en lugar de a un abogado de verdad. Apuesto a que se la está beneficiando también, ¿eh?

—¡Lárgate! ¡Lárgate de una puta vez, hijoputa! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡No eres hijo mío!

—Ay, ojalá fuera cierto —dije, y me puse de costado para dormir un poco, mientras me felicitaba por haber sacado de quicio a Angus—. De hijoputa a hijoputa, un consejo gratis: no olvides mantener la cabeza bien alta cuando te cuelguen, papito. Recuerda que eres un Wallace.

Era tarde, poco después de la una de la mañana. Yo iba en mi moto, acercándome a la desviación de Abriachan que hay a la salida de Inverness, cuando reparé en algo grande entre los matorrales de delante. Estaba ya casi encima cuando se giró de repente, y dejó al descubierto un cuerpo largo y abultado, de entre cuatro y medio y seis metros. Tenía una cola muy poderosa, redondeada en un extremo, y dos aletas frontales. La cabeza era de serpiente, aplanada, y mi faro alumbró un ojo ovalado. El animal dio dos grandes brincos sobre la carretera y se hundió en el agua, y después oí un violento chapoteo.

Señor W. ARTHUR GRANT,  
estudiante de veterinaria,  
5 de enero de 1934

Iba en coche por la A82, justo al sur de Invermoriston, cuando lo vi. Estaba a mitad de camino de la orilla, y lo vi con claridad durante nueve minutos con mis prismáticos. Medía entre doce y dieciocho metros de largo, pero no vi toda la cola, porque no estaba fuera del agua por completo. Cuando se volvió, vi con claridad su aleta izquierda delantera, de color gris, en forma de pala, y desprovista de marcas que pudieran indicar dedos o garras. Estaba claro que se trataba de una aleta, no de un pie. Por fin, el animal dio media vuelta y se hundió en las aguas. No volvió a aparecer y solo dejó ondas, sin estela.

Señor TORQUIL MACLEOD;  
extracto de una carta dirigida a la  
autora de *Inverness*, Constance Whyte,  
28 de febrero de 1960

# Capítulo 14

## *Invermoriston, Tierras Altas de Escocia*

Mientras daba vueltas sobre mi colchón lleno de bultos, y cientos de reporteros de todo el mundo se dirigían hacia el castillo de Inverness como moscas atraídas por el proverbial panal, la verdadera historia estaba teniendo lugar a treinta kilómetros al sur, en las orillas del lago Ness.

Dos ríos principales se cruzan en el lago Ness, en sus orillas occidentales. El río Enrick es el más grande, corre de oeste a este a través del Great Glen, deja atrás Drumnadrochit y desemboca en el lago Ness en la bahía de Urquhart. Veintitrés kilómetros más al sur, el río Moriston atraviesa la presa de Glen Moriston, se transforma en una cascada de grado cinco, y después corre bajo el viejo puente de piedra de Telford, deja atrás Invermoriston y también desemboca en el lago Ness.

La aldea de Invermoriston data de principios del siglo XVII. Aloja un puñado de pensiones, tabernas y pintorescas tiendas de artesanía, y su muelle fue hace tiempo un destino muy popular de los barcos de vapor que surcaban el lago a finales del siglo XIX.

Invermoriston adquirió fama por primera vez en 1746, cuando el pueblo escondió a los «Siete Hombres de Moriston», una banda lealista que protegió a Bonnie Prince Charlie de las fuerzas inglesas, después de la matanza de Culloden.

Trece generaciones después, el diminuto pueblo del lago Ness estaba a punto de recuperar su popularidad por un motivo muy diferente.

Hacía meses que Tiani Brueggert estaba planificando el fin de semana de acampada en las cercanías del lago Ness con su familia. Aunque su marido, Joel, y sus dos hijas, Chloe y McKailey, preferían alojarse en pensiones, Tiani no quiso saber nada de eso, e insistió en que su «típica familia estadounidense» plantara las tiendas en las legendarias orillas del lago.

Con las mochilas llenas de bártulos, los Brueggert partieron a pie de Fort Augustus, la ciudad situada más al sur del lago. Les esperaba un recorrido de veintisiete kilómetros en dirección norte, atravesando bosques de piceas y pinos.

La jornada del primer día terminó ocho horas después, en Invermoriston. Los Brueggert cruzaron el puente de Telford, posaron en las cascadas de Moriston para las cámaras, y después siguieron el río hacia el oeste, pero a las siete y media estaban de regreso en el pueblo, agotados.

El sol estaba todavía alto cuando pararon a cenar en el Glenmoriston Arms Tavern and Bistro. Dos horas después, la exhausta familia acampó por fin en las orillas del lago Ness, al sudoeste de la aldea. Había docenas de excursionistas en los alrededores, la mayoría de vacaciones en Europa. Algunos estaban pescando, y todos disfrutaban de los últimos rayos del ocaso veraniego de las Tierras Altas.

Cuando ya se habían metido en los sacos de dormir, los cielos grisáceos se habían oscurecido y dado paso a nubes de tormenta, y la brisa del sudeste del Glen se había intensificado, levantando cabrillas en la amenazada superficie del lago.

Los campistas más avezados se apresuraron a sujetar bien las tiendas, pues intuían una noche difícil.

Las dos hijas de los de los Brueggert estaban en su tienda, dormidas en cuanto su cabeza tocó la almohada. Joel estaba tumbado de costado al lado de su mujer, leyendo a la luz de la linterna, pero Tiani sufría demasiados dolores para dormir. Estaba en el segundo día de su período, el día del ciclo menstrual en que sangraba más. Le dolían los riñones, y tenía los tobillos hinchados a causa de la caminata. Sabía que la esperaba otro largo día, pues tenía planificado que su familia y ella pasarían en Drumnadrochit la noche siguiente, y el camino sería empinado, suponiendo que, por la mañana, pudiera embutir los pies en las botas de excursión.

Engulló dos aspirinas más y se volvió hacia su marido.

—Vuelvo dentro de unos minutos. Quiero mojarme los tobillos antes de que llueva. ¿Joel?

Su marido murmuró una respuesta, con los ojos ya cerrados.

Tiani salió de la tienda a gatas, y se puso la sudadera con capucha azul marino para protegerse del viento. Localizó el sendero boscoso que conducía al lago, atravesó el bosque dando tumbos, bajando por la senda empinada, mientras la luz de su linterna apenas podía perforar las tinieblas.

El dolor la obligó a detenerse en un banco situado en un pequeño claro, sembrado de basura de un contenedor de acero que rebosaba, y después continuó bajando hacia la orilla.

Ráfagas de viento y espuma la recibieron cuando abandonó el refugio del bosque. Se desvió a la derecha y siguió la playa de guijarros hasta el muelle de las barcas. Amenazadoras olas oscuras rodaban contra la orilla, y provocaban que una docena de canoas de aluminio y kayaks de madera golpearan entre sí como si quisieran soltarse de sus amarras.

Tiani caminó hasta el final del embarcadero, se quitó las botas y los gruesos calcetines de lana, se subió las perneras de los pantalones, se sentó en el borde y hundió sus tobillos doloridos en las aguas gélidas.

Tiani lanzó un grito de protesta, y necesitó varios intentos y cuatro minutos antes de que la piel quedara entumecida por el frío. Se tumbó, miró hacia el otro lado del

lago, el ominoso contorno de las montañas y los cúmulos, y después cerró los ojos, convencida de que estaba sola.

—¡Eh!

Tiani se incorporó de un brinco, con el corazón acelerado y los ojos abiertos como platos, al tiempo que examinaba la zona circundante.

Algo la había despertado. «¿Qué era?»

Notó el golpeteo de gotas de lluvia sobre la piel y se rió de su estupidez. Sacó las piernas del agua, pero tenía los pies tan entumecidos que ya no los sentía. Los masajeó hasta que recuperó la circulación, sin que sus ojos abandonaran ni un momento la superficie picada del lago Ness.

«Deja de comportarte como una estúpida. Si no, empezarás a buscar a Big Foot en el bosque.»

Todavía nerviosa, se puso los calcetines, y después se calzó con cautela las botas, sin abrochar los cordones. La hinchazón había remitido, y eso era estupendo, pero ahora solo quería regresar a su tienda y huir de la lluvia.

Tiani se levantó, y después volvió sobre sus pasos. Las botas resonaron sobre las tablas desgastadas.

Salió de la zona de las embarcaciones, giró a la derecha y siguió la orilla rocosa hasta que llegó al comienzo de la senda boscosa que la conduciría al lugar de acampada.

Tiani se detuvo y olfateó el viento. Un olor acre perduraba en el aire fresco, y el olor le recordó el de una jaula de zoo que necesitara un buen friegue.

*¡Tump!*

Tiani lanzó un grito, asustada por el repentino estrépito metálico que procedía de más adelante.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? ¿Joel?

Ráfagas de viento empujaron las agujas de pino empapadas por la lluvia contra sus brazos, y la espolearon a iniciar la ascensión.

Enfocó la luz de la linterna en el sendero, empezó a subir y notó que el olor acre se intensificaba.

Estaba sudando cuando llegó al banco del parque, el punto medio de su recorrido hasta el lugar de acampada. La lluvia repiqueteaba sobre el barril de basura metálico herrumbrado, que ahora estaba caído de costado, con la basura diseminada por todas partes.

«¿El viento? Imposible. Ese cubo debe de pesar más de ochenta kilos.» Rodeó el pequeño claro con el haz de su linterna.

Nada.

La subida había aflojado sus botas sin atar hasta el punto de que se le iban a salir de los pies. Se acercó a la mesa de picnic, apoyó la bota derecha sobre el banco y

empezó a anudarse los cordones.

Pegó otro bote cuando un trueno retumbó en el cielo... y algo enorme se acercó por el sendero que conducía al lugar de acampada.

El corazón de Tiani dio un vuelco. ¿Qué coño era eso? Se arrastró hasta el borde de la senda y apuntó la luz hacia el camino flanqueado de árboles. ¿Tal vez un oso?

Ahora no había nada..., pero algo había estado allí hacía un minuto. Percibió un tufillo a pescado podrido en el viento remolineante.

Y entonces, los cielos se abrieron sobre su cabeza y la dejaron empapada.

—Qué horror. —Tiani se puso a gritar con todas sus fuerzas—. ¡Joel! ¡Joel, socorro!

El chubasco se transformó en un crescendo de hojas salpicadas que ahogó sus gritos.

El viento azotó los troncos de los pinos que rodeaban el área de descanso, y esparcieron la basura a sus pies.

—¡Joel! ¡Hola! ¿No me oye nadie?

Una telaraña de rayos le contestó, iluminó los cielos y reveló la figura oscura, detenida ahora al borde del claro.

Tiani Brueggert levantó la vista, horrorizada... y chilló.

# *El diario de sir William Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 24 de octubre de 1330*

*Tan solo puedo calcular de una manera aproximada la fecha de esta anotación. Tampoco es que importe mucho, pues temo que mis palabras jamás verán la luz del día, ni las verán otros ojos... Aun así, lo que los míos han visto... Apenas puedo controlar los temblores de la mano para dejar constancia de lo sucedido.*

*La última vez que escribí, los caballeros estaban ocupados montando una puerta de hierro que impidiera a las draķontas salir al mal del Norte. El aire de la caverna se había enrarecido debido al humo de las antorchas, y sir Jain estaba cerca, preparando un guiso de carne picada. El olor de la carne me dio náuseas, cuando de repente un grito horripilante interrumpió nuestra calma y yo dejé caer la pluma.*

*Era sir Michael Bona quien chillaba, y a la luz vacilante de nuestras antorchas le vi, el cuerpo levantado sobre el borde del saliente, atrapado entre las poderosas mandíbulas de la criatura más impía que imaginarse pueda.*

*Había ascendido por el río subterráneo, y su enorme cabeza era diez veces la de un caballo. Los colmillos eran afilados y curvos, los dientes más largos como púas, situados fuera de su espantosa boca. La parte superior del cráneo estaba cubierta de nódulos, que descendían por el grueso cuello. El agua ocultaba el resto de su cuerpo.*

*Agarré la espada y me precipité hacia la bestia. Noté su horrendo hedor cuando acuchillé su garganta. La hoja hendió su pellejo grasiento y oscuro, pero apenas pudo abrirse paso entre la gruesa capa de cieno.*

*Sorprendido por el impacto, el animal soltó a sir Michael y se sumergió mientras su inmensa cola asomaba a través del agua y azotaba salvajemente la superficie. Las heladas salpicaduras nos empaparon, y también a nuestras antorchas.*

*Sumidos en las tinieblas, estábamos a merced del demonio.*

*Me alejé con cautela del borde, mojado y tembloroso, incapaz de ver mi propia mano delante de la cara. Sir Michael estaba tendido a mis pies, sus gritos gorgoteantes ahogados en su propia sangre.*

*—Necesitamos una llama —dijo MacDonald. Oí que frotaban trozos de pedernal contra las paredes de la cueva, después una chispa prendió en la tela y tuvimos luz.*

*Las heridas de sir Michael eran fatales, y ni siquiera el whisky de MacDonald pudo confortar al camarada caído. He visto a muchos hombres morir de heridas recibidas en la batalla, pero ninguno entre tantos tormentos. La bestia había reventado los órganos internos de sir Michael, y las tripas se le salían por la boca entre alaridos bestiales, de modo que no podía tragar. Manaba sangre de un semicírculo de agujeros causados por los dientes, cada uno tan grande como el puño de un hombre.*

*Le sostuvimos en brazos hasta que murió. MacDonald se encargó de los últimos ritos, y después bajamos su cadáver al agua y lo vimos desaparecer.*

*MacDonald nos dividió en grupos después del incidente, tres hombres en la puerta, tres de centinelas, y los otros dos a descansar. Han transcurrido largas horas, y ahora me toca a mí dormir. Mi cuerpo está agotado después de este día terrible, pero mi mente se niega a descansar, porque ahora he visto al demonio. Sus crías están cerca y tengo demasiado miedo para cerrar los ojos.*



Yo me encontraba en la orilla, cerca de la boca del Altsigh Burn, vigilando la aparición de alguna trucha, cuando vi aquella cosa extraordinaria. ¡Eran la cabeza y el cuello del monstruo, a menos de ocho metros de mí, y no me cupo la menor duda de que estaba comiendo algo! ¡Abrió y cerró la boca varias veces muy deprisa, y después echó la cabeza hacia atrás como hacen los cormoranes después de devorar un pescado! Al cabo de dos minutos, bajó la cabeza y aparecieron una giba y la cola. Se sumergió, y después reapareció de nuevo, más lejos. No vi extremidades ni aletas, pero la piel era resbaladiza, de color oscuro, algo más claro en el vientre. Calculé que mediría unos seis metros, como mínimo

JOHN MACLEAN,  
Invermoriston, junio de 1937

# Capítulo 15

## *Inverness, Tierras Altas de Escocia*

True MacDonald llegó temprano a la mañana siguiente, con montones de periódicos encajados bajo sus brazos robustos. Apartó de la puerta de la celda el carrito del desayuno, y después introdujo una pila de diarios entre los barrotes.

—Despierta, Zack, tenemos mucho trabajo.

Me froté los ojos para espabilarme, y después me volví hacia el olor a huevo en polvo y loción para después del afeitado barata.

—¿No estás un poco talludito para trabajar de repartidor de periódicos?

—No, cuando mi mejor amigo es la comidilla de Escocia. —Me dio el *Inverness Courier*—. Anda, échale un vistazo.

No supe decidir qué era más sorprendente, la foto de mí en el estrado de los testigos, con parte de las nalgas al aire, o el titular del artículo.

### FAMOSO BIÓLOGO MARINO SOBREVIVE AL ATAQUE DE NESSIE.

*Se espera que el testimonio impulse la investigación  
más importante del lago Ness en la historia de Escocia.*

El doctor Zachary Wallace, famoso biólogo marino e hijo del hombre acusado de asesinato, Angus William Wallace, de Drumnadrochit, sorprendió al Tribunal Supremo el lunes cuando reveló cicatrices de marcas de dientes, procedentes de una mordedura que casi le partió en dos hace diecisiete años. El doctor Wallace, cuyo testimonio todavía ha de ser contrastado por la acusación, sobrevivió por poco a un encuentro con un calamar gigante hace seis meses, en el mar de los Sargazos.

No cabe duda de que el testimonio del doctor Wallace será cuestionado. El *Courier* ha averiguado que el biólogo marino fue despedido de su cátedra de la Florida Atlantic University poco después del incidente de los Sargazos, y desde entonces ha estado sometido a tratamiento psiquiátrico.

—¡Vaya montón de mierda! Nunca dije que fuera un mordisco, y además, ¿qué es ese rollo psiquiátrico? Sí, vi a un loquero, pero eso no significa que esté como una chota. Fui una vez y...

—¿Qué te esperabas? Es una noticia sobre Nessie. ¿Desde cuándo importan los hechos?

—No lo entiendes, True, este es el tipo de tonterías que destruirán mi reputación, al menos lo que queda.

—¿Por qué? No tuviste la culpa de que te mordiera.

—¡No me mordió!

—Claro, claro, pero será mejor que digas que no te acuerdas. Ahora, ponte a firmar los periódicos. Tengo algunos clientes esperando.

—Estás de broma, ¿no?

—Oye, los negocios son los negocios. En este momento, eres más popular que Bonnie Prince Charlie. Hay que aprovechar las circunstancias, digo yo. —Me tiró un rotulador—. Firma donde sea, pero encima de los titulares. Sacaremos diez libras esterlinas por cada uno, tal vez doce.

—Increíble.

True sacó una cámara del bolsillo de la chaqueta.

—Ahora necesitaré que te bajes los pantalones. El *Examiner* me ha ofrecido doscientas libras por un primer plano claro, pero aún podré esquilmарles más.

—Olvídalo.

—¿Por qué? Ayer lo hiciste gratis.

—¡He dicho que lo olvides! Estoy harto de que todo el mundo explote esta mierda de Nessie. Y tú..., se suponía que eras amigo mío. Eres tan malo como tu hermana.

—Brandy... Casi me había olvidado. Te traigo un mensaje de ella. Acércate más, no quiero despertar a Angus.

Me incliné hacia él como un muñeco, pensando que iba a susurrar en mi oído.

¡*Bam!* El puño de True me alcanzó en la panza, y salí despedido al suelo de cemento.

Me senté, mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿A qué coño ha venido eso, capullo?

—Eso es por destrozar el corazón de mi hermana. ¿No te advertí que Brandy lo había pasado muy mal? Lo último que necesitaba era que un hombre la rechazara.

—Yo no la rechacé.

—A mí me han dicho que te la ligaste, y luego saliste corriendo.

—Tal vez no es bastante hombre para tu hermana —dijo Angus, y saludó al día con una atronadora exhibición de flatulencia.

—Encantador.

—Al menos, me tiro pedos como un hombre, Gertrude. ¿Cuál es tu excusa?

—No le hagas caso—dije—. Está hablando un hombre muerto.

—Dejadlo de una vez. El estado de Brandy no es para bromear. Ya lo pasamos bastante mal cuando Alban la echó a patadas, pero este último episodio de Estados Unidos creo que ha afectado a su bonita cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando volvió, le dije que se quedara a vivir conmigo. Un día, encontré sangre

sobre sus sábanas. Dijo que era el período, pero descubrí una navaja escondida dentro del colchón. Había utilizado la hoja para hacerse cortes en las piernas.

—Jesús...

True empezó a zamparse mi desayuno.

—Un amiguete psiquiatra lo llamó automutilación. Dice que es por el miedo al abandono de Brandy. Su estado de ánimo cambia como un péndulo, tranquila un momento, y una tempestad al siguiente.

—Ya me he dado cuenta.

—Los médicos le dieron pastillas, pero solo Dios sabe si las sigue tomando. Estoy preocupado por ella, Zack. Lo último que necesita es que otro tipo le pisotee el corazón.

Angus apretó la cara entre los barrotes.

—Confía en mí, True, no hace falta que tu hermana salga con tipos como Zachary. El chico se está enfrentando a los demonios de su infancia, y aún tiene miedo de plantarles cara.

True compuso una expresión de perplejidad.

—¿De qué está hablando?

—No le hagas caso.

—Ojalá hubiera podido hacer caso omiso de sus malditos chillidos —continuó Angus—. Toda la noche, berreando como un lunático, como después del primer accidente. Los médicos de la cabeza le dieron un nombre divertido... no-sé-qué post traumático, pero yo te diré lo que es: miedo auténtico. Una pérdida de tiempo, todos esos análisis; tendría que haberle tirado al lago el día después de que ocurriera. Eso le habría devuelto la razón, de golpe.

Sacudí la cabeza.

—Después de haber crecido con un padre como tú, es asombroso que aún no me hayan encerrado en un manicomio.

—Bah, bah. Recuerda, Gretchen, eres tú el que ha de vivir con esas pesadillas, y tú eres el único que puede pararlas.

—¿Y cómo? —preguntó True, que ya había dado buena cuenta de mi desayuno.

—Encontrando al monstruo, claro está. Puede que Zachary tenga miedo, pero sabe cómo piensa el monstruo. Por eso atrajo al demonio hasta la superficie la primera vez.

—Estás loco.

—Al menos, mi memoria funciona, al igual que la de Nessie, y créeme, ahora que el dragón ha vuelto a probar carne humana, subirá a darse el atracón mucho más a menudo.

True abrió los ojos de par en par.

—¿Nessie es un dragón?

Angus asintió.

—Tal vez no sea un dragón como los que conocemos, pero estos drakontas llevan en sus venas sangre de dragón.

—¿Cómo los has llamado?

—Drakontas, señor biólogo marino. Según la leyenda, los drakontas eran dragones sin alas, que parecían serpientes de mar gigantescas. En otros tiempos, las bestias vivían en los lagos del Great Glen, pero en invierno, cuando la comida escaseaba, atravesaban la campiña en busca de cualquier cosa que pudieran zamparse. Cuando yo era un crío, tu abuelo Logan me enseñó muchas cosas sobre ellos. Dijo que no expulsaban fuego como los demás dragones, pero su piel grasienta escupía vapores nocivos, capaces de marchitar y pudrir la vegetación. Son el demonio, pero...

—Los culos son para cagar, Angus, y tu cuento no es más que una patética coartada destinada a utilizar la popularidad de Nessie para desviar la atención de tu culpabilidad.

—Y tú eres una desgracia para el tartán que una vez llevó el apellido Wallace. Desde los tiempos de san Columba, el demonio ha acechado en nuestro Glen, alimentándose de la carne de los ahogados, tu abuelo entre ellos. Tú también estarías muerto, de no haber sido por algún milagro. Sigue rechazando la verdad, pero no podrás huir eternamente de tu miedo.

—¿Qué estás insinuando, Angus? —preguntó True.

—Es la misión de Zachary. Ha de ayudarnos a encontrar a la bestia para matarla.

—Soy un científico, Angus, no un cazador de monstruos.

—¡Pues compórtate como un científico y encuentra a ese animal! Está ahí fuera, Zachary. Juro por el alma de mi padre que solo tú puedes encontrarlo y demostrar mi inocencia.

—¿Juras? Tu palabra no significa nada para mí. En cuanto el capullo del juez me suelte, tomaré el siguiente avión a Miami.

True se encogió cuando miró hacia el fondo del pasillo.

—Eh, Zack...

—¿Qué?

—El capullo ha vuelto —anunció el juez Hannam, mientras guiaba al sheriff Brian Holmstrom y a seis brutos vestidos con uniforme de policía lucía nuestras celdas—. Puede soltar al doctor Wallace, sheriff, siempre que colabore...

—¿Que colabore? ¿Cómo?

Holmstrom, un individuo severo con un montón de músculos en su cuerpo menudo, abrió la puerta de la celda, pero me impidió salir.

—Doctor Wallace, le pido que acompañe a estos hombres. No hablará de nada de lo que vea u oiga con otra persona que no sea mi inspector, de lo contrario me veré obligado a encarcelarle hasta que sea tan viejo y estúpido como su padre.

—¿De qué va este rollo? —Lo averiguaré cuando llegue.

—¿Tengo alguna alternativa?

El juez asintió.

—Puede quedarse en su celda un día más, si así lo desea. Eso le concederá a usted y a su padre más tiempo para evocar los viejos recuerdos.

—Prefiero comer *haggis*<sup>[10]</sup>

Me anudé los zapatos, salí de la celda, saludé con un cabeceo a True y le di un puñetazo en el estómago con todas mis fuerzas, aunque estuve a punto de romperme la mano en el intento. True hizo una mueca, pero ni se inmutó.

—Bien hecho, muchacho. Estamos igualados.

—No estamos igualados. Esto ha sido por comerte mi desayuno.

El sheriff Holmstrom me dio una chaqueta de nailon negra de la policía de Inverness.

—Póngase esto, hemos de salir de incógnito. Los terrenos del castillo están invadidos por docenas de camionetas de informativos, equipos de televisión y reporteros, la mayoría de los cuales llevan acampados desde anoche. Cada reportero y su madre quieren hablar con usted, y no puedo permitir que nos sigan hasta la escena del crimen.

¿La escena del crimen?

Antes de que pudiera preguntarle, me condujo a través de un entresuelo atestado de medios, que se abalanzaron sobre mí como tiburones hambrientos.

—Doctor Wallace, ¿era muy grande el animal que le mordió?

—¿Podría enseñarnos las cicatrices?

—Doctor Wallace, ¿tiene la intención de ir a cazar al monstruo?

—Doctor Wallace, ¿cómo responde a las acusaciones de que todo este asunto es un truco?

—Doctor Wallace...

—Doctor Wallace...

Holmstrom me empujó hacia delante.

—El doctor Wallace llega tarde a una cita en North Inverness, y ahora no tiene tiempo para hacer comentarios.

Salimos del entresuelo por una puerta lateral, y entramos en un camino de acceso particular. Una puerta de la derecha permitía el acceso al aparcamiento de la policía, y la puerta de la izquierda, a un garaje cubierto.

—Bien, doctor, si le da su chaqueta al agente Johnston, nos pondremos en camino.

Johnston, un hombre de mi tamaño y peso aproximados, se puso la chaqueta de

policía sobre la cabeza, escondiendo la cara, y después fue sacado a rastras al aparcamiento por seis policías, y conducido hasta una furgoneta que aguardaba.

El sheriff Holmstrom me guió hasta el garaje y un Mercedes Benz negro que esperaba. Las ventanas del vehículo estaban tintadas, lo cual impediría a los reporteros curiosos ver en su interior.

El conductor esperó diez minutos a poner el motor en marcha. Cuando doblamos una curva, ya fuera del castillo, vimos que el último vehículo de los informadores salía del aparcamiento en persecución de la furgoneta de la policía.

Ni el conductor ni su compañero me dirigieron la palabra, mientras seguíamos las carreteras secundarias de las afueras de Inverness hasta salir a la A82. Pesadas nubes grises de lluvia colgaban sobre el Great Glen, y las hojas de los árboles se elevaban hacia el cielo, heraldos de otro chubasco.

Continuamos hacia el sur, acompañados por el maldito lago, y de repente me asaltó una terrible sensación de miedo. «¿La escena del crimen? ¡Oh, Dios, es Brandy! True dijo que era inestable. Se habrá suicidado... o puede que el chiflado de su padre perdiera la chaveta y la atacara con la espada.»

—¿Ha sido Brandy Townson? ¿Le ha pasado algo? ¡Eh, gilipollas, estoy hablando con vosotros, contestadme!

No dijeron nada, pero me tranquilicé un poco cuando rodeamos Drumnadrochit y continuamos hacia el sur, dejando atrás la bahía de Urquhart.

¿Adónde me estaban llevando? ¿Qué había pasado?

Transcurrió otro cuarto de hora, y después entramos en el pueblo de Invermoriston.

Las luces de la policía me dijeron que habíamos llegado.

Un área de descanso, una zona de acampada y todo el extremo sudoeste del estuario de Moriston habían sido acordonados por la policía. Los residentes estaban siendo alineados a lo largo de la A82 para ser interrogados. Una ambulancia estaba parada al lado de la autopista, y su conductor se había subido al techo del vehículo, intentando ver algo al otro lado del espeso bosque.

Aparcamos en el área de descanso, donde media docena de testigos estaban siendo interrogados por la policía. Pasamos junto a un hombre próximo a los cincuenta años que sollozaba, y dos chicas adolescentes en estado de shock, y me guiaron hasta una mesa de picnic que servía de punto de información central.

Un hombre alto de cabello castaño y constitución atlética levantó la vista de su libreta cuando nos acercamos.

—¿Es usted Wallace? Michael Gajewski. Soy un agente de la escena del crimen de la Northern Constabulary de Inverness. Dígame, doctor, ¿ha desayunado?

—No.

—Estupendo. Acompañeme.

Le seguí a través del campamento, y después por una estrecha senda boscosa que descendía hacia el lago.

—¿Que está pasando, agente?

—Espero que usted me lo diga.

Nos acercamos a un pequeño claro, donde un fotógrafo de la policía estaba tomando fotos. Había basura diseminada por todas partes, al parecer porque un pesado cubo de desperdicios había caído.

—¡Oh, Jesús!

Quedaba poco de la víctima que pudiera identificarse. Había sangre por todas partes, en el suelo, sobre las hojas, en los troncos de los árboles, en la mesa de picnic... Era como si hubieran detonado un contenedor lleno de pintura escarlata.

El fotógrafo apuntó su cámara a las ramas más bajas de un abeto, donde los restos de un brazo izquierdo, seccionado por encima del codo, colgaban de una. Había más metralla humana arrojada sobre la maleza. Dedos, un tobillo y un pie, todavía envueltos en un calcetín de lana, retazos de una sudadera azul marino, mechones de pelo humano en fragmentos de carne desgarrada.

Di media vuelta, presa de las náuseas.

—Exacto, doctor Wallace, acaba de ver lo que acaba de ver. Dígame, ¿se trata de animales o de un lunático?

—Dios, no lo sé, no soy un especialista forense. Si era un animal, parece más obra de un oso gris que de algo que viva en el lago Ness.

—No es un oso. Hace mil años que no hay osos en las Tierras Altas.

Respiré hondo para reprimir las náuseas. El aire estaba impregnado de un extraño olor, como a intestinos podridos.

—¿Qué es esa peste?

—Una vez más, confiábamos en que usted nos lo dijera. Huele a anchoas podridas.

—O a aguas residuales. ¿Qué ha sido del resto del cuerpo de la víctima?

—No lo sabemos. Aún estamos peinando la zona, y hay equipos dragando la orilla. Si se la comió, por supuesto...

—¿Se la comió? Agente, para infligir estos daños a un adulto humano, el animal, suponiendo que fuera un animal, tendría que ser enorme, de unos quince metros como mínimo, con un radio de mordedura superior al de los grandes tiburones blancos.

—Ha dicho, si fuera un animal. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé. —Me tapé la nariz y paseé la vista a mi alrededor—. Es posible que hayan montado toda esta escena para aparentar que fue el ataque de un animal.

—Sí, ya lo hemos pensado. ¿Tal vez un aliado de su padre, digamos?

De repente, me sentí contento de haber pasado la noche encerrado en una celda.

El agente de policía que me había llevado hasta Invermoriston se acercó.



—Señor, acaban de aparecer dos equipos de filmación. Los estamos reteniendo en la carretera, pero no tardarán mucho en dar la vuelta a pie y entrar en el área de descanso. El juez ordenó que los medios no debían saber que el doctor Wallace estaba aquí.

—Lo siento, doctor, eso significa que su tiempo se acaba.

—Agente, usted me ha traído aquí. Concédame al menos cinco minutos para recorrer la zona y buscar pistas. Si era un animal, tal vez dejó huellas.

—Ya hemos mirado, y no hemos encontrado nada.

—¿Cómo sabían lo que debían buscar?

—Creo que reconocería el rastro de un animal si lo viera. Además, en estos *glens* no existe nada tan grande como lo que usted ha descrito. Personalmente, doctor Wallace, yo creo que un loco anda suelto.

Acababa de señalarles el castillo de Urquhart a los niños, cuando uno preguntó: «¿Aquello es una roca?». Miré hacia el agua, y vi algo a un tercio de la distancia hasta el castillo que no era una roca. Como no podíamos verlo con claridad, corrimos hasta el borde del agua, pero ya había desaparecido. De todos modos, había dejado atrás una terrorífica estela, que alcanzó la orilla con tal violencia que uno de los niños salió corriendo, aterrorizado.

Lady MAUD BAILLE,  
comandante del Auxiliary  
Territory Service, 19 de abril de 1950

Era mediodía y yo iba conduciendo hacia el norte por la A82, saliendo de Fort Augustus. Cuando pasé ante Cherry Island, observé una gran alteración en el agua, tal vez a unos ciento cincuenta metros de la orilla. Unos dos metros de un objeto negro aparecieron en la superficie, desaparecieron y volvieron a aparecer unos cien metros más cerca de la orilla. La velocidad del movimiento era increíble.

Coronel PATRICK GRANT,  
13 de noviembre de 1951

# Capítulo 16

## *Inverness, Tierras Altas de Escocia*

Me encontraba de vuelta en el Mercedes, en dirección norte por la A82, mientras las palabras del jefe de policía resonaban en mis oídos. «Personalmente, doctor Wallace, creo que un loco anda suelto. ¿Un loco con una espada? ¿O un asesino con un cómplice, que culpa de sus escapadas a un dragón ficticio?»

La idea me ponía enfermo.

En lugar de devolverme al castillo de Inverness, me llevaron al ayuntamiento para asistir a una reunión de urgencia del Consejo de las Tierras Altas. Cuando llegamos, los rumores acerca de «un nuevo ataque de Nessie» ya circulaban por las ondas de radio británicas.

El juez Hannam asistía a la reunión, tras haber decretado un aplazamiento de un día en el juicio de Angus, «para examinar la validez de las afirmaciones de la defensa». El jurado estaba secuestrado en un hotel, pero pocos creían que se le pudiera ocultar los últimos acontecimientos durante mucho tiempo más.

Las Tierras Altas se estaban convirtiendo en una hoguera, y Angus y su abogado estaban arrojando cerillas.

Owen James Hollifield, recién elegido preboste y director del Consejo de las Tierras Altas, era un hombre plácido por naturaleza, pero imponía con su corpachón de metro ochenta.

—Presidente y consejeros, por favor.. Me gustaría empezar la reunión. Prescindiremos de trivialidades e iremos al grano, si les parece bien.

Se hizo el silencio en la sala.

—A estas alturas, ya habrán oído los rumores, así que intentaremos apartar la fantasía y examinar los hechos reales. ¿Sheriff?

El sheriff Olmstead se levantó y leyó los apuntes de su libreta.

—Aproximadamente a las cuatro y media de esta madrugada, los restos de la fallecida fueron descubiertos por su marido en una senda boscosa situada en un camping de Invermoriston. La víctima era una mujer estadounidense llamada Tiani Brueggert, identificada por una alianza rescatada de los restos de un dedo de su mano izquierda seccionada. Si bien hemos encontrado rastros de otras partes del cuerpo y una gran cantidad de sangre, el resto del cuerpo de la víctima continúa desaparecido. Esto sugiere que el atacante de la víctima o bien se llevó el cuerpo, o lo arrojó al lago. En estos momentos, dos barcas están dragando una zona de dos kilómetros de la orilla del lago. Técnicamente, es posible que la mujer continúe con vida.

—Sheriff, ¿está sugiriendo que la víctima fue secuestrada?

—Solo estoy matizando que, en este momento, no tenemos cadáver, solo partes

del cuerpo no vitales. Sin embargo, y esto es solo un informe preliminar, los médicos han determinado que el brazo izquierdo de la mujer fue seccionado por un instrumento dentado extremadamente afilado, tal vez una hoja larga, y posiblemente por la mordedura de un animal, sí.

Una oleada de murmullos se elevó en la sala.

—¡Silencio, por favor! Tal como nuestro invitado, el doctor Wallace, ha señalado, si fue un animal, el radio de mordedura sería más grande que el de cualquier especie de nuestro *glen*...

—¡Salvo Nessie!

Nuevos murmullos resonaron en la sala.

—¡Pregúntele qué fue, Olmstead, él debería saberlo!

—Vamos, Wallace, ¿fue Nessie o no?

El preboste golpeó la mesa con la palma de la mano para pedir silencio.

—Estamos en una reunión del Consejo, no en una reyerta callejera. el sheriff Olmstead nos está contando lo que sabe, no lo que ustedes quieren oír.

—¿Y que es Nessie, exactamente? —se revolvió el sheriff—. Por lo que yo sé, las leyendas no matan gente. Si fue un animal anfibio, ¿lo convierte eso en Nessie? ¿Y desde cuándo ataca Nessie a seres humanos?

Un miembro del Consejo se levantó y me señaló con el dedo.

—¿Qué me dice de él? Le atacó.

—Según el informe del médico, no —replicó el juez Hannam—. Quiero que escuchen con mucha atención lo que voy a decirles, porque nuestra reacción ante estas graves circunstancias determinará la opinión que se forjará el resto del mundo de esta pequeña comunidad que llamamos nuestro hogar. Mi sala de justicia se ha convertido ya en un teatro, y como no seamos capaces de conducir con dignidad el asesinato de esta mujer, todo este asunto de Nessie nos va a estallar en las narices, al igual que las expediciones de los años sesenta.

Lorrie Paulsen, vicepresidente de Turismo, se levantó y dirigió la palabra al Consejo.

—Antes de que clausure esta historia, señor preboste, hemos de tener en consideración otro tema, que es el turismo. Como todos los reunidos aquí saben muy bien, el turismo está de capa caída. Pero este juicio ya está obrando un impacto positivo en nuestra economía. Estoy recibiendo informes de todo el Great Glen de que los hoteles y pensiones se están llenando sin parar, y la mayoría gracias a periodistas y reporteros. Esperen a que llegue la temporada alta. Podría ser el mejor verano que hemos tenido en treinta años... De hecho, hablé con las líneas aéreas hace menos de una hora, y hay montones de vuelos a Inverness reservados durante todo junio. Podría ser lo mejor que le sucediera a las Tierras Altas desde hace mucho tiempo.

Murmullos de asentimiento.

—Ridículo —dijo William Greene, coordinador del Consejo Conjunto de la Policía del Norte—. No estamos hablando de avistamientos del monstruo, sino de asesinatos múltiples, al menos uno de los cuales cometido por un hombre cuyas estupideces sobre un animal acuático están basadas en mentiras y pruebas circunstanciales, en el mejor de los casos. En cuanto a esta muerte reciente, ¿quién podría negar que Angus Wallace tal vez contrató a un cómplice para que disfrazara el asesinato como el ataque de un monstruo? Todo esto apesta, si quieren saber mi opinión.

Más murmullos, con algunas miradas acusadoras lanzadas en mi dirección.

«Jesús... He de largarme de esta isla antes de que estos lunáticos me linchen.»

Owen Hollifield hizo una señal para pedir silencio.

—Continúe, sheriff.

—No estoy en desacuerdo con la analogía del coordinador Greene, pero sea lo que sea, hemos de hacer algo. Sea bestia o humano lo que mató a esa mujer, la invasión de turistas prevista para este verano significa más víctimas en potencia, en mi opinión. ¿Cómo vamos a vigilar setenta y seis kilómetros de orilla? Carecemos de hombres y medios.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo el juez Hannam.

El preboste asintió.

—Por favor, señoría.

—Al introducir al monstruo en su defensa, Angus Wallace ha abierto la caja de Pandora del proceso. Nos guste o no, y a mí no me gusta, extraoficialmente, lo hecho hecho está, pero continúa siendo mi deber servir a la justicia. Por tanto, la única forma de asegurar un veredicto justo e imparcial es conceder a las autoridades la oportunidad de registrar el lago. No estoy insinuando que un animal acuático matara a John Cialino o a esta mujer estadounidense. Solo estoy diciendo que el público, y el mundo, han de recibir la impresión de que estamos haciendo todo lo posible por descubrir la verdad, incluso hasta el punto de demostrar la existencia o no de la bestia.

—El Consejo debería ofrecer una recompensa a quien demuestre la existencia de Nessie —intervino Lorrie Paulsen—. Creo que diez mil libras bastarían para demostrar nuestra seriedad.

Owen Hollifield resopló.

—Podría multiplicar por diez esa suma con unas cuantas llamadas telefónicas. *Discovery Channel* y *National Geographic* han llamado esta tarde, pidiendo permiso para enviar equipos de filmación. Se lo negué. Dije que estaba pensando en ofrecer la exclusiva de los derechos al mejor postor.

Enérgicos murmullos de asentimiento.

—Haga lo que sea necesario —replicó el juez—, pero solo voy a aplazar el juicio dos semanas. Es el máximo de tiempo que puedo mantener secuestrado al jurado.

Nueva oleada de murmullos.

El preboste volvió a dar una palmada sobre la mesa.

—Conduce tu juicio como te dé la gana, Neil, pero no puedo permitir que docenas de cazadores de monstruos surquen el lago Ness sin ton ni son. Es contraproducente, y peligroso. Ya lo hemos visto todo antes. Los aficionados empiezan a jugar a *Moby Dick*, vienen con dinamita y bombas caseras. Lo que necesitamos es que alguien se encargue del asunto, alguien de reputación intachable.

Todos los ojos se volvieron hacia mí, y entonces comprendí por qué el juez había insistido en que asistiera a la reunión.

—¿Qué opina, doctor Wallace?

—Lo siento, señoría, creo que se equivoca de hombre.

—Pues yo creo que es perfecto —afirmó William Greene—. Nació en las Tierras Altas, su reputación de biólogo marino le precede, y está relacionado con el acusado, lo cual significa que usted hará todo cuanto esté en su mano, de cara a la galería, por llevar a cabo una búsqueda exhaustiva y eficaz. Y esas cicatrices...

—¿Qué pasa con ellas? La mitad del mundo piensa que me mordió una bestia, y la otra mitad cree que las amañé con el fin de salvar a mi padre. En este preciso momento, mi reputación de científico está siendo destruida.

—Pues demuestre lo contrario —dijo el preboste—. Algo muy real está sucediendo en el lago Ness desde que la A82 fue construida. Su testimonio e implicación podrían separar por fin la realidad de la fantasía.

—Olvídelo. Todo este asunto ya ha sido bastante humillante, y además, hay muchos más científicos cualificados para elegir. Kevin González en Scripps, o ese científico inglés, Anthony Chomley. ¿Qué me dicen de Robert Rines? El doctor Rines tiene mucha más experiencia que...

—El doctor Rines ha recorrido el lago Ness de un extremo a otro un millar de veces —replicó el juez Hannam—. No, usted fue la primera persona a la que elegimos, doctor Wallace. Si Nessie existe, estamos convencidos de que usted lo encontrará.

—¿Y si me niego? ¿Qué harán? ¿Detenerme por desacato otra vez? No, creo que no. Puede que haya nacido aquí, pero ahora soy ciudadano de Estados Unidos, y mi gobierno le dirá algunas cosas al Parlamento si el Tribunal Supremo de Inverness encarcela a uno de sus científicos más importantes, solo porque se niega a registrar su lago en busca de monstruos.

A juzgar por la expresión severa del juez, supe que había dado en el clavo.

—Bien, lord Hannam, si no le importa, todo ha sido demasiado realista y muy poco divertido, y he de ir a buscar billetes si quiero volver a mi casa de Florida

mañana por la noche. Hasta la vista.

Había llegado a mitad de camino de la salida, cuando el sheriff Olmstead me detuvo.

—¿Lord Hannam?

El juez meditó un momento.

—El doctor Wallace tiene razón, por supuesto. No podemos obligarle a organizar nuestra búsqueda. De momento, tendremos que dejar que los investigadores se organicen como puedan. Bien sabe Dios que la atención de los medios los atraerá en oleadas al lago Ness. Sin embargo, doctor, no olvide que sigue siendo testigo de un juicio por asesinato, lo cual significa que no puede abandonar el país, al menos hasta que la acusación haya tenido la oportunidad de interrogarle. Confisque su pasaporte, sheriff, y después déjele en libertad.

El hijo de puta me quitó el pasaporte, y después me acompañó hasta la puerta.

—No lo entiendo —dijo True, mientras se atizaba la tercera cerveza de la última media hora—. Yo creo que te están ofreciendo la oportunidad de tu vida. ¿Por qué no lo haces?

Tome otro trago. La sensación abrasadora de antes era ahora como un cálido amigo.

—Si te lo digo, y lo repites a otra alma viviente, nuestra amistad... ¡pffft!

Se inclinó hacia delante con su gran cabeza de vikingo desgredada.

—Adelante, te escucho.

Señalé mi sien.

—Angus tenía razón en una cosa. Tengo el cerebro hecho trizas. Desde aquel asunto de los Sargazos, no puedo acercarme al agua.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Que tengo miedo de acercarme al agua, estúpido hijo de puta, ¿a qué coño crees que me refería?

—¿Por qué? ¿Qué le pasa al agua?

—Al agua no le pasa nada, ceporro, es que no puedo acercarme. Jesús, ¿por qué crees que no me tiré a tu hermana el viernes por la noche? ¿Por respeto al chalado de vuestro viejo? Por favor, Louise, no soy tan capullo.

—Espera un momento... ¿Estás diciendo que te da miedo el agua?

—¡Sí, cerril, sí! —Me levanté de la silla, tambaleándome como un idiota borracho—. ¡Escucha esto! ¡Yo, Zachary Wallace, biólogo marino de mierda, hijo de Angus, el cabrón borracho y asesino, primo lejano de sir William Wallace el Braveheart, tengo un miedo atroz del agua!

Los demás borrachos del Sniddles se levantaron y aplaudieron.

Hice una tambaleante reverencia, y después caí de costado en los brazos

hercúleos de mi amigo.

—¿ Lo he dejado claro esta vez, True? ¿Te has hecho ya la idea?

—Sí, muchacho, pero no te preocupes, no se lo diré a nadie.

Temeroso de dormir, me descubrí saludando al alba en lacumbre del pico más alto de Drumnadrochit, mientras reflexionaba sobre mi existencia y la sobriedad volvía a marchas forzadas.

¿Qué me había pasado? En seis breves meses, había pasado de ser un bastión de la ciencia con un objetivo definido, a transformarme en un hombre amargado, asustado de su propia sombra, asustado de su propia vida.

Ex abstemio, iba en camino de convertirme en alcohólico. Ex pensador, ahora tenía miedo de la razón, y ofrecía patéticas excusas por mi fobia recién descubierta..., y un miedo perdido hacía mucho tiempo que daba la impresión de estar reapareciendo en mis sueños.

Estaba quemado y agotado. Me odiaba, odiaba mi vida, y no tenía forma de escapar de mi cabeza.

Salvo una.

Saqué el frasco de píldoras del bolsillo, miré los comprimidos, mientras sopesaba la posibilidad de tomar una dosis letal.

¿Cuántas veces había pensando en suicidarme desde el día de mi noveno cumpleaños? ¿Seis veces? ¿Una docena? Con la ayuda de mis profesores y entrenadores, me había reinventado, pero por dentro seguía siendo el alfeñique de Angus.

¿Qué me mantenía con vida? ¿Qué me daba ganas de vivir?

¿Qué tenía que perder?

Había dedicado los últimos seis meses a envenenarme poco a poco con alcohol. ¿Por qué no acabar de una vez por todas?

«¡Hazlo, Zachary! ¡Trágate las píldoras! Acaba con el dolor, el miedo y la humillación de una vez.»

Acuné las píldoras en la mano, pero todavía había una cosa que me impedía acabar con mi vida en aquella hermosa ladera. Esta vez no era el miedo..., sino la ira.

Estaba furioso con Angus por obligarme a regresar, por obligarme a examinarme sin complacencias. Y después de haberme examinado, comprendía ahora que, por repulsivo que fuera mi padre, era tan solo una excusa muy conveniente para mi dolor.

La verdad era que estaba furioso conmigo mismo, porque Angus tenía razón. Había vivido una mentira.

A cada terror nocturno que ocurría, fragmentos de recuerdos enterrados mucho tiempo atrás salían a la luz. Por aterradores que fueran, comprendía por fin que aquellos sueños tenían un propósito: sacudir mis falsos cimientos de realidad.



Por más que intentaba negarlo, ahora sabía que algo monstruoso se había apoderado de mí en el lago diecisiete años antes. Incapaz de soportar la verdad, mi mente infantil lo había enterrado. De alguna manera, mi segundo episodio de ahogamiento en el mar de los Sargazos había liberado aquellos recuerdos dormidos, y ahora podía elegir: optar por la salida de los cobardes y suicidarme, o buscar al ser responsable de mi dolor.

*El dragón puede percibir el miedo, puede olerlo en tu sangre. ¿Plantarás cara y combatirás al dragón como un guerrero, o te acobardarás y huirás, dejando que te atormente hasta el fin de tus días?*

—¡No!

El eco de mi voz crepitó a lo largo y ancho del Glen como una descarga de artillería.

Me puse en pie de un brinco, tiré el frasco de pastillas lo más lejos posible, hacia los matorrales.

—Basta de cobardías. Basta de huidas. ¡Si voy a morir, que mi muerte sirva de algo!

De pie bajo el gris cielo de la mañana, miré las aguas antiguas del lago Ness, mientras mascullaba las palabras y sentía escalofríos en la espina dorsal.

—Muy bien, bestia, seas lo que seas, ya has atormentado bastante mi existencia. Voy a por ti, ¿me has oído? ¡Voy a por ti!

El sargento de policía George Mackenzie y yo estábamos entre un grupo de gente cerca de Altsigh Youth Hostel, mirando dos gibas que atravesaban el lago a una velocidad de diez nudos. Era evidente que aquellas dos gibas formaban parte de un objeto largo animado, que mediría como mínimo trece metros.

Inspector de policía HENRY HENDERSON,  
Inverness, 13 de octubre de 1971

De pronto, se produjo una conmoción terrorífica en el lago. En medio de la confusión, mi amigo [el señor Roger Pugh] y yo vimos con mucha claridad el cuello de una bestia que sobresalía del agua unos tres metros, como calculamos más tarde. Nadó hacia nosotros en un leve ángulo, y después, por suerte, desapareció.

Padre GREGORY BRUSEY,  
abadía de Fort Augustus,  
14 de octubre de 1971

# Capítulo 17

## *Drumnadrochit, lago Ness*

Por primera vez, desde hacía tanto tiempo que no podía recordarlo, experimenté la sensación de tener un propósito definido. Como me sentía renacido, mi mente dormida durante tanto tiempo estaba enfocada en mi misión como un láser.

En cuanto a mi hidrofobia, aún no estaba preparado para meterme en el agua. De todos modos, me convencí de que la lógica y la razón me dotarían de la valentía necesaria cuando llegara el momento..., si llegaba.

Antes que nada, necesitaba información.

Sabía que hordas de autoproclamados cazadores de monstruos se dirigían hacia el lago Ness, y estarían bien equipados y financiados, armados con las últimas boyas sonar y vehículos operados por control remoto, aparatos de escucha submarina y cámaras de alta velocidad, luces estroboscópicas y sondas de profundidad. Rastrearían el lago de sol a sol, como lo habían hecho durante décadas. Hablarían de capturar a la bestia con una red (si bien, técnicamente, Nessie estaba protegido por la ley de las Tierras Altas) y se jactarían de que iban a vender fotos submarinas a la revista *Time*, a *Life* y al *Times* de Londres. Como diría mi padrastro, Charlie, eran la encarnación de la demencia, y llevaban a cabo los mismos rituales una y otra vez, aunque siempre esperaran resultados diferentes. Si bien cada uno estaba dispuesto a vender su alma por un fugaz vislumbre de una aleta o una señal en el sónar, al final nadie destacaba sobre los demás.

Los cazadores de Nessie eran como malos golfistas cuya pelota siempre se sale de los límites señalados, pero que siempre buscan el lugar más ventajoso para tirar.

Lo que acechaba en el lago Ness podía ser una especie semianfibia, pero aun así prefería las profundidades. Localizar un animal en un lago que medía treinta y cinco kilómetros de longitud, casi dos de anchura, y con una profundidad de doscientos diez a doscientos cuarenta metros era como buscar culebras rayadas en una piscina de tamaño olímpico llena de tinta negra. Tal como documentaba la historia, era como jugar a la lotería... y perder, sobre todo con las orillas atestadas de público ansioso por vislumbrar al animal.

Como científico, necesitaba aumentar al máximo mis probabilidades, y para ello debía intentar comprender a mi presa. Para hacerlo, tenía que enfocar el asunto desde un ángulo muy diferente.

¿Qué haría Alfred Wallace?

En lugar de concentrarme en localizar a un ser escurridizo y muy móvil, decidí analizar el lago Ness en su conjunto. Sí, la vía fluvial de agua dulce era única en su género, y sus aguas superficiales desembocaban en el mar del Norte (y tal vez, en

épocas pretéritas, sus zonas más recónditas), pero el lago continuaba siendo un ecosistema aislado, que alimentaba a diferentes especies. Al menos una de estas, un depredador o depredadores, había cambiado de repente sus pautas de conducta y, como resultado, su dieta. Para mí, eso significaba que se había producido también una alteración en la cadena alimentaria.

La primera tarea sería descubrir qué se había alterado.

La segunda sería utilizar esta información con el fin de localizar al animal..., y descubrir una forma de obligarle a salir de las profundidades.

Pasé casi toda la mañana comprando suministros en el pueblo y en todos los sitios donde entré la gente estaba hablando del monstruo. Había corrido la voz de que dos grandes pesqueros de arrastre estaban ya navegando hacia el sur a través del estuario de Moray, mientras otro barco de investigación estaba subiendo por el canal de Caledonia desde Fort William. Más tarde, se esperaba la llegada de un camión con remolque cargado de boyas sonoras al hotel Clansman, parte de una expedición estadounidense financiada por AMCO Productions, de Cleveland.

El circo había llegado oficialmente a la ciudad, pero yo me negaba a interpretar el papel de payaso.

El «forzudo» estaba despierto cuando volví.

—¿Qué es eso? —preguntó True cuando vio las bolsas de papel marrón en mis manos.

—He decidido solucionar el misterio del lago Ness de una vez por todas.

—¡Sí! —Me agarró por debajo de las axilas y me alzó hasta el lecho—. Esto es fantástico, Zachary, y no te abandonaré ni un momento. Eso quiere decir que vamos a necesitar un barco, ¿eh? Llamaré a Brandy a primera hora de la mañana y le diré que anule sus circuitos turísticos...

—Nada de barco.

—¿Nada de barco?

—Primero, información y pistas. Quiero recorrer toda la orilla del lago Ness, empezando por el lugar de Invermoriston donde murió la mujer.

—¿Recorrer toda la orilla? ¿Por qué?

—Porque no me interesa registrar a ciegas la vía fluvial más grande de Europa, con la esperanza de ver una señal en un sónar. lo que necesitamos, True, es una auténtica prueba de lo que está pasando ahí abajo.

—Sí..., claro, supongo que es posible caminar. Pero me llevaré los prismáticos y la cámara, por si acaso.

Saqué de las bolsas de la compra tarros de cristal, guantes de goma, linternas, bolsas de plástico, botellas de agua y algunos aperitivos, y después empecé a llenar mi mochila.

—Necesitaremos sacos de dormir, pues es probable que debamos acampar

algunas noches.

—Ostras, Zachary, ¿cuál es el plan? ¿Ir dejando un rastro de galletas por la orilla, a ver si Nessie se mete en uno de esos tarros como una puta rana?

—De hecho, las galletas eran para ti.

Una hora después llegamos al embarcadero de Invermoriston. La policía lo había cerrado, y acordonado el campamento y la senda, pero cuando vieron que era yo, nos dejaron pasar hasta la orilla. Desde el brazo del río Moriston, seguimos el lago hasta el sur y llegamos al muelle. True interpretaba el papel de mi sombra impaciente. Como casi todas las playas del lago Ness, la tierra estaba cubierta de piedras pulidas y redondeadas, que servían para camuflar cualquier cosa, salvo los rastros más evidentes.

—Bien, Sherlock Holmes, ¿qué estamos buscando? ¿Boñigas de Nessie?

—Claro, unas cuantas boñigas de Nessie nos irían de coña.

Escudriñé la orilla, y después volví sobre mis pasos hacia el río.

True meneó la cabeza.

—Esto de la ciencia es un coñazo, ¿eh?

—Bien, no es como zambullirse desde una plataforma petrolífera del mar del Norte, pero es mejor que registrar el lago sin un plan preconcebido.

—Puede, pero me lo he pasado mejor viendo crecer la hierba. ¿Qué estás haciendo?

Iba a cuatro patas cerca del agua, y de vez en cuando me detenía para apretar la nariz contra la superficie rocosa.

—Zachary, por favor, siento vergüenza ajena. ¿Crees que te has convertido en un sabueso?

—Ayer percibí un olor rancio. Confío en poder captar otro tufillo.

—Santo Dios. ¿Qué te parece si yo bla bla bla bla bla...

Cerré los ojos e inhalé, mi mente absorta en mi «territorio».

—... vuelvo con unas cuantas cervezas frías y algo de comer? ¿De acuerdo? He dicho de acuerdo, ¿eh, Zack?

Me trasladé a otra parte de la orilla y repetí el ejercicio.

—¿Sabes una cosa? Creo que has perdido la chaveta.

Ambos oímos el rugido y levantamos la vista, cuando una lancha a motor se acercó a la orilla y sonó su bocina.

—Ah, es Brandy, tendría que haberlo imaginado. ¡Eh, Brandy!

El *Nessie III* iba una vez más sobrecargado de pasajeros, y todos apuntaban sus cámaras al ya legendario campamento. Se veía a Brandy en la timonera, al igual que el sujetador del biquini. Saludó con la mano a su hermano, y después, cuando me vio, me levantó el dedo medio.

—Parece que aún está cabreada contigo.

—No hay furia comparable a la de una mujer de las Tierras Altas despechada.

—Amén.

Volví a mi trabajo, y mi mente, contaminada por la visión de Brandy en traje de baño, luchó por concentrarse de nuevo.

—¿Un bocadillo, pues?

—¿Eh?

—¿Estás sordo? Te he preguntado si quieres un bocadillo. He pensado en ir a buscar algo de comer mientras tú acabas de pulir las rocas con el estómago.

—Sí, claro. Como quieras.

Dio media vuelta y se alejó, y entonces tropezó, pues la punta de su bota derecha se había enganchado con el borde de una pequeña depresión.

Miré aquel punto y mi corazón se aceleró.

—¿Qué pasa? ¿Has visto algo?

Había tres depresiones en forma de S, cada una de unos dos metros y medio de largo, uno y medio de ancho, y unos diez centímetros de profundidad. Salían en ángulo del agua, subían al terraplén y se adentraban en el bosque, y eran tan grandes y amplias que la pauta parecía natural al ojo inexperto.

Me puse a cuatro patas y aspiré el olor de la huella, que me dio ganas de vomitar.

—¿Es el monstruo? —True se tiró al suelo y olió—. Arj, huele como una chica que conocí una vez.

—No puedo hablar de tu vida social, pero aquí hubo algo biológico, y deajo su limo.

—¿Limo?

—Eso es lo que parece, al menos. La lluvia se lo ha llevado casi todo, pero el hedor todavía perdura.

Saqué un tarro de la mochila, tomé una muestra del suelo, y el repentino chute de adrenalina produjo hormigueos en mi vejiga.

True y yo continuamos caminando hacia el sur por la orilla occidental. El descubrimiento de las huellas había infundido nuevos bríos al nerviosismo de mi amigo.

—Oye, Zack, digamos que fue un animal lo que dejó esas huellas. Para aplastar la tierra de esa manera, ¿cuánto crees que debía de pesar?

—No lo sé, tal vez cuatro mil kilos o más, pero es un cálculo aproximado.

—¿Cómo lo llamó Angus? ¿Drakonta?

—True, los drakontas no existen. Es puro folclore.

—Entonces, ¿cómo explicas...?

—Tranquilo, chavalote, no repitamos las mismas equivocaciones de otros

exploradores del lago Ness. Crean una idea preconcebida de lo que podría haber ahí, y después se pasan todo el tiempo intentando demostrar que tienen razón, buscando únicamente a su bestia imaginaria.

—¿Como los tíos del plesiosauro, quieres decir?

—Exacto. Un dinosaurio en el lago Ness es una idea romántica, pero no es ciencia, tan solo la construcción de un mito. Dejaremos que los resultados del laboratorio nos cuenten qué es esta criatura... o no.

Me detuve. Saqué un tarro de cristal vacío y mi pala de jardinería, me agaché y tomé otra muestra de tierra al borde del agua.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Comprobando la población de gusanos.

—¿Gusanos? Ya te digo yo que no fue un gusano lo que dejó aquellas huellas.

—Tu drakonta ha de comer, ¿no? Antes de que añadiera humanos a su dieta, habrá subsistido a base de comida del lago.

—Sí. Es lógico.

—La cadena alimentaria del lago Ness empieza con una vegetación microscópica llamada fitoplancton. A partir de ahí, progresa hasta el zooplancton, después gusanos y peces pequeños, renacuajos, etcétera. Después, tienes peces más grandes, salmones, truchas, truchas asalmonadas, lucios, lampreas, anguilas y esturiones, algunos de los cuales pueden pesar varias decenas de kilos. En algún punto de esa cadena alimentaria se produce una ruptura importante en uno o más de sus eslabones. Quiero saber dónde, y cuál fue la causa.

—Y esto va a decirte dónde se esconde nuestro drakonta, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Has de reducir el número de inmersiones, te lo aseguro. Impiden que el oxígeno llegue al cerebro.

—Vale, burlate lo que quieras, doctor Doolittle, siempre que no juegues en el barro para evitar mojar te los pies.

Después de todo, igual no era un forzado tan lerdo.

Caminamos toda la mañana y parte de la tarde, dejamos atrás Port Clair y Cherry Island hasta dar la vuelta al extremo sur del lago. Pasamos ante el antiguo muelle de Bunoch y llegamos por fin a Port Augustus, la ciudad más grande del lago.

El pueblo estaba inmerso en una atmósfera de carnaval, rebosante de residentes, turistas y hordas de los medios. True se encaminó hacia el pub más cercano para tomar una pinta de Guinness, mientras yo seguía a la multitud hasta el muelle y al recién llegado *Nothosaur*, un barco de investigación de unos trece metros de eslora, llamado así en honor de un miembro de la familia de los plesiosauros, de cuello largo y dientes afilados, que había vivido en el Triásico.

Solo el nombre del barco ya me reveló todo cuanto necesitaba saber sobre su propietario.

Michael Hoagland, un alemán treintañero fornido, de pelo rubio y ojos azules, saludó a la muchedumbre desde la proa de su barco como un héroe victorioso, mientras un reportero de informativos esperaba con impaciencia a que su equipo de filmación se instalara.

—Señor Hoagland, Grady Frame, BBC de Escocia. Bienvenido al lago Ness.

—Gracias.

—Ha navegado muchas horas en nuestro pequeño lago.

—Unas doce mil en mi barco, otras cuatro mil en tierra. Conozco este lago como la palma de mi mano.

—En ese caso, tal vez podría describir a nuestros espectadores el monstruo que quiere cazar.

—Tiene la cabeza del tamaño de un caballo, con el cuello largo, de unos tres o cuatro metros, y la longitud total puede que sea el doble de eso. Debe de pesar entre doce y veinte toneladas.

—Caramba. En su opinión, ¿es un plesiosauro?

—Eso es lo que he estado diciendo, sí. Me remito a la ciencia. Restos de plesiosauros se han encontrado en toda Inglaterra. Hace siete mil años, todo el extremo norte del lago Ness estaba abierto al mar. Es fácil comprender por qué esos monstruos prehistóricos quedaron atrapados en nuestro pequeño patio de recreo. Fauna de todo tipo abunda en el lago, posee una cantidad ilimitada de comida, carece de contaminación, y la temperatura media del año oscila entre cuatro y siete grados. Ideal para...

—¿Un reptil extinto que prefería climas más cálidos?

Era mi voz, fuerte y segura, pero había pasado tanto tiempo desde que mi ego se había calzado las mallas de Superman, que apenas reconocí su regreso.

La multitud abrió un pasillo, y reveló mi presencia a Hoagland y las cámaras de la BBC.

—¿Y quién es usted? —preguntó el aventurero alemán.

—Zachary Wallace, biólogo marino, el hombre que va a dejar en ridículo a usted y a todos los demás cazadores de dinosaurios.

Una voz de mujer crepitó por un altavoz.

—¿Y cómo va a hacer eso, señor Sabelotodo? ¿Buscando una leyenda en la que ni siquiera cree?

A dos amarraderos de distancia, Brandy se erguía sobre la timonera del *Nessie III*. Megáfono en mano, me señaló con su físico bronceado y aceitado, que conquistó la atención de la muchedumbre tanto como su lenguaje desafiante.

—¿Por qué no deja que los expertos se dediquen a lo suyo, y se guarda sus



opiniones americanizadas?

Los congregados lanzaron vítores y las cámaras rodaron.

Hoagland se esforzó por reconquistar el protagonismo.

—¿Dónde está su barco, señor Biólogo Marino? ¿Dónde está su equipo de sonar?  
¿O pretende localizar a Nessie paseando por el bosque?

—No persigo animales acuáticos, prefiero encontrar formas de que me persigan a mí.

La multitud lanzó exclamaciones de asombro.

El reportero de la BBC me reconoció.

—Es Zachary Wallace, el hombre que encontró un calamar gigante.

—Bien, pues —dijo Hoagland—, vamos a echarle una mano para que localice a Nessie.

Antes de que yo pudiera reaccionar, tres esbirros de Hoagland saltaron desde la cubierta del barco. Dos me agarraron de los brazos, uno de los piernas, y entre los tres empezaron a mecirme.

—*Eins... zwei... drei!*

Agité brazos y piernas en el aire, y después me zambullí en el lago Ness. Las aguas heladas me sacudieron como si estuvieran electrificadas.

Pataleé y me revolví, demasiado aterrorizado para razonar, y mi mochila sobrecargada se llenó enseguida de agua, tan pesada como un ancla. Luché con todas mis fuerzas, pero mi flotabilidad negativa era excesiva, de modo que me deslicé bajo la superficie y me hundí como una tortuga muerta.

Los sonidos enmudecieron.

Mi pulso se aceleró.

El agua cambió en un abrir y cerrar de ojos de té helado a tinta, y me envolvió con su oscuridad paralizante.

Me había metido en un buen lío.

«¡Piensa! ¡Razona! ¡Quítate la puta mochila!»

Luche por desabrochar la hebilla metálica de la mochila, pero mis dedos entumecidos no lograron mover el tozudo artefacto.

Iba cayendo más y más, seis metros, nueve... Mis oídos zumbaban, mi pecho ardía, mi cuerpo sufría espasmos, mientras los dedos helados del lago se cerraban sobre su presa.

¿Dónde estaba la muchedumbre? ¿Ni siquiera estaban un poco preocupados?

—¡Ajjj!

Inhalé una bocanada de agua acida, cuando una presa como de tornillo se cerró alrededor de mi antebrazo derecho y me arrastró de lado entre sus dientes.

Me revolví contra la bestia, arañé su carne, hasta que caí en la cuenta de que me estaban arrastrando hacia la superficie.

*Hushh!* Los sonidos volvieron con la luz del día, mientras mi cabeza se despejaba y True me arrastraba hacia la orilla.

Con mis ojos vidriosos y medio congelados alcé la vista y vi la silueta de cientos de divertidos curiosos que ocupaban el muelle. Con los oídos taponados por el agua oí sus burlas y carcajadas.

Sentí bajo mi cuerpo la tierra fangosa y caminé tambaleante hacia la orilla, mientras mis dedos entumecidos aún intentaban soltar la cerradura metálica de mi maldita mochila.

True me la quitó.

—¿Estás bien?

Asentí, y después caí de rodillas, temblando a causa del frío.

—Hijos de puta. Los mataré.

—Ya hablas como tu padre. Déjalos en paz. Antes de que todo esté dicho y hecho, nos habremos vengado.

Asentí, y la ira alimentó de nuevo mis ansias de venganza.

La evolución suele proceder por «especiación» (la escisión de un linaje de una especie progenitora), no por la lenta y determinada transformación de estas grandes especies progenitoras. En la teoría alopátrica, popularizada por Ernst Mayr, nuevas especies aparecen en poblaciones muy pequeñas, que quedan aisladas de su grupo progenitor en la periferia de la línea ancestral. La especiación en estos pequeños grupos aislados es muy rápida según las normas de la evolución, cientos o miles de años (un microsegundo geológico). Un cambio evolutivo importante puede producirse en estas pequeñas poblaciones aisladas. Una variación genética favorable puede propagarse con rapidez entre ellas. Además, la selección natural tiende a intensificarse en zonas marginales desde un punto de vista geográfico, donde las especies apenas han conseguido afianzarse. Se producen pequeños cambios que cumplen el requisito de alterar poco a poco el clima, pero las reorganizaciones genéticas importantes casi siempre tienen lugar en las pequeñas poblaciones periféricas aisladas que forman nuevas especies.

STEPHEN JAY GOULD,  
«Bushes and Ladders»,  
*Ever Since Darwin'Reflections in Natural History, 1977*

# Capítulo 18

## *Port Augustus, lago Ness*

Chorreando agua, me colgué del hombro la mochila empapada y ascendí las orillas del lago Ness, mientras True me seguía hasta los lavabos públicos. Los turistas me miraban embobados, los residentes reían, y yo hacía lo posible por no mirar en su dirección.

Después de entrar en el baño de caballeros, me despojé de los calzoncillos, restregué la turba de mi piel y estrujé mi ropa para que soltara el agua sobrante en el lavabo. A excepción de los tarros que contenían muestras y las provisiones de alimentos empaquetados al vacío, todo el contenido de la mochila estaba estropeado, incluidos el saco de dormir y la muda.

True abrió su mochila y sacó algunas camisetas secas y dos pares de calcetines de lana, y me tiró uno.

—Póntelos. Brandy nos llevará a Drumnadrochit, y después nos llenaremos la panza en el Clansman antes de empezar a trabajar a primera hora de la mañana.

—No pienso volver.

—Zack, no puedes continuar sin pertrechos.

—Pues déjame los tuyos y regresa. He de seguir adelante antes de perder la valentía, y hay que examinar todavía toda la orilla oriental.

—Es demasiado peligroso ir solo.

—No me pasará nada.

—Sí, estoy seguro de que la mujer que murió también pensaba lo mismo.

—Acamparé en el bosque de Glendoe para pasar la noche, a una distancia prudencial del lago. Nos encontraremos mañana en Foyers a eso del mediodía.

True meditó.

—De acuerdo. Que sea en Foyers, pero promete que tendrás una hoguera encendida toda la noche.

—Prometido. Antes de que te marches, True, he de hacerte una pregunta. El otro día desperté temprano y me topé con tu padre. Llevaba una túnica de caballero templario, pero su uniforme era negro.

La expresión de True cambió.

—No puedo hablar de esto contigo, Zack.

—La espada de tu padre estaba cubierta de sangre.

True se revolvió contra mí y me aplastó contra la pared.

—¿Estás insinuando que mi viejo está relacionado con el asesinato de esa mujer?

—No, pero yo...

—Escúchame, Zachary Wallace. Es posible que uno de nuestros padres sea un

asesino, pero no es el viejo que te salvó la vida hace diecisiete años, ¿vale?

—Vale, vale, tranquilo, colegui.

Retrocedió, y después me dio un manotazo detrás de la oreja.

—Lo siento, muchacho. Están pasando cosas en las Tierras Altas que tú no puedes comprender, batallas entre tradicionalistas como mi padre, que quieren conservar la pureza de las Tierras Altas, y los que son como tú, que quieren venderse la tierra. ¿Y yo? Yo estoy por el progreso, pero la línea que separa los beneficios económicos de la contaminación del medio ambiente es muy tenue. En cuanto a esos templarios, por lo que yo sé, funcionan con independencia del Consejo, y a los Caballeros Negros no les gusta que los forasteros se metan en sus asuntos.

—¿Caballeros Negros?

—Da igual. —Me dio mi mochila—. Toma mis cosas, nos encontraremos en Foyers. No olvides tener el fuego encendido toda la noche, no quiero leer tu esquila en el *Courier*.

Descalzo, con mis botas mojadas colgando de la mochila de True, salí de Fort Augustus y seguí la General Wade's Military Road. La tarde ya estaba avanzada, pero los días de verano del Glen empezaban a alargarse, y mi objetivo era llegar a la orilla oriental del lago Ness antes del ocaso.

Mientras andaba, mi mente vagaba.

Dos personas habían muerto, y si bien se culpaba de su muerte al mítico ser, mi mente me decía que el misterio estaba más relacionado con los trasfondos políticos que rodeaban al Consejo de las Tierras Altas que con una bestia marina. De los dos principales actores implicados, sabía que no iba a sacar nada en limpio de Alban MacDonald, y solo mentiras y engaños de mi padre.

Pero había aparecido una nueva pista, que había escapado por casualidad de la boca de mi amigo.

Los Caballeros Negros del Temple.

¿Qué era esta secta secreta? ¿Cuál era su misión? ¿Cómo estaban relacionados con los acontecimientos del lago Ness?

Transcurrió una hora antes de que localizara el camino que conducía desde el extremo sudeste del lago a las orillas orientales. Desde allí, el lago Ness corría hacia el norte otros treinta y cinco kilómetros, bordeado por el bosque de Glencoe, el cual abrazaba la base de los imponentes montes Monadhliath.

La parte oriental del lago estaba mucho menos poblada que la occidental, la campiña era más silvestre, los bosques más espesos, y la mayor parte de la orilla era inaccesible.

La General Wade's Military Road rodeaba el bosque antes de doblar al norte por la B862, que conducía a Foyers. Como no deseaba dar un largo rodeo, pues quería

mantenerme lo más cerca posible del lago, me detuve para ponerme los calcetines de True y mis botas de excursión húmedas, y después abandoné el único carril asfaltado para atajar por el bosque, siguiendo un rumbo paralelo al curso del agua.

Al cabo de veinte minutos, llegué a una sinuosa carretera de acceso recién pavimentada que atravesaba el denso follaje, pero el ruido de maquinaria pesada interrumpió los sonidos de la naturaleza. Seguí los sonidos y, unos cuatrocientos metros más adelante, me encontré con una enorme obra. Un letrero anunciaba:

PRESA HIDROELÉCTRICA DE GLENDOE.  
SOLO PERSONAL AUTORIZADO

Recordé que había leído algo acerca de la nueva central eléctrica, cuya mayor parte iba a estar enterrada. Sería una planta grande, con una capacidad de entre cincuenta y cien megavatios, con diecisiete kilómetros de oleoductos subterráneos que recogerían el agua y la transportarían a un nuevo embalse situado a más de seiscientos metros sobre el lago Ness. El embalse estaría ubicado en la cabecera del Glen Tarff, limitado por una enorme presa de treinta y cinco metros de altura y mil metros de longitud.

Le gustara o no a Alban MacDonald, la tecnología estaba invadiendo el lago Ness.

Concentrados ante una impresionante alambrada de tela metálica había más de una docena de manifestantes, cuyas pancartas los identificaban como el Scottish Wild Land Group.

Una mujer de pelo rojizo frizando la cuarentena se plantó ante mí y me puso un panfleto en la mano.

—Me alegro de que te sumes a nosotros, hermano; los reporteros de la tele llegarán de un momento a otro. Soy Gloria Snodgrass, subdirectora del Comité Directivo del SWLG, ¿cómo estás?

—Confuso. ¿De qué va todo esto?

—Queremos salvar nuestro Glen. La decisión de los ministros del gobierno de tirar adelante esta planta hidroeléctrica causará daños irreversibles a nuestros pantanos y ríos, ¿y sabes cuánto bosque hemos perdido ya? Solo la presa necesita tres nuevas carreteras de acceso, y puedes añadir otros veintidós kilómetros de tuberías con ese fin. Eso sin contar los setenta y cinco kilómetros necesarios solo para construir el embalse.

—Lo entiendo, pero...

—Pero nada. Firma y únete a nosotros antes de que lleguen las cámaras.

—No puedo. Lo siento.

—¿Lo sientes? Sí que lo sentirás cuando perdamos lo mejor de nuestras tierras.

Eh...

Me despedí con un ademán y rodeé la verja, con la esperanza de echar un vistazo al interior. Construir una planta hidroeléctrica a gran escala tan cerca del lago Ness habría exigido un estudio ambiental detallado, pero ¿cómo se evalúa el impacto ecológico sobre un animal marino desconocido?

Como no había ningún capataz a la vista y ninguna forma de entrar, volví por la carretera hacia el lago Ness, sin saber muy bien qué hacer con aquella nueva pieza del rompecabezas.

## *Foyers, lago Ness*

La ciudad de Foyers se halla a un tercio del camino de subida al lago Ness en su orilla oriental. Si bien los orígenes del pueblo se remontan a una posada construida en 1655, cuando las tropas de Cromwell ocuparon Inverness, no fue hasta finales del siglo XIX cuando la North British Aluminum Company puso Foyers en el mapa. Durante años, las minas de aluminio dominaron la industria, hasta que una bajada radical de los precios del metal, combinada con el acceso a mar abierto más fácil desde Kinlochleven, obligó a los habitantes a cambiar la fuente de comercio principal de Foyers. La respuesta residía en las abundantes y variadas fuentes de agua de la aldea, que incluían lagos, riachuelos y el río Foyers, con un espectacular salto de cuarenta y dos metros hasta el lago Ness. En su búsqueda de una fuente de energía adecuada para una nueva planta hidroeléctrica de las Tierras Altas, los ingenieros ingleses no tardaron en centrar su atención en las Cascadas de Foyers. Las obras empezaron en 1969 con la construcción de un túnel presurizado de cuatro kilómetros de largo, que comunicaba el lago Mhor con el lago Ness...

—... y esta importante obra permite a las turbinas, levantadas en la planta de aluminio ante la cual estamos pasando ahora, invertir el curso del agua hacia el lago Mhor por la noche, cuando la demanda es más fácil de calcular y sin cortar en ningún momento el suministro de agua.

El guía turístico hizo una pausa, cuando el autobús descubierta frenó y arrojó los gases de escape hacia la vieja planta de fundición.

Justin Wagner, de veinticuatro años, procuró ocultar su bostezo al guía, y después dio un codazo a su amiga de la infancia, Amber Korpela.

—Ya hemos visto las cascadas. Vamos a saltarnos el resto de la visita y daremos un paseo en barca.

—Aún no. Quiero ver Boleskin House. Dicen que el primer propietario rendía culto al diablo. ¿Sabías que después de su fallecimiento, Jimmy Page compró la casa y...?

—¿A quién le importa, Amber? No he venido desde Alaska para ver una estúpida casa. Vamos a comprar más rollos de película, alquilar una barca y buscar en serio al monstruo.

Justin tomó a Amber de la mano y la arrastró fuera del autobús.

—Lo siento, tío —dijo al guía—, Nessie nos espera.

Veinte minutos después, los dos turistas de Alaska estaban bajando por un sendero boscoso que atravesaba la parte inferior de Foyers, en dirección al lago Ness.



## ***Bosque de Glen Doe***

Cuando el sol empezaba a ponerse, llegué a un pequeño claro situado en el corazón del bosque, contiguo a un riachuelo que desembocaba en el lago Ness. El último campista había utilizado las ramas muertas para habilitar un cobertizo, sin duda para protegerse de la lluvia. Agotado y hambriento, me quité la mochila y fui a buscar leña para encender una hoguera.

Después de terminar una lata de sopa de guisantes muy poco apetitosa, planté la tienda al lado del cobertizo. Un espeso bosque separaba mi campamento de las aguas del lago Ness, el cual se hallaba a unos cien metros al oeste, bajando por la pendiente boscosa. Cuando cayó la oscuridad sobre el Great Glen empecé a sentirme un poco nervioso, mientras no dejaba de pensar en la advertencia de True. Me gustara o no, era vulnerable, y sopesé en serio la posibilidad de pasar la noche en las ramas más bajas de un árbol. Pero la probabilidad de ser atacado tan lejos del agua era mucho menor que la de caerme del árbol y partirme el cuello, de modo que opté por un arma.

Utilicé mi cuchillo de caza para pergeñar varias lanzas de un metro veinte de longitud con las ramas de los árboles, antes de que se me cansara demasiado la vista. Aticé el fuego por última vez y pasé las siguientes horas sumido en un sueño inquieto.

## *Foyers, lago Ness*

La balsa motorizada, comúnmente conocida como Zodiac, escupía gases oleaginosos mientras surcaba la oscuridad y la neblina en un curso errático.

Justin Wagner intentaba reprimir las oleadas de frustración que le asaltaban. Cuatro horas antes, Amber Korpela y él habían alquilado la embarcación y atravesado el lago Ness en dirección a su orilla occidental. Habían llegado hasta Cherry Island, disfrutando de una soleada tarde veraniega y explorando el *crannog* artificial, antes de embarcarse en el largo camino de regreso. Pero con el depósito de gasolina de reserva cada vez más bajo y la llegada del ocaso, Justin había decidido ahorrar tiempo y distancia tomando un atajo hacia el nordeste.

Ya había pasado más de una hora.

Justin, un experto marino en Alaska, no había contado con que el sol desapareciera de una manera tan repentina detrás de las montañas, ni con el banco de niebla que avanzaba hacia ellos desde el este.

El zumbido del motor de sesenta caballos de la Zodiac, combinado con los incesantes cambios de rumbo de su acompañante, habían provocado un fuerte dolor de cabeza a Amber Korpela.

—Bien, Magallanes, se acabó. ¿Dónde coño estamos?

—En medio del lago Ness..., me parece.

—No me jodas. ¿Tienes una brújula?

—¿Por qué crees que tengo una brújula?

—No lo sé. ¡Tal vez porque no esperaba que fueras tan estúpido como para extraviarte en el lago Ness!

—Si quieres encargarte del timón, adelante.

—En lugar de zigzaguear de un lado a otro, ¿por qué no nos llevas en una dirección fija hasta llegar a tierra?

—¿Tierra? ¿Puedes ver tierra con esta niebla? ¿Y si nos vamos hacia el norte? Podríamos recorrer treinta kilómetros antes de llegar...

—¡Shhh! Creo que he oído algo.

—Sí, los gruñidos de mi estómago.

—No, lo digo en serio. Parecen voces de personas. Para el motor, Justin.

Justin obedeció. La balsa se meció con el oleaje, y después continuó hacia adelante.

—Estás loca, no oigo nada.

—Shhh. Escucha.

Justin escuchó, y después oyó algo... Chapoteos, seguidos de extraños lloriqueos, procedentes de su derecha.

—Casi parece el llanto de un niño.

Amber se inclinó sobre la proa.

—¡Oh, Dios mío, mira! Es un ciervo... No, un rebaño de ciervos. Justin se acercó a ella, cuando las cabezas y gráciles cuellos de media docena de ciervos sica aparecieron entre la niebla.

—Excelente. Los ciervos saben orientarse, así que los seguiremos hasta la orilla. Ya te he dicho que te llevaría de vuelta a Foyers.

—¿Cómo sabes que van a Foyers? Podrían estar nadando hacia la orilla occidental.

—En este momento, ¿qué más da?

Los dos primeros ciervos adelantaron a la Zodiac. Sus cascos pateaban el agua con frenesí, y surgía vapor de sus orificios nasales a causa del esfuerzo.

—Justin, ¿parecen asustados?

—Deben de tener frío.

Otro ciervo apareció entre la niebla. De pronto, el animal lanzó un grito agudo, echó la cabeza hacia atrás... y desapareció entre la espuma del oleaje.

Amber asió el brazo de Justin.

—¿Has visto eso? ¡Oh, Dios mío, algo lo ha arrastrado al fondo!

Justin escudriñó la superficie.

—No. Debió de... cansarse y se ahogó, nada más.

—¡No se ahogó! ¡Algo se lo comió!

—Tranquila, tía. Antes, cuando hablé de Nessie, te estaba tomando el pelo. No existe.

—Eh, no soy estúpida. Te digo que algo grande se ha llevado a ese ciervo. ¡Pon en marcha el motor!

Se agarraron mutuamente cuando la Zodiac osciló con violencia, y después dio varias vueltas en la dirección de las agujas del reloj, antes de derivar de costado.

—Muy bien, ¿qué coño ha sido eso?

Ahora era Justin el que temblaba.

—Larguémonos de aquí.

—¡Cuidado, Justin!

Un ciervo presa del pánico surgió de la niebla y se precipitó hacia la Zodiac. Sus cascos delanteros salieron del agua y saltaron sobre el borde de la balsa de goma.

—¡Mierda! —Justin agarró al animal enloquecido por el cuello y los cuernos, y pugnó por devolver al agua a la bestia de ochenta kilos sin que le ensartara—. Ayúdame, Amber...

El ciervo continuó debatiéndose, con la intención de salir del agua, cuando una fuerza invisible se apoderó de él por los cuartos traseros y lo arrastró al fondo.

Justin Wagner perdió el equilibrio y cayó también al agua.

—¡Justin! —Amber se arrodilló en el asiento y miró en todas direcciones—. ¿Justin? ¿Dónde estás, Justin? —Oyó unos chapoteos detrás de ella y se volvió—.

¿Justin?

—¡Amberrrrrrrrrrrr! —Justin acababa de asomar la cabeza del agua, mientras golpeaba frenéticamente con los brazos la superficie cubierta de niebla—. ¡Hace un frío de mиеeedo!o!

—¡Espera! —Amber se dirigió hacia la popa—. Bien, esto sí lo puedes hacer.

Apartó el timón, se colocó detrás del motor fuera borda y tiró del cable de arranque con ambas manos.

Tuvo que repetir la operación varias veces hasta que el motor arrancó. Pero cuando la hélice empezó a girar en el agua, el timón torcido envió la balsa de costado, y Amber Karpela cayó de cabeza en el lago.

El agua gélida, combinada con sus ropas empapadas, estaban acabando con las fuerzas de Justin. Con sus ojos nublados vio que Amber caía por encima de la borda, y la Zodiac ahora deshabitada empezaba a describir enloquecidos círculos sobre la superficie. «Patético. Muy bien, primero la barca, ahora Amber...»

Nadó en dirección a la embarcación, sin escuchar los lloriqueos y aullidos del ciervo, y su corazón se aceleró cuando oyó el chillido estremecedor de Amber.

—¿Amber?

Justin paró de nadar y giró a su izquierda. A través de la superficie cubierta de niebla vio algo enorme y oscuro emerger a unos seis barcos de distancia, que rodaba y se retorció en un frenesí de movimientos que arrojó agua helada y restos de carne tibia a su cara.

Una columna de ciervos, que gemían y jadeaban debido al agotamiento, le adelantó.

Justin intentó moverse, pero no pudo, hasta que el ataque concluyó con un chapoteo final.

El silencio que siguió fue paralizante.

Justin se tocó la frente con una mano temblorosa, y se quitó gotas de sangre y fragmentos de hueso.

—Amber...

El gemido de la Zodiac que se acercaba aumentó de intensidad y le animó a entrar en acción. Nadó con todas sus fuerzas, y después se lanzó hacia la embarcación. Su pecho rebotó contra el costado de la barca hinchable y sus dedos lograron aferrar el cabo de fijación de la barca.

Demasiado débil para izarse a bordo, Justin consiguió enlazar el cabo alrededor de las muñecas, de modo que su peso equilibró la trayectoria de la Zodiac.

La balsa motorizada se alejó, remolcando a su pasajero semiinconsciente.

Tengo cincuenta y nueve años de edad, y he vivido aquí toda mi vida. Cuando tenía catorce años, teníamos una granja en Drumnadrochit. Mi madre y mi hermano, ya fallecidos, iban en el coche conmigo, en dirección a Inverness. Yo estaba mirando el lago, cuya superficie se veía lisa y calma, cuando grité: «¡Para el coche!». Mi hermano frenó, y todos vimos el enorme alboroto que estaba teniendo lugar en el centro del lago, justo enfrente del castillo de Aldourie. El monstruo era de color marrón gris, enorme, del tamaño de un autobús. Dio una vuelta de campana, tal como lo digo, y cayó al agua. Se vio con toda claridad, y las olas que levantó eran de un metro de altura y llegaron a cada lado del lago.

RONALD MACKINTOSH,  
marinero jubilado

Estaba haciendo una llamada de rutina a mi oficina, utilizando la cabina de Brackla, cuando me volví y lo vi, en el agua y a unos cientos de metros de distancia: un cuello, una cabeza y un cuerpo ancho con jorobas que se movía de un lado al otro. No era de este mundo, como si un dinosaurio hubiera surgido del lago. Después de verlo, juré que nunca más me aventuraría en el lago Ness con una barquita.

HAMISH MACKINTOSH,  
mecánico del servicio de ayuda en carretera  
de la Asociación Automovilística,  
2 de febrero de 1959

## Capítulo 19

*Estoy surcando la oscuridad, el mundo sordo y silencioso. Estoy bajo el agua... Voy a entrar en una cueva. Estoy flotando. Libre.*

*Debajo de mí yace el cuerpo de un hombre, tendido sobre rocas melladas. Desnudo y destrozado. Un alma sin vida. Me acerco. Soy yo.*

—¡No! ¡No!

Enredado en el saco de dormir, salí pataleando y a gatas de la tienda a la luz gris del amanecer. Mi corazón acelerado amenazaba con saltarme del pecho.

«¡Cálmate! ¡Respira! Estás bien, Wallace... Es solamente otro sueño.»

Paseé de un lado a otro del campamento, mientras expresaba en voz alta mis pensamientos y me obligaba a concentrarme en las imágenes de este nuevo terror nocturno.

—Estaba bajo el agua..., pero no era un niño, esta vez era un adulto. Y estaba muerto. ¿Cómo morí? ¿Por qué estaba desnudo? ¿Ha sido una visión?

Contemplé mis manos, que todavía temblaban, y de repente me quedé petrificado. ¡Algo se estaba moviendo a través del bosque!

Como un ciervo aterrado, miré a derecha e izquierda, a izquierda y derecha, el bosque húmedo y silencioso. Restos de niebla gris cubrían todavía el suelo, a la espera de que las primeras luces del amanecer los disiparan.

Y entonces, mis ojos captaron un movimiento.

Eran tres figuras borrosas, vestidas de negro, que seguían el río en dirección al lago.

Busqué mis botas de excursión. Las embuté en mis pies descalzos, las anudé y corrí detrás de los tres intrusos.

Estaban delante de mí, con las túnicas oscuras que constituían un camuflaje perfecto, aunque de vez en cuando veía el destello de una linterna.

¿Los Caballeros Negros?

La ladera de la montaña era ahora más empinada, y el riachuelo se ensanchó al acercarse al lago Ness. Las hojas estaban mojadas, las rocas cercanas al río cubiertas de espeso musgo, de modo que caminar era peligroso. Me torcí el tobillo, lancé una exclamación de dolor, y después me detuve para atar las botas con más fuerza.

Fue entonces cuando reparé en la sangre.

Había manchas púrpura en algunas piedras, como si hubieran arrastrado un cuerpo ensangrentado por el sendero.

Apresuré la marcha, bajé la pendiente, y entonces oí el sonido revelador de un

motor fuera borda.

Cuando salí del bosque, la Zodiac se estaba alejando de la orilla. A la escasa luz distinguí a los tres hombres a bordo de la embarcación, vestidos de negro, con un pesado saco de arpillera entre ellos, empapado en sangre.

La orilla oriental del lago Ness es tan larga y recta que, si se mira hacia el norte en un día despejado, se puede ver que la superficie se encuentra con el cielo. Esta panorámica me acompañó durante las tres horas siguientes, mientras seguía la orilla bordeada de árboles en dirección a Foyers.

Llevaba en la mochila varias muestras de sangre tomadas unas piedras. El laboratorio de Inverness me diría si procedía de un animal o de un ser humano, y después interrogaría a Alban MacDonald.

A su debido tiempo, los rayos del sol reptaron sobre los montes Monadhliath y se llevaron el frío del vivificante aire matutino. Desde el sur, un eco sordo se transformó en un trueno cuando pasó el barco de investigación, el *Nothosaur*. Sus motores gemelos enviaron gruesas estelas color barro hacia la orilla. Cuando pasó de largo, distinguí varias docenas de boyas sonar alineadas detrás del espejo de popa. La tripulación de Hoagland estaba lanzando los aparatos de escucha submarina cada kilómetro y medio o así, creando su propia red de sonares. Sabía que no estaban solos, que al menos dos expediciones más estaban llevando a cabo tareas similares.

Al anochecer, el lago Ness sería el lago «Mess»<sup>[11]</sup> una especie de galería de videojuegos, que distorsionaría cualquier contacto submarino en kilómetros a la redonda.

Llegué a un cobertizo para botes a eso de las ocho y media de la mañana, y ya me sentía agotado debido a la falta de sueño. Como aún quedaban varios kilómetros para Foyers, decidí parar a desayunar. Mientras estaba sentado en el borde del muelle, comiendo queso fundido y galletas, un pequeño barco pesquero se acercó desde el norte, con dos mujeres de la zona a bordo.

La embarcación efectuó un amplio giro en dirección a la orilla, y después atracó junto al muelle del cobertizo.

—Buenos días, señoras. ¿Cómo ha ido la pesca?

—Los peces no pican —contestó la rubia del pelo largo hasta los hombros—. No han picado en toda la temporada.

—Eh, Marti, ¿este no es el científico? Ya sabes, el del diario.

La rubia se animó.

—¡Oh, sí, tienes razón! Es un placer conocerle, doctor Wallace. Soy Marti Evans, y esta es mi amiga Tina. ¿Se dirige a Foyers?

—Sí.

Acabamos de pasar por allí. Será mejor que se dé prisa, antes de que la policía se lleve el cadáver.

Se me puso la piel de gallina.

¿Cadáver? ¿Qué cadáver?

Distinguí la multitud desde medio kilómetro de distancia cuando me acerqué al brazo del río Foyers, y tardé varios minutos en abrirme paso entre los congregados. Cuando llegué a la barrera policial, agité la mano en dirección al sheriff Holmstrom para llamar su atención.

Holmstrom levantó la cinta policial para dejarme pasar.

—Doctor Wallace, no puedo decir que esté sorprendido. Da la impresión de que, cada vez que nos encontramos, alguien ha sido apiolado.

—¿Qué ha pasado?

Me condujo hasta el borde del agua, donde una Zodiac embarrancada estaba rodeada de investigadores de la escena del crimen. Habían amarrado la proa y tirado una lona gris sobre el lado izquierdo de la balsa. Los extremos de la lona flotaban en el agua, y revelaban una mancha escarlata que iba aumentando de tamaño poco a poco.

—Ayer, aproximadamente a las cinco menos cuarto de la tarde, dos turistas de Alaska, Amber Joy Korpela, de veinticuatro años de edad, y su compañero, Justin Thomas Wagner, de veinticinco, alquilaron esta embarcación en un cobertizo para botes de Lower Foyers. La pareja fue vista por última vez dando vueltas alrededor de Cherry Island, a eso de las nueve de la noche. Según los testigos, la Zodiac embarrancó entre las seis y las siete de esta mañana. Prepárese. Es horripilante, todavía peor que el anterior, pero creo que querrá verlo.

El sheriff levantó el borde de la lona.

—Oh, Jesús...

Incapaz de izarse a bordo, Justin Wagner había logrado atarse el cabo de fijación de la barca alrededor de las muñecas. La parte superior de su torso había colgado al lado de la Zodiac mientras esta atravesaba el lago sin piloto, mientras la parte inferior había sido arrastrada a través del agua. Era imposible decir cuánto tiempo había estado la víctima en el agua, pero la piel expuesta de los brazos, cuello y cara se veía azulada, casi transparente.

Lo más aterrador era la expresión de Wagner, una máscara petrificada que revelaba dolor y terror. Los ojos vidriosos estaban abiertos y saltones, la boca púrpura era una mueca, con los dientes al descubierto.

El resto del cuerpo de la víctima estaba cubierto por la barca.

Holmstrom cabeceó en dirección a uno de sus hombres, el cual, con las manos enguantadas, apartó la barca, al tiempo que levantaba con sumo cuidado los restos de



la camisa de Wagner y descubría su cintura.

La visión me dio náuseas.

La parte inferior del torso no existía. Lo que había mordido a Justin Wagner había dado buena cuenta de sus caderas, nalgas y piernas con un mordisco devastador, y sus dientes habían dejado una circunferencia de marcas alrededor de la herida mellada. Un rastro de intestinos desenmarañados anegados de agua flotaba en el oleaje, pero el resto de los órganos internos de la víctima se habían desprendido hacía mucho rato del vacío donde había estado la cintura de Wagner.

Retrocedí tambaleante y pálido.

Holmstrom indicó con un ademán que bajaran la lona, y después me siguió terraplén arriba.

—¿Se encuentra bien?

Negué con la cabeza.

—Estoy a un millón de kilómetros de sentirme bien.

—¿Esas marcas de dientes?

Asentí, presa de las náuseas.

—Sí, sheriff, el dibujo es idéntico al de las cicatrices que rodean mi cintura. Y no, no tengo la menor idea de por qué sigo con vida.

—¿Nos ayudará a encontrarlo, pues?

Asentí, mientras respiraba hondo varias veces en un esfuerzo por no devolver el desayuno.

—Los ayudaré, pero que quede entre nosotros. Una cosa es el folclore, pero tenemos a un súperdepredador que ha perdido los pedales.

—Estoy de acuerdo.

Las olas se estrellaron contra la orilla, y nos volvimos. Otro barco de investigación estaba pasando poco a poco, seguido de tres barcos con turistas.

Holmstrom escupió.

—Este lugar se va a convertir en un maldito zoo. La A82 está atestada desde Drumnadrochit hasta Inverness de campistas, y solamente Dios sabe lo que pasará cuando corra la voz de esta última muerte.

Asentí.

—Peor, el lago se va a llenar de boyas sonar.

—El juez le concedió la oportunidad de hacerse cargo del asunto. Aún no es demasiado tarde.

—No es mi estilo.

—¿Cuál es su plan, pues?

—En primer lugar, necesito terminar mi particular investigación del lago. Si quiere ayudarme, concédame el acceso al laboratorio de la policía.

—¿El laboratorio de la policía? ¿Para qué?

Introduje la mano en la mochila y le entregué las bolsas de plástico que contenían las muestras de sangre.

—Ordene que las analicen. De saber si son animales o humanas.

—Hecho. ¿Cómo podré localizarle?

—Yo me pondré en contacto con usted. Deme el número de su móvil.

Me dio su tarjeta.

—Mi número de móvil está detrás, y lo llevo siempre conectado. —Desvió la vista hacia el lago, y después me miró a los ojos—. Supongo que fui uno de los que me reí..., o sea, después de enterarme de que usted tenía miedo de acercarse al agua y todo eso. Pero después de ver ese cuerpo, bien... No puedo culparle.

—Analice esas muestras, sheriff. Seguiremos en contacto.

True apareció media hora después, maldiciendo el tráfico que rodeaba el lago Ness. La buena noticia era que el hotel estaba al completo, y la mala que su padre le necesitaba en Drumnadrochit a primera hora de la noche. Accedió a acompañarme a la orilla oriental hasta que su hermana le recogiera más tarde con su barco.

Los negocios sonreían a Brandy también. Había doblado el número de visitas guiadas y triplicado sus precios, y el *Nessie III* estaba reservado para el resto de la semana.

La moda del monstruo estaba en auge, y los habitantes de las Tierras Altas se aprovechaban de lo que estaba convirtiéndose en una temporada turística récord.

A mediodía, la noticia del último ataque se había propagado por toda Gran Bretaña como un reguero de pólvora. Para entonces, True y yo habíamos llegado a Inverfarigaig, un pueblo de casas dispersas entre bosques de piceas y abetos Douglas. Como en Foyers, las orillas rocosas de Inverfarigaig estaban abarrotadas de buscadores de emociones, con sus cámaras y lentes de zoom montadas sobre trípodes, sus cámaras de vídeo y prismáticos apuntados a todas las olas y sombras que rozaban la superficie del lago Ness. Furgonetas y caravanas, aparcadas en la General Wade's Military Road, invadían la carretera asfaltada de un solo carril en dirección a Dores, y se veía a muchos turistas subidos al techo de su coche para ver mejor.

Hacia un «día estupendo» en el lago, con el cielo azul y despejado, y el verano inminente caía sobre nosotros sin misericordia.

Para buscar refugio del sol, seguimos un sendero peatonal que se adentraba en el bosque de Farigaig. Su espeso dosel nos proporcionó una temperatura más fresca. Nos desviamos del sendero y seguimos las orillas sinuosas de un arroyo que serpenteaba por la ladera de la montaña. Una alfombra de musgo estaba sembrada de campanillas, dedaleras y otras flores silvestres, y los perfumes y sonidos calmaron mis nervios agotados.

Más que verla, pisé la ardilla.

Los bosques del Great Glen están plagados de ardillas rojas, veloces animales que se alimentan de semillas, castañas y piñas. Esta se hallaba tendida de costado junto al arroyo, y su diminuto pecho subía y bajaba cada vez, que respiraba.

Mientras mirábamos, el animal sufrió un ataque y murió.

True se agachó para darle un empujón.

—Pobre animalillo...

—¡No la toques! —Dejé en el suelo mi mochila, y saqué un par de guantes de goma y una bolsa de plástico para guardar especímenes—. ¿Recuerdas lo que te dije ayer sobre la cadena alimentaria del lago? Esto podría ser una pista importante. Toma este tarro y llénalo con agua del arroyo, mientras yo meto en la bolsa a nuestra amiguita.

Recogimos los especímenes, y después seguimos el arroyo, que ascendía por un terreno empinado y resbaladizo a causa de la vegetación, sembrado de rocas dentadas. Durante el camino encontramos más animales muertos, incluidos media docena de quebrantahuesos y un peregrino. True se topó con una madriguera, y fue atacado de inmediato por un zorro. El nervioso animal daba vueltas y gruñía mientras lanzaba dentelladas a sus botas. Conseguimos ahuyentarlo, pero solo después de golpearlo varias veces con una rama.

—Nunca había visto a un zorro actuar así. ¿Crees que estaba rabioso?

—Tal vez, pero sospecho que está pasando algo más, algo que está afectando a todo el ecosistema. Venga, sigamos subiendo.

Al cabo de otro kilómetro de ascensión, el bosque se abrió bajo nosotros y dejó al descubierto una vista impresionante del lago Ness. Subimos a la cumbre, y después nos concedimos un bien merecido descanso en un banco público.

—Zack, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Pregunta.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión acerca de localizar al monstruo?

Me agaché y cogí una flor silvestre. Le arranqué los pétalos sin darme cuenta.

—Cuando Brandy se hacía daño, ¿por qué crees que lo hacía?

—El doctor dijo que estaba enfadada.

—Tal vez yo también estoy enfadado.

—¿Porqué?

—Durante mucho tiempo, estuve enfadado con Angus. Fue por culpa de él que salí en aquella barca de remos. Ahora estoy más enfadado conmigo mismo, por tener que lidiar con todo este maldito asunto.

—No fue culpa tuya que te atacaran. Fue el destino.

—No creo en el destino. El destino es como el folclore, una excusa para explicar lo inexplicable. Creo en la ciencia, en afrontar la realidad. Por eso estoy enfadado conmigo mismo. Si me hubiera enfrentado a mi realidad hace diecisiete años, hoy no

estaría hecho un lío.

—Solo tenías nueve años, no puedes culparte por ello. Piensa en lo que has sufrido. Te has ahogado dos veces, pero has sobrevivido.

—¿Llamas a esto sobrevivir? Tengo miedo al agua, y me despierto todas las noches chillando.

—Sueños o no, aún estás vivo, cosa que no puede decir el tío de ahí atrás. Fue el destino lo que te salvó hace diecisiete años, al igual que fue el destino lo que te impulsó a ser biólogo marino.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que si alguien está destinado a descubrir qué es ese animal prehistórico, eres tú, Zachary Wallace.

—Bien, del destino no sé nada, pero de ciencias sí, y la ciencia me dice que este monstruo no es un animal prehistórico, un plesiosauro no, al menos. Creo que se trata de algo muy diferente, lo más probable un híbrido de una especie que ha estado viviendo en el lago Ness durante mucho tiempo.

—¿Cómo los drakontas de Angus?

—Yo lo ignoro, pero sé que alguien sí lo sabe.

—Zack, por favor, no empecemos otra vez con mi viejo.

—Escúchame: esta mañana vi a tres hombres, cubiertos con túnicas oscuras, y cargaban algo dentro de un saco de arpillera, algo que sangraba. Recogí muestras de la sangre, y el sheriff ordenará que las analicen.

—Estupendo. Así resolverás tus sospechas sobre mi padre de una vez por todas.

El sonido de la bocina de un barco nos llegó desde abajo.

—Esa será Brandy. ¿Qué te parece si le pido que te recoja cuando regrese? Si quieres saber mi opinión, creo que su destino es volver al buen camino.

—Espero vivir para verlo.

—Suele volver rodeando Tor Point a eso del anochecer. Intentaré estar allí para entonces.

Saludó con la mano y se alejó por el sendero.

Le vi desaparecer en el bosque, mientras mi mente regresaba a los restos de Justin Wagner.

Diecisiete años antes, yo había sobrevivido a un ataque similar. ¿Había hecho algo para atraer al ser desde las profundidades? ¿Y qué había hecho yo, consciente o inconscientemente, para impedir que me devorara?

Alban MacDonald me había rescatado, tal vez él lo sabría. Pero el viejo Cascarrabias ocultaba sus propios secretos.

¿Quiénes eran los Caballeros Negros? ¿Qué hacían por las noches? ¿Y qué relación guardaban con los ataques sucedidos en el lago?

Recogí mis cosas y bajé por el sendero, decidido a averiguarlo.

# *El diario de sir William Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 25 de octubre de 1330*

*Garabateo estas palabras a la luz de las brasas, mientras las horas transcurren como si fueran días y mi cordura se extravía en este agujero infernal.*

*En algún momento me habrá sobrevenido el sueño, porque cuando volví a abrir los ojos, la puerta estaba casi terminada. Se trata de una estructura enorme, que pesará no menos de trescientos kilos, con la anchura adaptada al tamaño del río que permite al lago escapar al mar. Sir Jair ha afilado las puntas inferiores hasta convertirlas en terribles estacas. Hay que clavarlas en el lecho del río, ante la entrada. MacDonald afirma que la corriente ha de bastar para que el portal no se mueva.*

*Cuando fueron apretados los últimos tornillos, MacDonald nos reunió en círculo, y después me condujo al centro.*

*—«Ecce quam bonum et quam lucundum habitare fratres in unum.» «Cuán agradable y placentero es que los hermanos vivan en unidad.» Adam Zachary Wallace, ¿crees en Dios, que no ha muerto ni nunca morirá?*

*—Sí.*

*—¿Juras, so pena de caer en las llamas del infierno, total obediencia a Nuestro Señor Jesucristo?*

*—Sí.*

*—¿Renuncias a tu libre albedrío como soldado de Cristo?*

*—Sí.*

*—El soldado de Cristo mata sin temor, y muere sin temor. Sirve a sus propios intereses al morir, y a los intereses de Cristo al matar. El guerrero es más dulce que un cordero y más fiero que un león, posee la bondad del monje y el valor de un caballero. Nuestra Orden decoró el Templo de Salomón con armas en lugar de joyas, con escudos en lugar de coronas de oro. Nosotros ansiamos la victoria, no la fama; la batalla, no la pompa. Aborrecemos la charla inútil, la acción innecesaria, las risas desmesuradas, los cotilleos y el parloteo. Despreciamos la vanidad, y vivimos en un hogar que obedece a una sola regla, con una sola alma y un solo corazón.*

*Tomó mi mano y abrió mi carne con su espada.*

*—Adam Zachary Wallace, ¿juras por esta sangre obedecer a la Orden del Caballero?*

*—Sí.*

*—Hermanos del templo, ¿alguien se opone a que este novicio ingrese en la Orden?*

*Nadie contestó.*

*MacDonald recitó las reglas de la Orden, y después me preguntó si tenía esposa y familia, deudas o enfermedades, o si había jurado obediencia a algún otro amo.*

*—A ninguno —contesté.*

*Me arrodillé y rogué convertirme en esclavo y servidor del Templo, y juré obediencia a Dios y a la Virgen María.*

*MacDonalá recitó el salmo 133.*

*—Levantaos, sir Adam —dijo a continuación—, porque a partir de este momento y para siempre sois un caballero templario. Nosotros, hermanos, reunidos aquí junto a la Puerta del Infierno, construida con nuestras propias manos, hemos de jurar lealtad a algo más.*

*MacDonalá me quitó el estuche de plata que colgaba de mi cuello y lo alzó a la luz.*

*—En nombre de Roberto J. Bruce, nuestro único y verdadero rey, sellamos este juramento de sangre. Como aquellos que nos precedieron, juramos en secreto proteger el Arca de la Alianza, así como mantener a salvo el contenido de este estuche. A tal propósito, nos aliaremos con el demonio, y utilizaremos el mal para protegernos del mal, a fin de proteger la hermandad. En virtud de este pacto horrendo, la túnica blanca será sustituida por la negra, la cruz de Sir Galahad por Braveheart, y una X simbolizará nuestro contrato con Satanás. Nuestros seguidores serán escasos, de noble cuna y nacidos solo en el seno de nuestros clanes, y nos llevaremos nuestros secretos a la tumba y más allá.*

*Y así, en las entrañas de la tierra, a las puertas del invierno, compartimos nuestra sangre y sellamos el pacto, el pacto de los Caballeros Negros.*

*Sé que nunca más volveré a ver la luz del día...*

La teoría moderna de la evolución no precisa cambios graduales. Una nueva especie puede surgir cuando un pequeño segmento de la población ancestral queda aislado en la periferia del linaje ancestral. Poblaciones grandes y estables ejercen una fuerte influencia homogeneizadora. Nuevas y favorables mutaciones quedan diluidas debido al tamaño de la población en la que han de propagarse. Pueden aumentar poco a poco en frecuencia, pero los cambios ambientales suelen suprimir su valor selectivo mucho antes de que alcancen la fijación. No obstante, pequeños grupos aislados quedan separados de su rama progenitora. Viven como diminutas poblaciones en rincones geográficos del linaje ancestral. Los grupos pequeños aislados periféricos constituyen un laboratorio del cambio evolutivo.

Stephen Jay Gould,  
«*The Episodic Nature of Evolutionary Change*»,  
*The Panda's Thumb: Reflections in Natural History*, 1980

# Capítulo 20

## *Bahía de Urquhart, lago Ness*

El barco de investigaciones *Northosaur* navegaba a la deriva en doscientos veinte metros de agua, un adorno más del pintoresco fondo que constituía el castillo de Urquhart. Las orillas de las ruinas estaban atestadas de turistas, la escena grabada por media docena de cámaras de televisión, con las imágenes destinadas a ser utilizadas en informativos de todo el mundo en un papel secundario.

Michael Hoagland siguió sobre cubierta para gritar órdenes imaginarias a su tripulación hasta que bajaron la última cámara, y después entró corriendo en la sala de control y en el sistema de sónar del barco.

Los sistemas de sónar funcionan emitiendo pulsaciones ultrasónicas desde un proyector acústico. A continuación, los hidrófonos analizan las señales reflejadas para determinar si un obstáculo u objeto se halla presente en el campo.

Hay dos tipos básicos de sónar: pasivo y activo. El sónar pasivo, utilizado a bordo de submarinos, analiza los ruidos que llegan sin crear sonidos propios, con el fin de no delatar el emplazamiento de la embarcación. Los sónares activos emiten fuertes «pings», que pueden fijarse en frecuencias, rumbos o ángulos diferentes. Los «pings» viajan a una velocidad aproximada de mil quinientos metros por segundo. Si un objeto se encuentra en el camino del haz, será detectado por el sónar.

Si bien es más agresivo, la limitación del sónar activo consiste en que tarda en adaptarse al proyector, emitir un «ping» y escuchar un eco. Para subsanar este defecto, los ingenieros desarrollaron la boya sónar, un aparato flotante que emite su propio sistema de sonidos metálicos, y permite a los operadores detectar objetos que se mueven a través de su campo acústico.

El Sistema de Medición Acústica Portátil, conocido como PAMS, consiste en una serie de boyas sónar, distribuidas a lo largo de la superficie formando una pauta predeterminada. Las señales del PAMS están conectadas con un sistema de obtención de datos acústicos, un receptor GPS y un sistema submarino de telemetría por radio. Después, los datos de posición son transmitidos mediante una conexión por radio UHF con la estación de análisis, donde se examinan las señales.

Durante las últimas nueve horas, la tripulación del *Nothosaur* había desplegado boyas sónar cada dos kilómetros, empezando en las aguas de Fort Augustus. La red, consistente en dos hileras paralelas, corría al norte hasta Tor Point, donde se



estrechaba la anchura del lago y el campo se reducía a una sola fila de boyas, que concluía en Lochend y el estrecho de Bona.

Ahora, había llegado el momento de recoger los frutos de su trabajo.

Hoagland se encaminó hacia la sala de control, mientras su experto en sónar, Victor Cellers, terminaba de examinar el campo de boyas del *Nothosaur*. Victor era cuñado de Hoagland, y el Cazador de Nessie se sentía afortunado por tenerle a bordo. El estadounidense de cuarenta y dos años, afectado de fibrosis quística, había sido un «préstamo» de su hermana Deborah, la cual esperaba que el ex miembro de la marina volviera a su empresa de vídeo con base en Seattle dentro de dos semanas... y de una pieza.

—Bien, Victor, el campo está operativo, ¿verdad?

—Operativo y fiable son dos cosas muy diferentes. Las boyas emiten sonidos y estoy recibiendo datos, pero la señal viene cargada de basura.

—¿Basura?

—Interferencias acústicas. —Victor señaló su monitor principal, el cual mostraba una imagen GPS del lago Ness y las boyas sónar del *Nothosaur*—. Todo, desde el sur de Foyers hasta Fort Augustus, está saturado de sonidos metálicos. Estoy recibiendo señales de dos campos de boyas sonoras activos más, como mínimo, y están situados demasiado cerca de los nuestros para permitir un análisis de señales no distorsionado. Es el equivalente de intentar mirar las estrellas con un telescopio en medio de Manhattan. Desengañate, Michael, no somos los únicos que vamos a por lo mismo. Hay demasiadas interferencias para obtener lecturas fiables.

Hoagland lanzó una ristra de blasfemias en alemán.

—La buena noticia es que, si nos están interfiriendo, nosotros también los estamos interfiriendo.

—Eso quiere decir que todos estamos perdiendo tiempo y dinero.

—En una palabra, sí.

—Victor, ponte en contacto con los capitanes de los demás barcos. Organiza una reunión en el hotel Clansman esta noche para hablar de la situación. O el Consejo de las Tierras Altas resuelve este asunto, o nos vamos todos.

## *Dores*

Era una caminata de quince kilómetros desde Inverfarigaig hasta Dores, y otros tres si me encontraba con Brandy y True en Tor Point. Añadidos a los doce kilómetros que ya había recorrido antes, estaba hecho polvo cuando llegué a Dores Beach, una playa sembrada de guijarros que se extendía hasta las lomas herbosas y la General Wade's Military Road.

La zona estaba atestada de vecinos, turistas y medios. Subí por la playa de grava hasta la hierba, dejé caer la mochila y me derrumbé, procurando ocultar la cara para que no me reconocieran. En cuanto me senté, me di cuenta de que la última hora de caminar sobre playas sembradas de guijarros había acabado conmigo.

El pueblo de Dores se encuentra en la esquina situada más al este del lago Ness, donde el lago se estrecha de repente hasta la mitad de su anchura. Si se sigue la costa occidental, se llega a Tor Point. Desde allí, el lago corre hacia el norte de nuevo hasta desembocar en el río Ness.

Turistas y vecinos por igual se habían congregado en Dores Beach para contemplar a dos docenas de atrevidos surfistas, cuyas planchas de windsurf surcaban la superficie del lago, azotada por el viento. Potentes rachas soplaban desde el sudoeste, y se reforzaban tierra adentro, lo cual obligaba a los más temerarios a mantenerse a una peligrosa distancia de la orilla.

Me pregunté si habrían sido tan valientes de haber visto los restos de Justin Wagner.

Desde Dores Beach, el lago corría hacia el sur hasta perderse de vista. Murallas montañosas lo flanqueaban por ambos lados, y el sol estaba empezando a ocultarse detrás de los picos situados hacia el oeste.

Detrás de mí, un numeroso contingente se había congregado junto a la carretera, con el fin de escuchar las hazañas de un famoso buscador de Nessie llamado Steve Feltham. Años antes, Feltham había vendido su casa de Inglaterra para inmortalizar al monstruo en película. Ahora vivía en una furgoneta reformada, y su dedicación le había convertido en una especie de leyenda, aunque sus esfuerzos, si bien habían añadido más material a la leyenda del monstruo, no habían servido de nada.

Como notaba muy rígidos los músculos de la espalda, recogí mis cosas y abandoné la playa. Subí cojeando la colina hasta el pub Dores, con la esperanza de que una rápida cerveza aplacara mi dolor.

Craso error.

—¡Mirad quién está aquí! —Una rubia menuda, vestida con una espantosa chaqueta cruzada azul corrió hacia mí con su micrófono, arrastrando con ella a su borracho cámara—. ¡Hola, doctor Wallace! Shar Bonanno, para la BBC. ¿Podemos conocer su reacción ante la reunión del Consejo de las Tierras Altas de hoy?

—No he asistido, así que no tengo ni idea de...

—Han estado hablando de retirar la ley que protege a Nessie. ¿Cree que eso es cierto?

—¿A qué se refiere?

—A que el Consejo desea capturar al monstruo.

—Sin comentarios.

—El Consejo también ha contratado a un científico norteamericano para que organice la búsqueda. En estos momentos, viene hacia aquí.

—Me alegro por él. Escuche, solo he venido a tomar una cerveza.

—Parece muy cansado. ¿Ha estado siguiendo el rastro del monstruo?

Aparté el micrófono de mi cara y entré en el bar.

—Una Guinness, lo más fría posible.

Un escocés mayor y borracho, que daba la impresión de haber estado sentado en su taburete todo el día, me miró de arriba abajo, y después olfateó el aire.

—Oiga, hermano, ¿lleva un animal muerto en la mochila, o es que no se ha lavado?

Mi mente tardó unos momentos en traducir.

—De hecho, sí, llevo un animal muerto en la mochila, pero también es probable que no me haya lavado.

El hombre agitó las manos en el aire, y después se apartó para dejar paso a dos policías.

—¿Doctor Wallace?

—Lo sé, lo sé, los voy a dejar en el laboratorio.

Intercambiaron una mirada, confusos por un momento.

—Señor, nos envía el sheriff Holmstrom. Hemos de acompañarle hasta el castillo de Inverness.

—¿Para qué? ¿El juez va a encarcelarme otra vez?

—No, señor. Se trata de su padre. Parece que se ha producido un accidente.

Habían transformado la mazmorra en un decorado de película de Hollywood. Luces portátiles forraban la parte posterior del antiguo bloque de celdas, y habían quitado cualquier sombra «molesta» de la cámara de Angus. Dos equipos de filmación estaban guardando su equipo cuando llegué, junto con los restos de un equipo médico de urgencias.

La estrella del espectáculo estaba incorporada en su cama, luciendo una camiseta. Tenía una intravenosa clavada en el brazo izquierdo, y había un monitor cardíaco a su derecha. A su lado había una enfermera, una mujer asiática de pelo castaño oscuro ondulado que le miraba con ojos de adoración, aunque no tenía ni la mitad de su edad.

—¡Ah, aquí está mi muchacho! Zachary, saluda a la enfermera Kosa.

—Kasa. Francesca Kasa.

—¿Qué más da? Mi kasa es su kasa, ¿eh, hijo?

—¿Necesitas una enfermera particular?

—Tu padre había sufrido problemas cardíacos antes de esta tarde.

—¿Problemas cardíacos?

—Sí, hijo. Me costaba respirar. Me sentía como si tuviera un elefante sentado sobre mi pecho. Supongo que le ha ido de poco a la Parca. Imagino que Johnny C. me estaba mirando sonriente. Pero lo superé, no llores, muchacho.

—Procuraré no montar una escena. Por cierto, enfermera, ¿qué dice su ECG?

—Ahora está normal, pero aún están haciendo análisis de sangre. El guardia le encontró inconsciente.

—Ajá. Entonces, ¿por qué no está en el hospital?

Angus me guiñó un ojo.

—Como ha sido un ataque de poca importancia, el juez, que es un hombre prudente, decidió que era mejor quedarme aquí, lejos de los medios, aunque creo que Maxie los invitó a entrar sin querer.

—Ya. Bien, tengo trabajo que hacer. Intenta no morir hasta que termine.

—Espera, muchacho. Guardia, he de hablar en privado con mi hijo. ¿Le importa sacar a todo el mundo? —Se volvió hacia la enfermera y le dio una palmadita en el trasero—. Tú también, querida. Procura volver dentro de una hora para bañarme con la esponja.

La chica se ruborizó, echó un vistazo al gotero, y después siguió a los demás, mientras el guardia cerraba la puerta a su espalda.

Nos quedamos solos.

—Hijo, ¿te importa ir a buscar otra almohada?

—Ve a buscarla tú mismo. Utilizaste el truco del ataque al corazón con mamá cuando yo tenía siete años.

Sonrió con timidez, como avergonzado.

—Ah, ¿sí? Bien sabe Dios que me sucede de vez en cuando.

—¿De dónde ha salido toda esa comida?

—La han enviado propietarios de hoteles. Los negocios no van bien, y están agradecidos, como es natural. Hasta han pagado tu habitación. Pide lo que quieras, alquila películas guarras, todo a cuenta de tu viejo. —Respiró hondo, y después hizo una mueca—. ¿Qué es ese tufo? Huele peor que el coño de una anchoa.

—Son especímenes, recogidos de los alrededores del lago. Unos pájaros muertos y una ardilla.

—¿Unos pájaros y una ardilla? Ostras, muchacho, qué pena que no me hayan ahorcado para terminar de una vez. —Se arrancó el gotero del brazo—. Escucha, Hijo de la Naturaleza, necesito que vayas al agua, no a rondar por los bosques como

Caperucita.

—Eso es lo que hacen los científicos, Angus. Buscamos pistas verdaderas, no las que publica el *World Weekly News*<sup>[12]</sup>. No cabe duda de que el animal que me mordió es un depredador, y ha superado su miedo al hombre, suponiendo que alguna vez lo sintiera.

—Bien, veo que por fin admites que te mordieron. Ya me pareció que te veía más centrado. Es el efecto del miedo en la mente. Bien, ¿cómo piensas encontrarlo?

—En primer lugar, he de saber qué estoy buscando. En segundo...

—En segundo, necesitarás un barco, y también equipo. Puedo conseguir lo que necesitas.

—¿Cómo?

—Ve a ver a Theresa. Estará en su casa de verano, en las colinas que dominan Foyers.

—¿Por qué querría ayudarme la viuda de Johnny C.?

—Ella me había echado una mano.

—Dios, eres patético.

Meneé la cabeza y me fui, mientras me preguntaba por qué perdía el tiempo con él.

Era casi medianoche cuando localicé por fin al sheriff Holmstrom en su despacho.

—Sheriff, necesito que su laboratorio haga unos análisis de sangre de estos especímenes. ¿Le han dicho algo sobre las muestras que le entregué?

—Estamos en ello. —Examinó mi mochila—. ¿Pájaros muertos? ¿Una ardilla? ¿Es necesario? Me da la impresión de que está disparando al azar.

—Puede, pero hemos de... —Me interrumpí cuando oí que unos altavoces cobraban vida fuera—. ¿Qué pasa?

—El Consejo de las Tierras Altas ha contratado a un científico estadounidense para organizar las cosas en el lago Ness. Lo están trayendo desde el aeropuerto, y la conferencia de prensa tendrá lugar en el jardín del castillo en cuanto llegue. Déjeme los especímenes, me encargaré de que el laboratorio los analice.

—Gracias.

Le estreché la mano y salí, picado por la curiosidad.

Habían montado un pequeño escenario para las cámaras, con el castillo de Inverness iluminado majestuosamente al fondo. Por todas partes se veían reporteros y equipos de filmación, todo el rollo organizado por la División de Turismo del Consejo de las Tierras Altas.

Un murmullo se elevó de la multitud, que se apretujó todavía más cuando Owen Hollifield subió al escenario.

—Buenas noches y bienvenidos a Inverness, puerta de las Tierras Altas de Escocia. Me llamo Owen Hollifield y soy el preboste del Consejo de las Tierras Altas, el organismo gubernamental que preside el lago Ness. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, el Consejo ha estado examinando los progresos de la investigación sobre el misterio del lago Ness, así como su relación con las trágicas muertes de varios turistas. Con tres equipos de investigación que están peinando el lago en estos momentos, más varias docenas de pequeños grupos esparcidos sobre el terreno, el Consejo consideró imprescindible contratar a un experto para organizar nuestra investigación y resolver las disputas entre los, hum..., cazadores de monstruos, si quieren llamarlos así. Hemos buscado por todo el mundo, y si bien consideramos una docena de candidatos, un nombre destacaba entre el resto.

Hollifield hizo una pausa para leer una tarjeta de diez por quince.

—El científico del que hablo ha logrado fama por organizar equipos de investigación y localizar su objetivo. En enero de este año, su equipo logró algo que ningún grupo investigador había logrado jamás: seguir el rastro y filmar a un calamar gigante.

—¿Eh?

Me abrí paso entre la multitud para ver mejor.

—Damas y caballeros, es un placer para mí presentarles al doctor David Caldwell, de Boca Ratón, Florida.

De haber estado conectado con el monitor de Angus, la máquina habría estallado. Allí estaba David, saludando desde detrás del podio como un héroe victorioso, utilizando mis éxitos como pedestal.

—Gracias, gracias... Dios mío, qué estupenda bienvenida. La verdad es que es un honor para mí estar en Escocia, trabajando con el Consejo de las Tierras Altas y... Bien, qué puedo decir, haré todo cuanto esté en mi poder para solucionar este misterio de una vez por todas.

—Podrán hacer algunas preguntas, y después el doctor Caldwell irá a su hotel.

—Doctor Caldwell, ¿no fue en realidad el doctor Zachary Wallace quien captó en película al calamar gigante?

—Ya lo creo —murmuré, al tiempo que abría y cerraba los puños.

David exhibió su sonrisa de gato de Cheshire.

—No cabe duda de que mi ex colega desempeñó un papel en nuestro equipo, pero yo era el director de la misión, el único responsable de su éxito. Por desgracia, el doctor Wallace fue más responsable de hundir nuestro sumergible.

«Hijo de...»

—Sí, la atractiva joven de la chaqueta cruzada azul marino.

—Doctor Caldwell, ¿ha estado alguna vez en el lago Ness?

—No in situ, pero el agua es agua. Si soy capaz de encontrar un calamar gigante

en el mar de los Sargazos, no debería causarme ningún problema encontrar su plesiosauro.

«Idiota...»

—¿Cómo sabe que es un plesiosauro?

—Bien, yo...

—¿Qué pruebas tiene?

El preboste intervino antes de que David pudiera meter otra vez la pata.

—Bien, hum, basta de preguntas. El doctor Caldwell ha hecho un largo viaje y necesita descansar. Mañana por la mañana, el Consejo se reunirá para discutir sobre lo que haremos con Nessie cuando...

—¡Eh, David!

Mi cuerpo temblaba mientras me abría paso hasta el escenario.

La multitud me rodeó, y las cámaras siguieron rodando.

David miró desde el podio.

—¿Zack? Jesús, qué..., hum, ¿qué estás haciendo aquí? Damas y caballeros, mi colega y buen amigo, el doctor Zachary Wallace.

Salté al escenario con un brinco propulsado por la adrenalina.

—Querrás decir ex colega, ¿verdad, capullo?

Antes de que pudiera responder, mi puño derecho le alcanzó de pleno en la cara, y se desplomó como un saco de patatas.

Las cámaras iluminaron la noche cuando me incliné sobre él, con los dientes apretados en la sonrisa de mi padre.

—Bienvenido a las Tierras Altas, hijoputa.

Eran las siete y media de la tarde, y mi hijo Jim y yo estábamos trabajando en un campo situado junto al lago, a dos kilómetros al sur de Dores, cuando reparamos en que algo se movía en el centro del lago Ness. Era grande y negro, y me di cuenta de que, después de quince años de trabajar la tierra, por fin estaba viendo al monstruo. El lago se hallaba en calma y todo estaba en silencio, no se oía ni un ruido, solo aquella cosa que se movía sin vacilar hacia delante. Fue espeluznante.

Decidimos sacar la barca para tratar de interceptarlo. Subimos cuatro y nos pusimos en marcha. Cuando nos acercamos más, distinguimos más detalles. Tenía una cabeza y un cuello largos, que sobresalían unos dos metros del agua, y el cuerpo tenía gibas. Era de color oscuro y debía de medir, como mínimo, catorce metros. Al acercarnos más, se elevó un poco, lo cual provocó una gran alteración en el agua, de manera que nuestra barca giró en redondo y el monstruo desapareció.

Lo que nunca olvidaré es aquel ojo. Era de forma ovalada y amarillento, y nos miraba directamente.

HUGH AYTON,  
Balachladaich, agosto de 1963



# Capítulo 21

## *Inverness*

Una sucesión de golpes en la puerta me despertó. Temiendo que hubiera vuelto a chillar en sueños, salté de la cama con un gruñido, todos los músculos del cuerpo doloridos.

—¿Quién coño es?

—Maxie. ¡Abre!

Abrí la puerta, y después me tambaleé hacia el cuarto de baño y engullí varias aspirinas.

Max me siguió, armado con un periódico enrollado.

—¿Todavía dormido? Son las dos y media de la tarde.

—Estuve levantado hasta tarde, envenenándome el cuerpo.

—Imitando a tu padre, ¿eh?

Abrió el periódico.

La fotografía en blanco y negro me había captado de pie sobre David, los puños apretados, el rostro deformado por una expresión maliciosa. El titular rezaba: «Wallace da la bienvenida a colega al lago Ness».

—Al menos me pillaron el perfil bueno.

—Caldwell amenazó con denunciarte. No te preocupes, se tiró atrás cuando yo amenacé con demandarle por calumnias.

—Que me denuncie, no tengo nada que perder.

Di la vuelta al periódico, y me fijé en otro artículo.

## EL CONSEJO ENMIENDA LEYES

Tras el espantoso ataque contra el vecino de Alaska Justin Wagner, y las muertes casi seguras de otros dos turistas, el Consejo de las Tierras Altas votó por unanimidad enmendar el Decreto de 1912 de Protección de Animales, así como el posterior Decreto de 1966 de Veterinarios. La ley de 1912 prohibía que el animal acuático conocido como Nessie fuera capturado por investigadores y cazadores de monstruos, mientras que el Decreto de 1966 prohibía cualquier intento de tomar muestras de tejido de cualquier animal acuático del lago Ness. Theron Turman, alguacil de la Junta Protectora de Piscifactorías, accedió a los cambios, pero matizó enseguida que las enmiendas se referían solo a animales acuáticos grandes, y que todavía era ilegal pescar truchas o salmones en el lago Ness.

—Sí, yo también he leído el artículo. ¿Qué significa todo eso?

Meneé la cabeza con incredulidad.

—Significa que quieren capturar al animal.

## *Salón de Observación, hotel Clansman*

Con un amplio embarcadero situado sobre el lago Ness, el hotel Clansman había sido siempre el lugar de reunión favorito de los cazadores de Nessie, y el Consejo de las Tierras Altas no lo pensó dos veces a la hora de establecer allí su cuartel general.

El preboste Owen Hollifield consultó su reloj, y después volvió a llamar con los nudillos a la suite de David Caldwell.

—Buenas tardes, doctor. ¿Preparado?

David abrió la puerta, con los ojos enrojecidos todavía a causa del *jet lag*.

—Preparado. Supongo que el Consejo habrá hecho todo lo que debía.

—Sí. Se han enmendado las leyes, y ya hemos empezado a hablar con dos constructoras. En cuanto a los cazadores de monstruos, hemos seleccionado a los tres capitanes y barcos más cualificados, tal como usted solicitó, y si no le gustan, tenemos entre cuarenta y cincuenta solicitudes más. Todo el mundo, desde pescadores locales hasta ex miembros de la marina, pasando por locos de los ordenadores, quiere estar aquí.

—Suficiente. Uno más, y empezarán a tropezar entre sí.

—Ya está pasando, me temo. Muchos han dejado caer boyas sonar, y las señales se están cruzando.

—Yo me ocuparé de ellas. Ya he tratado antes con tipos como esos.

Hollifield le guió por un pasillo alfombrado hasta la sala de banquetes contigua.

—Le advierto que algunos conservadores de museo han insistido en participar en la reunión. Uno es del Smithsonian, los otros dos trabajan en el Museo Británico de Historia Natural. Trátelos bien, tienen influencias.

—Comprendido.

Entraron en el Salón de Observación, una sala de banquetes que ofrecía vistas panorámicas del lago Ness y del muelle, donde varios buques de investigación grandes estaban ahora amarrados. Un tablero de corcho portátil sobre ruedas estaba situado cerca de la cabecera de la mesa de conferencias, con un mapa del lago Ness clavado con chinchetas.

Cinco hombres y dos mujeres revoloteaban alrededor de las mesas del bufet, sirviéndose una cena temprana.

Hollifield se situó en la cabecera de la mesa, con David a su derecha.

—Damas y caballeros, por favor.

Los líderes de las expediciones y los conservadores de museos tomaron asiento.

—Les presento al doctor Caldwell, el caballero que el Consejo ha contratado para organizar nuestra búsqueda. Doctor Caldwell, nuestros cazadores de Nessie: Michael Hoagland, del barco de investigación alemán *Nothosaur*; Scott y Debbie Sloan, criptozoólogos estadounidenses del *Galon*, y Bill Plager, un biólogo marino que trabaja a bordo de un barco de diecisiete metros de eslora, el *Great White North*.

—Es un placer. Ya sé que quieren presentar algunas quejas, pero antes de entrar en materia, hablemos de nuestro objetivo. Ustedes, y docenas de cazadores de Nessie antes que ustedes, han dedicado varias décadas y miles de dólares a perseguir fotos submarinas y señales de sónar. Ahora, todo eso ha cambiado. Con la repentina sed de sangre del monstruo, creo que podemos decir sin lugar a error que algo grande habita en el lago. En otras palabras, tenemos la prueba, está en el depósito de cadáveres, y lo que queremos ahora es capturar a la bestia.

—¿Capturarla? —se burló Scott Sloan—. ¿No está siendo un poco presuntuoso, y bastante más que melodramático? Para empezar, ¿quién ha hablado de sed de sangre?

Miró a su mujer, la cual asintió.

—Scott tiene razón. Además, ¿cómo se captura algo tan escurridizo, que aún no hemos conseguido una foto decente en más de setenta años?

David guiñó el ojo al preboste.

—Mis escépticos decían lo mismo del calamar gigante. El juego ha cambiado, tíos, asumidlo. Sea por el motivo que sea, Nessie ya se ha cansado de alimentarse solo en las profundidades. Se ha convertido en un auténtico comedor de carne.

Bill Plager se pasó una mano encallecida por su calva.

—Comedor de carne o no, no capturará nada hasta que esos aficionados dejen de tirar sus malditas boyas sónar por todo el lago.

—¿Nosotros? —Hoagland se levantó—. ¡Son sus boyas las que están interfiriendo con nuestra cuadrícula!

—Tranquilos, muchachos —advirtió David—, aquí no hay sindicatos. O juegan limpio, o se los expulsará a patadas del lago.

El doctor Saumil Shah, subconservador del Smithsonian, levantó la mano.

—Una pregunta, por favor. Suponiendo que pueda localizar a esta bestia acuática, ¿dónde cree que va a encerrarla?

—Aquí mismo.

David se levantó, y rodeó con un círculo la bahía de Urquhart en el mapa.

Meghan Talley puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, ya veo a muchos escépticos, pero piensen un momento. La bahía nos proporciona un hábitat natural, con tres orillas que podemos utilizar para encerrar al animal. El Consejo ya está negociando con algunos ingenieros y constructoras, quienes han dicho que pueden dejar caer una valla de acero desde un puente prefabricado que abarque toda la boca de la bahía, aislándola del resto del lago. La valla se sujetará al fondo mediante anclas de cemento, y estará sostenida a lo largo de la superficie mediante una serie de boyas. También habrá que vallar la costa que rodea la bahía, por supuesto. Será el corral más grande del mundo, y les garantizo que el más popular.

—Además —añadió el preboste—, nos permitiría estudiar al ser mientras

protegemos la leyenda... y a nuestros turistas.

David le dedicó una sonrisa engreída.

—Ahora contestaré a sus preguntas. Sí, señora, ¿quién es usted?

—Meghan Talley. Mi marido, Mark, y yo somos conservadores del Museo Británico de Historia Natural. Estuvimos presentes en su conferencia de prensa de anoche, cuando identificó en público al depredador como un plesiosauro. ¿En qué se basa su análisis?

—En décadas de avistamientos. Fotos. Todo eso.

—Entiendo. —Los ojos azules de Meghan destellaron—. ¿Es este el tipo de protocolo científico que cabe esperar?

—Escuche, señora, ¿qué más da lo que yo diga? Una vez lo capturemos, miraremos debajo de su falda y lo sabremos con seguridad, ¿de acuerdo?

—Es al revés, doctor. Se supone que esto es todavía una expedición científica.

—¿Quién lo dice? —David paseó alrededor de la mesa, sacando pecho—. Me han contratado para organizar una cacería, así de claro. Si usted quiere llamarlo expedición científica, es su problema. Yo digo que capturemos la pieza, y la ciencia ya vendrá más tarde.

—Mi esposa tiene razón —dijo Mark Talley—. Si no sabe lo que va a cazar, ni siquiera puede estar seguro de que solo haya un animal. También basa sus suposiciones en la leyenda del lago. Hay muchas probabilidades de que no exista algo tan romántico como un plesiosauro. ¿Y si es un esturión gigante?

—¿Un esturión?

—Sí, doctor Caldwell, un esturión. Búsquelo. Es una especie anadroma, de más de doscientos millones de años de antigüedad, que prolifera en el lago Ness. El esturión báltico parece casi un tiburón Thresher, y puede alcanzar más de seis metros de longitud. ¿Cree que el público va a pagar por ver un esturión?

David lanzó una mirada al preboste.

—No es un esturión. Los esturiones no tienen unos dientes tan grandes y afilados como para destrozar de aquella manera al chico de Alaska.

—Lo que queremos decir, doctor, es que se está precipitando con todas esas proclamas y gastos. ¿Por qué no lo toma con más calma, averigua qué es, y después va a por él?

David negó con la cabeza.

—No. Mire, todos ustedes, conservadores y cazadores de monstruos, están haciendo lo mismo desde hace décadas. Ya es hora de adoptar un enfoque más agresivo. ¿No es cierto, señor preboste?

Hollifield asintió.

—El Consejo va a aportar cincuenta mil libras esterlinas a la captura de la bestia, y el *National Geographic*, que se adjudicó la exclusiva del rodaje, acaba de añadir

cien mil libras para hacer más atractiva la oferta. Este dinero... y el reconocimiento de la captura, se dividirá entre el doctor Caldwell, el Consejo y los barcos que participen en la búsqueda.

David volvió al mapa.

—Voy a dividir el lago en tres partes. El *Nothosaur* cubrirá el extremo norte del lago Ness, desde el sur del coto de pesca de Abban hasta la bahía de Urquhart. Los Sloan y la tripulación del *Galón* patrullarán el sur de la bahía de Urquhart hasta Foyers. Como Bill Plager cuenta con el barco más grande y veloz de los tres, vigilará desde el sur de Foyers hasta Fort Augustus. Como primer paso necesario, pido a cada uno de ustedes que se responsabilicen de la misión y recojan de inmediato sus respectivas boyas sónar. Después, las redistribuirán, siguiendo las instrucciones de mis técnicos, en una pauta específica en las zonas que les han sido asignadas. Además de estar atentos a su cuadrícula, sus señales se descargarán en un sistema maestro de gestión de señales a bordo de mi barco, que mañana por la mañana elegiré entre una lista de solicitantes locales.

David dio una segunda vuelta alrededor del grupo, como un joven Patton.

—Dentro de unos días, suministraremos a sus barcos redes de pesca sumamente pesadas, que deberían llegar a Inverness a finales de esta semana. Para entonces, esperamos tener acordonada casi toda la boca de la bahía de Urquhart. En cuanto nuestra cuadrícula de sónar localice al monstruo, todos los barcos convergerán en el lugar donde se encuentre y lo capturaremos con las redes.

Meghan Talley meneó la cabeza.

—Así de sencillo, ¿eh?

—Escuche, señora, nos enfrentamos a un gran depredador que vive en un gran lago, pero sigue siendo un lago. Quiero decir, ¿adónde va a ir esa cosa? La localizamos, le echamos la red, la encerramos. Dicho y hecho.

—¿Y el museo? —preguntó el doctor Shah.

—Una vez capturemos al monstruo, empezaremos a recibir solicitudes de conservadores y otros científicos para estudiar a Nessie.

—¿Solicitudes? ¿Espera que enviemos solicitudes?

—Esto es un negocio, señora Talley. Vamos a dejar algunas cosas claras. En lo concerniente a la prensa, todas las entrevistas pasarán a través de mí. Y no quiero ni oír hablar de que Nessie es un esturión, de lo contrario su solicitud puede que aterrice debajo de la pila. *Capiche?*

Meghan Talley empezó a decir algo, pero su marido le agarró el brazo.

—¿No hay más preguntas? Bien. Redistribuyan sus boyas de sónar, chicos y chicas, la temporada de la caza de Nessie acaba de empezar.

## ***Castillo de Aldourie, orilla nordeste del lago Ness***

Cielos plomizos cubrían el Great Glen. El agua oscura estaba tan lisa como un cristal, y ocasionales filamentos de niebla se deslizaban sobre su superficie como plantas rodadoras.

Caminaba en dirección norte por la orilla este del lago Ness, a la caza de nuevas pistas, con la camiseta empapada a causa del chubasco de la tarde que había ahuyentado a casi todos los turistas. A las cinco y media me encontraba en las orillas del muelle de Aldourie. Una canoa de aluminio baqueteada estaba embarrancada en la alta hierba, con el fondo cubierto de algas. No había nadie en los alrededores.

Continué andando, y me acerqué a los terrenos del castillo de Aldourie. La antigua mansión baronial se hallaba a varios cientos de metros del lago, rodeada por hectáreas de tierra. Agujas de cuatro pisos de altura coronaban la propiedad abandonada, y su silueta quedaba empequeñecida por un fondo de pendientes boscosas verde esmeralda, cubiertas de pinos y alerces.

El castillo de Aldourie había sido reconstruido en distintas ocasiones desde que habían erigido su torre principal en 1626. La obra más reciente consistía en una plataforma de cemento que separaba los cimientos del primer piso. En su momento, el propietario, coronel William Fraser-Tytler, afirmaba que lo había hecho para evitar incendios en la propiedad. Según los vecinos, el coronel estaba más preocupado por «otorgar eterno y definitivo descanso al fantasma de la dama de gris», un espíritu que, según decían, rondaba por los terrenos del castillo.

Si los recuerdos de la infancia eran los espíritus que me rondaban a mí, entonces el castillo de Aldourie era uno de ellos, pues este era el lugar donde Angus había sembrado en mi espíritu sus supersticiones sobre demonios y dragones.

Me acerqué al borde de la orilla sobre la cual mi padre había levantado a su hijo de corta edad. ¿Había sido clarividente el hijo de puta borracho, o solo estaba jugando conmigo, como siempre había hecho?

Tal vez lo estaba haciendo ahora...

Escudriñé las aguas oscuras y me puse a pensar.

Y entonces, levanté la vista y vi el objeto.

Era una figura pálida, que se movía sobre la superficie a varios cientos de metros de distancia. De no haber estado el agua tan en calma, no la habría visto, pero su movimiento estaba levantando ondas en la tranquila superficie del lago.

¿Era un ciervo?

Como la visibilidad era escasa y la niebla se estaba espesando, no podía estar seguro, pero me pareció... ¡un cuerpo!

No había nadie más en los alrededores, ni una barca a la vista.

¿Qué hacer?

Miré hacia la canoa con el corazón acelerado.

«Muy bien, Wallace, juraste que entrarías en acción cuando llegara el momento; pues bien, el reloj se ha puesto en marcha.»

Corrí hacia la canoa. Mis músculos se movían como plomo líquido, el miedo enviaba hormigueos a mi vejiga. Aparté las algas y descubrí un remo de madera podrido y una docena de ranas toro.

—Lo siento, chicas.

El interior de la canoa hedía a agua estancada. Utilicé el remo para apartar cortinas de telarañas, y después arrastré la barca sobre la hierba en dirección al pequeño muelle.

*Bajo el agua... Los pulmones en llamas, la sombra se alza sobre mí... ¡Ve hacia la luz!*

—¡Eh! —Sacudí la cabeza y luché por expulsar la imagen subliminal—. Cálmate. Es mejor afrontar tus miedos a plena luz del día.

Un trueno retumbó en el Great Glen. Sus plácidas aguas me retaban a violar su serenidad.

Bajé la canoa al agua, mientras intentaba imaginar qué habrían sentido William Wallace y su banda de seguidores cuando esperaban en Stirling el momento de enfrentarse al ejército de Longshanks. Inferiores en número, habrían superado su miedo, y de esta manera ganaron una batalla decisiva.

—¿Miedo? ¿El dragón representaba el miedo? Tal vez era eso lo que Angus intentaba decirme. Todo el mundo ha de enfrentarse a su dragón personal en algún momento.

Idiota. ¿Desde cuándo hablaba Angus Wallace en términos filosóficos?

Examiné la canoa, comprobé que no había vías de agua, dejé la mochila en el muelle, bajé una pequeña escalerilla de madera y me acomodé en la barca. Aferré el remo podrido y empecé a alejarme de la orilla, en aguas más profundas que las del mar del Norte.

«De momento, todo va bien. Puedes hacerlo.»

Debido a la niebla, tardé un momento en volver a localizar el objeto. Los músculos de mis hombros se tensaron mientras remaba, y finalizaba cada remada trazando una «J» en el agua para lograr que la canoa siguiera un curso recto.

A doscientos metros de distancia, las ondas aumentaron de intensidad.

Al cabo de unos minutos, el frío del lago Ness empezó a filtrarse por el fondo de la barca de aluminio y entumeció mis pies. Sin hacer caso del frío, cambié de lado y seguí remando, mientras la proa de la barca cortaba las espesas cortinas de agua.

Ahora ya estaba cerca, tal vez a una distancia de unas veinte barcas, cuando oí chapoteos más adelante.



Algo se estaba revolviendo en el agua... ¡Lo que fuera estaba vivo!

—¿Hola?

Remé con más vigor, con la imaginación desbocada. ¿Era un barquero que había volcado? ¿Cuánto tiempo podía mantenerse a flote alguien en estas aguas heladas?

Me pareció ver una cabeza hundirse y volver a emerger, tal vez unos brazos que manoteaban sobre la superficie.

—¡Espere, casi he llegado!

Llegué al cuerpo, describí una amplia C, di la vuelta a la canoa y me incliné.

—Joder.

No era una persona y no estaba viva. Era un pez enorme, un esturión de cinco metros de largo, solo que estaba cubierto de docenas de marcas de mordiscos, que medían entre veinte y veinticinco centímetros de anchura, y unos diez de profundidad.

Mientras miraba, el cadáver fue arrastrado al fondo de nuevo y atacado, como si hubiera un banco de pirañas debajo.

—Ostras, ¿qué coño está pasando?

*¡Tump!*

Mi corazón pegó un bote cuando algo golpeó el fondo de la canoa, y su impacto resonó en todos mis huesos.

*Tump... ¡Tump-tump!*

Más golpes, en sucesión escalonada. ¡Me estaban atacando!

Volví a agarrar el remo, y estaba a punto de empezar a remar, cuando la canoa fue golpeada de nuevo desde abajo con tal fuerza, que las planchas de aluminio que había junto a mis pies saltaron hacia arriba y se separaron, liberando un chorro de agua helada.

«¡Jesús, Wallace, levanta el culo!»

Remé como un loco, impulsando hacia delante la barca, pero mi corazón casi dejó de latir cuando mi barca resbaló sobre los restos del esturión, que había vuelto a emerger.

—¡Maldita sea!

Desvié la canoa a un lado, y mis nervios destrozados hormiguearon cuando el remo golpeó algo sólido que nadaba debajo.

*¡Tump... tump!*

La canoa osciló cuando fue alcanzada de nuevo. El agua que había a mis pies alcanzó noventa centímetros de altura y siguió subiendo.

«¡Esto no está pasando!»

En el fondo de mi mente, una voz interior me recordó: «Tranquilo, Wallace. Solo es un lago. No puede hacerte daño si no entras».

—¡Cierra el pico!

Bajé el hombro y remé como un atleta olímpico, en dirección a la lejana orilla, ahora oculta por la niebla. El agua gélida de la canoa me llegaba a los tobillos.

*¡Una sombra gigantesca se alza sobre mí!*

Imágenes subliminales me cegaron.

—Cien metros... ¡Sigue remando!

*Una boca se abre alrededor de la parte inferior de mi torso...*

—Ochenta metros... ¡Ánimo, Wallace!

Con el agua hasta las pantorrillas, la canoa pesaba cada vez más.

*¡Algo dentado está desgarrando mi carne!*

—Sesenta metros... ¿Dónde está el puto muelle?

*¡Ve hacia la luz, Zachary, ve hacia la luz!*

*¡Tump!*

—¡Aléjate de mí, joder!

Mis manos cubiertas de ampollas y los antebrazos me ardían, y todo mi cuerpo se esforzaba por mover la canoa inundada.

Me estaba acercando. Vi el castillo de Aldourie. Vi los prados de césped verde.

Y entonces, el agua me llegó a las nalgas, y supe que iba a entrar a batear.

Cincuenta metros...

La canoa oscilaba a cada remada, solo que apenas se movía.

«Cuarenta metros. ¡Quédate en la barca lo máximo posible!»

La proa se alzó, la popa osciló, y luego se hundió bajo mi cuerpo.

Joder.

Solté el remo, me puse en pie y me lancé al lago. Su abrazo ya demasiado familiar me robó el aliento, mientras mis piernas se agitaban y empezaba a nadar a crol con torpeza. Mis botas de excursión eran bloques de cemento, las ropas me estrujaban, el miedo impedía que me sumergiera mientras nadaba.

«Veinte metros, Wallace... ¡Veinte putos metros!»

Una imagen destelló en el ojo de mi mente. *El cuerpo de un hombre. Desnudo. Muerto.*

—¡Aj!

Distraído, mi frente golpeó con fuerza un pilote de madera, con tal fuerza que vi estrellitas púrpura.

«¡Sal de la puñetera agua!»

Tanteé ciegamente en busca de la escalerilla, y después subí como pude sus peldaños astillados. Mareado por el frío y el cansancio, llegué a lo alto y caí de rodillas sobre el muelle, después me tumbé y cerré los ojos, mientras me masajeaba la cabeza.

Con los ojos cerrados, vi destellos de luz que desfilaban ante mis párpados, mientras escuchaba el murmullo de las olas.

—Estás bien. Respira.

Con la respiración más calmada, deje que mi cuerpo se relajara, mientras mi mente volvía a las imágenes subliminales.

Algo parecía diferente esta vez... Más claro que las imágenes de mis anteriores terrores nocturnos. ¿Qué era?

*Bajo el agua... ¡La luz!*

Esta vez, había visto la luz con más claridad. No eran los rayos del sol los que perforaban las profundidades, y no era un resplandor celestial, sino una lanza artificial brillante..., una lámpara submarina, que penetraba en mi tumba de agua como el foco de un faro.

Abrí los ojos, con los pensamientos acelerados a causa de la revelación.

—¡Eso fue lo que me salvó hace diecisiete años! ¡Fue una luz submarina! Debió de ahuyentar al animal hacia las profundidades.

Me puse en pie y miré desafiante al lago.

—Ahora conozco tu punto débil, Nessie, seas lo que seas. Tus ojos son sensibles a la luz brillante. La próxima vez que nos encontremos, estaré preparado.

Mis pensamientos regresaron a la aventura de la canoa, y ahora me sentí confuso, porque no era el asesino de Justin Wagner lo que había atacado al esturión. No, estos animales acuáticos, fueran lo que fueran, eran más pequeños, pero muy feroces.

¿Era el hijo de Nessie, u otra especie diferente?

—Aquí está pasando algo muy raro, algo que está afectando a todo el ecosistema.

Al recordar el laboratorio, busqué en mi mochila el móvil y llamé al número del sheriff Holmstrom.

—Sheriff, soy Zachary Wallace. ¿Qué pasa con esas muestras de sangre y especímenes que le pedí analizar? ¿Hola?

—Lo siento, doctor Wallace, no sé cómo decírselo..., pero, bien, parece que uno de nuestros técnicos extravió sus muestras.

—¿Extravió? —Sentí un nudo en el estómago—. ¿Qué extravió, exactamente?

—Todo lo que nos dio, me temo. Aún estamos buscando en el laboratorio, y tenga la seguridad de que el responsable ha sido castigado, pero...

Colgué.

Angus tenía razón: estaba perdiendo el tiempo.

Maldije en voz alta, agarré la mochila y me cobijé bajo un alerce. Me quité la ropa mojada y me puse una camisa y unos téjanos secos.

Y entonces, se me ocurrió otra idea: «¡Cascarrabias MacDonald! Era el que portaba la luz subterránea. ¿Cómo sabía que debía llevarla cuando me rescató?».

—Ese viejo bastardo... Sabe muy bien lo que hay ahí abajo.

Me cargué la mochila a la espalda y seguí mi camino hacia el norte, mientras me preguntaba qué me asustaba más: los seres que habitaban el lago Ness o la idea de enfrentarme al viejo.

... existe la habitual, y debo decir que irritante, confusión de la selección natural con la «aleatoriedad». La mutación es aleatoria. La selección natural es justo lo contrario de lo aleatorio. En la verdadera selección natural, si un cuerpo posee lo necesario para sobrevivir, sus genes sobreviven automáticamente, porque están dentro. Por lo tanto, los genes que sobreviven tienden a ser, automáticamente, los genes que confieren a los cuerpos las cualidades que los ayudan a sobrevivir.

RICHARD DAWKINS,  
*The Blind Watchmaker:  
Why the Evidence of Evolution Reveals  
a Universe Without Design*, 1986

Una explicación posible es que el «Monstruo» puede ser un tipo de animal de las profundidades que en raras ocasiones asciende a la superficie. Es posible que estos animales quedaran aislados del océano en el lago Ness hace mucho tiempo debido a movimientos de tierra, y sus descendientes lograran sobrevivir.

C. ERIC PALMER,  
conservador del Museo de Historia  
Natural de Glasgow, 1951

## Capítulo 22

### *Estrecho de Bona, lago Ness*

Al cabo de una hora, me encontraba en el punto del lago Ness situado más al nordeste. Desde allí, encontraría un medio de cruzar el canal conocido como estrecho de Bora, que me conduciría de nuevo a la orilla oriental del lago, o podría continuar siguiendo la orilla oriental otros treinta sinuosos kilómetros, dejando atrás el lago Dochfour y el río Ness, una ruta tortuosa que me depositaría al final en Inverness y el estuario de Moray.

La idea de volver al lago en barca me ponía nervioso, así que continué andando por la orilla oriental con mis botas de excursión mojadas, preparado para seguir a pie hasta Inverness en caso necesario.

La autoridad estaba a punto de intervenir.

Cuando me acercaba al faro de Bona, vi la lancha motora del alguacil del lago que cruzaba el canal a toda pastilla, y después se desviaba hacia mí.

Calum Forrest me saludó desde la timonera.

—Santo Dios, doctor Wallace. Está dando un buen paseo, ¿no?

—Eso me han dicho. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Tal vez sea yo quien pueda hacer algo por usted. Suba a bordo, le llevaré.

—No, gracias. Es que, er..., prefiero andar.

—¿Cómo? ¿Hasta Dochfour Weir? Eso sería una tontería.

Antes de que pudiera responder, posó la proa sobre la orilla de grava.

Vacilé, con el pulso acelerado.

—Suba, no es necesario preocuparse por..., usted ya sabe.

Su convicción, combinada con el tamaño de su barca, me proporcionó el consuelo que necesitaba. Empujé la proa para alejarla de los bajíos y salté a bordo.

—Extraoficialmente, ¿por qué está tan seguro de que nuestro amigo no hará acto de aparición?

—Confíe en mí. Puede que no tenga títulos, doctor, pero estoy en estas aguas desde que usted iba en pañales. A los grandotes no les gustan las aguas poco profundas, salvo hasta hace poco, por supuesto, pero solo después de oscurecer.

—¿Los grandotes? ¿Los ha visto?

—No. —Calum apuntó la barca hacia la orilla oriental, con el motor a escasa velocidad para que pudiéramos hablar—. Pero he visto la huella que la hembra grande dejó en la playa de Invermoriston. Igual que usted, ¿eh?

¿La hembra? ¿Cómo sabía que era una hembra? Paseé la vista entre el hombre y la superficie oscura del agua.

—Pero ¿cómo...?

—Soy el alguacil del lago, doctor. Mi trabajo es saber lo que sucede en el lago Ness.

—¿Cómo sabe que es una hembra?

—Una intuición, eso es todo.

No le creí.

—¿Por qué no lo dijo ante el tribunal?

—Bien, nadie me lo preguntó, así que les den por el culo, me dije. En cuanto a mi presencia en la sala, el abogado bastardo de su padre me lo suplicó. Dije lo que debía, pero por mí, que arda en el infierno si cree que los que llevamos el tartán vamos a apoyar las tonterías de Angus.

—¿Debo deducir que no cree la historia de mi padre?

—Ni usted tampoco, pero no por lo que dije. De modo que persevere, joven Wallace, lo está haciendo muy bien. Y tiene razón al concentrarse en el lago en su conjunto, porque las respuestas que busca residen aquí, no en perseguir fantasmas. De todos modos, le voy a dar un consejo: en lo tocante al lago Ness, no se fíe de nadie, porque hay más cosas en juego de las que usted imagina.

—Si sabe tanto, ayúdeme.

El hombre negó con la cabeza.

—No puedo, muchacho. Estoy atado por un juramento de sangre, ¿sabe a qué me refiero?

—No, no lo sé... No lo entiendo. Si tanto hay en juego...

—Mi abuelo, Dios se apiade de su alma, fue John Reid Forrest. Su madre era del clan Stewart, y su mujer, mi madre, del clan MacDonald.

Mensaje recibido. Los Forrest eran descendientes de dos de los clanes más importantes de las Tierras Altas. Antes movería una montaña que a Calum Forrest.

—¿Y los Caballeros Negros? ¿También eran de su linaje?

—¿Los Caballeros Negros? Nunca he oído hablar de ellos.

Aceleró mientras cruzaba el estrecho de Bona, y esquivó por poco el tocón de un árbol.

—¿Qué diferencia a los Caballeros Negros del resto de los templarios, señor Forrest? ¿Cuál es su misión?

Calum aminoró la velocidad y acercó tanto su cara a la mía, que percibí el olor de lo que había comido.

—No sé nada acerca de Caballeros Negros, y no me lo vuelva a preguntar.

Continuamos navegando en silencio hasta que llegamos a la orilla occidental. El anciano se secó la espuma de la frente, y después meditó durante un largo momento.

—Dígame, muchacho, ¿ha ido a pescar salmones desde su regreso?

—¿A pescar salmones? No. ¿Por qué? ¿Ha pescado buenas piezas en los últimos tiempos?

—No. He estado demasiado ocupado con esa chorrada del juicio. Un día de estos tendré que acercarme a los lugares donde desovan para echar un vistazo. Claro que también podría hacerlo usted, ¿no?

Sostuvo mi mirada, para asegurarse de que había recibido el mensaje; después nos acercamos a la orilla, y frenó cuando el casco arañó los bajíos.

—Vaya con Dios, joven Wallace. Que la valentía de sir William florezca en su corazón.

Salté a la playa, y después vi que se alejaba sin ni siquiera despedirse.

Estaba de nuevo en Lochend, la tranquilidad del Great Glen perdida entre el abundante tráfico de la A82, a mi espalda. Hacia el sur, las aguas del lago Ness llegaban al otro lado del valle como la sombra de una serpiente gigante. Sus olas negras lamían mis pies, y su trueno lejano retumbaba sobre las montañas, con la amenaza de un chubasco nocturno.

En aquel momento, me sentí como Dorita, perdida en el país de Oz. Calum Forrest era mi Espantapájaros, que me indicaba el sendero de baldosas amarillas, y me advertía de que no hiciera caso de la malvada bruja y me concentrara en el sendero. No obstante, lo que no me había dicho era lo más importante. Rodeado de pistas, yo buscaba la verdad, pero los árboles aún no me dejaban ver el bosque.

«Calum Forrest. Sangre de los clanes MacDonald y Stewart, y sin duda miembro de los Caballeros Negros. Sabe lo que es Nessie, pero como Caballero Negro no puede decirlo. Aun así, como alguacil del lago, ha jurado proteger el lago, pero eso le está poniendo en conflicto con su juramento de sangre a los Caballeros Negros.»

—Así que se pone en contacto conmigo, con la esperanza de que yo resuelva el problema por él.

Como en respuesta, los cielos gruñeron y liberaron una descarga de rayos blancos, que desaparecieron sobre el castillo de Aldourie.

—Bien, Dorita, ha llegado el momento de ir en busca del mago.

«Espera... ¿Qué ha dicho Calum sobre los salmones? Los lugares de desove... Quería que fuera a echar un vistazo.»

Ceñí las correas de la mochila y me encaminé hacia el sur, con la esperanza de llegar a Brackla y al hotel Clansman antes de que un rayo me fulminara.



## ***Hotel Clansman, Brackla, 19.45 h***

El veterano de Vietnam Pete Lindner estaba sentado en el espejo de popa de su crucero de diecisiete metros de eslora, el *Wiley*, sin dejar de vigilar el tiempo mientras terminaba los restos de gambas y vino blanco. Dos años antes, el ex encargado de facturación de Verizon se había prejubilado cuando Jonathan Deval, un antiguo compañero de guerra de la Royal Navy, le había ofrecido asociarse con él en su negocio turístico en el Great Glen. Desde entonces, Lindner pasaba los inviernos en Nueva York con sus nietos y los veranos en las Tierras Altas, transportando pasajeros arriba y abajo del canal de Caledonia, desde Fort William a Inverness.

Pero los acontecimientos recientes le habían obligado a cambiar de planes. El negocio estaba en el lago Ness, y los beneficios eran demasiado elevados para desperdiciar tiempo y combustible en viajes de ida y vuelta a Fort William. De modo que Lindner comunicó a su socio que él se quedaría en el lago Ness, controlando la invasión turística mientras pudiera, aunque eso significara amarrar en Cherry Island.

Encontrar un amarradero libre en el hotel Clansman fue un golpe de suerte, algo más difícil que encontrar aparcamiento en Manhattan.

Lindner terminó otra gamba, cuando un coche de alquiler frenó con un chirriar de neumáticos en el aparcamiento contiguo. Tres hombres salieron del vehículo, sus carcajadas alimentadas por el alcohol que circulaba por su torrente sanguíneo.

El líder y mayor de los tres era un estadounidense llamado Chuck Jones, un músico de talento que había ido de gira en una ocasión con Lynyrd Skynyrd. Jones había dejado momentáneamente su trabajo de policía debido a una grave lesión en el cuello. El hombre que había planificado sus vacaciones era su primo, Ron Casey, quien también trabajaba para la policía, pero como fotógrafo del lugar del crimen. El más joven del trío, Chad Brager, era un ex defensa de hockey sobre hielo de la USC<sup>[13]</sup> y el mejor amigo de Ron Casey. Los tres se encontraban de vacaciones en Londres cuando la noticia de los ataques de Nessie empezó a circular. Un accidente de tránsito, una sesión de *brainstorming* y una veloz incursión de compras les habían proporcionado equipo y un plan.

Chuck Jones abrió el maletero del coche de alquiler y se apartó a un lado para dejar que sus compañeros, más expertos, se ocuparan de un pesado saco de arpilleras y lo que parecía un estuche de trompeta.

Lindner, divertido, vio que los tres se dirigían al embarcadero, y se detenían en todos los amarraderos para negociar con los capitanes de barco locales. Todos se negaron, y los tres estadounidenses tuvieron que continuar su búsqueda.

Por fin, llegaron al *Wiley*.

—Buenas noches —dijo Jones—. Tiene un barco excelente. Dos motores diesel. Estabilizadores hidráulicos. Desplazamiento clásico. Apuesto a que ni se mueve.

—Veo que sabe de barcos, ¿verdad?

Chad Brager sonrió.

—Un compatriota, gracias a Dios. Juro que no entiendo ni la mitad de lo que dicen estos tipos de las Tierras Altas.

Lindner asintió.

—Bien, muchachos, ¿qué andan buscando?

—De hecho —dijo Jones—, nos gustaría pescar de noche.

—Esto es un crucero, no un chárter. ¿Qué llevan en esa bolsa de arpillera?

—Cebo.

Los estadounidenses rieron.

Jones se inclinó hacia ellos.

—No necesitamos un chárter, lo que queremos es hacer alguna incursión nocturna. Tal vez immortalizar en película a Nessie, ya sabe.

Lindner bebió su vino y reprimió una sonrisa.

—Enséñenme lo que hay en la bolsa de arpillera.

Jones cabeceó en dirección a Brager, quien desató la bolsa y reveló una oveja muerta, con los cuartos traseros destrozados y desfigurados.

—Nos la vendió un agricultor. Dijo que un turista la atropello esta mañana cuando salía de un área de descanso.

Jones señaló el espejo de popa.

—Hemos traído mucho cable. Suficiente para aparejar su barco.

Lindner rió.

—Muchachos, hay miles de personas que infestan las orillas del lago Ness con la única intención de fotografiar a ese bicho. ¿Por qué creen que lo van a immortalizar en película, y de noche, nada menos?

—Soy fotógrafo profesional —comentó Ron Casey, mientras palmeaba su estuche—. Trabajo sobre todo de noche. Incluso con el cielo nublado, tendremos una bonita luna llena dentro de unas horas, con mucha luz para hacer exposiciones largas.

—Tenemos el cebo, eso significa la mitad de la batalla —dijo Jones con semblante serio—. Estamos dispuestos a pagar un poco más..., si es capaz de soportar la presión.

—Ahórrese la psicología, soy inmune. —Lindner los miró de arriba abajo, mientras calculaba lo que podía sacarles—. Cuatrocientas por noche, libras, no dólares. Además, me llevaré un diez por ciento de lo que consigan de esas fotos, en el caso de que haya suerte.

—¿El diez por ciento? —Chad sacudió la cabeza—. Ni hablar.

Jones buscó su cartera para sacar dinero en metálico.

—Haremos una cosa: aumentaremos a cuatrocientas cincuenta, pero no se llevará nada por las fotos.

Lindner vació lo que quedaba del vino, y echó un vistazo indiferente al agua.

Aunque el lago seguía calmo, se estaba levantando viento. Con un poco de suerte, llovería, y la noche terminaría pronto.

—De acuerdo, caballeros, pero antes quiero ver el dinero. Y guarden ese animal muerto en la bolsa hasta que llegemos a aguas profundas. No quiero que el alguacil del lago me fastidie.

## ***Hotel Clansman, 22.45 h***

La luna llena se estaba alzando sobre las montañas del este, cuando subí tambaleante por la pista asfaltada que conducía al hotel Clansman. Llamé a True por el móvil, y le dejé el mensaje de que se encontrara conmigo en el vestíbulo lo más pronto posible. Estaba cansado, dolorido y hambriento, y olía bastante mal, aparte de que me picaba la piel a causa de la turba seca. Entré con la idea de utilizar los lavabos públicos, lavarme un poco y comer algo mientras esperaba.

Mal pensado.

La sala de banquetes estaba acordonada para una fiesta privada, llena de celebridades, medios y autoridades locales.

Me acerqué al jefe de comedor, el cual me miró como si acabara de salir de un estercolero.

—Lo siento, solo se admiten invitados.

—De acuerdo, solo quería llevarme algo de comer. ¿Dónde puedo...?

—Esto es el hotel Clansman, señor, no un McDonald's. ¿Por qué no prueba en una granja de las cercanías?

—¡Zachary Wallace!

Era David Caldwell, vestido de esmoquin, rodeado de reporteros. Se acercó con su séquito, y empezó a burlarse de mí enseguida.

—Jesús, Zack, hueles a mierda de vaca. ¿En qué trabajas desde que la universidad te echó? ¿Limpias váteres?

Mi mente me pidió a gritos que me largara, pero mi ego, sin hacer caso del hemisferio izquierdo de mi cerebro, se obstinó en pisar la mierda.

—¿Cómo está tu cara, David?

—Las contusiones se curan, Zack. Es una pena que no pueda decirse lo mismo de las reputaciones dañadas.

—No te preocupes. No pasará mucho tiempo antes de que los lugareños se den cuenta de que eres un fraude.

—Días, Zack. Dentro de pocos días habré capturado a una leyenda, y tú no serás nada más que un badén en mi camino hacia la fama y la fortuna.

Se volvió hacia su derecha y saludó.

—Aquí, nena.

Se me abrieron los ojos de par en par cuando Brandy se acercó. Llevaba un traje de fiesta color caoba, con un escote que revelaba la turgencia de sus pechos bronceados. Se movía con absoluta seguridad.

—Brandy, te presento a mi ex colega Zachary Wallace.

—Sí, creo que le he olido en mejores días. ¿Te has extraviado en los pantanos, Zack?

Mi mente buscó una réplica ingeniosa.

—Tal vez.

*Brillante.*

Brandy pasó su brazo alrededor de la cintura de David, y se esforzó por utilizar un acento más estadounidense que escocés.

—¿Te has enterado? David ha elegido el *Nessie III* como barco capitán del equipo que va a capturar al monstruo. Pasaremos mucho tiempo juntos.

—Mi sangre gaélica ardió.

—¿Sí? Bien, esta vez espero que tengas un seguro a todo riesgo.

—Mi respuesta despertó la furia de las Tierras Altas que Brandy llevaba dentro.

—Al menos, no tendré que preocuparme de que me dejen plantada por las noches.

—David sonrió con satisfacción.

—Brandy me ha contado eso de tu impotencia. Caramba, Zack, qué mal rollo. Doy gracias a Dios por no padecer ese problema. —Me guiñó un ojo y palmeó el trasero de Brandy—. Si ves balancearse el *Nessie III*, no llames a la puerta.

—Salté hacia él con los dedos extendidos, ansioso por aplastar su tráquea de pájaro..., pero me olvidé del maldito cordón de terciopelo.

—Mis rodillas se engancharon y, sin poder recuperar el equilibrio debido al peso de la mochila, caí de bruces al suelo.

—David retrocedió y rió. Los clientes me rodearon, algunos fotógrafos tomaron fotos. Antes de que pudiera reaccionar, dos robustos guardias de seguridad me levantaron del suelo y me sacaron a la fuerza por la salida de atrás.

## *Lago Ness, 00.02 h*

La luna estaba alta en el cielo de medianoche, y sus rayos se filtraban a través del velo de los cirros.

Ron Casey se erguía detrás del espejo de popa del *Wiley*, con la cámara apoyada sobre el trípode Bogen Manfrotto. Se masajeó los ojos, cansado después de cuatro horas de mirar por la Nikon F3Hp. A través de las lentes f4.5 de trescientos milímetros, aún veía la oveja muerta que oscilaba sobre la superficie, a unas decenas de metros de distancia de la popa. Un extremo del cable de acero estaba atado a una cornamusa situada detrás del soporte de los motores gemelos, y el otro, a su cebo. Chuck había abierto el estómago del animal justo antes de lanzarlo, y gracias a la luz nocturna casi perfecta y las potentes lentes, Casey distinguía los restos de las entrañas flotantes de la oveja.

Lo que Chuck y Ron no habían dicho al capitán del *Wiley* era que el cable estaba sujeto al cadáver mediante un gancho de acero de quince centímetros, con el extremo dentado ensartado entre la caja torácica y la boca de la oveja.

Chad Brager terminó su cerveza y eructó.

—¿Y bien? ¿Continúa flotando?

—Apenas. Esperaré unos minutos más, y haré otra serie de exposiciones de treinta segundos.

—¿Estás seguro de que esa película de alta velocidad funcionará?

—No la estoy utilizando, ya te lo dije hace tres horas. Velocidades mayores no convienen para exposiciones largas, las imágenes salen con demasiado grano. Bebe tu cerveza, sé lo que estoy haciendo.

Chuck se inclinó hacia delante.

—Olvídate de esas chorradas —susurró—, yo he venido a cazar a ese hijoputa. Podréis tomar todas las fotos que os dé la gana cuando arrastremos su culo muerto hasta el puerto.

—Sí, en este momento nos conformaríamos con una toma borrosa. ¿Estás seguro de que el capitán sabe lo que hace?

—Vamos a averiguarlo.

Jones se tambaleó hacia delante y entró en la timonera.

—¿Que pasa, capitán? Llevamos cuatro putas horas y aún no hemos visto ni un pez de colores en ese localizador de peces suyo. ¿Está seguro de que ese trasto funciona?

—Funciona bien. Tal vez su cebo está asustando a los peces.

—O quizá deberíamos probar en otro sitio.

—Es su dinero. Imaginé que querrían dejar un bonito rastro de perfume. —Lindner señaló la consola de navegación del barco y una gráfica GPS en tiempo real que representaba el lago Ness—. Hemos estado navegando entre Brackla y la bahía

de Urquhart, y viceversa. Es una zona en la que se han producido muchos avistamientos de Nessie. Es mejor mantener un olor potente en una misma zona..., a menos que ustedes opinen lo contrario.

—No, creo que es lógico. Oiga, ¿qué son todos esos objetos brillantes que aparecen en pantalla?

—Boyas sónar. El alimentador de corriente emite radiaciones térmicas. El lago está plagado de boyas ahora, pero creo que todavía no se han activado. Mejor así. Todos esos sonidos metálicos asustan al pez gordo.

## ***Muelle del Clansman, 00.20 h***

El doctor Michael Newman, subdirector del Instituto Nacional de Medidas y Tecnología, esperaba con impaciencia en el muelle, mientras dos repartidores del pueblo amontonaban las últimas de las siete cajas de aluminio en la timonera del *Nessie III*. Newman garabateó su nombre en la factura por triplicado, y después se volvió cuando David Caldwell y la mujer del pueblo se encaminaban cogidos del brazo hacia el amarradero.

—Ah, doctor Newman. Bien, doctor, ¿está todo listo?

—No, todo no está listo. El equipo acaba de llegar, tardó seis horas en pasar la aduana, y otras dos horas para encontrar una empresa de reparto, de todo lo cual debía ocuparse usted. Hemos de hablar.

—Hable.

—En privado.

—Tranquilo —dijo Brandy—. Te veré a bordo.

Mientras los dos hombres miraban, la joven se quitó los zapatos de aguja, se subió el vestido y saltó por encima de la barandilla.

David la siguió con la mirada.

—Dios, menudo bombón. Bien, ¿qué pasa, Newman?

—Ya me doy cuenta de lo que pasa. Escuche, Caldwell, cuando acudió al NIST en busca de ayuda, accedimos a prestarle el equipo, no a ponerlo en peligro.

—¿Cómo voy a ponerlo en peligro?

—¿Está de broma? Este barco es más viejo que la tierra e igual de boyante. El motor está en las últimas, el interior es demasiado pequeño para nuestras necesidades, le han hecho un puente al sistema eléctrico y es totalmente inadecuado, la bomba de achique está cerrada y he visto troncos con mejor estabilidad.

—Sí, pero se olvida de la importancia de implicar a los locales. Es bueno para las relaciones públicas y abre puertas.

—Sé qué puerta se está abriendo. También he visto montones de barcos de pesca locales que se adaptan mejor a nuestras necesidades.

—Tal vez, pero yo trato con la televisión y los medios globales, y la propietaria del *Nessie III* tiene un cuerpo capaz de hervir el agua.

Newman golpeó un pilote con su tablilla.

—Escuche, Caldwell, no pienso poner en peligro decenas de miles de dólares en aparatos de alta tecnología para que usted eche un polvo.

—Shhh, joder, cálmese. Mire, lo primero que haré por la mañana será pedir al tipo del Consejo de Inverness un generador nuevo. Eso solucionará sus necesidades de electricidad, y el resto ya lo iremos solventando sobre la marcha.

—Esto es ridículo.

—Funcionará, confíe en mí. Entretanto, vaya a instalarse. Pida el servicio de



habitaciones, una película, lo que quiera, duerma un poco. Hasta mañana.

**00.25 h**

Yo estaba escondido detrás de una pinada, observando la conversación de David Caldwell con su nervioso acompañante.

No era el único que echaba chispas.

En primer lugar, David me había utilizado como chivo expiatorio, lo cual me había costado mi empleo en la FAU. Posteriormente, mi presunto colega se había adjudicado los méritos de haber sacado de su escondrijo al *Architeuthis*, durante la conferencia de prensa.

¡Y ahora me estaba robando a mi chica!

De acuerdo, Brandy no era exactamente mi chica, pero desde luego no era propiedad de aquel saco de mierda.

Apreté los dientes, y vi que el hombre con el que David había estado hablando se encaminaba hacia el hotel. David se despidió con un saludo poco entusiasta y subió a bordo del *Nessie III*.

—Mira el hijo de puta salido. Se cree que va a acostarse con ella.

Saqué el móvil y llamé de nuevo a True, pero seguía sin contestar. «Se estará poniendo ciego en Sniddles.»

«O tal vez sea una señal —me susurró el hemisferio derecho de mi cerebro—. No te quedes sentado ni permitas que ese aprovechado se tire a tu chica. ¡Mueve el culo y haz algo!»

Dejé la mochila debajo de los árboles, bajé corriendo la colina y salí al muelle con sigilo.

## *Lago Ness, 00.32 h*

El corazón de Pete Lindner se aceleró cuando el punto luminoso rojo se materializó en su localizador de peces.

—¡Eh! ¡Eh! —Golpeó en la ventanilla de atrás de la timonera para llamar la atención de Chad Brager—. Tenemos compañía.

Brager entró corriendo en la timonera.

—¿Qué es?

—Cuesta saberlo. Mire usted mismo. —Señaló la pantalla, donde un punto rojo estaba siguiendo al *Wiley*—. Está muy profundo, tal vez a noventa metros, y todavía muy lejos, pero hemos llamado su atención.

—Jesús. ¿Es muy grande?

—Grande, demasiado grande, por lo cual será mejor que no se entusiasme todavía. Debe de ser un banco de truchas árticas, les gustan las profundidades. Dígale a su amigo el fotógrafo que siga probando, tal vez tenga suerte.

Chad salió corriendo de la timonera y regresó a popa.

—El capitán dice que algo grande está siguiendo el cebo. O es un banco de peces, o...

—¡Sí! —Jones abrió y cerró los puños—. Ciento cincuenta mil libras. ¿Cuánto es en dólares, Casey?

—¿Qué importa? ¡Deja de dar saltitos! —Casey se encorvó sobre su cámara y mantuvo abierta la lente del teleobjetivo—. Maldita sea, empezamos a balancearnos de nuevo. Chad, dile al capitán que aminore la velocidad.

—¿Qué soy, el chico de los recados?

—Hazlo.

Ron Casey devolvió su ojo derecho al teleobjetivo. Mientras miraba, el cebo desapareció de repente.

—Caramba.

—Caramba ¿qué?

—O nuestro cebo se ha hundido, o se lo han zampado.

—¡Mira! —Jones señaló el cable de acero, que se tensaba en la cornamusa—. ¡Lo hemos cazado!

La fibra de vidrio gimió, y después empezó a partirse a lo largo de los bordes de la cornamusa.

Casey miró a Jones con un nudo en la garganta.

—Creo que dijiste que este barco podía soportar una gran carga.

—Puede, o sea, debería. El monstruo habrá descendido a una gran profundidad. Tal vez el...

El capitán Lindner salió de la timonera.

—¿Qué coño está pasando ahí?

Casey señaló el cable.

—Creo que hemos pescado a Nessie.

—¿Pescado? ¡No dijo nada de que querían capturarlo!

El barco dio un bandazo y el trípode cayó.

Casey atrapó la cámara cuando la popa viró a estribor.

El capitán cayó de costado contra uno de los motores fuera borda, y después se sujetó con fuerza mientras examinaba la cornamusa.

—¿Están locos? El espejo de popa no está hecho para arrastrar este peso.

El barco rodó a babor, y el cable de acero se enredó con la hélice del motor de estribor y partió dos de sus aspas.

—¡Hijo de puta! ¡Acababa de reconstruir esa hélice!

El capitán volvió corriendo a la timonera, seguido de Chuck Jones.

—Tranquilo, capitán, está a punto de ser famoso. Lo único que tenemos que hacer es arrastrar a este monstruo, y tendremos suficiente dinero para comprarle una docena de hélices.

Lindner cerró el motor de estribor, y después aceleró. El barco se esforzó por oponer resistencia a la tremenda fuerza.

—¿Arrastrarlo, señor Jones? ¿Arrastrarlo adónde?

—A aguas poco profundas. El estrecho de Bona.

—Cuando lleguemos al estrecho, este barco estará hecho añicos.

El barco volvió a inclinarse a estribor, y los dos hombres fueron lanzados contra la consola de navegación.

El capitán se apoderó del timón y lo giró con fuerza a babor. Aceleró, y su solitario motor consiguió alcanzar los seis nudos.

—Su plan tenía varios defectos, pez gordo. Para empezar, lo que ha pescado pesa más que todo mi barco. Para continuar, no creo que le haga ninguna gracia tener un gancho en la boca.

El chirrido del acero al desgarrarse perforó la noche, cuando la cornamusa y parte de la pared del espejo de popa que había inmediatamente detrás de los motores fuera borda empezaron a desprenderse del casco.

—¡Ostras, me está destrozando el barco! —El capitán agarró la radio—. ¡Socorro, socorro, aquí el *Wiley*! Socorro...

## ***Embarcadero del Clansman, 00.57 h***

Después de llegar al amarradero del *Nessie III*, me escondí detrás de un pilote para escuchar. Oí voces bajo la cubierta, pero apagadas.

Salté por encima de la barandilla y entré en la timonera.

La diminuta cabina estaba atestada de cajas de aluminio que contenían aparatos, apiladas contra la pared de atrás y cubiertas en parte por una lona gris. Picado por la curiosidad, aparté la lona y leí una de las etiquetas de la factura a la tenue luz.

ENLACE RADIOFÓNICO MAESTRO UHF.

PROPIEDAD DE NIST.

Era un equipo para la estación de análisis principal de formaciones de sónar.

—¡Para, David!

Al oír la voz de Brandy, me puse de rodillas y apliqué el oído a la cubierta.

—¿Qué pasa? —ronroneó David.

—¡Tómalo con calma, no soy tu puta!

—¿Putá? Brandy, tú y yo formamos un equipo, socios en una gran aventura. Cuando los espectadores me vean, te verán a ti. Esa es la sociedad a la que aspiro..., a menos que no estés a la altura. O sea, si tal es el caso, dímelo ahora, porque tiene que haber cientos de aspirantes ansiosos por asociarse conmigo, pero te elegí a ti.

—¿Para qué? ¿Para bajarme las bragas?

—Claro que no. Tú y yo tenemos química. Sé que tú también lo sientes, ¿verdad, nena?

Apreté los puños, decidido a entrar como una tromba en el camarote.

—Tal vez si fueras más despacio, lo sentiría mejor, ¿ch?

—De acuerdo, iré más despacio, pero este es el carril de aceleración hacia el estrellato. Tú y yo vamos a ser famosos. Seremos la siguiente pareja que reinará en Hollywood. Es lo que tú, hum, también deseas, ¿no?

Mis venas ardieron cuando les oí gemir y besarse.

Y entonces, oí algo más, un montón de gente que corría por el muelle.

Eran los capitanes y tripulantes de otros tres barcos de investigación, todos pugnando por abrirse paso. Una docena de civiles más se dirigían hacia el *Nessie III*, y a su cabeza iba el preboste de las Tierras Altas.

Me encontraba atrapado.

Me embuté en el rincón del fondo de la timonera, y arrastré las cajas de metal a mi alrededor para formar una mampara, y después tiré la lona por encima de las pilas.

—¡Doctor Caldwell! Doctor Caldwell, ¿está a bordo?

Oí que David subía corriendo la escalera.

—No es el mejor de los momentos, Owen.

—Acabamos de recibir una llamada de socorro de un crucero local. ¡Afirman que han pescado a Nessie!

Por una rendija entre las pilas vi a Brandy entrar como una bala en la timonera, sus bien torneadas piernas al descubierto hasta los faldones de la camisa de David, que apenas le cubrían las nalgas.

El motor tosió dos veces, escupió una nube de vapores nocivos, y después se estremeció, de modo que mi cabeza golpeó contra la pared. David entró en la timonera sin camisa, seguido de Owen Hollifield, quien ladró órdenes a Brandy.

—Rumbo sur. La última vez que informaron de su posición se hallaban al norte de la bahía de Urquhart.

## *Lago Ness, 01.09 h*

La idea de que tal vez había cometido una gran equivocación estaba firmemente plantada en la mente de Ron Casey, mientras veía que secciones del tablazón se iban desprendiendo del espejo de popa, las fibras podridas disimuladas bajo una capa de pintura reciente.

—¡Dale otra vez, Chad!

Gases de escape surgieron del fueraborda de babor cuando Chad Brager atacó de nuevo el cable de acero con el hacha.

—No sirve de nada, sigue rebotando. Si pudiéramos...

Chad calló, mientras Ron y él miraban el cable, que de repente se había destensado.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. O el cable se ha partido bajo el agua, o...

Libre de su ancla biológica, el *Wiley* saltó hacia delante y aceleró.

Chad y Ron intercambiaron una mirada, vacilantes, y después se alejaron del espejo de popa, mientras sus ojos escudriñaban las aguas.

Chuck Jones se inclinó sobre el hombro del capitán y contempló el punto rojo que los perseguía en el localizador de peces.

—¿Qué quiere decir que está subiendo?

—Mírelo usted mismo, pez gordo. No puede liberarse descendiendo a las profundidades, así que nos persigue.

El capitán miró el medidor de profundidad del localizador de peces, y las cifras que descendían a toda velocidad... cuarenta y tres metros... veintinueve metros... catorce metros...

—¡Santo Dios! ¡Agárrese!

El capitán viró a babor con violencia.

¡*Bum!* El flanco de estribor estalló como alcanzado por un tanque, y el impacto provocó que el barco perdiera el centro de gravedad.

El barco rodó, y su capitán cayó de costado cuando una muralla de agua negra helada penetró en la timonera. Dio tumbos como un ciego, incapaz de enderezarse, mientras el *Wiley* continuaba rodando a babor, en busca de un nuevo equilibrio.

Madera y acero gruñeron en sus oídos, y después la timonera se hundió bajo las aguas.

El capitán se puso en pie, asombrado al ver que la timonera invertida se llenaba rápidamente de agua. Con el corazón acelerado, las manos y los brazos ardiendo a causa del frío, apretó la cara contra las planchas que había sobre su cabeza e inhaló varias bocanadas de aire, mientras las ideas se sucedían en su mente.

Destellos de luz chisporroteaban a modo de protesta en las consolas de navegación. Latas de cerveza pasaron flotando frente a su cara, y le sobresaltaron en la timonera invadida por la oscuridad. El nivel del agua continuaba subiendo, lo cual le obligaba a nadar con tal de respirar. Bajo sus pies se encontraba el techo, y oyó una puerta que chirriaba: su ruta de escape.

«Abajo y a la derecha.»

El capitán Lindner agachó la cabeza y nadó en dirección a la puerta. Tanteó en busca del pomo, consiguió abrirla, y entonces se quedó petrificado.

Estaba pasando por debajo del barco, y la luz de la luna revelaba su forma. El lomo de gruesos músculos era de color chocolate, adornado con una aleta dorsal a modo de crin que se alargaba hasta una cola redondeada sin aletas. Tan largo y ancho como dos autobuses conectados, el ser se movía de derecha a izquierda mientras nadaba, ondulante como una serpiente.

Pasó a toda prisa, y si bien no había conseguido distinguir su cabeza, Pete Lindner supo que había visto una serpiente de mar, fría como el demonio, tan vieja como el tiempo.

El corazón retumbaba en su pecho y sus pulmones amenazaban con estallar, pero el capitán se negó a salir, con la intención de conceder al animal veinte segundos más para abandonar la zona.

Pero la timonera, junto con su vía de escape, giró en dirección contraria a las agujas del reloj y se alejó de él, y después el barco volcado se precipitó hacia delante, arrastrado por el poderoso animal, todavía sujeto a su espejo de popa.

Atrapado bajo el agua, envuelto en la oscuridad, Lindner tanteo las paredes, de repente desconocidas, desesperado por volver a localizar una bolsa de aire que ya no existía. Sus palmas golpearon con torpeza el parabrisas invertido, y después tuvo arcadas y vomitó burbujas, mientras luchaba por desembarazarse de los restos inertes de Chuck Jones.

Incapaz de razonar, incapaz de ver, agitó las manos mientras describía círculos cada vez más cerrados, en su esfuerzo por encontrar una salida de la asfixiante negrura.

Los pulmones exhaustos emitieron gorgoteos primarios.

Los brazos dejaron de moverse, los ojos dejaron de ver.

El silencio se apoderó del *Wiley* cuando las garras heladas del lago se extendieron de nuevo para reclamar su presa.

Chad Brager emergió a quince metros del barco volcado. Años de jugar al hockey sobre hielo en lagos helados le habían preparado para el repentino frío, y su adiestramiento como salvavidas en la USC le protegía de ser presa del pánico. Mientras se mantenía a flote, llamó a sus compañeros.



—¡Chucky! ¡Ron!

Se desprendía vapor de su cabeza, y su cuerpo perdía calor a marchas forzadas.

«He de salir de estas aguas gélidas antes de que la hipotermia me venza.»

Se volvió para nadar en dirección al barco, y entonces se dio cuenta de que el casco volcado estaba dando vueltas, y el barco se dirigía hacia él.

—Mierda...

Brager dio media vuelta y nadó, pero sus brazos y sus piernas apenas se movían por culpa de las capas de ropa. Hizo una pausa, se quitó los zapatos y se permitió una mirada hacia atrás.

El casco del buque se precipitaba hacia él con la popa por delante, y sobre el agua se distinguían apenas el espejo de popa roto y el maldito cable de acero.

Brager se desprendió de la cazadora, y después se puso a nadar con furia.

«Sesenta metros... ¡Sesenta metros de puto cable!»

Su corazón se aceleró cuando percibió el chasquido de un cable de acero al partirse, su eco tan claro como la trampilla de una horca al abrirse.

Una descarga de adrenalina inyectó energía en los músculos de Brager y le impulsó a través del agua, al mismo tiempo que un dolor lacerante despertaba sus células nerviosas medio heladas cuando saltó hacia delante... y perdió la conciencia misericordiosamente, con la columna vertebral aplastada y mutilada, el torso desgarrado y engullido.

El *Nessie III* disminuyó la velocidad.

Yo seguí en silencio, pero aparté la lona para poder ver.

El *Nothosaur* había llegado primero, a juzgar por su cercanía al barco volcado. Los otros dos barcos describían círculos con los faros apuntados a las aguas negras.

David manoteó con la radio, pero al final Brandy se la arrebató.

—*Nothosaur*, aquí el *Nessie III*. Adelante.

—Aquí Hoagland. Hemos llegado demasiado tarde. Tres cuerpos cayeron al agua, el *Galon* ha rescatado al único superviviente. Está farfullando, en estado de shock. Un helicóptero viene para trasladarle a Inverness.

David tomó el micrófono.

—Hoagland, aquí Caldwell. ¿Ha dicho qué les pasó a los demás?

—Negativo, pero hemos encontrado los restos de un antebrazo flotando dentro de la manga de una chaqueta. Creo que podemos dar por sentado que el resto está descansando en la panza de nuestro amigo.

Me desplomé sobre la cubierta, mientras la bilis ascendía por mi garganta. «Y allá voy, por la gracia de Dios...»

Como científico e inventor formado en el MIT, siempre había estado intrigado por las posibilidades de utilizar la tecnología moderna para solucionar el misterio del lago Ness.

El doctor Charlie Wyckoff y yo empezamos nuestra investigación en 1970, pero pasaron dos años hasta el día de nuestro primer avistamiento. Estábamos en la orilla, sobre el castillo de Urquhart, cuando una giba apareció en la superficie de la bahía de Urquhart. Vi por mi telescopio algo que parecía el lomo de un elefante. Distinguí su punto más alto y calculé que la giba debía de medir unos ocho metros de largo y sobresalía un metro veinte del agua. Conseguí rodar algunas escenas de lo que semejaba una mancha sobre el agua, pero las fotos salieron borrosas.

DOCTOR ROBERT RINES,  
miembro de la Academia de Ciencias Aplicadas,  
Galería de Inventores Norteamericanos Famosos

## Capítulo 23

### *Lago Ness*

El *Nessie III* se quedó en la zona otras dos horas hasta que el sol se alzó, y para entonces mi vejiga estaba a punto de estallar.

Brandy amarró. David le dio un beso de despedida, y el preboste se marchó para preparar otra conferencia de prensa. Esperé a que Brandy bajara, y después subí desde mi escondite improvisado en la timonera a la cubierta.

—Me estaba preguntando cuándo saldrías.

Sobresaltado, me volví y vi a Brandy, vestida ahora con una bata lavanda.

—¿Lo sabías?

Se apoyó con indiferencia contra la barandilla de popa, las manos cruzadas sobre el pecho.

—Te olí en cuanto dejamos de movernos.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Imaginé que ya te habías puesto en ridículo lo suficiente por una noche. Todavía te da miedo el agua, ¿eh?

—Tu hermano es un bocazas.

—Y tú tendrías que haberme dicho algo. ¿Crees que eres el único que padece fobias? —Se abrió la bata, exhibiendo una pierna exquisitamente bronceada, con la parte interior del muslo recorrida por una serie de cicatrices blancas zigzagueantes—. Cuando me vino la depresión, me dio por hacerme daño. Es como rasurarse las piernas, pero de otra manera.

—¿Lo superaste?

—Lo controlo, punto. Las pastillas te calman los nervios, pero el miedo siempre está presente. Acecha en la periferia, a la espera de que bajes la guardia.

Asentí.

—Creo que ahora estoy más furioso que asustado. Supongo que representa una mejoría.

—No necesariamente. La furia es una espada de doble filo. Si bien te da fuerzas para matar al monstruo, puede convertirte en otro.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora no es el momento.

—No, continúa. Termina.

—Muy bien. El Zachary Wallace que yo conocía nunca utilizaba los puños para convencer de algo. Angus Wallace, por su parte...

—David se ha pasado varios pueblos.

—Es el ego de Angus el que está hablando.

—Brandy, no pienso permitir que David destruya mi vida.

—Da la impresión de que tu vida ya sufría bastante antes de que David Caldwell apareciera.

—Y me lo dices en la cara. ¿Por qué él, Brandy? De todos los tíos, ¿por qué te liaste con él?

—Mírame, Zachary. Mi barco se está cayendo a pedazos, apenas sobrevivo y no tengo dinero, ni ahorros, ni parientes ricos a los que pedir un préstamo. Encima de vivir sola, debo afrontar el invierno sin medios para sobrevivir. Con el trabajo de David, gano en un día más que en una semana.

—Y a cambio, te acuestas con él.

Sus ojos lanzaron chispas. Se acercó y me abofeteó en la mejilla con la palma de la mano.

—En primer lugar, caballero, no soy una puta. En segundo, ¿me acuesto con quien me da la gana, cuando me da la gana, y no es asunto tuyo!

Miró por encima de mi hombro y vio que David, Owen Hollifield y el ingeniero del NIST se acercaban por el muelle.

—Tienes que irte.

—Escucha, lo siento...

—¿No me has oído? Fuera de mi barco. ¡Ya!

Me empujó hacia la barandilla.

Bajé justo cuando David llegaba al embarcadero.

—¿Qué pasa?

—Te estaba buscando —mintió Brandy—. Tuve que amenazarle con denunciarle por intrusión legal antes de que se marchara.

El ingeniero del NIST subió corriendo a bordo para examinar su equipo. El preboste me encaró.

—No nos va a dar problemas, ¿verdad, doctor Wallace?

—Estaba a punto de irme.

—Estupendo —gorjeó David—. Me han dicho que hay una bonita celda vacía contigua a la de tu padre.

Levanté las manos y retrocedí poco a poco.

—Solamente estaba conversando con la señora. Haz lo que debas para cazar a tu monstruo, pero será mejor que lo pienses dos veces antes de hacer daño a Brandy, es lo único que tengo que decir.

Me alejé, con las venas del cuello abultadas, mi ego envanecido acallando los susurros procedentes del hemisferio izquierdo de mi cerebro...

—¡Eh, Angus!

... y mi psique se desinfló una vez más cuando Brandy sepultó su boca abierta en la de David.

## *Castillo de Inverness*

—Bien, ¿qué esperabas? —dijo Angus, al tiempo que terminaba su caldo escocés y las patatas fritas—. Nunca te metas con la forma de vivir de un escocés, sobre todo de una mujer. Brandy sabe lo que hace, créeme.

—La quiero.

—¿La quieres? Ah, es tu polla la que habla. Además, hay muchos peces en el mar. Lo último que necesitamos es que te lo montes con una MacDonald.

Meneé la cabeza, y me pregunté cómo había caído tan bajo, pidiendo consejos sobre mujeres a mi padre.

—Bien, muchacho, cuéntame otra vez este último ataque.

—Ya te he dicho lo que sé. Según los periódicos, el fotógrafo estadounidense aún sigue en coma.

—¿Y perdió la cámara?

—Sí.

—Vaya mierda. Mi juicio se reanuda la semana que viene. Pese a que todos los encuentros con Nessie me acercan un poco más a la libertad, Maxie dice que no es suficiente. Necesito tu ayuda, hijo.

—¿Hijo? ¿Ni Alice ni Deirdre? ¿Por qué soy tu hijo cuando necesitas algo?

—Mensaje recibido. Bien, ¿cuándo vas a salir en pos de esa cosa?

—Cuando sepa algo más al respecto.

—Uf... Estás perdiendo un tiempo valioso. ¿Qué más quieres saber sobre él?

—Para empezar, ¿por qué un pacífico animal que solo comía peces añadió de repente carne roja a su dieta?

—¿Cómo esperas averiguarlo?

—No lo sé, sobre todo después de que el laboratorio del sheriff consiguiera extraviar todas las muestras que recogí. Supongo que tendré que conseguir más. —Me levanté y me alejé por el pasillo—. Hablaremos dentro de unos días. Quiero inspeccionar el lugar donde desovan los salmones.

—¿Donde desovan los salmones? ¡Espera, Zachary! Olvídate de los lugares de desove, muchacho, vas a desperdiciar el poco tiempo que me queda. ¿Me estás escuchando, Zack? Necesitamos pruebas, pruebas reales de que ese bicho está matando gente. Llama a Theresa, ella...

—Por última vez, no me interesa hablar con la viuda de Johnny C., ni con ninguna mujer con la que hayas compartido fluidos corporales.

Dejé atrás a los guardias, abandoné la zona carcelaria y subí la escalera de caracol, mientras los ecos de los gañidos de mi padre me seguían hasta que llegué a la planta baja del castillo.

### ***A bordo del Nessie III***

Un agotado Michael Newman salió cojeando de la abarrotada timonera del *Nessie III*, ansioso por estirar su espalda dolorida. Durante las últimas seis horas había estado sentado detrás del escritorio de madera improvisado clavado al suelo de la timonera, intentando montar una cuadrícula de sónar que funcionara. Cada una de las treinta y cuatro boyas sónar que flotaban en el lago Ness tenían que recalibrarse para que pudieran recibirse y analizarse las transmisiones de datos, y en muchos casos, Newman tenía que ordenar a un capitán de barco muy poco complacido que cambiara la posición de sus boyas. Justo cuando por fin parecía que el ingeniero del NIST había conseguido poner en funcionamiento su cuadrícula, el nuevo generador del *Nessie III* se había averiado, desconectando de paso su receptor GPS, lo cual le había provocado una subida de tensión.

Había tardado el resto de la tarde en solucionar el problema, y ahora experimentaba la sensación de que alguien había retorcido sus vértebras inferiores con una llave inglesa.

—¡Caldwell! Despierte y venga aquí.

David, dormido en una tumbona, abrió los ojos.

—¿Estamos en funcionamiento?

—Estamos. Venga y le enseñaré cómo funciona, y después doy por terminada mi jornada laboral. Mi espalda no puede aguantar ni un minuto más.

David le siguió al interior.

—Preste atención... ¡y no deje caer bronceador sobre mis aparatos! ¿Ve el monitor de la izquierda? Apriete Control-M y verá su cuadrícula.

Newman tecleó la orden y apareció una vista GPS del lago Ness, dividida por líneas de cuadrícula.

—El lago es tan largo que tuve que dividir la pantalla en tres zonas de sónar. — Newman clicó sobre una zona con el ratón—. Aquí está la visualización norte, central... y sur. Utilice el ratón para acercar y alejar.

—¿La cuadrícula está activa?

—Todas las boyas sónar están activas y emitiendo señales acústicas desde hace unos diez minutos. He dispuesto la búsqueda del objetivo de modo que informe sobre cualquier objeto más grande que una tortuga de mar. Si algo grande cruza el haz acústico de la red, sonará una alarma, y la información aparecerá en la segunda pantalla.

—Espléndido, magnífico... pero ¿dónde está el monstruo? Si la red está activada...

—Está activada, pero eso no significa que no haya zonas muertas. Estamos trabajando en una cuenca de agua fría de más de doscientos cuarenta metros de profundidad. Por más señales que recibamos, aún habrá anomalías geológicas y

bolsas alrededor de la orilla que seguirán impenetrables.

—De acuerdo. ¿Cuánta extensión no es impenetrable?

—Yo diría que entre el ochenta y cinco y el noventa por ciento, en el mejor de los casos, siempre que las señales no interfieran entre sí. He tardado todo el día y toda la noche en montar la red, de modo que puede decir a esos capitanes de barco que será mejor que no se muevan ni añadan más boyas al campo, de lo contrario los entregaré como alimento al monstruo. Y otra cosa, advierta a su novia de que no debe utilizarse el nuevo generador para otra cosa que no sea la estación de control del sónar. Si enchufa su secador a esa máquina, me iré y me llevaré el equipo.

—¿Sabe una cosa, amigo? Necesita una buena mamada.

—Lo que necesito es un quiropráctico y una cama. De modo que buena caza y buenas noches. Si me necesita, no me llame hasta mañana por la mañana.

Newman salió de la timonera, y se dirigió cojeando hacia el hotel Clansman.

## *Invermoriston*

Ya era tarde cuando llegué a las orillas del río Moriston.

Los ríos del Great Glen que desembocan en el lago Ness también sirven en invierno como lugar de desove de los salmones atlánticos. Cuando las aguas se calientan hacia finales de abril, el salmón inicia su periplo desde el estuario de Moray en el sur hasta el lago Ness, pasando por el río Ness, para luego seguir ríos y riachuelos arriba para desovar.

El río Moriston se había ganado fama de zona salmonera. Cada primavera y verano, los visitantes contemplaban desde atalayas el espectáculo de las grandes hembras saltando fuera del agua, en un esfuerzo por ascender las Cascadas de Invermoriston, que conducían a estanques reproductores más tranquilos.

Los salmones ponen decenas de miles de huevos, los cuales producen peces jóvenes conocidos como alevines. Una vez salen del huevo, los alevines consumen sus sacos de huevos, e inician lo que será un crecimiento anual de veinte centímetros. Los peces tardan dos años en convertirse en *smolts*, un período en que los cambios corporales los preparan para su regreso al mar. Los salmones crecen con más rapidez en aguas saladas, y cuando vuelven a entrar en el lago Ness de adultos pueden llegar a pesar hasta dieciséis kilos.

Después de una hora de caminar paralelo al río, llegué a una zona rocosa donde el Moriston experimentaba un ascenso notable. Dejé en el suelo mi mochila y me aposté sobre una piedra de buen tamaño para admirar la belleza de las cascadas, mientras mi mente vagaba.

Angus había declarado que un banco de salmones había rodeado a John Cialino antes de que el monstruo le atacara. Si bien no era extraño ver salmones en la superficie, yo seguía siendo escéptico en lo tocante a la dieta del animal. Para empezar, los salmones eran *epilimnion*, lo cual significa que preferían habitar en las regiones más elevadas del lago Ness. Si el animal se alimentaba exclusivamente de salmones, se habrían producido más avistamientos a lo largo de los años.

También me había rodeado un banco de salmones cuando me mordieron, diecisiete años antes.

De todos modos, había llegado a la conclusión de que el depredador al que iba buscando prefería truchas asalmonadas o lucios, incluso anguilas. Las truchas asalmonadas eran peces migratorios, más pequeños que el salmón pero mucho más numerosos, y habitaban en las regiones más profundas del lago. Los lucios también eran peces de aguas profundas y alcanzaban una longitud de noventa centímetros, pero no abundaban mucho en el lago Ness. Por su parte, las anguilas no solo superaban los dos metros y medio de longitud y pesaban más de cien kilos, sino que preferían las profundidades, y se suspendían en vertical sobre el fondo del lago. La vista de las anguilas era deficiente y cazaban guiándose por el olfato, pero solo



frecuentaban el lago Ness durante los meses de primavera y verano, cuando la temperatura del agua aumentaba.

No obstante, Calum Forrest me había dirigido específicamente hacia los territorios de desove de los salmones.

Consulté mi reloj. Había transcurrido una hora, y sin embargo no había visto ni un solo salmón saltar las cascadas.

Sonó mi móvil. Era True.

—¿Zack? Pasé por el castillo de Inverness, pero ya te habías ido. Angus me ha dicho que te dirigías a los lugares de desove de los salmones.

—Ya he llegado. ¡

—¿Y dónde está eso?

—En el bosque, al oeste de Glenmoriston.

—Muy bien. Iré a buscarte.

—No te molestes. Se está bien aquí, es un sitio plácido. Además, quiero seguir explorando, tal vez tomar algunas muestras. Es probable que acampe para pasar la noche.

—¿Has perdido la razón, Zack? La semana pasada el monstruo mató no lejos de ahí.

—Estoy bastante tierra adentro, en terreno elevado. No me pasará nada.

—Zack...

—Nos encontraremos mañana por la mañana en el refugio. Hasta luego.

Desconecté el móvil, y después me encaminé río arriba, en busca de un lugar adecuado para acampar.

*Inverness*

nis

## *Inverness*

Como fiscal jefe del juicio por asesinato de Angus Wallace, Mitchell Obrecht había sido presionado por sus superiores desde que el acusado había dejado caer la «bomba Nessie» en la sala. Su experiencia le decía a Obrecht que Angus estaba mintiendo, pero a cada nuevo ataque, las probabilidades de obtener una condena (y salvar su carrera) parecían disminuir.

Fue Obrecht quien persuadió al juez de tomarse dos semanas de aplazamiento, convencido de que necesitaba más tiempo para demostrar que Angus Wallace había planificado de antemano su defensa. La buena noticia era que la defensa de Wallace había abierto una puerta para que la acusación demostrara que el asesinato de John Cialino había sido premeditado. La mala era la repentina dificultad de separar la furia sin precedentes del monstruo del asesinato de Johnny C.

Obrecht levantó la vista cuando su ayudante, Jennifer Shaw, entró en el despacho con un grueso expediente.

—Espero que sea el informe de tu detective privado.

La rubia sonrió.

—Lo es, y ha descubierto toda una nueva serie de novedades sobre Johnny C. y su viuda alegre. Por ejemplo, ¿sabías que Cialino sospechaba que su mujer tenía un lío con Angus?

—Soy todo oídos.

—Contrató a un detective privado dos meses después de comprar las tierras de Wallace. Por lo visto, Theresa y Angus se citaban en una pensión de Dores.

—Ah, ¿sí? —Obrecht se incorporó, intrigado—. ¿Tienes algo que lo apoye?

La rubia abrió el expediente y sacó una carpeta de papel manila. Dentro había fotos de Angus y Theresa Cialino por separado, ambos entrando en la misma pensión.

—¿De qué sirve esto? No hay ni una sola foto de los dos juntos.

—Estoy en ello. Entretanto, el complejo turístico de Cialino abre dentro de tres semanas, y está todo reservado. Hasta los apartamentos están vendidos, y pedían el doble de lo que valían. Todo este asunto de Nessie ha convertido a Theresa Cialino en una viuda muy rica.

—Ya era rica antes. Te estás agarrando a un clavo ardiendo, Jennifer. Solo cuentas con rumores envueltos alrededor de insinuaciones, nada sólido que pueda utilizar para acusar a Theresa de complicidad, ni siquiera para llamarla a declarar como testigo. No, olvídate del dinero y olvídate del lío amoroso. La clave reside en demostrar que este monstruo, sea lo que sea, no tuvo nada que ver con la muerte de Johnny C. Si lo conseguimos, todas las demás piezas encajarán en su sitio.

—¿Y el alguacil del lago? Ese tipo sabe mucho más de lo que dice. Creo que deberíamos volver a citarlo. Hay que averiguar por qué los periódicos nunca se hicieron eco de todos esos misteriosos ahogamientos en el lago Ness. Es posible que

el alguacil supiera de qué se trataba y se lo contara a Angus.

—¿Cómo lo demuestras?, te repito. Calum Forrest es de un clan antiguo. Moriría antes que hablar contra los suyos. —Obrecht hizo una pausa, absorto en sus pensamientos—. Espera un momento...

—¿Qué?

—El vínculo débil... no es Angus, ni Theresa, ni ese alguacil del lago, sino el hijo... Zachary.

—¿Qué quieres decir?

—Ese chico no es idiota. Sigue investigando por su cuenta.

—Si llamas investigar a dar la vuelta al lago a pie.

—No le subestimes. Si algo está pasando allí, tengo la intuición de que lo descubriré. Y cuando lo haga, no ocultaré la verdad, ni siquiera para salvar a su viejo.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Ponte en contacto con tu investigador privado. Dile que se convierta en la sombra de Zachary Wallace. Quiero estar enterado de todo lo que averigüe el buen doctor.

## *Glenmoriston, 01.45 h*

—¡Eh!

Me incorporé de un brinco en el saco de dormir, rodeado de tinieblas, con la camiseta empapada en sudor, la piel de gallina. Mis músculos temblaban de miedo, pero no era debido a los terrores nocturnos.

«¡Hay algo merodeando ahí fuera!»

Contuve la respiración y escuché los sonidos del bosque, pero los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos.

«Suenan... ¡a mi izquierda! Algo está saliendo del río, se mueve a lo largo de las rocas... ¡hacia mí!»

*Ve hacia la luz!*

Así la linterna, un aparato impermeable de sesenta y cinco mil bujías de potencia que había comprado la mañana anterior en Inverness. La encendí, me calcé las botas de excursión y asomé la cabeza.

¿En las rocas? Nada.

¿En el lugar donde había plantado la tienda? Nada.

¿Lo habría soñado? El vello erizado de mi nuca me aseguraba que no.

—¡Ay! ¡Mieeerda!

Volví corriendo a la tienda presa del dolor, mientras la luz resbalaba de mi mano, mi cuerpo víctima de espasmos, con una inmensa bestia sobre mí, que clavaba sus dientes afilados como estiletes en mi bota y tobillo izquierdos, como si hubiera pisado una trampa para osos.

Me revolví de espaldas en la oscuridad, lanzando patadas a la feroz bestia invisible con mi pierna libre, mientras mi mano derecha intentaba localizar la luz.

La agarré y apunté el haz hacia el origen del dolor.

La bestia me soltó y se quedó petrificada, mientras sus ojos redondos y opacos se tornaban de un plateado luminiscente a la luz, su cabeza de color chocolate dispuesta a atacar de nuevo. De su boca, erizada de colmillos afilados, caían gotas de mi sangre.

Mi mente repasó datos, aunque mi cuerpo seguía paralizado de miedo.

Una anguila.

De dos metros diez.

Sesenta kilos.

Un gruñido agudo surgió de su boca abierta, provocado por su saliva mezclada con sangre. Estábamos en un punto muerto, el animal hipnotizado por mi luz, yo por sus mandíbulas y su cercanía a mis órganos más vitales.

Y entonces, oí otra cosa..., algo más grande, y se acercaba a toda velocidad a través del bosque.

La anguila lo oyó, y sus gruñidos aumentaron de intensidad, cada vez más agitada.

¡La segunda bestia estaba dando vueltas alrededor de la tienda!

Parpadeé para librarme del sudor que me cegaba, mientras obligaba a mi cuerpo herido a moverse, cuando la lona salió volando como atrapada por un tornado, y mi luz arrancó reflejos de una espada chapada en oro cuando la hoja acuchilló el haz de luz, para luego cortar la cabeza de la asustada anguila.

—¡Jesucristo!

Yo estaba acuclillado, con toda la pierna dolorida y protegiéndome los ojos con la mano libre de las tres luces que ocultaban la identidad de mis salvadores.

—Le ha mordido.

—Sí, tiene mal aspecto. Necesita atención médica.

Las capuchas ahogaban sus voces.

—¿Puedes andar, muchacho?

Me puse en pie para ver si el tobillo herido aguantaba mi peso.

—Duele mucho. Puede que lo tenga roto.

—Vosotros dos, cogedle. Yo me ocuparé de la anguila.

Los haces descendieron y revelaron a los tres caballeros templarios, con sus túnicas negras desde la capucha a las botas. Dos de los hombres, uno a cada lado, me sostuvieron mientras el tercero recogía los restos de la anguila y los guardaba en un abultado saco de arpillera.

Nos alejamos a buen paso en la oscuridad por un sendero invisible, mientras las linternas de los caballeros no dejaban de escudriñar los arbustos.

—La anguila... ¿por qué me atacó?

No hubo respuesta.

—¿Cómo sabían que estaba allí?

No hubo respuesta.

Vi luces más adelante. Nos estábamos acercando a un pueblo.

—¿Por qué los Caballeros Negros vigilan el lago Ness? ¿Cuál es su misión?

Los tres templarios pararon en seco.

El líder dio media vuelta y se acercó. Alzó la espada ensangrentada hacia mi cara.

—¿Cree que sabe algo, doctor Wallace?

—Yo... sé que algo está afectando a los animales que habitan el Glen. También sé que los templarios están muy preocupados por su país. Pero lo que están haciendo..., patrullar los bosques..., no va a cambiar nada.

—Lo hecho, hecho está. Cumplimos nuestro deber.

—Puede que no sea demasiado tarde. Tal vez pueda ayudarlos.

—¿Cómo?

—Dejándome los restos de la anguila. Los llevaré a un laboratorio y yo mismo practicaré la autopsia. La causa de que la anguila me atacara podría haber afectado al monstruo de la misma manera.

—No.

—Deja que lo intente —dijo el caballero de mi izquierda.

—He dicho que no. Si llegara a saberse...

—No se lo diré a nadie, lo prometo.

—No confío en él —replicó el caballero de mi derecha—. Recuerda, es de la estirpe de Angus.

—Sí. No se hable más.

Seguimos andando.

—Olvidaos de mi padre —grité—. ¿Creéis que yo confío en él? ¿No os acordáis de lo que me pasó cuando tenía nueve años? No soy como él, creedme.

El líder aminoró la marcha cuando llegó a la linde del bosque, pero me di cuenta de que me prestaba atención.

—Un garbanzo negro no debería destruir todo un clan. ¡Juro por el alma de mi antepasado, sir William Wallace, que no hablaré de mis descubrimientos! ¡Jamás!

Salimos del bosque y bajamos a toda prisa por un sendero adoquinado, y al final llegamos al hotel Glenmoriston Arms.

Mis acompañantes me dejaron en el porche. Uno de ellos llamó con los nudillos a la puerta principal, y después desaparecieron en la noche.

Se encendió una luz amarilla en el porche. La puerta se abrió unos centímetros, y apareció un anciano en bata.

—Estamos al completo, váyase.

—Espere, estoy herido. ¿Podría telefonar a un médico?

El anciano salió al porche y examinó mi pie ensangrentado.

—¿Qué le ha pasado?

—Un perro salvaje... Se materializó de la nada.

—Ummm. Un médico se aloja con nosotros. Espere aquí, y no me manche de sangre el porche.

Volvió a entrar, pero dejó la luz de fuera encendida.

Fue entonces cuando reparé en el saco de arpillera.



# *El diario de Sir Adam Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 25 de octubre de 1330*

*Durante horas, los caballeros golpearon con martillos las paredes de la caverna, montando un armazón de hierro destinado a sujetar el portal en la piedra inmortal. Al principio, temí que el ruido atraería a otra bestia, pero al parecer los sonidos las ahuyentaban.*

*MacDonald había diseñado el portal para que pudiera subirse y bajarse dentro de su armazón mediante cadenas. Estamos a punto de terminar, y me siento aliviado. De todos modos, he tenido tiempo de reflexionar sobre las consecuencias de nuestros actos contra la Naturaleza, y he apremiado a MacDonald para que me ofreciera respuestas.*

*—No estamos obrando contra la Naturaleza, sir Adam, sino que la estamos utilizando. Desde la época de san Columba, el número de monstruos ha disminuido. Al final de cada verano, el portal se bajará al lecho del río, con el fin de impedir que las hembras fértiles escapen al mar y se reproduzcan. A principios de cada primavera, volveremos de nuevo, esta vez para izar el portal y dejar que entren los jóvenes drakontas. De esta manera, el número de bestias se multiplicará de nuevo en el lago Ness, y de paso defenderemos la seguridad del Grial de Escocia.*

*—¿Y si alguna hembra se niega a desovar en el lago Ness? —pregunté.*

*—No seáis estúpido. Una hembra fértil ha de desovar en algún sitio. Mejor aquí, donde servirán a nuestros propósitos, que en el mar.*

*—¿Y si el lago Ness no puede acoger a tantas bestias? Tal vez la intención de Dios es que su número disminuya. Tal vez la cantidad de alimentos no sea...*

*—¡Basta! ¿Crees que fue Dios el creador de estos monstruos? Fue Satanás, sin la menor duda, y ahora están a nuestro servicio. Entrégame el estuche de Bruce.*

*MacDonald había ensanchado una fisura en la roca, justo encima de la entrada que nos había conducido a este agujero infernal. Depositó con cuidado el estuche de plata en el estante recién creado, y después lo cubrió con el paño de los templarios.*

*—Que el espíritu divino de Bruce mantenga alejado a Satanás, y que su Santo Grial regrese a la luz cuando Dios decida que Escocia vuelva a ser libre.*

*Dejo ahora de redactar esta anotación. Sir Keef ha anunciado que el portal está preparado para ser bajado en el interior de su armazón, una tarea que necesitará nuestras fuerzas combinadas.*

*Dios mediante, redactaré la siguiente anotación a la luz del día.*

Mi amigo, James Cameron, y yo estábamos pescando en una barca a unos doscientos metros de Tor Point, cerca del castillo de Aldourie. Eran las diez de la noche, cuando la barca empezó a mecerse en las aguas calmas. De repente, la cabeza y el cuello de un animal de grandes dimensiones emergieron del lago, a treinta metros de nosotros. Un momento después descendieron, alborotando el agua. La cabeza que vi era ancha y fea, continuación natural de la curva del cuello, y daba la impresión de tener una crin marrón y negra.

DAN MCINTOSH, Dores,  
julio de 1963

Mi cuñado, James, y yo salimos de Inverness aquella noche, con la intención de recorrer el camino de Dores a Tor Point a pie. ¡Y entonces, lo vimos! Aquel animal negro estaba atravesando el Ness. El agua casi no se movía, y lo recorría a gran velocidad.

Señorita E. M. J. KEITH,  
directora del colegio Rothienorman,  
Aberdeenshire, 30 de marzo de 1965

La cabeza era similar a la de una pitón, con el cuello alargado y grueso. No pude ver el cuerpo, pero lo que surcaba el agua se movía gracias a un potente método de propulsión. Yo estaba fascinado y emocionado... y, al mismo tiempo, asustado.

JAMES BALLANTYNE (cuñado),  
30 de marzo de 1965

## Capítulo 24

El tobillo izquierdo me dolía cuando me dirigía hacia Inverness en la Harley-Davidson por la A82. La radiografía no había revelado huesos rotos, pero tenía el tobillo hinchado y contusionado, y fueron necesarios más de cuarenta puntos para cerrar las heridas infligidas por los afilados dientes vomerinos de la anguila. Mi pie vendado estaba ahora inmovilizado en una bota de excursión, un artilugio que consistía en bolsas llenas de aire comprimido y una serie de tiras de velero.

True había dejado media docena de mensajes en mi móvil, pero yo evitaba sus llamadas. Los Caballeros Negros me habían localizado con demasiada facilidad la noche anterior, y si bien me sentía agradecido por haberme rescatado, estaba seguro de que era True quien les había dado el soplo.

Pensé en las palabras de Calum Forrest: «Se lo advierto, joven Wallace, en lo tocante al lago Ness, no se fíe de nadie, porque hay más cosas en juego de las que usted imagina».

Confiaba a pies juntillas en True, pero prefería no informarle de mis planes inmediatos, empezando con la autopsia y el informe toxicológico sobre los restos de la anguila.

Saltarme el departamento del sheriff me dejaba pocas alternativas en lo referente a laboratorios. En Escocia, la patología forense se contrata mediante universidades. La policía del Norte utilizaba el departamento de toxicología de la Universidad de Aberdeen, mientras que la policía de los Grampians enviaba las muestras a su laboratorio de Aberdeen. En ambos casos, los resultados todavía tenían que pasar por la mesa del sheriff. El hospital de Raigmore tenía laboratorio, pero las posibilidades de acceder a él sin llamar la atención sobre mí eran nulas.

Eso me dejaba una única opción.

El Centro Veterinario Tidwell era un pequeño edificio de ladrillo rojo situado en Perth Road, no lejos del hospital de Raigmore. A primera hora de la mañana, había telefoneado a la propietaria y directora, una mujer llamada Mary Tidwell. Me describí como patólogo visitante, contratado por mi primo, un agricultor local, para investigar la muerte de una de sus mejores ovejas. Como era domingo, accedió a alquilarme su laboratorio durante unas horas, para analizar las muestras el lunes.

Aparqué la Harley en la parte de atrás, saqué la bolsa de arpillera ensangrentada y el bastón del maletero de la moto, me encasqueté la gorra de béisbol en la cabeza y cojeé hasta una entrada lateral.

Mary Tidwell me recibió en la puerta. Una estadounidense trasplantada cuarentona, su acento revelaba que se había criado en el Medio Oeste.

—¿Doctor Botchin?

—Sí, señora —contesté, casi olvidándome de mi alias—. Se lo agradezco mucho.

Llámeme Spencer, por favor.

—Cualquier cosa por un compatriota, Spencer. ¿Qué le ha pasado en el pie?

—Un perro me mordió. Malditos pit bulls. En cuanto te agarran..., bueno, ya lo sabe.

—¿Los restos de la oveja están en esa bolsa?

—Sí, señora.

—Parece muy pesada y hay mucha sangre. ¿Puedo verla?

—Ojalá pudiera, porque me encantaría conocer su opinión, pero le di mi palabra a mi primo de que lo llevaría con discreción.

—Lo respeto. Entre.

Me guió por un pasillo de suelo de linóleo que hedía a heces animales, hasta llegar a un quirófano de losas verdes.

—Serán cuarenta libras por el uso del laboratorio, y otras treinta por el informe de toxicología.

Rebusque en el bolsillo y le entregué un fajo de billetes.

Por supuesto, Spencer, si existe alguna posibilidad de que la oveja haya contraído el ántrax...

—No, señora, se lo aseguro, no se trata de nada de eso.

—Aun así, doctor Wallace, temo que tendré que insistir en examinar el contenido de su bolsa.

—¿Doctor Wallace?

La mujer me dedicó una sonrisa desarmante.

—Vamos, Zachary, no creerá que esa gorra es un disfraz adecuado. Hace semanas que su cara sale en los periódicos y la televisión. Sea sincero conmigo, ¿qué hay en la bolsa?

Decidí que podía confiar en Mary Tidwell, sobre todo porque no me quedaban muchas alternativas, pero al ser estadounidense sabía que no debía lealtad a ningún clan. Le hablé de mi investigación y del ataque padecido, sin mencionar a los caballeros negros. Accedió a ayudarme, y al cabo de unos minutos nos habíamos puesto guantes, mascarillas, protectores de ojos y batas, y estábamos extrayendo frascos de sangre de los restos de la anguila decapitada.

—Tendré que enviar estas muestras al laboratorio para que procedan a su análisis —me dijo—, pero lo haré con mi nombre. Realizarán un análisis preliminar utilizando un equipo para inmunoensayo, aislando los especímenes negativos de los positivos en potencia. Si hay toxinas, un segundo análisis, en el que se utilizará un espectrómetro de masa cromatográfica, debería revelarnos lo que hay.

—Si no le importa, quiero examinar el cerebro de la anguila —dije, al tiempo que sacaba del saco la cabeza, del tamaño de una pelota de rugby.

La doctora Tidwell me dio un escalpelo, y yo empecé a cortar la piel gruesa y

gomosa, que desprendí hasta llegar al cráneo. La mujer me sustituyó con una sierra eléctrica y efectuó varios cortes transversales a través del hueso denso. Al abrir las incisiones pudo extraer las secciones transversales y dejar al descubierto el cerebro de la anguila.

El pequeño órgano, tan estrecho como la médula espinal a la que estaba soldado, recordaba a seis huevos de gallina, dispuestos en dos filas de tres.

La doctora Tidwell señaló las numerosas lesiones marrones pustulosas que cubrían el cráneo del animal.

—Este animal ha estado expuesto al efecto de determinadas toxinas, y a juzgar por la abundancia de lesiones, durante un período de tiempo prolongado.

—¿Cómo ha podido sobrevivir?

—Estas anguilas son animales resistentes, capaces de habitar en agua dulce y salada, incluso en zonas muy contaminadas. En lo concerniente a las lesiones del sistema nervioso central, poseen la capacidad de efectuar reparaciones a base de regenerar los axones de los cuerpos celulares localizados en el cerebro. Lo que me preocupa son las lesiones del cerebro anterior. Habrán destruido los rasgos de iniciativa y cautela de la anguila.

—¿Dando como resultado un comportamiento de lo más agresivo?

—Sin la menor duda. Teniendo en cuenta lo desagradable que es este pez, para empezar, yo diría que ha tenido suerte de haber recibido tan solo heridas de menor importancia.

—Entonces, asumiendo que el habitante más grande del lago Ness estuviera afectado por estas mismas lesiones...

—Sí, eso podría explicar por qué está tan desaforado en los últimos tiempos..., asumiendo, por supuesto, que el monstruo, sea lo que sea, posea un sistema nervioso similar y se viera expuesto al mismo tipo de toxinas.

Tomó unas cuantas muestras de tejido cerebral, y después guardó el cráneo en una bolsa.

—Tengo una amiga que es técnico del laboratorio. La llamaré, tal vez pueda enviarme los resultados dentro de pocos días. ¿Dónde puedo localizarle?

Le di el número del hotel y de mi móvil.

—Mary, agradecería que no hablara de esto con nadie. Hay un trasfondo político que da la impresión de controlar lo que pasa en las Tierras Altas y...

La mujer asintió.

—No diré ni una palabra.

Veinte minutos después, estaba abriéndome paso entre el tráfico de nuevo, esta vez en dirección sur por la A82, de vuelta a Drumadrochit. Piezas del rompecabezas del lago Ness daban vueltas en mi mente como una centrifugadora. Se estaba

formando una solución, pero todavía faltaban pistas importantes, y conseguir la siguiente significaba enfrentarme a un fantasma del pasado.

Entré en el pueblo, paré en la cuneta de la carretera que conducía a Glen Urquhart y al hotel Drumnadrochit, y telefoneé a True.

—Zack, joder, muchacho, ¿dónde has estado?

—Anoche tuve un pequeño accidente, pero me encuentro bien. ¿Puedes reunirte conmigo en el embarcadero del Clansman lo antes posible? He de hablar con tu hermana.

—Claro, claro, estaré allí dentro de veinte minutos.

Varios minutos después, la camioneta de True pasó a toda velocidad, dejó atrás mi escondrijo y salió a la autopista.

Tal vez era la angustia de plantar cara al Cascarrabias, tal vez el hecho de que me estaba acercando al descubrimiento de la verdad, pero mientras esperaba a que anocheciera, imágenes subliminales destellaron en mi mente como el flash de un fotógrafo, recuerdos dispersos y extraños de la primera vez que me había ahogado.

*Agua negra, tan fría como la muerte. Mis extremidades esqueléticas, pesadas como el plomo, incapaces de moverse. Una presencia de pesadilla... que asciende hacia mí para terminar su almuerzo, y después otra cosa..., una segunda barca y una luz.*

Cerré los ojos y traté de conservar la calma, con el deseo de que llegaran los recuerdos reprimidos, la esperanza de vislumbrar un fragmento del pasado que continuaba eludiéndome.

Y entonces, la imagen tan anhelada se definió.

*Era una luz, que apareció al lado de la barca que se aproximaba, muy por encima de mi cabeza y justo debajo de la superficie, que arrojaba su resplandor celestial a las profundidades y abría la cortina de oscuridad... ¡para revelar al monstruo! Era oscuro y aterrador y tan grande como una ballena, y sus terribles mandíbulas estaban abiertas alrededor de mi cintura. Las puntas de sus dientes apretaron mi cuerpo frágil, saborearon mi carne sin saber si era una presa comestible. Pero la luz estaba pasando ahora sobre nuestras cabezas, y el brillo de su bendito haz deslumbró aquellos espantosos ojos amarillentos. El horrible ser huyó, y me entregó a otra luz...*

Me invadió una gran sensación de calidez, mientras recordaba vagamente haber visto al viejo MacDonald en su barca de remos, mientras mi espíritu ascendía hacia él. Estaba empapado en mi sangre, su boca barbuda apretada contra mis labios

púrpura para enviarme aire a los pulmones, hasta que sufrí náuseas al sentir el repentino dolor y abrí los ojos, y vi su cara greñuda de pit bull.

Había llorado mientras me desangraba en sus brazos, y después me desmayé cuando me trasladó en volandas a través del bosque hasta el médico más cercano.

Había salvado mi vida, pero ¿le había dado alguna vez las gracias? Lo único que podía recordar era que había despertado en mi cama unos días después, febril y dolorido a causa de los puntos.

Mi cuerpo sanó durante las siguientes semanas, pero mi mente prefirió enterrar con mi infancia la verdad de mi experiencia cercana a la muerte.

Encontré a Alban MacDonald en su habitación particular, situada detrás del mostrador de recepción. Estaba tallando un fragmento de nogal con su Sgian Dubh<sup>[14]</sup>. La hoja de acero inoxidable, de aspecto peligroso, tenía un mango de asta de ciervo.

La visión del arma disipó un poco mi confianza. Aferré el bastón y entré en sus dominios.

—¿Tiene un minuto, señor MacDonald?

—No.

—El cerebro de la anguila está plagado de lesiones.

—No sé nada de ninguna anguila.

—Las lesiones están afectando a su comportamiento, señor, y las convierte en animales de una enorme agresividad. Pero usted ya lo sabía, ¿verdad?

—Lárgate. No tengo tiempo para tus disparates.

—Lo que está causando lesiones en la población de anguilas es muy probable que esté afectando al comportamiento del monstruo.

No me hizo caso y continuó tallando.

—Hemos de hablar.

Cojeé hacia él, sin dejarme intimidar, ni siquiera cuando se levantó blandiendo el cuchillo.

—¡He dicho que te largues!

—¿Va a apuñalarme? Adelante. Ya le debo mi vida, puede tomarla cuando guste. Pero no me iré hasta obtener algunas respuestas.

Me miró durante un espantoso minuto, después bajó la hoja y la enfundó, mientras se sentaba muy lentamente en su mecedora.

—¿Qué quieres?

—Hace diecisiete años, cuando me salvó la vida, usted sabía que el animal que me había atacado tenía miedo de la luz brillante. ¿Cómo lo sabía?

—Fui durante muchos años el alguacil del lago. Sabía lo que sabía.

—¿Qué más puede contarme de ese ser?

—Nada.

—Está atrapado en el lago Ness, ¿verdad?

El anciano levantó la vista, con una expresión preocupada que confirmó mis sospechas.

—Ve a preguntarle a tu padre, pues ya veo que es él quien te ha llenado la cabeza de tonterías.

—Se equivoca con Angus. No quiere decirme nada, aunque su vida está en juego. MacDonald resopló.

—¿Cuál era la misión de los Caballeros Negros, señor MacDonald? ¿Cuál es su relación con la bestia?

Se puso en pie, su paciencia agotada.

—Creo que ya es hora de que te vayas.

—Me iré, pero esos cazadores de monstruos no. Esta vez, se quedarán hasta que hayan capturado al animal, o se vean obligados a matarlo. En cualquier caso, la culpa recaerá sobre usted.

Salí cojeando de su cubículo, y después me encaminé hacia la Harley. Subí a la moto, y ya estaba a punto de encender el motor, cuando vi salir al hombre.

Por un momento, me pregunté si se disponía a hablar conmigo o a apuñalarme.

—¿Tengo tu palabra de descendiente de sir William Wallace de que no hablarás de esto con nadie?

—Sí, señor.

Se removió inquieto, mientras meditaba sobre su decisión.

—No me hagas más preguntas sobre los Caballeros Negros, porque eso me lo llevaré a la tumba. En cuanto al monstruo, no sé lo que es, solo lo he visto un par de veces, y creo que es el último de su especie, aunque tampoco sé de cuál. Es grande, más grande que cualquiera de los anteriores, y eso se debe a que lleva atrapado mucho tiempo, incapaz de abandonar el lago Ness para desovar. La Naturaleza lo dejó crecer. Nacido en la negrura, prefiere las profundidades, al menos hasta el invierno pasado. Al principio, pensé que era por culpa de las explosiones para construir ese maldito complejo turístico lo que le había impulsado a merodear por la superficie, como pasó cuando te atacó hace diecisiete años. Pero estaba equivocado. Algo está pasando en el lago, y ha afectado a su mente y a su apetito, tal como afectó a las anguilas. ¿Has dicho lesiones?

—Causadas por alguna toxina en el agua. No sé de dónde procede o por qué no se ha detectado hasta ahora, pero no cabe la menor duda de que está afectando a la fauna de la zona.

—Sí, pero existe un problema más acuciante. El animal ha vuelto a probar la carne humana, y eso lo convierte en un ser muy peligroso. Algo por el estilo pasó con



otro de su especie hace mucho tiempo, cuando yo era un chaval. De todos modos, no quiero que lo maten, nos ha prestado buenos servicios.

«¿A quién? ¿A los Caballeros Negros?»

—¿Crees que podrás dejarlo huir hacia el mar?

—No lo sé. ¿Dónde está la ruta de acceso submarina desde el lago al estuario de Moray?

El hombre meneó la cabeza.

—Lárgate, muchacho. Cagando leches.

Puse en marcha el motor, y luego lo cerré.

—Señor MacDonald, gracias por salvarme la vida.

Vaciló, y después estrechó la mano que yo le ofrecía.

—Consigue que valiera la pena. Otra cosa. Puede que sus ojos sean débiles porque vive en la oscuridad, pero su sentido del olfato es incomparable. Es su forma de cazar. Se dice que puede percibir la presencia de un hombre cuando huele el terror en su sangre. Así que ve con cuidado.

Asentí, encendí el motor y me alejé, con la sensación de que una vieja herida había cicatrizado por fin.

## *Hotel Clansman*

True me estaba esperando en el aparcamiento cuando llegué, diez minutos más tarde.

—Llegas tarde. Santo cielo, ¿qué te ha pasado en el pie?

—Se lo di de comer a una anguila. —Miré hacia el embarcadero y su frenética actividad—. ¿Qué está pasando allí?

—Han llegado camiones esta mañana con redes de acero. Todos los barcos van equipados con ellas. La bahía de Urquhart ha sido acordonada, formando un corral gigantesco. ¿Qué es ese rollo de la anguila?

—Más tarde. ¿Caldwell está ahí?

—Sí. Está montando el número para las cámaras.

—Montar el número es una buena definición. ¿Puedes llamar a Brandy al móvil? Pídele que se reúna con nosotros aquí. He de hablar con ella sin que Caldwell esté delante.

Me apoyé contra un pino y vi a Brandy contonearse por el embarcadero en toda su gloria, saludando a los equipos de televisión y periodistas. True la esperaba al final del muelle, y los observé mientras hablaban.

—Bien, Brandy, ¿es verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Zack dice que te acuestas con ese tal Caldwell.

—¿Me has llamado para eso? ¿Para hablar de a quién me tiro?

—Estoy preocupado, eso es todo. Con lo que has pasado...

—Escucha, hermanito, no hay nada entre David y yo, salvo un poco de flirteo, y sobre todo de cara a las cámaras.

—Y de cara a un tal Zachary Wallace, ¿eh? Me he enterado de lo que pasó en el Clansman. Se lo estás restregando por la cara, ¿verdad?

—Sí, y si sigues hablando del tema, ¡te daré una hostia que te vas a enterar!

Subieron juntos la colina, y después se pusieron a correr, Brandy en cabeza, riendo cuando True la agarró por detrás. Ver a los dos peleando en la hierba me hizo sonreír, y traté de recordar la última vez que había reído a carcajadas.

No conseguí recordarlo.

Cuando levanté la vista, Brandy estaba delante de mí con los brazos en jarras, como una diosa griega. Indicó mi bota de excursión.

—Parece que has metido la pata una vez más.

—Y parece que tú tienes todas las cámaras de las Tierras Altas enfocadas a tu

culo.

—Aún no, pero estoy en ello. Bien, señor Zachary Wallace, ¿qué pasa? Sé breve, las putas de baja estofa necesitamos descansar.

—Escucha, yo..., lamento si insinué algo.

—¿Qué insinuaste? —intervino True—. Espero que no llamaras puta a mi hermana.

—No, yo...

—Dijo que me acostaba con David Caldwell para que alquilara mi barco.

—¿Eso es cierto?

—Claro que no. Me estoy tirando a David porque es mono, macho y tiene un bonito paquete.

—Ah, eso es muy diferente.

True, satisfecho, se tumbó sobre la hierba y cubrió su cara con un gran antebrazo peludo.

Mi tensión subió como un rayo.

—Bien, Zachary Wallace, ¿qué querías?

—Tu red de sónares... no localizará al monstruo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay un fallo básico en la estrategia del señor «Gran Paquete». Por ese mismo motivo ninguna expedición anterior provista de sónares tuvo éxito. Pero yo te diré lo que será eficaz..., a cambio de que me digas la contraseña y los códigos de seguridad de la red.

—¿Estás bromeando, Zack? ¿Quieres que te ayude a entrar de extrangis en nuestra estación de control central del sónar?

—Te doy mi palabra de que no tocaré la programación. Mi intención es acceder a cierta información relativa a la población de peces y la geología del lago. En cuanto haya terminado, podrás cambiar los códigos de seguridad.

—Olvídalo. Si David lo averiguara, me despediría sin pensarlo dos veces.

—Vamos, Brandy —dijo True—. Caldwell nunca haría nada por el estilo. Lo tienes cogido por las pelotas.

La imagen provocó que apretara los dientes.

—Olvídalo —gruñí—. No me gustaría poner en peligro tu situación.

—Bien.

—¡Bien!

—¿Eso es todo, señor Wallace? Porque estoy muy ocupada últimamente.

El hemisferio derecho de mi cerebro me azuzó a decir algo, a pedirle que abandonara a David, a confesar que la quería, pero solo fui capaz de musitar:

—Supongo que no hay nada más que decir.

La hidrofobia no era el único miedo que debía superar.

Yo estaba trabajando en la Academia de Ciencias Aplicadas, cuando el doctor Rines se puso en contacto conmigo para que me reuniera con él en Escocia. Su misión: obtener fotos submarinas del animal grande que, en su opinión, habitaba el lago Ness. Utilizando una luz estroboscópica inventada por nuestro colega, el doctor Harold Edgerton, nuestro equipo montó una cámara y luces submarinas conectadas con el sónar de nuestro barco, de manera que el contacto con un objeto grande dispararía la cámara estroboscópica, la cual tomaría fotos cada cincuenta y cinco segundos. Con la cámara cargada con rollos de película de alta resolución que yo había inventado para la NASA, nos dispusimos a descubrir al monstruo.

El 8 de agosto de 1972, nuestro sónar detectó un objeto animado submarino grande. Cambiamos de rumbo y pasamos por encima del objeto, que se desplazaba a una gran velocidad. Al cabo de unos segundos, había desaparecido.

No estaba todo perdido. Nuestra cámara consiguió tomar una foto de un apéndice, tal vez una aleta o una extremidad pectoral. Fuera lo que fuera, era muy grande, y no se parecía a ninguna especie con la que yo me hubiera topado antes.

DOCTOR CHARLES WYCKOFF,  
Academia de Ciencias Aplicadas,  
agosto de 1972

# Capítulo 25

## *Inverness*

Transcurrieron dos días. Pasé la mayor parte del tiempo solo en la habitación de mi hotel, con el pie en agua fría e investigando sobre las anguilas en mi ordenador portátil.

Lo que descubrí sobre esos animales me dejó boquiabierto.

Había ocho especies conocidas de congrios, y la *Anguilla anguilla*, la versión europea, se consideraba la más grande y temible del grupo. Las hembras podían alcanzar tres metros y pesar más de cien kilos. Al contrario que las anguilas comunes, la Anguilla podía utilizar las aletas pectorales para aventurarse en tierra. Sus cuerpos musculosos estaban rodeados de capas de limo, y sus anchas cabezas contaban con mandíbulas inferiores protuberantes y dientes largos como agujas, los cuales, tal como yo podía atestiguar, producían mordeduras muy dolorosas. Tímida, a menos que la provocaran, la Anguilla prefería las aguas profundas, oculta en el fondo cenagoso, lo cual impedía que un sónar la detectara. Vivía en la oscuridad, y solo salía a tierra por las noches.

Pero fueron sus hábitos migratorios los que me dieron que pensar.

Las anguilas que habitaban el lago Ness maduraban con mucha lentitud, y tardaban quince años o más en reproducirse. Cuando estaban preparadas, las hembras adultas abandonaban el lago y viajaban río Ness arriba, protegidas por la oscuridad, hasta el mar del Norte. Tras abandonar la costa de Gran Bretaña, las anguilas seguían rastros de olores, y recorrían miles de kilómetros en dirección oeste, en sentido contrario a las corrientes, hasta llegar a las aguas más profundas en medio del Atlántico. Este asombroso viaje provocaba algunos cambios fisiológicos radicales en los cuerpos de los animales. Tras descender a más de tres mil metros de profundidad, las serpientes dejaban repentinamente de comer y empezaban a perder los dientes. Sus intestinos degeneraban a marchas forzadas, y sus gónadas alcanzaban un enorme tamaño. Después de llegar por fin a su antigua zona de reproducción, los adultos desovaban y morían casi de inmediato. Cada hembra dejaba unos ocho millones de huevos. Los huevos fertilizados se transformaban en larvas de color claro, llamadas angulas. Con el tiempo, las jóvenes recorrían la corriente del Golfo, miles de kilómetros en dirección este hasta llegar a Europa, y así continuaban el peculiar ciclo vital del congrio.

¿Y adónde viajaban las anguilas adultas del lago Ness para desovar?

Al mar de los Sargazos.

Al no haberse producido ningún avistamiento del monstruo desde hacía días, y como no había aparecido nada significativo en los sonares de David, el Consejo de las Tierras Altas estaba empezando a preocuparse. Habían invertido un montón de dinero en acordonar la bahía de Urquhart, y todo el mundo estaba observando y esperando..., y formándose opiniones.

Pese a la muerte de cinco personas, no existían pruebas reales que las relacionaran con un monstruo del lago. No se había visto ningún animal y no se habían recuperado cadáveres, salvo el de Justin Wagner, y corrían rumores de que sus heridas se habían producido cuando la hélice de la Zodiac le pasó por encima. Ron Casey se estaba recuperando en el hospital Raigmore, pero el fotógrafo de la escena del crimen no recordaba nada del incidente que había desembocado en la muerte de sus dos amigos y el capitán del barco, y no había dicho en ningún momento que hubiera visto una bestia marina.

La presión iba en aumento, y casi toda recaía sobre David Caldwell y mi padre, cuyo juicio iba a reanudarse dentro de veinticuatro horas.

El teléfono de mi hotel sonó la víspera de la reanudación del juicio, y me despertó de la siesta.

—¿Hola?

—¿Zachary? Maty Tidwell. Acabo de recibir los resultados del laboratorio.

Me senté en la cama.

—Continúe.

—Dos cosas. En primer lugar, se encontraron rastros de elementos químicos betabloqueantes en la sangre de la anguila.

—¿Betabloqueantes? ¿Como en los medicamentos cardíacos?

—Sí. Ingeridos casi sin lugar a dudas por alimentarse de truchas Ferox, que entran en contacto con los productos químicos cerca de las zonas industriales, antes de entrar en el lago Ness.

—¿Y las lesiones cerebrales?

—Fueron causadas por PCB... Envenenamiento por hidrocarburos. En algún lugar, hay una fuga de petróleo en el Great Glen.

## ***Club Sniddles, Drumnadrochit***

True y yo esperamos a que la camarera dejara nuestras bebidas y se marchara, para continuar nuestra conversación.

—Bien —insistí—, ¿crees que hay un escape en las tuberías o no?

—Shhh, baja la voz. Hay un millón de jodidos reporteros husmeando en las Tierras Altas en estos momentos. —Vació la mitad de su cerveza, y después eructó—. Solo porque encontraste una anguila con lesiones, no quiere decir que haya una fuga de petróleo en el lago Ness. Para empezar, están haciendo análisis de las aguas. En segundo lugar, el crudo flota, y la gente lo vería.

—¿Y si ni siquiera se está produciendo en el lago Ness? ¿Y si está llegando a través de los restos de un pasaje submarino que comunica el lago con el mar del Norte?

—¿Qué pasaje? Eso es una teoría.

—Sígueme la corriente, True. ¿Cuáles son los campos petrolíferos más cercanos al lago Ness?

—Hay dos, ambos localizados frente al estuario de Moray. El campo Beatrice se halla a veinte kilómetros de la costa, en el interior del estuario. Un campo grande, con tres plataformas. El campo Cialino es más pequeño, y pertenece ya sabes a quién. Johnny C. lo compró por cuatro chavos mediante Talisman Energy.

—¿Talisman Energy? ¿Por qué me suena ese nombre?

—Ha salido en las noticias. Hace unos años, Talisman se vio implicada en una demanda legal que acusaba a la empresa de colaborar con el gobierno de Sudán, justo después de que el presidente Bush lo declarara Estado terrorista. Gobernaban el país extremistas islámicos que utilizaban los beneficios del petróleo de Talisman para comprar armas..., armas que utilizaron para cometer genocidio contra la población cristiana. Se dice que murieron cerca de dos millones de personas.

—Encantador. No me extraña que Johnny C. consiguiera semejante ganga.

—Sí.

—En esos campos del estuario de Moray, ¿qué hacen con el petróleo después de bombearlo?

—El crudo se estabiliza, y después se envía mediante tuberías a la terminal de Nigg Oil para el procesado y exportación. Talisman también era la propietaria de Nigg, y padeció bastantes problemas. No hace mucho, la EPA<sup>[15]</sup> descubrió escapes en los tubos de la terminal petrolífera que transporta suministros por mediación de Beatrice. Las tuberías se están corroyendo. El problema es que las empresas como Talisman y Cialino cada vez perforan más cerca de la costa.

—¿Alguna línea de abastecimiento va a parar al Great Glen?

—Algunas, pero están muy controladas.

—¿Existe alguna posibilidad de conseguir un plano que muestre las líneas de

distribución enterradas?

—Ummm... Tal vez. Tengo algunos colegas en Nigg que podrían ayudarnos. Si no, puedo hacer una excursión hasta mi última plataforma y tomar prestadas algunas cosas. Ya sabes a qué me refiero.

Sonó el móvil de True.

—MacDonald. Hola, cariño. ¡No jodas! Sí, está aquí. De acuerdo, se lo diré.

Colgó.

—Era Brandy. David Caldwell quiere reunirse contigo ahora mismo, en el castillo de Urquhart. A solas.



## *Castillo de Urquhart*

El puente modular gris metálico se extendía de un lado a otro de la bahía de Urquhart. Cada una de sus plataformas prefabricadas flotantes medía ocho metros y medio de largo y cuatro de ancho. Ligero y portátil, había sido diseñado para soportar el peso de vehículos militares y comerciales, aunque su uso en el lago Ness se limitaba al tráfico peatonal.

Un pontón se hallaba a medio kilómetro de la orilla, y el aguilón de su Shearleg Derrick de trescientas toneladas de capacidad se alzaba a setenta y cinco metros de altura. La grúa sostenía una bobina que iba desenrollando fragmentos de tela metálica de cuatro metros de anchura y doscientos veinticinco metros de longitud, los cuales pasaban a través de las ranuras precortadas del módulo. A cada fragmento iba sujeto un lastre de cinco toneladas de cemento, que servía para anclar la barrera de acero al fondo.

David Caldwell, con casco amarillo y gafas de sol reflectantes, se encontraba en la orilla sur de la bahía, con las ruinas del castillo de Urquhart a la espalda. La zona estaba vallada para impedir que el público accediera al puente. Aun así, llegaban oleadas de turistas y medios, que tomaban fotos del «nuevo habitat de Nessie», y también de David Caldwell, como si fuera el cazador de monstruos Carl Denham, dispuesto a capturar a King Kong.

Di mi nombre a un guardia de seguridad, que me dejó pasar.

—¿David?

Indicó que me acercara, con un ademán.

—David, ¿por qué llevas casco?

—Hola. Estamos en una obra.

—La obra está en la bahía. De lo único que te protegerá ese casco es de las cagadas de los pájaros.

—Más sarcasmo. ¿Qué nos ha pasado, Zack? Pensaba que tú y yo formábamos un equipo.

—Menudo equipo. Mi cerebro y tu boca.

—Di lo que quieras, pero funcionaba. Fuimos los primeros en rodar en película a un calamar gigante.

—¿Fuimos? Tú te quedaste con el mérito y me echaste la culpa de perder un sumergible.

Se volvió hacia mí con fingida sinceridad.

—Hice mal. Lo siento.

Hice caso omiso de la mano que me ofrecía.

—¿Qué quieres?

—Brandy me habló de tu oferta. ¿Aún sigues interesado en acceder a nuestra red de sónares?

—Continúa.

—No puedo permitirte el acceso al sistema, pero dejaré que controles la red desde tu ordenador portátil..., a cambio de que nos digas por qué no podemos localizar al monstruo.

—Lo quiero por escrito, autorizado por el preboste Hollifield.

—Lo que quieras. —Introdujo la mano en el bolsillo de los pantalones y me entregó una hoja de papel doblada—. Aquí tienes un enlace web que mi ingeniero acaba de montar para ti. Te conectará a la red.

—Envía por fax el acuerdo a mi hotel. Entretanto, examinaré el enlace. Si se ajusta a mis necesidades, te llamaré al móvil y te diré todo lo que necesitas saber.

—Hazlo pronto. Ese preboste me está poniendo de los nervios.

—¿Qué esperabas? Si te gastas su dinero, quieren resultados.

—¿Resultados? Hace mil quinientos años que el animal ronda por ahí. ¿Les entran las prisas así de repente?

—Lo cierto es que se han dado prisa en montar ese puente. ¿Cuánto han terminado gastando?

—Cerca de un millón de dólares, o de libras, no me acuerdo. En cualquier caso, eso y nada es lo mismo. Durante los primeros meses, lo recuperarán solo con el precio de la entrada.

—No iréis a permitir que la gente vaya ahí.

—Ya lo creo que sí. Pondremos barandillas protectoras, que separarán a los turistas del plesiosauro. No habrá peligro.

Le habría podido soltar toda una parrafada, una conferencia sobre dinosaurios, cronologías y un habitante de las profundidades que, fuera lo que fuera, no iba a emerger cada día para complacer a un puñado de seres humanos provistos de cámaras.

En cambio, sacudí la cabeza y me fui.

Creo que el lago alberga zeugloclontes, también conocidos como basilosauros, lo cual significa «rey de los reptiles». El basilosauro era un antepasado prehistórico de las ballenas actuales, aunque se parecía más a una serpiente de mar. Medía entre diecisiete y veintidós metros de longitud y era muy estrecho, tenía un cráneo de metro y medio, y un orificio nasal en el morro, y estaba muy extendido por todo el mundo hace entre treinta y siete y cincuenta y tres millones de años. Esas bestias pudieron entrar a nado en el lago Ness en busca de comida cuando había acceso desde el mar.

Una ballena larga y delgada está más cerca de las descripciones de los testigos oculares que un plesiosauro.

DOCTOR ROY MACKALL,  
criptozoólogo

## Capítulo 26

Una hora después, estaba de vuelta en mi habitación, el ordenador portátil conectado con el enlace web de la red de sónares. Gracias a mi ratón, conseguí enfocar con el zoom cada sección del lago, con el fin de obtener datos en tiempo real de cualquier ser biológico que pasara junto a las boyas.

No obstante, antes de que pudiera empezar, me interrumpió una llamada a mi puerta.

«Otro reportero no...»

Atisé por la mirilla, y después abrí la puerta a un fornido camarero de pelo rubio, corto y sucio, y barba a juego.

—Se habrá equivocado de habitación, amigo. No he pedido servicio de habitaciones.

—Saludos de su padre, señor.

Me entregó una tarjeta.

Querido Zachary:

Mañana será un gran día para los dos.

No te desanimes, he depositado mi fe en ti.

Tu padre que te quiere...

¿Qué estaba tramando Angus?

—Déjelo junto al escritorio, por favor.

Entró el carrito con la comida, y después se fijó en la pantalla del ordenador portátil.

—Oiga ¿eso es una especie de red de sónares? Estudiamos eso en la universidad. Mi profesor escribe para la revista *Fish an' Fisheries*, que se publica en Edimburgo, St. Andrews y Leeds.

—La he leído. Publica buenas cosas.

—Sí, son muy forofos. Colaboré en reunir información utilizada en uno de sus números extra, acerca de que los peces son más listos de lo que los científicos pensaban. Ya sabe, imbuidos de inteligencia social, solidarios a la hora de localizar depredadores y conseguir alimentos. Cosas así.

—¿Es usted un biólogo marino disfrazado de camarero?

—Tan solo un estudiante que intenta pagarse la universidad. —El joven extendió su mano—. Ed Homa. Es un placer conocerle, doctor Wallace.

Estreché su mano.

—Voy a echar un vistazo al lago Ness. ¿Quiere acompañarme?

—Sí, sería estupendo.

Me senté a la mesa y cliqué sobre el tercio norte del lago, concentrando mi búsqueda desde el sur de Lochend hasta la bahía de Urquhart.

—Bien, doctor, ¿dónde cree que se esconde Nessie?

—Yo no estoy buscando a Nessie. Busco un banco de peces, empezando por la población de salmones. Como sin duda sabrá, prefieren las aguas superficiales.

—Sí, claro.

Como no encontré nada, cliqué otra sección de la cuadrícula, y después continué una tras otra, sin localizar ningún pez.

—¿Dónde están?

No hice caso y continué, concentrando mi búsqueda hacia el sur, en dirección a Invermoriston.

Nada.

Cerré el ordenador portátil un cuarto de hora después, sin haber conseguido localizar ni un solo banco de salmones.

—Qué raro.

—¿A qué se refiere?

—No están ahí..., o tal vez nunca llegaron.

—¿Quiénes no llegaron nunca? ¿Se refiere a los salmones?

—Sí. Es como si evitaran el lago Ness.

—¿Y las demás especies?

—No estoy seguro sobre las especies de las profundidades. La red todavía tiene ángulos muertos en el fondo. Pero aun así...

El timbre del teléfono me interrumpió.

—Wallace. Oh, lo siento, David, supongo que me olvidé de ti. Hum, sí, espera.

Me volví hacia el camarero.

—¿Le importa?

—No, claro. Gracias, doctor.

—Buena suerte en la universidad. —Esperé a que se marchara para hablar—. De acuerdo, David, querías saber por qué la red no funciona. Vamos a ver lo bien informado que estás.

—No tengo tiempo para juegucitos, Zack.

—Presta atención. Hace unos años, un tribunal federal sentenció que la marina ya no podía utilizar el sistema de sónar LFA de alta intensidad. ¿Recuerdas el motivo de que clausuraran el sistema?

—¿Qué más da?

—LFA significa sonar de baja frecuencia activa, David, y la palabra clave es «activa». La señal de la marina habría arrasado cientos de miles de kilómetros cuadrados de mar con sonido suficiente para ensordecer, mutilar e incluso matar ballenas.

—¿Y qué tiene que ver eso con el lago Ness?

—¡Joder, David, despierta! En esencia, el lago Ness es un canal largo y

gigantesco. Todo se refleja en sus paredes, cada estela, cada ruido, cada sonido metálico. Y todos los cazadores de monstruos que te han precedido han cometido la misma equivocación, al intentar cazar a la bestia con un sónar.

—¿Cuáles?

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—¡Sónar activo, David! El animal es sensible a los sonidos. Los ruidos metálicos de tus boyas lo están asustando. Está escondido en el fondo, o en su madriguera, esté donde esté. Y no volverá a salir hasta que tú...

—¡Pase la formación de activa a pasiva! ¡Ahora mismo!

Me recliné en el asiento, mientras escuchaba el tono de marcar y me preguntaba qué ruedas del destino había puesto en movimiento.

El doctor Wyckoff y yo regresamos al lago Ness en 1975, esta vez provistos de un sonar y un sistema estroboscópico de lapso de tiempo, este último capaz de tomar fotografías submarinas cada treinta y cinco o cuarenta segundos. Incluso con nuestra nueva tecnología, seguía preocupado por tomar buenas instantáneas. Debido a la elevada saturación de turba en el agua, el alcance de una cámara submarina es muy corto a causa de la reflexión y dispersión de la luz.

Nuestra oportunidad llegó una tarde nublada del 20 de junio. Sin previo aviso, el sonar de nuestro barco detectó un objeto grande que cruzaba nuestra estela de estribor: en un momento dado estaba allí, y al siguiente... había desaparecido. El contacto fue suficiente para disparar la cámara. Casi todas las fotografías eran demasiado oscuras a causa del sedimento, pero en una instantánea se ve con claridad un animal de cuello largo que recuerda a un plesiosauro extinguido o a un elasmosauro. Vendimos las fotos a *Nature Magazine*, y después, gracias a la ayuda de sir Peter Scott, apelamos a las dos cámaras del Parlamento para conseguir que el escurridizo animal quedara protegido mediante decreto. Por desgracia, tuve que regresar a Boston (para defender y proteger el sistema de patentes estadounidense), pero gracias a las fotos me sentía seguro de que otros científicos se sumarían a la batalla y continuarían nuestro trabajo. Comprobé decepcionado que los científicos seguían siendo escépticos, y casi todos se mantuvieron al margen.

DR. ROBERT RINES,  
miembro de la Academia de Ciencias Aplicadas,  
Galería Nacional de Inventores Famosos

# Capítulo 27

## *Castillo de Inverness, Tierras Altas de Escocia*

—El Tribunal Supremo de Justicia, caso número C93-04, reanuda la sesión, con la presidencia de lord Neil Hannam. Todos en pie.

Me levanté cuando el juez tomó asiento y se dirigió al jurado.

—Damas y caballeros, como sin duda sabrán, circunstancias extraordinarias rodean este caso, y hemos de rogarles paciencia y comprensión. Señor Rael, ¿la defensa está preparada para continuar el caso?

—Sí, señoría.

—¿Señor fiscal?

Mitchell Obrecht asintió.

—El abogado de su majestad está preparado, señoría.

—Muy bien. Señor Rael, durante la última sesión interrogó a su testigo, el doctor Zachary Wallace. ¿Tiene más preguntas para el testigo?

—No, señoría.

—Señor fiscal, ¿quiere interrogar al testigo?

—En efecto, señoría.

Me llamaron al estrado de los testigos y tomé juramento. Angus parecía casi divertido mientras miraba desde detrás de la mesa de la acusación.

—Bienvenido de nuevo, doctor Wallace. ¿Qué le ha pasado en el pie?

—Un accidente de camping.

—Camping. Sí, tengo entendido que ha pasado la mayor parte de las dos últimas semanas acampando y explorando el lago Ness.

—Sí.

—En el curso de la última sesión, el señor Rael le preguntó, y cito textualmente: «Hablando de manera hipotética, si un animal marino de buen tamaño cazara en las aguas del lago Ness, ¿es posible que se hubiera aficionado a la carne humana?». A la cual usted respondió: «En teoría sí, supongo, pero solo si este animal fuera un depredador y no vegetariano, y solo si la dieta de la especie hubiera sido alterada sustancialmente por alguna ruptura inusual en la cadena alimentaria». Mi pregunta, doctor Wallace, es si, durante estas dos últimas semanas, su investigación ha demostrado que alguna de estas circunstancias era cierta.

«Sabe algo...»

—¿Doctor?

—Las heridas de Justin Wagner indicaban que había sido atacado por un depredador. Ninguna de las demás muertes podía relacionarse con un animal acuático.



—Gracias, pero esa no era mi pregunta. Le he preguntado si su investigación había demostrado que alguna de las dos circunstancias que mencionó antes eran ciertas.

Vacilé.

—Da la impresión de que algunas poblaciones de peces que frecuentan el lago Ness en esta época del año no se hallan presentes.

Se elevaron murmullos en la sala, silenciados al instante.

—En otras palabras, ¿un fallo en la cadena alimentaria?

—Sí.

—¿Qué especies de peces echa de menos en el lago Ness?

—Ha disminuido de manera significativa el número de las especies más grandes, concretamente los salmones.

—¿Cómo lo sabe, doctor Wallace?

«¡El camarero!»

—Me han facilitado el acceso a la red de sónares para cazar el monstruo.

—Ah. Aclaremos el punto. ¿No ha encontrado salmones en el lago Ness?

—Ni uno. Al menos, dentro de los límites de la red.

—Tal vez podría resumirnos la rutina reproductora de los salmones.

—Los salmones nacen en los ríos que desembocan en el lago Ness. Cuando se hacen mayores, emigran al Atlántico, donde crecen mucho. Cuando llega la época de desovar, un salmón puede recorrer miles de kilómetros, utilizando el campo magnético de la tierra para que le oriente hacia las aguas dulces donde salió del huevo.

—¿Cuándo suelen llegar los salmones al lago Ness?

—Al final del invierno, cuando son grandes y están bien alimentados. El pez ha de esperar a que los ríos vayan crecidos, pues con frecuencia han de saltar las cascadas y superar corrientes intensas. En cuanto el salmón regresa a su lugar de nacimiento, desova, y por lo general no vuelve a comer hasta que regresa al mar, en otoño.

—Según su testimonio, cuando usted cayó al lago Ness hace diecisiete años, se vio rodeado por un banco de salmones. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Qué mes era?

—Agosto.

—En ese caso, es en verano cuando puede encontrarse un banco de salmones en el lago Ness.

—En primavera y verano, sí.

—Pero ¿no este verano?

—Hasta el momento... no.

—¿Cuál podría ser la causa de que la población de salmones evitara el lago Ness este verano?

Vacilé, pues no quería airear el problema de la contaminación hasta tener pruebas.

—Cuando un salmón se acerca al lago Ness, una memoria química permite al pez oler literalmente su río. Es posible que alguien interfiera en ese proceso, pero se trata tan solo de una conjetura. Por lo que sabemos, puede que se hayan desviado hacia otro lago o río de las Tierras Altas...

—Pero no al lago Ness. Al menos, este verano.

—No, este verano no.

—Y si este verano no, el invierno pasado mucho menos, ¿verdad?

—No. El agua es demasiado fría para desovar.

—Entiendo. En tal caso, ¿febrero está descartado?

—Sí.

—Gracias, doctor Wallace. No haré más preguntas.

El juez miró a Max.

—¿Señor Rael?

—Señoría, la defensa no tiene más testigos.

—¿Señor fiscal?

—Sí, señoría, querríamos volver a interrogar al señor Angus Wallace.

Mi padre dirigió a Max una mirada de preocupación, y después se acercó al estrado de los testigos. El secretario del tribunal comprobó que Angus sabía que continuaba bajo juramento, mientras el fiscal daba vueltas como un tiburón.

—Señor Wallace, voy a leerle su declaración en relación a la muerte de John Cialino..., una muerte que tuvo lugar el 15 de febrero. Cito textualmente: «...así que le di un puñetazo en la nariz. Fue un buen golpe, y retrocedió unos pasos dando tumbos, y luego se torció el tobillo con una piedra y cayó al lago Ness. Me puse de rodillas y miré por encima del borde. John había emergido y se mantenía a flote, aunque le salía sangre de la nariz. [...] De pronto, el agua se llenó de salmones, habría cientos de ellos. Algunos saltaban fuera del agua, otros golpearon a John en la cabeza. Entonces, vi un animal enorme, alargado como una serpiente, debía de medir quince metros de longitud, como mínimo, y estaba dando vueltas alrededor de John y de esos salmones como un lobo hambriento». Fin de la cita.

Angus estaba pálido.

—Salmones, señor Wallace. Según su testimonio, vio cientos de salmones, pero según el experto testimonio de su hijo, no hay salmones en el lago Ness esta temporada, y mucho menos en los meses de invierno. ¿Cómo explica haber visto tantos salmones el 15 de febrero?

—Yo no soy biólogo marino. Vi lo que vi.

—Volvamos a lo que dijo. En su testimonio, afirmó que el señor Cialino le debía

un último pago por las tierras que usted le vendió. ¿A cuánto ascendía ese pago?

—A quince mil libras.

—¿No se lo pagó?

—No.

El fiscal se acercó a su ayudante, quien le entregó dos sobres de papel manila. Obrecht extrajo del primero una fotocopia de un talón bancario.

—¿Reconoce esto, señor Wallace?

Angus miró el cheque.

—Sí. Es un cheque cancelado de mi último pago.

—¿Cuál es la fecha del cheque?

—23 de febrero.

—Pagado una semana después de la muerte del señor Cialino. ¿De qué cuenta se sacó el dinero?

—De la de Theresa Cialino.

Se elevaron murmullos en la sala.

—¿De modo que la señora Cialino le pagó una semana después de que usted fuera detenido por el asesinato de su marido? ¿No le parece un poco sospechoso, señor Wallace?

—¿Desde cuándo la honradez es sospechosa? Theresa sabía que lo sucedido a su marido había sido un accidente, y yo necesitaba el dinero para mi medicamento del corazón. Ellos tienen mi tierra. Un trato es un trato.

—Sí. La cuestión es a qué trato se refiere, por supuesto. La transacción de bienes raíces... u otra cosa. —El fiscal abrió la segunda carpeta y sacó una serie de fotografías en color—. ¿Las reconoce, señor Wallace?

Angus ojeó las fotos.

—Es una pensión de Dores. Hay fotos de mí, y otras de Theresa Cialino. ¿Adónde quiere ir a parar?

—¿Cuántas veces se citaron en esta pensión en concreto?

—¿Citarnos? Parece que lo dice como si nos estuviéramos escondiendo.

—Limítese a responder a la pregunta—indicó el juez Hannam.

—Pues no lo sé, la verdad. Tal vez media docena de veces. El chef es un viejo amigo mío. Prepara la mejor torta de avenas y *haggis* a este lado de Fort William. He estado allí con Johnny y ella.

—¿Desde cuándo conoce a la señora Cialino?

—Nos conocimos hace siete u ocho años.

—¿Su marido sabía que ustedes dos se habían citado en la pensión de Dores?

Más murmullos, acallados enseguida.

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a él.

Obrecht volvió a su escritorio, y cambió el sobre de las fotos por un grueso

expediente.

—Señor Wallace, ¿le sorprendería enterarse de que John Cialino había contratado a un detective privado para que siguiera a su esposa?

—En absoluto. Theresa es un bombón, como puede comprobar, y Johnny estaba un poco paranoico.

—Señor Wallace, ¿mantenían una relación amorosa usted y la señora Cialino?

Paseé la vista entre Angus y la viuda, como casi todos los presentes. Ella estaba sentada con expresión estoica, la vista clavada en el frente, pero los músculos de su mandíbula estaban tensos.

—No existía tal relación, señor Obrecht. Siento decepcionarle.

—¿No se acostó nunca con la señora Cialino?

—Protesto. —Max se puso en pie—. Señoría, yo diría que el señor Wallace ya ha contestado a esa pregunta, ¿no?

—Denegado. El acusado responderá a la pregunta.

Angus desvió la vista mientras meditaba sobre su respuesta.

—Sí, una vez, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Habían hablado de los problemas matrimoniales de ella en esos encuentros en la pensión?

—Hablabamos de muchas cosas mientras desayunábamos, señor Obrecht.

—¿Incluido el asesinato de su marido?

—¡Protesto!

—Se acepta.

La sala contuvo el aliento mientras Mitchell Obrecht miraba al jurado, con el fin de confirmar que había recibido el mensaje.

—No más preguntas a este testigo, señoría.

El juicio se aplazó hasta el día siguiente, y decenas de reporteros salieron corriendo para entregar sus artículos a tiempo de que salieran en las noticias vespertinas. Como me sentía mal por mi testimonio, me rezagué con la esperanza de hablar con mi padre.

Cuando las multitudes empezaron a disminuir, firmé en el punto de seguridad, y después bajé cojeando por la escalera de piedra que descendía a las entrañas del castillo de Inverness, pero me detuve al pie de la escalera cuando oí una voz de mujer.

Me asomé a la esquina con cautela.

Era Theresa Cialino, y estaba hablando con Angus, muy angustiada.

—No me obligarán a prestar declaración, ¿verdad?

—Cálmate, Theresa.

—No quiero testificar, Angus. ¿Y si me hacen preguntas directas?

—Relájate, querida. A Obrecht le faltan datos para saber lo que ha de preguntar.

—Pero sí supo preguntar sobre los salmones. Y descubrió el cheque.

—Todo eso es circunstancial, aunque te dije que no me pagaras después de lo sucedido.

—Lo siento, lo siento... Ya sabes que estaba lunática aquella semana. Tenía que dirigir la empresa, empecé a pagar montañas de facturas... No sabía lo que habías dicho a la policía.

—Shhh, cálmate. Al final, nada de eso importará.

—Angus... Tal vez deberíamos decir la verdad, o sea, aún no es demasiado tarde. Maxie podría volver a llamar a Calum. Podría interrogarle sobre todo lo sucedido el pasado invierno. Su testimonio bastaría...

—¡No, no y no! Encima de ser expulsado de la Orden, solo faltaría someter a mi mejor amigo a la furia de Alban MacDonald. No, Theresa, vamos a ceñirnos al plan, es lo mejor. Zachary encontrará al monstruo y olvidaremos todo esto.

—Yo no abrigaría tantas esperanzas. Tu hijo no está más cerca de localizar al monstruo que cuando llegó. Y pese a que le animaste a ello, aún no me ha abordado para que le preste el barco.

—Lo hará.

—¿Y si no? Desengáñate, Angus, tu hijo todavía tiene miedo.

—¡No! La sangre de los Wallace corre por las venas de Zachary, y lo superará, tal como yo predije. ¿Dónde está tu trainera?

—Amarrada en Fort Augustus.

—Ponte en contacto con el capitán. Que la lleve al embarcadero del Clansman. Será más fácil conseguir que Zack suba a bordo y...

—¿Y qué? —Salí de mi escondite y me precipité hacia su celda, con los puños apretados y la sangre hirviendo en mis venas—. *No soy un asesino, Zachary, yo no lo hice, hijo. ¡Mentiroso!*

Angus estaba pálido como un muerto.

—Hijo, no es..., no es lo que piensas.

—¡Cierra el pico! Me utilizaste en el juicio, y después me azuzaste y animaste a que fuera en persecución del animal, con el fin de que pudiera confirmar tu coartada..., tu mentira. Bien, pues se ha acabado. Ya he testificado, vuelvo a casa, y por mí, tú y tu viuda alegre os podéis pudrir en el infierno.

—¡Espera, Zack! ¡No te vayas, hijo, no puedes irte ahora!

Sin hacer caso del dolor del pie, me alejé a toda prisa por el pasillo y subí la escalera, mientras me tapaba los oídos para no escuchar sus gritos y alaridos.

En el verano de 1986, efectuamos pruebas con sonar como preparativo para la Operación Deepscan, la investigación más exhaustiva del lago Ness jamás llevada a cabo. Laurence Electronics accedió a proporcionarnos unidades de s3nar Simpson-Lowrance X-16, elegidas porque registrarían en una gr3fica de papel cualquier cosa vista en las profundidades del lago Ness. Cada unidad tenía un alcance de trescientos noventa metros, y podía localizar objetos de treinta centímetros, separados por dos y medio.

El 9 de octubre de 1987, empez3 la Operación Deepscan, el rastreo con sonar m3s extenso de una masa de agua dulce jamás intentado. M3s de doscientos cincuenta reporteros y veinte equipos de televisi3n asistieron al acontecimiento, m3s de los que hicieron acto de aparici3n en la cumbre Gorbachev-Reagan celebrada en Reikiavik, Islandia, en 1986. Iniciamos nuestra investigaci3n en las aguas del hotel Clansman. Diecinueve barcos formaban una hilera que recorría el lago Ness a lo ancho, cada uno provisto de una unidad de sonar X-16. Seguía a la flotilla el *New Atlantis*, un barco m3s grande provisto de un sonar Simrad Scanning, diseñado para concentrarse en contactos identificados. El primer día, se registraron tres contactos de s3nar fuertes entre setenta y ocho metros y ciento ochenta metros. El mejor de los tres se tom3 durante m3s de ciento cuarenta segundos a ciento setenta y cuatro metros de Whitefield, frente a la bahía de Urquhart. Después de un an3lisis minucioso, David Steensland, de Laurence Electronics, afirm3 que los tres objetivos eran m3s grandes que un tibur3n, pero m3s pequeños que una ballena.

ADRIAN SHINE,  
director de la Operaci3n Deepscan,  
Royal Geographich Society

# Capítulo 28

## *Bahía de Urquhart*

—Será la búsqueda y captura más extensa jamás intentada, y cuando se termine, el monstruo estará encerrado en su corral sin peligro para nadie.

David Caldwell se erguía en el podio del escenario al aire libre, con Brandy a su lado, mientras hablaba a los miembros del Consejo de las Tierras Altas. Más de mil residentes y turistas le escuchaban, junto con montones de reporteros, personalidades de la información y sus equipos de cámaras.

—¿Quiere revelarnos su plan, doctor Caldwell?

—Para eso he venido. Como pueden ver, el puente flotante se ha terminado en un plazo récord. No pueden ver debajo del agua, donde ya se han colocado dos terceras partes de la valla de acero. La tercera que queda, cercana a la orilla norte, ha sido dejada abierta a propósito.

David señaló el *Nessie III* y el *Nothosaur*. Ambos barcos estaban situados ahora dentro del perímetro del puente flotante arqueado.

—La primera fase de nuestro plan consistía en preparar el corral mientras utilizábamos nuestro sonar activo para mantener a Nessie dentro de su madriguera. Vidas salvadas, misión cumplida. Ahora ha llegado el momento de la fase dos: capturar al monstruo. Ahora que está hambriento, dispondremos nuestra trampa. En cuanto oscurezca, bajaremos al agua una boya más, solo que esta se hallará en el centro de la bahía de Urquhart, dentro del corral. Llevará sujetos montones de cebo jugoso. En cuanto el monstruo entre en el cercado, la tripulación del *Nethosaur* capturará con redes al animal, mientras nuestro equipo de construcción coloca el resto de la verja en su sitio y cierra el corral.

Yo estaba cerca del fondo de la tribuna, y escuchaba mientras los periodistas iban gritando una pregunta tras otra. David se concentraba en las pocas que confiaba en poder contestar.

—Doctor Caldwell, asumiendo que sea capaz de capturar al monstruo, ¿qué impedirá que escape por tierra?

—A la larga, el perímetro de la valla aumentará. De momento, estamos colocando en la orilla altavoces submarinos. He descubierto que a Nessie no le gustan los sonidos elevados. En cuanto capturemos al monstruo, aumentaremos el volumen de los altavoces, y eso será suficiente.

—¿No irritará al animal?

—No. Pondremos Mozart, o algo suave como «Auld Lang Syne»<sup>[16]</sup>.

La multitud rió, y David se entregó a su adoración.

—Doctor Caldwell, una vez el monstruo esté dentro, ¿cuánto tiempo tardarán en

cerrar el corral?

—Según el operador de la grúa y su equipo, concluirán el trabajo en menos de quince minutos.

—¿Qué ocurrirá después de que lo capture?

—En primer lugar, comprobaremos que el corral esté en buenas condiciones, y después utilizaremos sumergibles manipulados por control remoto para conseguir buenos planos del monstruo. En cuanto se acostumbre a su nuevo habitat, lo abriremos al público.

—¿Se refiere al público que pagará?

—Eh, se paga para entrar en el zoo, ¿no? Así será, solo que será un zoo único en el mundo.

Tuve ganas de formular cien preguntas a gritos, pero ¿para que? Además, no tenía ganas. La revelación del crimen de mi padre me estaba royendo por dentro.

Mentalmente, me sentía aniquilado, y si no hubiera enviado a True a su plataforma petrolífera del mar del Norte, habría tomado el siguiente vuelo a Miami.

Pero antes de poder marcharme con la conciencia limpia, tenía que hacer una última cosa.

Así mi bastón, me alejé cojeando del parque de atracciones y me abrí paso entre la muchedumbre, cada vez más numerosa. Las laderas que rodeaban la bahía de Urquhart ya estaban atestadas de cientos de personas que buscaban un lugar privilegiado desde el que presenciar el inminente espectáculo. Había mantas y sillas, sacos de dormir y tiendas, barbacoas y asadores, y mesas plegables cubiertas de comida. Los vendedores ambulantes pregonaban sus productos, y músicos disfrazados de juglares tocaban melodías que contrastaban con los temas de heavy metal reproducidos en radio-casetes y CD a lo largo y ancho del jardín principal.

Era el acontecimiento del año, tal vez del siglo, si el invitado de honor elegía esa noche para hacer acto de aparición, pero yo tenía otros planes.

Subí a la moto, puse en marcha el motor y me dirigí hacia Invermoriston.

Pese a la «confesión» de mi padre, todavía existía un entramado de mentiras, engaños y secretos, relacionados con el depredador del lago Ness, que impedían mi marcha. Y en lo tocante a los secretos de las Tierras Altas, bastaba con investigar un poco a los clanes. Mientras las antiguas Tierras Bajas escocesas estaban gobernadas por sus jefes y señores fronterizos, la geografía de las Tierras Altas, con sus montañas y valles, lagos e islas, obligaba a la población a concentrarse en grupos más reducidos, conocidos como clanes. Clan es una palabra gaélica que significa «hijos» o, con más precisión, «familia». Cada «familia» de las Tierras Altas estaba gobernada por un jefe, cuyo apellido adoptaban sus seguidores. El jefe era el líder y legislador supremo, y todos los hombres del clan le juraban obediencia como «parientes». Cada



clan tenía un escudo de armas y un tartán, el cual distinguía la categoría, no por la tela, sino por los colores del tejido. En el agreste entorno de las Tierras Altas, el clan representaba solidaridad, una forma de gobierno y protección contra los enemigos.

Con el paso de los siglos, la cantidad de tierras del jefe del clan fue en aumento, y con frecuencia subarrendaba la tierra a sus hombres para que plantaran cosechas.

El gobierno del clan llegó a un brusco final en 1746, con el último levantamiento jacobita y la derrota de Bonnie Prince Charlie en la batalla de Culloden. La «Ley de Desarme» proclamada por el rey Jorge declaraba ilegal el tartán y el sistema de gobierno de los clanes, lo cual abría el camino a una autoridad central de las Tierras Altas. Los arrendatarios perdieron su estabilidad, si bien se promulgaron con posterioridad leyes de minifundismo para proteger los derechos de los agricultores rurales. De todos modos, los clanes, antes tan poderosos, así como sus costumbres centenarias, se fueron diluyendo poco a poco en las sombras.

Los Caballeros Negros del Temple se movían en estas sombras, y por lo que había deducido, sus miembros procedían de los antiguos clanes más arraigados.

La pregunta a la que yo buscaba respuesta: ¿Cuál era su objetivo?

Calum Forrest estaba emparentado con el clan Stewart y con el clan MacDonald, dos de las familias más poderosas de Escocia, un dato que subrayaba más el emplazamiento de la granja del alguacil del lago. La comunidad agrícola más cercana estaba en Grottaig, situada sobre el lago entre un espeso bosque de pinos escoceses, pero las diez pintorescas hectáreas de Calum, como la tierra que mi padre había vendido a John Cialino, se hallaban situadas en las orillas del Ness, justo al sur de Invermoriston.

Tardé veinte minutos en localizar por fin la carretera de tierra de un solo carril que permitía el acceso a la granja de Calum. La propiedad estaba rodeada por una valla de alambre de espino, y la casa de una sola planta y el granero estaban alejados del borde del agua. Seiscientas ovejas, congregadas muy cerca de la vivienda, salpicaban los terrenos.

Cuando me acerqué más, advertí un pequeño muelle de madera que se adentraba en el lago. La barca del alguacil del lago no estaba a la vista.

Seguí la senda sin pavimentar que empalmaba con el camino de entrada de Forrest y aparqué al lado de un tractor verde lima pintado de nuevo, que había visto mejores días, y caminé hacia la granja.

Llamé con los nudillos a la puerta. No me contestaron. Di la vuelta a la casa y miré por la ventana de la cocina, pero dentro estaba oscuro. No había nadie en la casa.

Soplaba viento desde el lago, silbaba entre la valla. Los postes de madera que aguantaban el alambre de espino estaban grises y podridos, necesitados de una

urgente reparación.

La mayoría de los agricultores eran pobres, pues la tierra jamás había albergado la intención de proporcionar a los lugareños un medio de vida. Los agricultores tenían que dedicarse al pluriempleo con el fin de sustentar a sus familias, lo cual, en el caso de Calum Forrest, significaba trabajar como alguacil del lago. De todos modos, criar ovejas era una buena ayuda. Las granjas de ovejas de las Tierras Altas estaban subvencionadas por el gobierno. Sin este dinero, casi todos los granjeros se habrían arruinado, una realidad condicionada por la pobre calidad del suelo, el tiempo inclemente y la distancia que los separaba de los mercados importantes.

Abandoné la granja y me dirigí hacia la puerta más cercana de la valla de pastoreo, y contemplé la soberbia vista. Se estaba gestando una tormenta vespertina, que levantaba espuma de la superficie, e incluso desde aquella distancia sentí la humedad en la cara. Debía de molestar a las ovejas, porque los animales se habían congregado en el rincón más próximo a la propiedad.

Y entonces, reparé en algo muy extraño.

Habían apacentado en la hierba cercana a la granja, hasta dejar la tierra desnuda, pero la hierba lindante con el lago Ness se veía intacta.

No obstante, el rebaño se negaba a abandonar las cercanías de la granja.

Picado por la curiosidad, abrí la puerta y entré en la zona de pastoreo. El intenso olor a animales de granja invadió mi olfato cuando dejé atrás a las ovejas y crucé la tierra intocada, en dirección a la parte de la valla que bordeaba la orilla del lago Ness.

Al llegar a la puerta opuesta, reparé de inmediato en varias cosas.

Al contrario que la valla cercana a la casa, la madera y el alambre del lado del lago eran nuevos y mucho más robustos, y la puerta estaba asegurada con fuertes cadenas. Más intrigantes eran los rollos de alambre de espino que corrían paralelos a la valla, de forma que creaban una barrera que separaba la zona de pastoreo de la caída de cuatro metros y medio hasta el lago.

¡Pero mis alarmas mentales se dispararon de verdad cuando vi el cobertizo de aluminio, que albergaba un generador portátil y la media docena de manojos de cables que se hundían en el lago Ness!

Para ver mejor, salté la valla y bajé por un sendero sinuoso, flanqueado de alambre de espino, que conducía al muelle. Me tendí de bruces y escudriñe el borde del agua.

Había ocho focos submarinos, dispuestos en parejas y encarados hacia el lago.

Ahora sabía por qué las ovejas estaban acurrucadas lejos del agua: ¡tenían miedo! Calum también tenía miedo, pero había optado por dotarse de nuevas defensas antes que revelar la existencia del animal al resto del mundo.

«¿Porqué?»

El viento azotaba mi cara, y el cielo despejado se había cubierto de nubes. Como

me sentía algo más que nervioso en el muelle, volví hacia la puerta, la escalé y regresé a mi moto justo cuando empezaba a llover. La puerta del cobertizo no estaba cerrada con llave, de modo que metí la Harley dentro, y después me recosté contra una bala de heno mientras esperaba el regreso de Calum Forrest.

### ***A bordo del Nessie III, bahía de Urquhart, 21.45 h***

El viento azotaba el lago Ness, golpeteaba el parabrisas de la timonera y levantaba olas en la oscura superficie.

Brandy Townson se erguía ante el timón, concentrada en alejar el *Nessie III* de las orillas implacables de la bahía de Urquhart.

Michael Newman estaba sentado detrás de ella, ante el conjunto de sónares, con el estómago revuelto a causa del constante balanceo. Estar encerrado dentro de la timonera no hacía más que contribuir al mareo del ingeniero, que necesitaba con desesperación huir del agua y regresar a la habitación seca y confortable de su hotel.

—No puedo aguantar más. ¡Voy a vomitar!

—Aquí no —gritó Brandy—. Utilice el váter.

Newman se tapó la boca, bajó corriendo la escalerilla y consiguió llegar al cuarto de baño justo a tiempo.

David salió de abajo, indiferente a los movimientos. Se colocó detrás de Brandy y le acarició el cuello con la nariz.

—Para, David. Me haces cosquillas.

—Para David, para David. Eso es lo único que has sabido decirme durante la última semana. ¿Cuál es el problema?

—Si no te importa, intento mantenernos alejados de las rocas.

—Ya sabes a qué me refiero. Aquella primera noche en el bar, estabas colgada de mí. Ahora, actúas como si fuera un enfermo.

—Me siento un poco más vulnerable. Acabo de salir de un matrimonio horroroso, ya lo sabes.

—No es eso. Si no lo has olvidado, te abalanzaste sobre mí, evidentemente para que eligiera tu barco. Me utilizaste.

—¡Oh, por favor! Como si fueras tan inocente. Yo necesitaba el trabajo, y tú no has vacilado ni un momento en exhibirme casi en pelotas, utilizándome como símbolo de las Tierras Altas. Los negocios son los negocios.

—Si quieres que sea así, adelante, pero como ya sabes, hoy he conocido a una mujer muy rica que me ha ofrecido utilizar su barco. Es tres veces más grande que este cascarón de nuez, y la prensa la adorará igual que a ti.

—Estás mintiendo.

—Se llama Theresa Cialino.

—¿La viuda de Johnny C.?

—Exacto. De modo que será mejor que empieces a ser amable de nuevo o...

Michael Newman entró tambaleante en la timonera, muy pálido.

—Caldwell, no puedo aguantarlo más. O lo hacemos ahora, o me dejas donde sea.

—Tranquilo, acabo de hablar con Hoagland. La boya con el cebo está en el agua. Puedes pasar el conjunto de activo a pasivo.

—Gracias a Dios.

Newman utilizó el ratón para transmitir una orden, y después tecleó PASIVO.

Las treinta y cuatro boyas distribuidas a lo largo y ancho del lago Ness enmudecieron.

## ***Granja de Calum Forrest***

Abrí los ojos, rodeado de oscuridad. Un trueno resonó a lo lejos, y durante un momento aterrador, no supe dónde estaba.

*El cobertizo.*

Debí adormecerme, pero algo me había despertado.

*¿La tormenta?*

*¿El viento?*

No, era un pitido, procedente de mi ordenador portátil.

Tanteé en busca del aparato y abrí el monitor, cuya pantalla bañó mis contornos de una luz azulada. La imagen GPS en tiempo real del lago Ness fue adquiriendo definición poco a poco, punteada por treinta y cuatro puntos verdes que representaban las boyas sonar.

La palabra ACTIVO había cambiado a PASIVO en la esquina superior derecha de la pantalla.

El pitido procedía de una alerta de sonar. Con el corazón acelerado, tecleé la orden y aislé el emplazamiento del objeto.

La pantalla cambió y se concentró en el tercio central del conjunto. Un diminuto punto rojo se movía hacia el sur, siguiendo la orilla este del lago Ness.

Tecleé IDENTIFICAR OBJETO y apreté ENTRAR.

BIOLÓGICO.

Longitud: 15,75 metros.

Velocidad: 13 nudos.

Dirección: sur sudoeste.

Emplazamiento: 2,48 kilómetros al sur de Foyers.

«¿Casi dieciséis metros?»

Mientras miraba la pantalla, el punto rojo alteró su curso de repente y cruzó el lago, en dirección a la orilla opuesta.

«Jesús... Se está moviendo en esta dirección.»

Abrí de un empujón la puerta del cobertizo, y me quedé sorprendido por lo que vi.

La noche era desagradable, y la orilla oscura que estaba detrás del perímetro de la valla se hallaba bañada en una luz blanca artificial. La barca de Calum estaba amarrada al muelle. Dos ovejas estaban balando lastimeramente en un pequeño claro situado ante la verja. Los animales estaban atados a estacas clavadas cerca del agua. Una luz roja, que arrojaba una farola situada sobre el perímetro de la valla, iluminaba

la pequeña extensión de hierba.

Entonces, vi a Calum. El alguacil del lago estaba arrastrando una tercera oveja hacia el claro. El animal iba atado con una correa corta, y se revolvía con furia contra el hombre.

Calum se arrodilló en la hierba y ató el extremo libre de la correa a algo invisible que había en el suelo. Volvió a entrar en la zona de pastoreo, cerró la puerta, corrió hacia un poste de la esquina y tiró de una palanca sujeta a una caja eléctrica.

Las luces de la orilla se apagaron, dejaron la tierra y el lago envueltos en la negrura, salvo por el rectángulo de luz roja en el que se acurrucaban las ovejas, balando a la noche.

Eché un vistazo al ordenador portátil. El punto rojo se había desviado hacia nuestra orilla occidental y seguía aproximándose. El objeto se hallaba a menos de kilómetro y medio de Invermoriston.

«Esto es una locura. Está... ¡Le está dando de comer!»

Varios relámpagos destellaron en lo alto y revelaron nubes de tormenta, montañas y a Calum, todavía en su puesto. El sudor cubrió mi cuerpo y sentí un hormigueo en la carne.

El punto luminoso se acercó más.

Tembloroso, pero sin poder evitar la tentación de acercarme más, salí del cobertizo y me acerqué a la valla a hurtadillas.

Las tres ovejas se revolviéron, y sus gritos se hicieron más desesperados.

Seguí paralelo a la valla, cerca de donde el resto del rebaño resoplaba.

El punto luminoso dejó atrás Invermoriston y cualquier duda se disipó.

Continué siguiendo el perímetro, hasta que me encontré a cuarenta metros del borde del agua. Tras decidir que ya estaba lo bastante cerca, me arrodillé en el barro y esperé.

Las ovejas continuaron montándose y mordiéndose unas a otras, presa del pánico.

Y entonces, me quedé petrificado.

No vi al monstruo cuando se acercó a la orilla, solo distinguí una masa oscura, la parte superior del torso tan grande como un autobús escolar, cuando emergió como una sombra, y después, su larga cabeza de serpiente quedó bañada por el charco de luz roja, y sus enormes mandíbulas se cerraron a la velocidad de la luz sobre dos de las ovejas. Una desapareció en la noche, la otra salió volando por los aires, aterrizó sobre su espalda, con las patas traseras rotas, todavía pataleando. Mientras el animal herido caía al suelo, la superviviente se debatía y retorció la cabeza, hasta que se liberó por fin de la correa.

La oveja salió disparada.

Un resplandor blanco y azul marino iluminó los cielos, y reveló de paso una cabeza y un cuello altísimos, que se movieron a un lado a una velocidad imposible.

Las fauces abiertas se apoderaron de la oveja que huía, el monstruo echó la cabeza hacia atrás y engulló al animal de un solo bocado.

Fue brutal, aterrador y asombroso, pero seguí mirando, paralizado, con los ojos como platos, mientras los cielos se oscurecían otra vez y el monstruo se confundía de nuevo con las sombras.

Antes de que el animal siguiera avanzando, reapareció de repente la orilla, bañada con su brillante luz blanca, y devolvió el demonio a su reino acuático.

Tembloroso, me obligué a respirar hondo varias veces. El ser al que acababa de ver era tan frío y cruel como el propio lago, tan violento como solo la naturaleza podía ser. Era puro animal, pura evolución, y existía únicamente gracias al instinto. Era magnífico en su belleza original, y aterrador por la crueldad de su ataque.

Necesitaba ver más. Necesitaba saber más.

Me puse en pie, agarré el ordenador portátil y corrí hasta la parte delantera de la valla, y después me dejé caer en silencio sobre la zona de pastoreo.

Calum se hallaba de pie sobre la oveja restante, y después disparó al animal herido con un revólver. Arrastró al animal hasta el agua y empujó el cadáver ensangrentado sobre el borde. Volvió a entrar en la zona de pastoreo, me vio cuando se acercaba a la parte posterior de la granja y paró en seco.

—¿Lo has visto?

—Todo. —Destellaron relámpagos en el cielo—. Hablemos dentro.

Meditó durante un largo momento, y después le seguí hasta la casa.



## ***Bahía de Urquhart, 23.25 h***

Michael Newman señaló la pantalla, demasiado nervioso para seguir mareado.

—Lo perdimos después de que dejara atrás Invermoriston, y ha vuelto a aparecer. ¿Lo ven? Está en el centro del lago, al sur de Invermoriston.

David miró por encima del hombro del ingeniero, espabilado por la descarga de adrenalina.

—¿Invermoriston? ¿Así como así? ¿Quince kilómetros al sur? ¿Cómo lograremos que venga hacia aquí?

—Dele tiempo. Tal vez olerá el cebo.

—Y tal vez volveremos a perderlo. El cebo está quieto en el agua. De haber querido, se lo habría zampado hace mucho rato. Esa cosa no es estúpida.

David miró por la ventana de estribor. Aunque el viento se había apaciguado, todavía lloviznaba, y había ahuyentado a una muchedumbre superior a tres mil personas.

—Brandy, acércanos un poco más a la boya, se me ha ocurrido una idea.

## ***Granja de Calum Forrest, 23.37 h***

Me senté a la mesa de la cocina de Calum, con el pulso latiendo al ritmo de un reloj de pie que hacía tictac en algún lugar de la sala de estar a oscuras.

El alguacil del lago trajo dos tazas de café, y después añadió un chorro de whisky a cada una.

—Siempre me bebo dos o tres tragos para calmar los nervios. Mi esposa, Dios se apiade de su alma, solía sustituirme.

—¿Desde cuándo le da de comer?

—Desde antes de que nacieras, y mucho antes de eso, pero solo en invierno. En verano hay muchos peces.

—Pero este verano no, ¿verdad?

Miró mi pie herido.

—Creo que ya sabes la respuesta, ¿eh?

—¿Desde cuándo ha pertenecido a su familia esta granja de ovejas?

—Desde los tiempos de tu pariente sir Adam Wallace.

—¿Sir Adam Wallace? Nunca oí hablar de él.

—En ese caso, es mejor que preguntes a tu padre.

—Se lo estoy preguntando a usted. ¿Era Adam Wallace un Caballero Negro templario?

—Fue el primero.

—¿La misión de los Caballeros Negros era dar de comer a estas bestias?

—En parte, y nosotros las llamamos drakontas. La que llaman Nessie es la última.

—¿Por qué es la última?

—No puedo decirlo.

—Pues yo se lo diré. A juzgar por su tamaño, no fue jamás intención de la Naturaleza acomodarla a ella o a su especie en un lago de agua dulce, incluso tan grande como el Ness. Eso significa que los Caballeros Negros debieron de cortar el paso al mar del Norte... ¿Estoy en lo cierto?

Calum no dijo nada, pero el brillo de sus ojos me animó a continuar.

—Bien, ¿por qué querían los Caballeros Negros que esos monstruos se quedaran encerrados en el lago Ness? —Pensé un momento—. ¡Los están utilizando! Querían mantener alejada a la gente. Es eso, ¿verdad?

—Más o menos.

—Estupendo. Olvidemos de momento la misión de los Caballeros. Lo que más me preocupa es por qué esa bestia se alimenta de seres humanos.

—A mí también.

—La anguila que me atacó presentaba lesiones cerebrales, provocadas por envenenamiento a base de hidrocarburos.

—¿Qué es eso?

—Es un derivado del petróleo. Hay una fuga de petróleo en algún sitio, y se está vertiendo en el lago. Usted es el alguacil del lago, ¿ha...?

—No he encontrado ni rastro de petróleo.

—De acuerdo, pero ¿y si entra por el pasaje que comunica el lago con el mar del Norte?

El anciano meditó sobre la posibilidad.

—Sí, es posible.

—¡Entonces, existe un pasaje! Dígame dónde está.

El viejo sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo. Además, el pasaje se derrumbó hace años, cuando construyeron la A82. Atrapó a algunos drakontas en el lago, e impidió que el resto de su especie entrara. Nessie es el último. La bestia alfa, como diría Doc Hornsby.

—Y ahora, se ha vuelto loco.

—Sí.

—Esas luces submarinas... ¿Cuándo las instaló?

—No hace mucho.

—¿En invierno? ¿En primavera?

El hombre evitó el contacto visual.

—Tal vez en invierno.

—¿Qué pasó este invierno, cuando sintió la necesidad de instalar las luces?

—Lo acabas de decir. ¡Nessie se volvió loco! —Se alejó de la mesa, muy nervioso—. ¿Qué vas a hacer con lo que has descubierto? ¿Lo matarás, como quiere tu padre? ¿Para eso has venido?

—¿Mi padre quiere que maten al monstruo?

—No juegues conmigo, quiero saber qué harás con él.

Eran las palabras de Alban MacDonald, y le di la misma respuesta.

—Lo pondré en libertad, si puedo. ¿Es eso lo que usted quiere?

Pensé que mi respuesta iba a complacerle, pero en cambio dio media vuelta, con los puños apretados y la cara congestionada.

—Espere un momento... Usted también quiere que muera, ¿verdad?

—Ha vivido más de la cuenta y es peligroso, pero yo no puedo hacerlo.

—¿Debido a su juramento de Caballero Negro?

—Sí.

Recordé de repente el ordenador portátil, levanté la tapa y examiné el punto luminoso.

—Mierda.

El monstruo se dirigía hacia el norte, cada vez más cerca de la bahía de Urquhart.

Me encontraba en la orilla sur del lago Ness, pescando truchas, encarado casi directamente a la bahía de Urquhart, cuando vi algo que rompía la superficie, y después desaparecía. Seguí mirando, sin dejar de pescar, cuando una gran forma, similar a la de un elefante, se alzó del agua. Era un objeto negro y grande..., como una ballena. Se sumergió, y después reapareció al cabo de unos segundos, y observé que había dado la vuelta antes de sumergirse.

Llamé a mi amigo Willie Frazer, quien lo había visto un año antes, casi el mismo día. Él también lo vio, y nos dimos cuenta de que se movía hacia nosotros, en dirección contraria a la corriente. Se hallaba a unos doscientos metros de distancia, y la gente del otro lado del lago también lo estaba viendo. Permaneció en la superficie unos cincuenta minutos, el avistamiento más prolongado del que se tiene noticia.

IAN CAMERON,  
ex subjefe de la Northern Police Force,  
junio de 1965

## Capítulo 29

### *Bahía de Urquhart*

David saludó a la reanimada multitud, y después saltó sobre la barandilla de estribor. Sus zapatos con suela de goma resbalaron sobre la superficie húmeda.

—Newman, pásame ese garfio, y después agárrame del cinturón para que no me caiga.

—He de comprobar la red.

—Lo harás dentro de un minuto. Antes, quiero enganchar la cuerda del cebo.

Michael Newman le dio el garfio, y después le asió por la cintura.

—Nos estamos equivocando. El *Nothosaur* debería arrastrar el cebo, no nosotros.

—Hemos de cortar la vía de escape del plesiosauro.

—Despierta, Caldwell. El sonar dice que el animal mide más de quince metros de largo. Eso equivale a dos veces el tamaño de este cascarón de nuez.

—Relájate. En cuanto entre en la bahía, siempre podemos cortar la cuerda. Los intelectuales os coméis demasiado el tarro.

—Al menos, sabemos que no se debe jugar con un garfio de aluminio en el agua durante una tormenta eléctrica.

—Tranqui, mamá. —David se inclinó hacia delante, y enganchó la cuerda sumergida de la boya con el garfio—. A la primera. Agarra el palo mientras vuelvo a subir, y no lo pierdas, pesa más de lo que parece.

Newman aferró el palo de aluminio y tiró de la cuerda enganchada.

—Joder, pesa una tonelada. ¿Qué hay al final?

—Una vaca muerta. Hoagland le aserró las patas para que dejara un buen rastro de sangre. Ayúdame a guiar la cuerda hacia la popa, y después la ataremos.

Tardaron cinco minutos en atar la cuerda a una cornamusa metálica.

Newman se secó las manos mojadas en la sudadera de David.

—Ya puedes cortar el amarre de la boya sin mi ayuda, yo voy a echar un vistazo a la red.

El ingeniero volvió a entrar en la timonera y miró la cuadrícula del sonar.

El punto rojo había desaparecido.

—No vamos bien.

—¿Por qué no vamos bien? —preguntó Brandy.

—He perdido el monstruo. Ha desaparecido en algún punto de la orilla.

—Pues encuéntralo.

Brandy aceleró, y notó que el *Nessie III* se esforzaba por arrastrar el peso de la vaca muerta en el agua.

—¡No lo encuentro! —exclamó Newman—. Se habrá metido en un ángulo

muerto de la pendiente occidental. —Los ojos del ingeniero se abrieron de par en par cuando el punto reapareció—. ¡Oh, Dios, está ahí! ¡Jesús, ya ha llegado a la bahía!

—¿Qué?

—¡Está en la puta bahía! ¡Suéltanos, Caldwell!

—¿Qué?

—¡Que nos sueltes!

—¿Estás loco? Acabo de...

El *Nessie III* se inclinó de costado cuando una fuerza inmensa se apoderó del cebo y lo arrastró a las profundidades.

La rueda del timón fue arrancada de la mano de Brandy, y el *Nessie III* se inclinó a estribor con media quilla fuera del agua.

Brandy cayó, al igual que la red del sónar, junto con Michael Newman. Se desplomó de espaldas, salió por la puerta de la timonera y se estrelló contra la barandilla de estribor sumergida, mientras el barco continuaba oscilando.

David tanteó en busca de la cuerda del cebo, lo único que podía hacer porque no llevaba cuchillo para cortarla. Cuando la barandilla de estribor se hundió en el agua y la multitud rugió a su derecha, miró hacia atrás, y vio asombrado que el lado de babor del *Nessie III* ocultaba las nubes de tormenta cuando inició su caída surrealista hacia él.

David se zambulló en el agua segundos antes de que el barco volcado completara su giro de ciento ochenta grados.

Brandy solo pudo aovillarse y cubrirse la cabeza cuando la timonera se puso patas arriba a su alrededor. Dio una voltereta sobre el panel de instrumentos, y luego cayó sobre ella un muro de agua helada que le quemó la piel.

La cabina inundada chirrió y crujió, y la envolvió en la oscuridad.

En las orillas de la bahía de Urquhart, miles de curiosos gritaron, hicieron gestos y tomaron fotos cuando el *Nessie III* volcó. Durante varios momentos que provocaron descargas de adrenalina, el casco del barco fue arrastrado de costado por el agua, y después la cornamusa se desprendió y liberó al barco.

La abrazadera metálica se deslizó sobre la superficie. Cuando se hundió, atrapó varias lazadas de la pesada red de pesca que, momentos antes, estaba atada al tejado de la timonera, arrastrándola tras de sí.

La proa de la lancha motora de Calum Forrest saltaba de manera errática sobre la oscura superficie, y cada pocos segundos me rociaba de agua fría. Frente a mí veía las luces que perfilaban la bahía de Urquhart, mientras en mi ordenador portátil veía reaparecer el punto rojo cuando entró en el corral de David.

Momentos después, mi corazón estuvo a punto de dejar de latir cuando el vínculo web se cortó.

Michael Newman emergió, resollando y presa de náuseas. El agua helada estaba congelando los músculos del ingeniero. Con la mente obnubilada, sopesó la posibilidad de nadar los trescientos metros que le separaban de la orilla, después se fijó en la corriente creada por la red de pesca giratoria y decidió que tal vez era mejor quedarse donde estaba.

Brandy seguía en la timonera sumergida. Pese a encontrarse en una oscuridad total, conocía su barco como la palma de su mano, y solo tardó unos segundos en localizar la puerta de la cabina invertida y salir nadando.

David emergió a nueve metros del casco volcado, con la única idea en su mente de impedir la huida del monstruo. Miró hacia atrás y vio que el *Nothosaur* bloqueaba la salida del corral, al tiempo que la grúa del pontón bajaba el primero de los seis fragmentos restantes de la valla.

«Hermoso.»

Satisfecho, dio media vuelta y volvió nadando hacia el barco volcado, sin reparar en la red de pesca, sumergida en parte, que se acercaba por su derecha. Sin previo aviso, lazadas de cuerda se apoderaron de su brazo derecho y ambos tobillos.

—¡Eh! ¿Qué coj...?

Una fuerza intensa, como la de unos rápidos de cuarto grado, arrastró a David al fondo. Pataleó, se revolvió y consiguió emerger de nuevo, con las extremidades enredadas por completo.

El casco del *Nessie III* estaba demasiado resbaladizo, debido al lodo y las algas, para permitir a Brandy y a Michael Newman salir del agua. Se acurrucaron juntos al lado del barco, que se iba hundiendo poco a poco, con el aliento apenas visible sobre las aguas heladas.

—¡Socorro!

Pasearon la vista a su alrededor con el fin de localizar el origen de lo que les había parecido un chillido borboteante. Newman señaló a su izquierda cuando David emergió y volvió a hundirse.

—Se ha enganchedo en la red. —Brandy palpó los bolsillos traseros de sus tejanos en busca de la navaja suiza—. ¡Quédese ahí!

Se alejó nadando del barco, a la espera de que David apareciera de nuevo.

Michael Hoagland contemplaba la escena con sus prismáticos desde la cubierta de estribor del *Nothosaur*.

—¿Cuánto falta, Victor?

Los ojos del técnico de sónar estaban concentrados en el pontón, que estaba a su espalda.

—Están preparando el último panel.

—En cuanto lo bajen, nos acercaremos a ese barco volcado.

Brandy se mantuvo a flote, con el corazón acelerado cuando vio que la red se aproximaba. Intuyó el camino que seguiría, la esquivó y agarró a David cuando pasó a su lado.

Volvió a hundirse y Brandy saltó tras él, empuñando la navaja.

David notó la alteración y se precipitó hacia ella.

Brandy le apartó a un lado, procurando no enredarse ella también. Se tumbó esparramada sobre la red, tanteó en busca de la pierna izquierda de David y empezó a cortar la cuerda gruesa y mojada.

Y entonces, dejaron de moverse.

Liberado de la corriente, David pataleó de nuevo hasta la superficie, gritando en el oído de Brandy con voz estrangulada:

—¡Suéltame!

—¡Deja de lloriquear! Lo estoy intentando.

Continuó atacando la cuerda, sin darse cuenta de que algo inmenso estaba subiendo poco a poco hacia ellos.

Calum condujo su barca hacia el borde del puente de pontones.

—¡No puedo entrar en la bahía!

Vi el *Nothosaur*, y al otro lado el *Nessie III* volcado. Vi a David debatiéndose en el agua, atrapado en el interior de una red de pesca hundida parcialmente, y vi a Brandy, que intentaba liberarle.

Y, en mi mente, vi al monstruo, que se alzaba desde las profundidades para apoderarse de ellos, del mismo modo que me había atrapado a mí diecisiete años antes.

Me quité el zapato y la bota de excursión, agarré el estuche de plástico del tamaño de un tronco con la mano derecha y subí al puente prefabricado.

Crucé a toda prisa la estructura, me tiré al agua y nadé a la mayor velocidad que puede hacerlo un hombre asustado.

Tenía los ojos anegados en lágrimas, la temperatura helada estaba estrujando mis pulmones, respirar significaba una tortura.

Llegué al lado de David.

—¿Dónde está Brandy?

Ella emergió a su lado.



—Zack, estamos atrapados... ¡He perdido la navaja!

*¡La luz, Zachary, ve hacia la luz!*

¡Muévete!

Hundí la cabeza bajo el agua, apunté el cañón de luz y oprimí el interruptor.

El foco submarino se encendió y abrió un túnel luminoso en las profundidades. El haz alumbró un entorno color té en el que remolineaban partículas de turba. Vi las piernas de David y Brandy, enredadas en la red color cacao, y mi corazón casi se paró cuando distinguí la cabeza del monstruo.

Estaba subiendo justo debajo de nosotros, se hallaba a nueve metros y cada vez más cerca, una serpiente oscura y majestuosa ancha como un 4x4. Cuando se acercó más, la luz reveló su horrendo hocico de nariz achatada y las mandíbulas entreabiertas sembrada de colmillos. El enloquecido animal pretendía devorar a Brandy y a David. Luché por controlar mi terror y moví el ángulo del haz, de manera que lo apunté al sensible ojo amarillo del monstruo.

El animal sufrió espasmos, como alcanzado por un rayo láser, y efectuó un repentino giro de ciento ochenta grados. Distinguí borrosamente una enorme cola marrón, antes de que la estela del animal en retirada me enviara a la superficie.

Respiré hondo y hundí la cabeza de nuevo. La luz del cañón captó el extremo de la cola cuando desaparecía en la oscuridad, entre un torbellino de turba y burbujas. Mi tobillo derecho se liberó de la red instintivamente, cuando volvió a hundirse, arrastrando a Brandy y David.

Me lancé hacia el borde de la red con la mano libre y me agarré, permitiendo que me arrastrara al fondo mientras me esforzaba por llegar hasta Brandy.

Sujetó mi brazo con fuerza y utilizó mi cuerpo como palanca para intentar liberarse de los gruesos nudos que atrapaban su rodilla izquierda.

Nos estábamos sumergiendo a una velocidad aterradora, bajando una atmósfera cada pocos segundos. El dolor de mis oídos perforó mi cerebro cuando superamos los veinticuatro metros, pero Brandy consiguió quitarse los tejanos y liberar su pierna.

Nos alejamos flotando, mientras la red continuaba hundiéndose en las tinieblas, arrastrando al desventurado David.

Floté en la negrura y el silencio del agua, mientras le buscaba con la luz. El borde del rayo bañó su cara pálida, su expresión de puro terror, mientras desaparecía en las profundidades gélidas del lago Ness.

Brandy tiró de mi codo y ascendimos a la superficie. Mantuve el rayo enfocado hacia abajo todo el rato que pude, con la esperanza de que David la viera.

*Ve hacia la luz, David. Ve hacia la luz.*

Emergimos y aspiramos una profunda bocanada de aire, pero nuestras

extremidades estaban entumecidas debido al frío. Transcurrieron momentos desesperados, hasta que la tripulación del *Nothosaur* nos izó por fin fuera del agua y nos dejó caer sobre la cubierta.

Los tripulantes nos envolvieron con mantas de lana y nos abrazamos, jadeantes, temblorosos y mojados. Brandy pasó un brazo alrededor de mi cuello y me abrazó, sus labios púrpura contra mi cara.

—¿No..., no tenías miedo del agua?

Apreté mi boca contra su oído.

—Tenía más miedo de perderte.

Ella me abrazó con más fuerza sin decir nada.

Michael Newman, envuelto en su manta, se dejó caer a nuestro lado.

—¿Caldwell?

Negué con la cabeza.

El capitán Hoagland palmeó el hombro de Brandy, y luego señaló el pontón de construcción y la grúa.

—Mira, el corral se ha cerrado. Hemos atrapado al monstruo.

Era verdad, el corral se había cerrado. Y entonces, oí los vítores de la multitud entre un sonido extraño. Llenó mis oídos como un trueno, pero no era un trueno, eran los altavoces submarinos de David, que emitían una cadencia familiar de mi infancia.

Eran gaitas. Los sonidos grabados recorrían la orilla, la extraña melodía apagada por capas de agua.

David tenía razón, los sonidos impedían a la bestia acceder a tierra, pero también la estaban atormentando, enfureciendo.

De pronto, el animal encolerizado atacó la valla. El metal chirrió y los goznes saltaron, mientras secciones del puente flotante se dilataban y combaban bajo la fuerza sobrenatural. Una docena de plataformas prefabricadas se separaron, sujetas tan solo por los tramos interconectados de la valla de tela metálica.

La multitud lanzó una exclamación ahogada. La tripulación del *Nothosaur* parecía estupefacta.

Ciento veinte metros más abajo, el monstruo giró en redondo en la oscuridad y embistió de nuevo.

Esta vez golpeó el extremo norte de la barricada, recién concluido, y su cabeza atacó la barrera submarina. El impacto cortó los cables que sujetaban la última plataforma a su ancla de tierra y cemento, de modo que toda la construcción se derrumbó.

El chirrido del metal al desgarrarse resonó en la noche, cuando las secciones de ocho metros y medio del puente se combaron y soltaron unas de otras como un tren al descarrilar.

El monstruo no cejó en su empeño, sino que descargó su poderosa cabeza contra

dos secciones de la valla, hasta que consiguió liberarse.

Cuando el animal escapó, la cuerda del cebo se partió, dejando atrás la red enredada y el cuerpo sin vida de David James Caldwell II.

Creo que era alrededor de las cuatro y cuarto de la tarde del 30 de julio, cuando Sue y yo reparamos en una forma oscura que apareció y desapareció tres veces muy deprisa. Fuera lo que fuera, se hallaba a unos ciento cincuenta metros de la orilla, y se movía en dirección a la bahía de Urquhart. Después, el objeto volvió a aparecer, se desvió a la izquierda y emergió un poco más lejos.

ALASTAIR BOYD,  
profesor de arte

Parecía la parte superior de un enorme tubo interior de neumático, de al menos seis metros de longitud. Solo fue visible unos cinco segundos, pero no cabe duda de que se trataba de algún tipo de animal.

SUE BOYD,  
profesora de arte

# Capítulo 30

## *Inverness*

Brandy se fue a vivir conmigo aquella noche. Tras haber perdido su casa, todas sus posesiones terrenales y su forma de ganarse la vida, no le quedaba nada.

Dijo que le daba igual, mientras me tuviera a mí.

Eran casi las tres de la mañana, con el sol del verano ya insinuándose en el horizonte oriental, cuando nos metimos bajo las limpias sábanas del hotel, pero nuestros cuerpos entrelazados nos proporcionaron todo el calor que necesitábamos. Demasiado agotado para hacer el amor, me limité a abrazarla hasta que se durmió, y después me levanté de la cama y me senté ante el ordenador portátil.

Estaba agotado. El sueño tironeaba de mi cerebro, pero tenía demasiado miedo de dormirme. La intensidad de mis terrores nocturnos había aumentado, y después de lo ocurrido en la bahía de Urquhart, me encontraba demasiado exhausto para hacerles frente de nuevo. Las imágenes de cuando me había ahogado en la infancia habían sido sustituidas por algo nuevo, y esta visión era incluso más aterradora, porque no se trataba de mi pasado. La verdad era que tenía miedo de mi destino.

«Quédate despierto hasta el amanecer. Descansarás con más facilidad a la luz del día.»

Me obligué a concentrarme pese a la fatiga.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sacado a la luz nuevas piezas del rompecabezas del lago Ness, pero daban vueltas en mi cabeza, y estaba demasiado cansado para pensar.

«Organiza tus pensamientos. Ponlos por escrito para verlos.»

Activé el ordenador portátil y empecé a teclear.

Angus y Theresa.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

Calum Forrest da de comer al monstruo cada invierno.

La misión de los Caballeros Negros.

Adam Wallace.

El derrumbamiento del acuífero del mar del Norte a principios de los años treinta.

Calum Forrest coloca luces submarinas el invierno pasado.

Fugas de petróleo en el lago Ness.

Betabloqueadores encontrados en el torrente sanguíneo de una anguila.

La muerte de John Cialino.

Angus miente a posta sobre los salmones.

Contemplé la pantalla, después corté y pegué, y reorganicé mis notas en un simulacro de orden cronológico.

Adam Wallace.

Calum había afirmado que Adam Wallace fue el primer Caballero Negro. Era extraño que mi padre nunca hubiera hablado de él. Fuera cual fuese la misión primordial de los Caballeros, no cabía duda de que incluía la alimentación de las bestias que tanto mi padre como Calum llamaban drakontas.

Salto en el tiempo hasta la construcción de la A82, a principios de los años treinta. Según Calum y mi tesis inédita, dinamitar la cuenca había bloqueado un río subterráneo que permitía el acceso al mar del Norte, atrapando algunas bestias dentro del lago Ness. Tanto Alban como Calum habían confirmado que Nessie era el último de su especie en el lago. Calum había dicho que su difunta esposa y él alimentaban al monstruo en invierno. Lo cual era lógico, teniendo en cuenta que la población de peces del lago Ness en invierno no sería suficiente para sustentar a un depredador tan grande. Por supuesto, también era posible que la bestia se hubiera adaptado a los inviernos del lago Ness hibernando.

Como el lago Ness no abundaba en animales de dieciocho metros, el animal que mi padre había llamado drakonta debía de ser un mutante. En condiciones normales, las mutaciones pueden darse en uno de cada cien mil animales. Los betabloqueadores del torrente sanguíneo de la anguila disminuían el apetito sexual del animal. Si el drakonta era un mutante, debía de ser estéril, lo cual explicaba por qué no se había reproducido.

Fuera lo que fuese Nessie, era evidente que prefería habitar en las aguas más profundas del lago Ness...

... hasta el último invierno.

En algún lugar del Great Glen había una fuga de petróleo, y estaba llegando al lago Ness. Aunque el alguacil del lago y la EPA de Escocia aún no la habían localizado, había alterado la migración de peces de toda una temporada. Como los peces que iban a desovar solo podían entrar en el lago Ness desde el río Ness, eso significaba que el petróleo les estaba impidiendo la entrada antes de que llegaran al estrecho de Bona.

El petróleo también había alterado el comportamiento de la población de anguilas y del último drakonta del lago. Los Caballeros Negros estaban patrullando las orillas de noche, con la intención de proteger a los turistas de las nerviosas anguilas... ¿y de Nessie? ¿Era esa su misión?

No, tenía que ser algo más que eso.

El pasado invierno, a modo de precaución, Calum Forrest había reforzado la valla de su granja e instalado luces submarinas, además de...

«¡Para!»

Contemplé la pantalla del ordenador, y reelaboré esta última suposición en mi cabeza.

Sí, las luces de Calum tenían la misión de ahuyentar al animal, pero aquella valla era pan comido para algo tan enorme como Nessie. Yo había supuesto que la valla había sido reforzada, pero tal vez... tal vez era más nueva que el resto del perímetro.

Tal vez Calum se había visto obligado a sustituir la valla trasera el pasado invierno, después de que la bestia hubiera atacado a su rebaño de ovejas.

Pero Calum estaba furioso. No solo deseaba mantener a raya a Nessie, sino matarlo. «Mi esposa, Dios se apiade de su alma, a veces tenía que sustituirme.»

¿Su esposa? ¿El monstruo había matado a su esposa?

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras tecleaba: «Investigar la causa de la muerte de la señora Forrest».

Calum habría podido matar a Nessie. Podría haber envenenado a una de las ovejas sacrificadas, o atraído a la bestia lo bastante cerca para dispararle, pero no lo había hecho. El juramento de los Caballeros Negros le había imposibilitado vengarse.

¿Qué misión podía ser tan importante?

¿Y qué había hecho mi padre para que le expulsaran de la Orden?

De modo que cabía la posibilidad de que Tiani Brueggart no fuera la primera víctima de Nessie, pues existían bastantes posibilidades de que el monstruo hubiera matado ya el pasado invierno. Angus era íntimo amigo de Calum Forrest. De una lealtad férrea, la muerte de la esposa de su amigo, de ser eso cierto, le habría perturbado. ¿Era ese el motivo de que le hubieran expulsado del Temple? ¿Angus había intentado matar a Nessie desobedeciendo las órdenes de Alban MacDonald?

Angus y Theresa.

Contemplé las palabras, y entonces, de repente, todo adquirió sentido.

¡La muerte de Johnny C. no era un accidente, Angus le había matado para estar con Theresa! Pero en lugar de declararse culpable de homicidio involuntario, mi astuto padre se había jugado el todo por el todo. Sabiendo que el animal existía, sabiendo que volvería a matar, Angus había inventado su «defensa Nessie», convirtiéndose en una leyenda local, al tiempo que obligaba a los Caballeros Negros a destruir al animal que había matado a la esposa de su mejor amigo.

Era un plan inteligente, a su manera sórdida, sembrado de peligros y recompensas. Si Angus podía demostrar la existencia del monstruo, sería declarado inocente y podría poseer a Theresa Cialino, compartiendo su herencia. Los dos amantes serían felices y comerían perdices, sin que Angus incumpliera su juramento de Caballero Negro.

Todo cuanto necesitaba mi padre era lograr que el jurado le declarara inocente. Para ello, necesitaba un experto en el caso, uno que no solo pudiera convencer al jurado de que el monstruo existía, sino que fuera en su busca.

Y por eso, después de diecisiete años de silencio, mi padre me había llamado... ¡para utilizarme de nuevo!

La ira hirvió en mis venas, contenida por el hecho de que mi declaración había revelado su mentira.

Miré mis notas, todavía rabioso.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

Un monstruo andaba suelto; el otro estaba sentado en una celda de la cárcel de Inverness, a la espera de que le pusieran en libertad para pasar el resto de su vida con su amante.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

Angus había contado con utilizar las cicatrices de mi infancia para escenificar su charada, pero sería mi investigación, mi testimonio, lo que tal vez acabaría enterrándole.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

¿Y cuál sería mi papel en el resto de este tremendo lío? Una vez muerto David, el Consejo de las Tierras Altas volvería a pedirme ayuda, pero a mí no me interesaba capturar a la bestia. Para mí, ya estaba bastante capturada en un lago de treinta y cinco kilómetros de largo. La clave consistía en encontrar la fuga de petróleo, cerrarla y devolver la biología del lago Ness a su estado normal.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

Seguí mirando las palabras.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

Anguilas y el mar de los Sargazos.

El hemisferio cerebral izquierdo tomó el control por fin y permitió que el engranaje mental se pusiera en movimiento.

—Jesús, ¿cómo he podido estar tan ciego?

Abrí el programa de la red de sónar y rebobiné hasta los registros del sónar pasivo del sistema. El ordenador tenía que haber grabado la firma del monstruo en el sonar aquella noche, pero yo había estado demasiado preocupado para escuchar.

Localicé la grabación y subí el volumen.

Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup...

El corazón se me aceleró, y las implicaciones empezaron a dar vueltas en mi cabeza.

Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup...

—Es... ¡es el Blup! ¿Por qué no me di cuenta? ¡Estaba ahí, delante de mis narices todo el tiempo!

Brandy se removió.

—¿Qué pasa, Zack?

Me senté en la cama.

—¡Lo sé, Brandy! ¡Sé lo que es Nessie! ¡No es un plesiosauro ni un dinosaurio, ni un esturión, ni un mito, ni siquiera un antepasado de las ballenas actuales, sino un



precursor!

—¿Un precursor? —Brandy se sentó en la cama—. ¿Un precursor de qué?

—¡De la anguila!

—¿Una anguila? No... No es posible. Es muy grande.

—Son los caminos de la naturaleza. Los antepasados siempre son más grandes. Después, la evolución interviene, se adapta, lleva a cabo ajustes, basados en el entorno y la competitividad, y también en la disponibilidad de las presas. Las anguilas y estos..., estos drakontas, a falta de un nombre mejor, nacen en el mar de los Sargazos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Nessie no es el último drakonta, y no es un mutante, sino que su especie jamás se extinguió. Su especie todavía habita en los Sargazos. La marina los localizó con el sónar, los llamó Blups, pero nadie sabía qué eran. Fueron los blups, o sea, los drakontas, los que atacaron al calamar gigante. Al igual que las anguilas, desovan en el mar de los Sargazos, y después, los jóvenes se dejan llevar por las corrientes oceánicas de vuelta a Gran Bretaña y el resto de Europa. Al ser más pequeñas, las anguilas podían seguir el río Ness hasta el lago cada primavera. Las hembras más grandes se van en otoño, cuando son lo bastante mayores para reproducirse, pero sus primos mayores, los drakontas, siempre fueron demasiado voluminosos para acceder al lago mediante este río, y seguían el acuífero del Ness, un río subterráneo e inexplorado que corre desde el lago Ness hasta el mar del Norte. Pero el pasaje se hundió hace setenta años, cuando dinamitaron la A82...

—¿Y atrapó a Nessie?

—¡Sí! —Paseé por la habitación de un lado a otro, pletórico de ideas—. Ha de ser una hembra. Las anguilas hembras crecen mucho, muchísimo más que los machos, de modo que lo mismo debe de suceder con los drakontas. Abandonan el lago Ness cuando están preparadas para desovar y regresan al mar de los Sargazos. Pero Nessie está atrapada, su reloj biológico se ha averiado. No puede desovar en aguas dulces, porque su ADN no lo permitiría, de modo que continúa creciendo, y cada vez se hace más grande. Es una mutante, Brandy, y ahora se ha convertido en un ser peligroso, pues padece lesiones cerebrales causadas por una fuga de petróleo.

—¿Petróleo? No entiendo.

—Hay un escape de petróleo en algún lugar del lago Ness. Yo diría que se está filtrando en el acuífero, por eso nadie lo ha descubierto. La anguila que me atacó también presentaba lesiones cerebrales. No es mortífero, pero afecta al comportamiento de los animales. El petróleo también impide que los salmones y otros peces entren en el lago. ¡Ha afectado a la cadena alimentaria, y alterado la dieta de Nessie!

—Santa María. ¿Cuánto vivirá, Zack? ¿Qué tamaño alcanzará?

—No lo sé. Las anguilas mueren después de desovar, una especie de aparato de aniquilación biológico. ¿Quién sabe qué pasará con estos drakontas?

—¡Caramba, Zack, lo has conseguido! Has solucionado el misterio, todo el mundo decía que lo harías. Pero cálmate, me estás volviendo loca. Ven a sentarte a mi lado.

Respiré hondo varias veces, y después me metí en la cama con ella y nos acurrucamos bajo las sábanas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Convocar una conferencia de prensa?

—No lo sé. No sé de qué serviría en este momento. La ciencia es una cosa, pero tenemos un animal rabioso suelto por ahí. Y es... complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Angus mintió. Nessie no mató a Johnny C. Angus conocía la existencia del animal y lo utilizó como coartada.

—Entonces, ¿asesinó a Cialino?

—Sí, y con premeditación. Si yo no presento esta prueba, Angus sale libre.

—Pero si dices la verdad, tu padre será declarado culpable.

—Y ahorcado, casi con toda seguridad.

Ella me acercó más a su cuerpo.

—Los dos estamos agotados. Duerme un poco antes de decidir lo que sea, una mente cansada no puede pensar bien.

—Estoy demasiado excitado para dormir.

Rodó de costado, y sus ojos me sedujeron mientras se ponía encima de mí y me introducía en su horno.

Hacer el amor calmó mi fiebre cerebral, al menos de momento. Cuando terminamos, Brandy recostó su espalda y nalgas contra mi pecho cayó dormida. La rodeé con el brazo y cerré los ojos, confortado por su calor y la llegada del amanecer.

*Surco un cementerio de agua. Un destello de luz. Estoy en una caverna. Solo. Rodeado de oscuridad. ¡No estoy solo! La muerte me habla en susurros, gruñe en mi cerebro. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!*

Me levanté como un rayo en la cama, bañado en sudor.

Brandy intentó despertarme.

—¡Zack! ¡Mírame, Zachary! Solo era otra pesadilla más.

Me volví y la miré, consumido por el miedo, incapaz de encontrar la voz.

—¿Qué era? ¿Qué soñabas?

—Estaba en la madriguera del monstruo. Reinaba la oscuridad y hacía frío..., el frío de la muerte. Estaba helado hasta los huesos. Me rodeaba, susurraba en mi cerebro. No podía verlos, pero había algo que reptaba hacia mí, y mi piel y mi mente

se erizaban ante su presencia. Me rodeaban... No podía escapar...

—¡Joder, estás temblando de pies a cabeza! —Me apretó contra ella y me abrazó  
—. Solo era una pesadilla, Zack. Un mal sueño.

Estaba equivocada, por supuesto, porque yo sabía lo que era.

Tal como había dicho True, era mi destino.

Era a mediados de marzo y yo estaba trabajando en las orillas del lago Ness. Soy el jefe de zona de una empresa de seguros, y abarco una parte importante de las Tierras Altas. En cualquier caso, estaba terminando de mirar unos papeles, cuando vi con el rabillo del ojo una giba negra que salía del agua. Pensé: «Cielos», y miré de nuevo, y volvió a meterse en el agua y salió, y volvió a hundirse, y pensé: «Lo he visto... ¡Después de tantos años, lo he visto!».

Como suele ocurrir en momentos así, no llevaba la cámara encima y no había nadie que pudiera confirmar mis palabras. Pero acerca de la giba, yo diría que era negra, o de un color oscuro, y estaba chorreando agua, y era muy grande... Creo que es la mejor manera de describirlo. No era una foca, desde luego, ni tampoco un pez. Solo puedo decir que, mirando al lago, por ahí está el monstruo del lago Ness. Y en lo que a mí respecta, yo lo he visto.

GARY CAMPBELL,  
residente de Inverness,  
14 de marzo de 1996

# Capítulo 31

## *Upper Foyers, lago Ness*

Sin haber casi dormido, me descubrí corriendo en la Harley-Davidson por la General Wade's Military Road, subiendo las colinas en dirección a Upper Foyers con el sol naciente.

Había llamado antes a Max para solicitar una reunión en privado con Theresa Cialino en el castillo de Inverness. Me dijo que la acusación había decidido no llamarla como testigo, pues creía que su declaración disuadiría al jurado de pedir la pena de muerte, en el probable caso de que consideraran culpable a Angus. Max me dijo que podía localizarla en su mansión veraniega de Upper Foyers, pero me pidió que estuviera de vuelta en Inverness a tiempo de escuchar las conclusiones del abogado.

Giré por la B852, una carretera de un solo carril con curvas cerradas que seguía la autopista hasta Upper Foyers.

La casa de verano de Cialino era una propiedad que había pertenecido en otro tiempo a John Charles Cuninghame, el decimoséptimo y último señor de Craighends, una poderosa familia cuyos orígenes se remontaban al siglo XIV. La residencia contaba con caballerizas y hectáreas de pasto, junto con una vista espectacular del lago Ness y las cascadas de Foyers.

Aparqué la Harley, y después llamé con los nudillos a las enormes puertas dobles. Como esperaba que apareciera un criado, me quede algo sorprendido cuando Theresa Cialino me abrió.

—Hola, Zachary. ¿Quieres pasar?

—La verdad es que no.

—No te caigo bien, ¿verdad? Lo comprendo. No culpo a tu padre de lo sucedido, sino a mi marido. El dinero cambia a las personas. Cambió a John. Se convirtió en un controlador obsesivo.

—Señora, no deseo...

—Cuando bebía, se transformaba en un matón. Sé que no puedes comprender estas cosas, pero...

—Las puedo comprender. Más de lo que imagina. De todos modos, no soluciona nada.

—Zachary, solo me acosté con tu padre una vez. Cuando John y yo nos separamos una breve temporada. Sé que hicimos mal, pero...

—No he venido a juzgarla.

—Quiero a tu padre. Su amistad... me ayudó a superar un momento difícil.

—Estupendo. Escuche, Angus dijo que usted podría prestarme un barco.

—Tu padre no mató a Johnny. Lo que ocurrió fue un accidente.

—Dígaselo al juez.

—Zachary, Angus es tu padre, y te quiere.

—Es probable que nuestro concepto del amor sea diferente. Angus utiliza la palabra para manipular a la gente.

—Te equivocas. Sí, te necesitaba en el palacio de justicia, pero había otros motivos. Estaba preocupado por ti.

—Sería mejor que se preocupara de sí mismo. Bien, ¿puedo pedirle prestado el barco o no?

La mujer meneó la cabeza, exasperada.

—Es el *Brooklyn-224*, lo encontrarás amarrado en el embarcadero del Clansman. Las llaves están en la suite principal, debajo de la almohada. Cógelas, coge lo que te pase por los huevos, todo me da igual.

Era lo primero en lo que nos poníamos de acuerdo.

## *Castillo de Inverness*

Llegué tarde. Como me había perdido las conclusiones de Max, entré a hurtadillas en la sala y me senté al lado de Brandy, justo cuando Mitchell Obrecht terminaba su discurso final dedicado al jurado.

—Recuerden, damas y caballeros, que no es al monstruo del lago Ness al que estamos juzgando aquí, sino al hombre que utilizó al monstruo como excusa para cometer un asesinato premeditado..., asesinato en primer grado. Lo que hoy está sucediendo en el lago Ness no tiene la menor relación con los espantosos acontecimientos que tuvieron lugar el 15 de febrero. Más de una docena de testigos oculares declararon que Angus Wallace golpeó a John Cialino Jr. en el acantilado que domina el lago Ness. El propio hijo del acusado declaró que Angus Wallace mentía cuando dijo que un banco de salmones atrajo a una bestia acuática hacia la superficie.

»Hechos, damas y caballeros, y no folclore. Ningún monstruo atacó a John Cialino el 15 de febrero, tan solo Angus Wallace y el deseo lascivo que sentía por Theresa Cialino. Asesinato premeditado..., asesinato en primer grado. Su veredicto conseguirá algo más que ahuyentar a este monstruo: enviará el mensaje a toda Gran Bretaña y al mundo entero de que Escocia no aceptará comportamientos tan faltos de escrúpulos en nuestra sociedad, de que somos una nación amante de la ley, no una atracción de feria. Ha llegado el momento de reflexionar. Hay que hacer justicia.

El juez le dio las gracias e impartió instrucciones al jurado, cuyos miembros salieron de la sala.

Me volví hacia Brandy.

—He de hablar con mi padre.

—Adelante. Nos encontraremos en el hotel.

Cuando los guardias me concedieron permiso para pasar, Angus se había puesto su uniforme de preso y estaba de regreso en su celda.

—Te has perdido el discurso de tu hermano. Fue muy emocionante.

—Fui a ver a Theresa.

—Eso me han dicho. ¿Cuáles son tus intenciones?

—¿Quién era Adam Wallace?

Se sentó en el borde de la cama y se masajeó la cara, que parecía haber envejecido diez años durante las dos últimas semanas.

—Veo que has estado hablando con mi amigo Calum, ¿no es cierto?

—Responde a la pregunta.

—Adam era primo carnal de sir William Wallace, y tan valiente como él. En la primavera del año 1330, acompañó a sir James el Bueno, conocido vulgarmente como Douglas el Negro, en una misión de gran importancia, con el fin de llevar el corazón de Roberto I Bruce a Tierra Santa.

—Sí, sí, conozco la historia de Braveheart. Lo que no conozco es la historia de

los Caballeros Negros.

—¿Sabes lo que es un juramento de sangre?

—¿Quieres decir que no me lo vas a contar?

—No, a menos que desees convertirte en caballero.

—No tengo tiempo para tonterías.

—Ni yo. ¿Cuáles son tus intenciones en relación con el monstruo?

—¿Por qué quieres que muera?

—¿Por qué? Porque es peligroso.

—Mató a la esposa de Calum, ¿verdad?

—No te lo puedo decir. Pero fue a por ti. Y eso es suficiente para mí.

—Fue un accidente. Le atrajeron los salmones, salmones de verdad, no como los que utilizaste en tu coartada.

—Mi inocencia o culpabilidad no tienen nada que ver con esto. Lo más importante en este momento es que hay que acabar de una vez por todas con el monstruo, antes de que vuelva a matar.

—Es interesante que el jurado esté deliberando sobre lo mismo.

Di media vuelta y me fui, a sabiendas de que tal vez era la última vez que le veía vivo.



## ***Embarcadero del Clansman***

True se reunió conmigo una hora después en el aparcamiento del Clansman. Me sorprendió ver que los medios habían evacuado el embarcadero.

—Bien, Zack, recibí tu mensaje y he traído todo lo que querías —dijo True, y señaló un camión de alquiler—. Pero espero una explicación antes de ponernos en camino.

—Ya te dije que había un escape de petróleo en el lago Ness. Tú y yo vamos a localizarlo.

—Si quieres localizar un escape, llama a la EPA. Este traje de buceo que me has pedido es para algo muy diferente.

—El petróleo nos guiará hasta la guarida del monstruo. Tengo la intención de bajar hasta el pasaje y volver a abrirlo, con el fin de que la drakonta pueda acceder al mar del Norte.

—¿Dejar en libertad a la drakonta? ¿Es que trabajas para la puta PETA?<sup>[17]</sup> Joder, Zachary, primero tienes miedo hasta de subir a un barco amarrado, ¿y ahora quieres ir a nadar con Nessie? ¿Por qué crees que voy a ayudarte en este plan demencial?

—Si tú no me ayudas, encontraré a otra persona. Estoy seguro de que esos cazadores de monstruos se presentarán voluntarios.

—¿Esos capullos? —True sacudió la cabeza—. ¿Por qué quieres hacer esto, Zack? Mi hermana te quiere. Llévatela de este lugar espantoso y vivid a vuestro aire. No os hace falta esto para ser felices.

—Es que no me queda otra alternativa. Tú mismo dijiste que mi destino era enfrentarme a este animal.

—¡No hagas caso de lo que dije, haz caso de lo que te digo ahora! Que le den por el culo al destino.

—Dejando aparte el destino, no puedo seguir viviendo con esos terrores nocturnos.

—¿Y crees que cometiendo esta estupidez los sueños desaparecerán?

—No lo sé. Quizá. Solo sé que me sigo despertando cada noche, chillando como un lunático.

—Mejor eso que ser devorado por el monstruo.

—Las luces submarinas le mantendrán alejado, al menos el tiempo suficiente para volver a abrir el pasaje y liberarlo.

—Estás loco.

—Aún no, amigo, pero me falta poco. Piénsalo. Si no hago nada y los terrores nocturnos continúan empeorando, ¿cuánto crees que tardaré en acabar con una camisa de fuerza? ¿Crees que eso será beneficioso para mi relación con tu hermana? No, he pensando mucho en esto, y es mejor plantar cara al demonio ahora que hacerlo en un psiquiátrico.

True meditó.

—Te comprendo. Supongo que no puedes seguir viviendo así.

—Del mismo modo que tú y tus Caballeros Negros no podéis continuar patrullando el lago todas las noches.

—¿Los Caballeros Negros? ¿De qué estás hablando?

Le di una palmada en el hombro, duro como una roca.

—Vamos, chavalote, ¿de veras crees que no reconocí tu corpachón debajo de la túnica negra? ¿O esas aguas del pantoque que llamas colonia? Tú eres el que mató a la anguila y me salvó la vida, y te estoy agradecido. Hiciste lo que debías, y ahora me vas a dejar hacer lo propio.

Meneó su cabeza desgreñada.

—Tendría que haber dejado que la anguila te comiera las pelotas. Bien, ayúdame a subir estos aparatos al barco.

True abrió la parte posterior del camión y subió la puerta de aluminio. Dentro había media docena de cajas de madera, y lo que parecía un traje espacial naranja fosforescente de gran tamaño, apoyado sobre un marco de acero pesado.

—Aquí tienes el Newt Suit. El mejor traje de inmersión atmosférico que tenemos.

—¿Cómo has conseguido que te lo prestaran?

—Le dije al jefe que quería probarlo antes de sumergirme la semana que viene. Este trasto necesita montones de atenciones. Cuanto mejores son, más complicados también. De todos modos, son muy superiores a los antiguos trajes JIM.

Señalé las cajas.

—¿Y el detector y los equipos de demolición?

True me guiñó un ojo.

—Eso, lo he robado.

Ahora que teníamos el Newt Suit, tardamos menos de veinte minutos en trasladar todo el equipo a bordo del yate de Cialino.

El *Brooklyn-224* era una trainera de diecisiete metros de eslora y dos motores diesel, una manga de cinco metros y medio, la proa y las cubiertas de popa abiertas de par en par. Su interior estaba decorado con exquisito gusto, los muebles en tonos marrón y crema, de teca y caoba pulidas. Los aposentos del salón de popa exhibían un lujo asiático, con cama *king-size*, televisión de pantalla de plasma, sauna y bañera de hidromasaje de mármol ónice negro.

Me detuve a mirar una foto en la suite principal. La imagen era la de un John Cialino veinteañero, al lado de un grupo de bomberos de Nueva York, con un letrero que rezaba *Brooklyn Heights Engine 224*.

—¿Este tipo era bombero?

—Supongo que eso explica el nombre del barco. —True paseó la vista a su

alrededor y silbó—. ¿Sabes una cosa, Zack? Que le den por el culo al monstruo. Vamos a buscar a Brandy y a unos cuantos amigos, y larguémonos al estuario de Moray. Dos o tres semanas, y te olvidarás de estas pesadillas, te lo prometo.

—No.

Busqué debajo de las almohadas de seda, encontré las llaves del yate y me dirigí a la cámara del timonel.

True me siguió hasta la cubierta principal, y después miró por las persianas abiertas.

—¿Estás seguro de que no quieres hacer ese crucero?

Miré por la ventana.

Brandy acababa de bajar de un taxi y se dirigía hacia nuestro embarcadero.

—Maldita sea. Espera aquí.

Corrí afuera y me la encontré a mitad de camino del muelle.

—Eh. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he estado buscando por todas partes. El jurado salió para emitir su veredicto hace menos de una hora.

—¿Ya? —«No me extraña que los medios hayan evacuado el embarcadero»—. ¿Qué han decidido?

—Culpable. Asesinato en primer grado. —Me miró con lágrimas en los ojos—. Lo siento, Zack.

Me abrazó y yo la retuve, sin saber cómo reaccionar.

—¿Asesinato en primer grado? Jesús, yo suponía que dictaminarían homicidio involuntario.

—Angus necesita verte ahora mismo. Me envió a buscarte.

—Tendrá que esperar.

—Zack, dicen que el juez puede condenarle a muerte. Has de ir a ver a tu padre. Has de decirle al juez lo que sabes.

—Lo haré. Después.

—¿Qué estáis tramando? —Brandy se dirigió hacia la trainera—. Esto es el yate de Johnny C, ¿verdad? ¡Vamos, True MacDonald, te veo venir!

Subió a bordo antes de que se lo pudiéramos impedir, y después apartó la lona gris que cubría el traje de buceo.

—Putra mierda. Finley MacDonald, espero que no estés pensando en sumergirte con eso.

—Yo no.

—¿Zachary? Oh, no... De ninguna manera.

—Todo irá bien.

—¿Bien? ¿Contra ese monstruo? ¿Cómo saldrá bien?

—Sus ojos son sensibles a las luces brillantes. Bajaré rodeado de luces.

—¿Y qué pretendes hacer ahí abajo? ¿Ponerle unas gafas?

—Quiere liberarlo al mar —soltó True—. Le dije que estaba loco.

—¿Loco? Tendrían que encarcelarlo.

—Todo irá bien.

—¡Desde luego, porque no vas a ir, y punto!

Me volví hacia True.

—Pon en marcha el barco.

—Ni te atrevas.

True nos miró, y después entró en la timonera.

—Maldito seas, Zack...

—Te quiero, Brandy, y quiero estar contigo hasta el fin de mis días, por eso debo hacer esto. Desde el incidente de los Sargazos no he parado de sufrir terrores nocturnos como el de esta mañana, y van de mal en peor. Sé que parece una locura, pero sumergirme en el lago y liberar a ese ser es la única forma de terminar con las pesadillas.

—Terminaré con las pesadillas... y con tu vida. No lo hagas, Zack. No nos obligues a los dos a padecer este dolor.

Los motores cobraron vida.

—Te quiero, Brandy. Perdóname.

Con un solo movimiento, la alcé sobre mi hombro...

—¡Suéltame!

... y la tiré por encima de la barandilla de estribor.

—¡Sácanos de aquí, True! —grité, al tiempo que desanudaba el cabo de popa.

Brandy emergió jadeante.

—¡Hijo de puta!

El barco dio un salto hacia delante, y su estela color té empapó la cabeza de Brandy.

# *El diario de Sir Adam Wallace*

*Traducido por Logan W. Wallace*

*Anotación: 8 de noviembre de 1330*

*Diez días. Diez largos días han transcurrido desde que me condujeron de vuelta a Inverness, medio muerto. Estoy lejos de sentirme curado, pero estoy vivo, perdonado por Dios, maldecido por el destino..., con la mente todavía extraviada en las entrañas del infierno. Pero debo terminar esta anotación, aunque solo sea para advertir a aquellos que un día continuarán mi misión.*

*La última vez que escribí, sir Keef había anunciado el fin de sus trabajos con el almacén de hierro y el sistema de poleas. Las rampas que sostenían el enorme portal estaban montadas en su sitio, a lo largo del punto más estrecho del túnel, junto con dos sencillas poleas y cuerdas.*

*Se dispusieron a instalar el portal de hierro dentro del almacén.*

*Como el portal de un puente levadizo, nuestra barrera de hierro estaba pensada para subir y bajar dentro de su estructura, mediante las dos cuerdas arrolladas en las poleas. La tarea que nos esperaba exigía elevar el portal sobre la boca del río con las cuerdas, con el fin de introducirla por la parte inferior en su almacén.*

*Como eran los más ágiles, sir Keef y su hermano Alex montaron el almacén para pasar las pesadas cuerdas a través de las poleas. Tres de los nuestros se sumaron a sir Keef en la orilla opuesta con su cuerda, mientras MacDonald, sir Alex y yo manipulábamos la cuerda en la orilla cercana.*

*Entre gruñidos y maldiciones, los siete conseguimos levantar y girar el portal sobre la superficie de aquel río oscuro y rugiente. Cuando estuvo cerca del techo arqueado, los dos hermanos lo colocaron dentro de su pesado almacén.*

*Sir Keef había utilizado aceite para lubricar los lados de metal, y todos prorrumpimos en vítores cuando el portal se deslizó con facilidad en el almacén y se instaló en el río. La rejilla de hierro impedía que algo más grande que una anguila pasara a través de sus límites.*

*Y entonces, sir Keef perdió pie y cayó al agua.*

*La corriente lo lanzó contra el portal bajado, pero nuestra barrera superó la prueba. Cuando sir Keef se aferró a ella, tiramos de las cuerdas, alzamos el portal y rescatamos al caballero de la corriente. Le ayudé a izarse hasta la orilla rocosa, en tanto MacDonald sujetaba los extremos de ambas cuerdas a una estaca metálica clavada en la base del arco del túnel.*

*Fue entonces cuando el drakonta atacó.*

*Jamás había visto a un ser tan grande moverse a tal velocidad. Su primer ataque arrebató a sir Keef de mi presa, y sus horribles fauces arrancaron la carne de sus huesos*

*antes de soltarle, muerto y ensangrentado, en el río.*

*Bajé la vista y observé que las crías del draķonta describían círculos en el agua y atacaban los restos de sir Keef. Comprendí que nos hallábamos en franca desventaja. Mientras corría a recuperar mi espada, el animal adulto atacó de nuevo, y esta vez se apoderó de sir Alex.*

*Los dos caballeros de la orilla opuesta estaban atrapados. MacDonald vio impotente que el animal los engullía, los sacudía hasta acabar casi con su vida, y después los soltaba, uno tras otro, una táctica destinada a proporcionar presas indefensas a sus crías.*

*Los dos caballeros heridos chillaron cuando las jóvenes serpientes atacaron, disfrutando del banquete y peleando entre sí por la carne y las extremidades de nuestros camaradas, como perros rabiosos.*

*MacDonald me arrastró hacia la pared del fondo y me dijo al oído con voz rasposa:*

*–¡Idos! ¡Regresad a Inverness! ¡Cumplid la misión de los Caballeros!*

*–¡No me iré sin vos!*

*–Os seguiré, pero antes he de volver a bajar el portal. Tomad esta antorcha y distraed al demonio.*

*Antes de que pudiera protestar, MacDonald corrió hacia las cuerdas sujetas.*

*Pero el draķonta adulto fue más veloz: se apoderó de MacDonalds y le sacudió con sus terribles mandíbulas, hasta que la vida escapó por su boca.*

*Yo era el último que quedaba. Con la antorcha en una mano y la espada de William en la otra, me adentré en las tinieblas hacia las cuerdas del portal, con la intención de atrapar a la bestia maldita.*

*El draķonta adulto salió del río y trepó a la orilla, revelándose en todo su tamaño, un repugnante hedor hirió mi olfato, y la llama de la antorcha brilló en sus ojos redondos, pero no atacó..., ya fuera por la luz o por la espada de mi primo.*

*Continué retrocediendo, sin apartar los ojos del monstruo. Las cuerdas ya estaban cerca, invitándome a liberarlas de su sujeción.*

*Preferí conservar la espada, dejé la antorcha en el suelo y las solté con mi mano libre.*

*El portal de hierro descendió, y sus extremos afilados empalaron a varias crías del draķonta.*

*Antes de darse cuenta de lo que pasaba, el adulto me levantó del suelo, con la cota de mallá y el torso aplastados entre sus fauces, mientras yo lanzaba mandobles con mi espada. Noté el impacto de un fuerte golpe, y la espada debió hundirse bastante, porque me soltó, salí volando por los aires y aterricé en la oscuridad.*

*La antorcha parpadeó y murió. Yací de costado, con la respiración agitada y presa de un gran dolor, incapaz de ver mi mano a escasos centímetros de la cara. Había perdido la espada entre las rocas. Entonces oí el alarido de los draķontas jóvenes y me quedé horrorizado al darme cuenta de que avanzaban hacia mí.*

*Dios acudió en mi ayuda en la forma de una levísima corriente de aire frío. ¡Estaba*

*cerca de la entrada del túnel!*

*Me arrastré a cuatro patas sin ver nada, tanteando hasta llegara la boca del angosto túnel de acceso. Avancé a tientas en la negrura, golpeándome la cabeza una y otra vez, pero continué hacia delante en la asfixiante oscuridad, y cada segundo me alejaba más de aquellos demonios.*

*Al cabo de un rato, el sonido del río subterráneo se desvaneció y el túnel se abrió al gran abismo por el que habíamos descendido hacía una eternidad. Arriba, en algún lugar, me aguardaba una vía de escape, pero ¿cómo podría escalar una montaña tan peligrosa en una oscuridad más negra que la noche?*

*De todos modos, lo intentaría, pues si tenía que morir, prefería hacerlo debido a una caída que entre las fauces de los demonios.*

*Tanteé la pared del abismo y empecé a subir, expuesto cada segundo a desplomarme en el abismo, aferrándome a salientes invisibles. Ignoro cuánto rato estuve ascendiendo. En ocasiones, paraba para permitirme unos minutos de sueño, y a veces me preguntaba si aún continuaba subiendo, tan confusos se hallaban mis sentidos.*

*Jamás vi la luz del día, pero oía el rumor del viento. Me condujo hasta la boca de la caverna, donde las estrellas de la noche me recibieron como un amigo al que no has visto desde hace mucho tiempo. Pese a mi agotamiento, seguí caminando, y no quise detenerme hasta que amaneció.*

*Incluso a la luz del día, me mantuve alejado de la orilla del lago Ness.*

*En algún momento debí de perder el conocimiento, porque cuando desperté me llevaban en volandas los hombres de William Calder. Su hija Helen cuida de mi ahora, y no tardaré en pedir su mano.*

*Entretanto, horribles sueños me atormentan..., sueños de muerte. Cada mañana me despierto chillando en la cama, mi mente atrapada en aquel agujero infernal donde perecieron mis ocho camaradas. El sacerdote afirma que los sueños pasarán, pero yo sé que aquel viaje me ha marcado para siempre.*

*Pero debo volver, al principio de cada otoño y al final del invierno, porque hice un juramento de sangre..., el juramento de los Caballeros Negros. La salvación me ha bendecido con la vida; el destino me ha maldecido, a mí y a los míos, con esta tarea... volver de nuevo, volver para levantar y bajar el porta.*

*Para proteger la libertad de Escocia.*

*Sir Adam Wallace, 1330*

Yo estaba en la A82, en dirección norte tras salir de Fort Augustus. Miré a mi derecha y vi un animal oscuro y viscoso que salía de las aguas del lago Ness, dejando una estela de unos diez metros. Cuando me di cuenta de lo que estaba viendo, casi me salí de la carretera.

Señor BILL KINDER, Lancashire,  
9 de abril de 1996, alrededor  
de las diez de la mañana

Mi hermano James y yo estábamos en nuestra barca de pesca, provista de un Koden CVS886 Mk II Color Sounder, y su transductor de 28 hercios dirigía un haz de 31,6 grados en vertical hacia abajo. La pantalla CRO muestra diferentes intensidades de eco en diferentes colores. Estábamos probando el aparato, cuando detectamos una forma extraña a cincuenta y cinco metros de profundidad. El objeto medía dieciocho metros de longitud y unos nueve de anchura.

ROBERT WEST,  
Fraserburgh, abril de 1981



# Capítulo 32

## *Lago Ness*

True sacudió su gran cabeza de vikingo cuando alejó el yate del muelle y aceleró hacia aguas más profundas.

—Brandy te matará, suponiendo que sobrevivas a esta locura.

—La compensaré.

—Lo dudo. Bien, capitán Ahab, ¿adónde nos dirigimos exactamente?

—Al norte. Sigue la orilla occidental hasta llegar al estrecho de Bona. Es el lugar por donde los peces han de entrar en el lago, de modo que el escape de petróleo estará cerca.

Me dirigió una mirada de preocupación, y después giró el timón y nos guió hacia la entrada norte del lago Ness.

## *Castillo de Inverness*

—¿Dices que pretende zambullirse para luchar contra ese demonio? —Angus cerró los ojos con fuerza y se frotó la cara—. Esto no es lo que yo quería.

—¿Qué querías, pues? —replicó Brandy—. Le has estado azuzando y azuzando desde que llegó, desde que nació.

—¡Lo mismo que hizo mi viejo conmigo! La vida es dura, ya lo sabes. Has de tener la piel dura para...

—¡No me des discursos sobre la vida, Angus Wallace! Y a mí no me hables de amor duro. Mi madi murió cuando yo tenía siete años, y el capullo de mi padre me echó a patadas de casa cuando tenía dieciséis. Lo que tú llamas amor duro no es amor. Tu hijo volvió a Escocia porque buscaba tu aprobación, y todo lo que has hecho desde su llegada ha sido mentir sin parar y animarle a encontrar al monstruo. Bien, felicidades, ya has conseguido lo que deseabas. Supongo que algunas cosas nunca cambian, ¿eh?

La joven hizo ademán de marcharse, pero el anciano la agarró del brazo entre los barrotes de la celda.

—Suéltame o te rompo el brazo.

—No es lo que yo deseaba, muchacha, es lo que ha de ser. Es lo único que podía hacer para ayudar a Zachary.

—Y una mierda.

—Zack está sufriendo por dentro desde la noche en que se ahogó por primera vez. Sé lo que ha padecido. Los demonios de mi infancia me convirtieron en un hombre amargado en mis mejores momentos, y en un borracho inútil en los peores. Un hombre inquieto no puede ser un hombre de familia, Brandy, porque busca el placer en otros lugares. Así era yo, y aún lo soy. Nunca deseé eso para Zack.

—¿Y por eso le animaste a buscar al bicho?

—Sí. Era la única forma de que pudiera superar su miedo.

—Y de sacarte de la cárcel, supongo.

—Sí, es verdad, pero si alguien puede localizar a Nessie, ese es Zachary. Al fin y al cabo, lo hizo cuando solo tenía nueve años.

Brandy entornó los ojos.

—¿De qué estás hablando? Fueron los salmones los que atrajeron al monstruo cuando atacó a Zack. Un mero accidente.

—Porque Zachary no se acuerda, al menos su mente no se lo permite. Créeme, Brandy, no fue un accidente. Mi chico ya era listo entonces. Supuso que Nessie se alimentaba en las profundidades, sujetó micrófonos submarinos a los hilos de pescar y grabó los sonidos de los bancos de peces del fondo. Tardó meses en perfeccionarlo, pero el día de su noveno cumpleaños ya estaba preparado, dispuesto a impresionarme con su astuto invento. Por ser el cabrón inquieto que soy, estaba más interesado en

echar un polvo que en estar con mi hijo.

—¿De modo que Zack se fue solo en aquella barca de remos con su trampa para Nessie? Joder, Angus. Y ahora va a repetirlo de nuevo.

—Sí, pero no se lo vamos a permitir, ¿verdad? Necesito tu ayuda, muchacha, de modo que acércate y escucha con atención, hay muchísimo que hacer.

## *Lago Ness*

Localizar reservas de petróleo y gas enterradas bajo el fondo del mar, así como fugas de los oleoductos, depende de diversas tecnologías diseñadas para detectar concentraciones anómalas de gases disueltos y emulsiones en el agua. Cuando el petróleo está presente, la película de la superficie puede medirse utilizando la intensidad de la luz que refleja. El detector de interfaz que True había «tomado prestado» era un aparato en forma de antena que utilizaba un pequeño rayo láser para detectar petróleo en la superficie, junto con una segunda sonda que medía la absorción de energía de líquidos insolubles en el agua.

El aparato estaba ahora montado en el lado de babor de la proa, y enviaba sus datos a mi ordenador portátil.

Mientras continuábamos hacia el norte siguiendo la orilla occidental, la aguja se movía, y los niveles aumentaron cuando nos acercamos al estrecho de Bona.

—¿Tienes algo, Zack?

—Solo un rastro. Sigamos el estrecho un poco, a ver qué pasa.

Dejamos el lago Ness y seguimos su río. True nos mantenía cerca de la orilla norte. Cuando pasamos ante el faro del estrecho de Bona, los niveles de gases de hidrocarburos aumentaron, y volvieron a aumentar cuando nos acercamos al lago Dochfour.

Cuanto más seguíamos hacia el norte, mayores eran los niveles de hidrocarburos.

—La corriente del norte está moviendo el petróleo —dije—, e impide que alguien observe su presencia.

—Sí, y son diecinueve kilómetros de recorrido entre el estuario de Moray y el lago Ness. No me extraña que los peces den media vuelta. De todos modos, aún no sabemos por dónde se escapa el petróleo.

—Volvamos al lago Ness, True, quiero explorar la orilla oriental.

*«—Tu abuelo, Logan Wallace, murió en estas mismas aguas cuando yo tenía tu edad. Un violento vendaval se abatió sobre el valle y su barco volcó. Todo el mundo dice que se ahogó, pero a mí no me engañan. El monstruo se lo llevó, siguiendo la maldición de los Wallace.*

*»—¿El monstruo? ¿Estás hablando de Nessie?*

*»—¿Nessie? Nessie es folclore. Estoy hablando de una maldición de la naturaleza, una maldición que ha atormentado a los Wallace desde la muerte de Roberto I Bruce.»*

—¡Zack! ¡Despierta, tío!

Mis ojos se abrieron al instante.

—Lo siento.

—Tu maldito monitor se está moviendo como la cola de una mofeta.

Eché un vistazo al ordenador, y después miré por la portilla de babor. Nos estábamos acercando al castillo de Aldourie.

—Detén el barco, True. Hemos llegado.

—¿Sí? ¿Por qué estás tan seguro?

—Una corazonada.

—Una corazonada, ¿eh? ¿Esperas que me lo crea? Tu padre te lo dijo, ¿verdad?

—Hace mucho tiempo, gracias a la sabiduría que otorga el whisky. Dijo que la guarida del dragón estaba ahí abajo. Dijo que los Wallace estábamos malditos, y que el mismísimo diablo acechaba en la sombra de nuestra alma.

—La bebida no otorga la sabiduría, Zack, solo ignorancia. No tienes por qué hacer esto. Hay mejores formas de morir.

—Y mejores formas de vivir.

—Al menos, déjame ir contigo. Puedo conseguir que me manden un segundo traje en menos de ocho horas.

—Lo siento, chavalote, pero se trata de algo privado. Enséñame cómo se utiliza este traje de buceo.

El hombre ha estado buscando formas mejores de explorar las profundidades desde que los humanos descubrieron que podían contener el aliento. El reto consiste en transportar una provisión de aire adecuada, al tiempo que se solucionan las complejidades relacionadas con la presión del agua. En el agua del mar, el peso del agua aumenta una atmósfera cada diez metros, lo cual significa que, a diez metros, la presión del agua se duplica, a veinte se triplica, y así sucesivamente. A medida que la presión aumenta, el volumen de aire contenido en un espacio delimitado decrece en la misma proporción, y la densidad del aire se comprime de la misma manera. Para los seres humanos, esto significa que, cuanto más desciende un buceador, mayor es el «estrujón» de los espacios de aire en el interior del cuerpo, incluyendo los pulmones y las cavidades sinusales. La actividad prolongada bajo el agua puede provocar aumentos peligrosos de nitrógeno en el torrente sanguíneo, lo cual impone un tope de treinta y nueve metros a los buceadores.

Para acceder a profundidades mayores fue necesario proteger al buceador de estas enormes presiones, lo cual condujo a la invención del primer traje de buceo atmosférico, o ADS. Un ADS es un traje submarino con casco, y su presión interior se mantiene a una atmósfera. Con un ADS no hace falta comprimir o descomprimir. Tampoco se necesitan mezclas de gases especiales, y los períodos de inmersión pueden prolongarse muchas horas, y los buceadores pueden alcanzar con toda comodidad profundidades superiores a los setecientos cincuenta metros.

Los primeros trajes de buceo atmosféricos surgieron en el siglo XVII. Parecían enormes armaduras con largas mangueras neumáticas, y fueron inventados para que los cazadores de tesoros pudieran explorar barcos hundidos. Los avances continuaron durante el siglo XX, y condujeron al desarrollo del traje JIM, bautizado con el nombre del jefe de los buceadores de pruebas, Jim Jarren. El traje JIM permitió mayor libertad de movimientos en aguas más frías y profundas, y atrajo enseguida la atención de la industria del gas y el petróleo, que necesitaban un medio de efectuar reparaciones en oleoductos en aguas profundas.

Con el dinero del petróleo invertido en la tecnología, el traje JIM no tardó en convertirse en el traje UASP, que utilizaba propulsores en lugar de piernas articuladas. Si bien eran más voluminosos y ocupaban más espacio en la cubierta, el UASP concedió a los buceadores mayor autonomía y movilidad bajo el agua, y se convirtió en la bestia de carga de la reparación de oleoductos.

El Newt Suit combinaba lo mejor de ambos mundos. Al igual que el JIM, el Newt parecía un traje espacial, con una mochila añadida que albergaba depósitos de aire, un sistema de respiración artificial, hélice y propulsores, que el buceador operaba utilizando los controles situados dentro de sus botas. El casco estaba hecho de fibra acrílica transparente y pesada, de modo que la visión era siempre perfecta, con pinzas de dos dientes para agarrar que se prolongaban de las «manoplas» del traje.

True me explicó todo esto mientras acoplaba el armazón de apoyo del Newt Suit y el cabestrante incorporado a la barandilla de estribor.

—El traje tiene veinte articulaciones, con lo cual es fácil de maniobrar, y la superficie de aluminio es liviana comparada con la de los viejos JIM. El problema con el que se encontrará un novato como tú es el lidiar con las aguas turbias y las corrientes. El traje tiene un área de superficie grande, lo cual significa que recogerá una gran cantidad de agua. Si quedas atrapado en una corriente fuerte, te convertirás en una cometa submarina humana. Si eso sucede, y sucederá, necesitarás la hélice y los propulsores. Se controlan con los pedales de las botas. Bota derecha, propulsores; bota izquierda, hélice. Los depósitos de aire de la mochila te concederán tres horas de aire, pero el umbilical proporciona otras cuarenta horas, aunque no las necesitarás.

—¿Umbilical?

—Sí. Un extremo está conectado con la mochila, el otro a este sistema de respiración artificial de flotación libre. —True señaló un tonel de aluminio de metro y medio—. Esta unidad contiene la fuente de energía de tu mochila, más un reciclador de oxígeno independiente y un sistema de comunicación con la superficie. Tuve que añadir un generador pequeñito para alimentar esas luces submarinas. Dos luces van acopladas a la mochila, una de cara hacia atrás, la otra hacia delante. La tercera luz va sujeta en la parte delantera de la pretina, y te permite manejarla con la pinza. Puede encenderse y apagarse con independencia de las dos luces más grandes, por si acaso

quieres reservar tus baterías.

—Tres luces deberían bastar.

—Sí, pero a mí me gustaría llevar el foco de un faro sujeto a mi culo. Ahora presta atención, voy a explicarte el funcionamiento de estos explosivos de demolición.

True abrió una caja de madera y sacó un pequeño tubo metálico del tamaño de un puro habano, junto con un tapón de plástico rojo.

—A esto lo llamamos G-SHOK. En la plataforma petrolífera los utilizábamos para eliminar rocas y escombros. Vienen en dos partes. Esta pieza larga es el cartucho. Está lleno de gas líquido muy comprimido, y en el extremo hay un cebo. La cápsula roja es una espoleta eléctrica. Si empalmas la cápsula con el cebo, envía una pequeña descarga al líquido, lo cual provoca una reacción en cadena. Al cabo de diez segundos, el gas aumenta ochocientas veces de volumen, y ¡bum!

—¿El bum será muy grande?

—Lo suficiente para partir una roca. Si necesitas más de diez segundos, el encendedor de la espoleta puede ser detonado utilizando la opción del temporizador. Ajusta el temporizador que hay en la parte exterior de la cápsula entre uno y tres minutos, y lo encajas con el cartucho, igual que antes.

—¿Y cómo se supone que llevaré todo este material?

—Después de meterte en el Newt, se ciñe un cinturón polivalente alrededor de tu cintura. El cinturón contiene compartimientos para una docena de G-SHOK y cápsulas.

—¿Algo más?

—En esa caja hay un jersey de lana viejo. Será mejor que te lo pongas. El traje lleva calefacción, pero el agua es más fría en el fondo.

Agarré el traje, y después reparé en un hombre que paseaba por el muelle de Aldourie.

True miró el Newt Suit, indeciso.

—Zack... ¿Y si te dijera que hay otra manera de llegar allí..., o sea, a la guarida del monstruo?

—Oye, ¿ese no es tu padre?

Señalé al viejo MacDonald, que nos estaba mirando.

—Mierda, es él.

—¿Qué está haciendo?

—Vigilar, no te quepa duda. Maldito templario.

—¿Qué decías de acceder a la guarida?

—Hum... Nada. Venga, si vas a hacerlo, acabemos cuanto antes.

Me metí en la parte inferior del Newt Suit, mientras True conectaba el cordón umbilical con el tonel de aluminio y la mochila.

—¿Preparado?

Asentí, mientras deslizaba los brazos y la cabeza en la mitad superior del traje de buceo, y True lo alzaba sobre mí. La pretina encajó con un chasquido sobre la parte inferior. True cerró los goznes en ambos lados de la cintura.

El sudor resbalaba sobre mi cara, y el visor del casco se empañó. Extraje la mano de su manga y me sequé la frente, mientras True abría las válvulas de los depósitos de la mochila.

Un chorro de aire frío invadió el casco y disipó la niebla.

Levanté los brazos, asombrado por la flexibilidad de los apéndices.

True ciñó el cinturón polivalente alrededor de mi cintura, y después sujetó sobre mi espalda la abultada mochila, con las luces submarinas y los depósitos de aire. Habría caído por la borda de no ser porque el traje estaba sujeto con un cable a su armazón de apoyo.

—Tranquilo, Zack. Cuando te hayas sumergido, te sentirás mas equilibrado.

True activó el cabestrante y me alzó de la cubierta. Miré hacia abajo y vi que mis botas pasaban por encima de la barandilla, y después me hundí poco a poco en el agua hasta el pecho.

Durante un largo momento me quedé colgando, con los pies en el agua y la parte superior de mi cuerpo todavía sujeta al cabestrante. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando pensé en lo que me aguardaba.

Me concentré en el ruido de mi respiración, hasta que el ruido de la estática resonó en mi oído derecho.

—¿Me oyes, Zack?

—Alto y claro.

—Vamos a repasar la lista. Activa los propulsores con el pulpejo de tu pie derecho. Utilízalo como el acelerador de un coche.

Apreté con demasiada fuerza, y los potentes propulsores gemelos me lanzaron de cabeza contra el cabestrante.

—¡Tranquilo!

—Lo siento. —Me relajé, mientras el Newt Suit se meneaba como un corcho—. Ha sido guay.

—No estamos en una atracción de feria. La hélice está en el pedal de tu pie izquierdo, y está diseñada para que te muevas en horizontal. No la utilices hasta que estés cerca del fondo.

—Comprendido

—Busca el conmutador de palanca de tu guante izquierdo. Es el conmutador que controla tus luces submarinas.

Accione el conmutador, y el foco encarado hacia delante iluminó la superficie oscura.



—Funciona bien.

—Utiliza las pinzas, coge uno de los G-SHOK de tu cintura. Asegúrate de poder aferrar a la vez el cartucho y la espoleta..., ¡pero no los armes!

Necesité varios intentos para poder manipular los mecanismos de las pinzas de ambos mitones.

—No sufras. Creo que estoy preparado.

—Y yo creo que has perdido el juicio —masculló True, mientras pasaba por encima de la barandilla. Alzó ambos pulgares, desconectó mi cable de apoyo y me hundí.

Fue una sensación aterradora, caer como un ancla en la oscuridad, y el pánico se apoderó de mí, de modo que olvidé todo cuanto acababa de aprender.

—¡Propulsores, Zack! ¡Bota derecha!

Presioné con el pie, y respiré con más facilidad cuando los propulsores aminoraron la velocidad de mi descenso.

El rayo de mi luz delantera perforó las tinieblas. Estaba cayendo a través de un mundo de color té, pero todo parecía dar vueltas. Cerré los ojos con fuerza, porque me sentía mareado.

—Háblame, Zachary.

—Mareado, estoy un poco mareado.

—Estás dando vueltas. Mira dentro de tu casco. Debajo de tu mandíbula inferior, verás una serie de indicadores.

Abrí los ojos y me concentré en la pantalla digital.

—Comprueba tu brújula, es naranja. Muestra la dirección y el rumbo, como en un submarino. Pulsa de nuevo los propulsores y páralos por completo.

Obedecí.

—Ya está.

—Dime la profundidad.

—Sesenta y nueve metros.

—¿Has dejado de dar vueltas?

—Sí.

—Bien. Disminuye la velocidad de los propulsores y continúa bajando, mientras me cantas la profundidad.

—Setenta y ocho. Noventa. Noventa y nueve...

—No bajas tan deprisa. Aminora la velocidad con suavidad.

—Ciento cinco. Ciento once.

—Así está mejor. Bien, la luz de tu cintura está sujeta. Encájala en las pinzas de tu guante derecho, para cuando estés cerca del fondo.

—Recibido. —Encajé la luz en mi pinza derecha y apunte el rayo hacia la oscuridad, con una mayor sensación de control—. Ciento treinta y ocho. Ciento

cincuenta. Ciento sesenta y dos...

—No te confíes, Zack. Baja poco a poco. ¿Qué ves?

—Poca cosa. Incluso con luz, la visibilidad es inferior a cinco metros. Fuera del rayo, la negrura es absoluta.

—Como nadar en tinta. Quiero que no te olvides de la pantalla digital. ¿Qué curso sigues?

—Sur, uno-cinco-dos grados.

—No descuides tu posición, o empezarás a andar en círculos. Por cierto, dejando aparte tu sistema de apoyo, el cordón umbilical funciona bien. ¿Cuál es tu profundidad?

—Uf, acabo de rebasar los doscientos diez metros.

—¡Activa los propulsores, antes de que te entierres en el fondo!

Obedecí, y aminoré la velocidad de mi descenso hasta que recuperé la flotabilidad neutral.

—Estoy bien... Estoy bien.

—¿Bien? Se me está encaneciendo el pelo. Comprueba de nuevo tus indicadores.

Estaba a doscientos diecisiete metros de profundidad, la presión exterior era superior a veinte atmósferas, y la temperatura de tres grados.

Dentro, estaba seco y frío.

Sentí una corriente en la espalda y dejé que me empujara hacia delante, mientras bajaba la vista y apuntaba la luz manual.

El fondo se hallaba a seis metros de mis botas. Era un turbio desierto de lodo, su llana extensión profanada de vez en cuando por bosquecillos petrificados de pinos escoceses. Los enormes árboles estaban hincados en el hollín, emitían diminutos chorros de gas, y sus ramas cubiertas de plancton se extendían hacia mí como los brazos podridos de los muertos del lago Ness.

«Jesús... ¿Qué estoy haciendo aquí?»

—Zack, ¿sigues vivo?

—Lo siento. Supongo que vago a la deriva, estoy a unos seis metros del fondo.

—¿Has visto a nuestro amigo?

Había estado tan preocupado por sobrevivir al descenso, que me había olvidado por completo del monstruo.

Paseé la vista a mi alrededor, nervioso, mientras los focos de mi hombro daban vueltas como la luz de un faro.

—No veo nada.

—¿Alguna cueva?

—Nada.

—A juzgar por la dirección de tu cordón umbilical, veo que te diriges hacia el sur. ¿Quieres ir hacia el sur?

Consulté la brújula digital. Uno-siete-dos... Tenía razón, iba hacia el sur.

—Preparado.

Con el pie izquierdo, activé por primera vez la hélice.

El potente motor me lanzó a través del mundo alienígena, con los brazos extendidos hacia delante como un ciego, mientras surcaba el abismo a ocho nudos.

Aminoré la velocidad de la hélice, y después activé los propulsores para girar. Al cabo de algunos intentos, pude estabilizar el curso a cero-nueve-cero, en dirección este, hacia la orilla oriental del castillo de Aldourie.

Volé a través de la oscuridad, y la intensidad de los latidos de mi corazón provocó que las arterias de mi cuello palparan. Miré a izquierda y derecha, como un antílope solitario en una llanura infestada de leones.

Y entonces, mis ojos captaron un movimiento, una luz trémula en el fondo.

Aminoré la velocidad y di media vuelta, mientras escudriñaba el vacío gris y marrón.

Y entonces, lo vi.

Era una anguila, grande, de unos tres metros de largo, solo que no se deslizaba como una serpiente de mar, sino que colgaba en vertical sobre el fondo, el extremo de su cola enterrado en el sedimento, la cabeza apuntada hacia la superficie.

Mientras derivaba lentamente sobre la anguila, mi luz se reflejó en los ojos opacos de otra, y de otra, y de docenas más, todas petrificadas en la misma postura vertical, como un ballet de cobras en trance.

—¿Qué ves, Zack?

—Anguilas. Debe de haber cientos. Están colgando sobre el fondo, como erguidas sobre un extremo. Es siniestro.

—Y peligroso. Mantente alejado.

—Espera... Veo otra cosa.

Me impulsé hacia delante gracias a la hélice y apunté mi luz hacia el fondo. El haz captó el borde dentado de una sombra oscura. Me acerqué más y vi que no era una sombra, sino un abismo, que partía el fondo del lago como una versión en miniatura del Gran Cañón.

—Es una zanja estrecha, y parece muy profunda. Las anguilas están colocadas a su alrededor, casi como centinelas montando guardia.

—Si puedes, mantente a favor de la corriente. Las anguilas son cortas de vista, pero si te huelen...

—El precipicio tiene unos dieciocho metros de anchura. Si floto sobre él, creo que podré descender sin molestar a las anguilas.

Presioné con suavidad mis propulsores, me elevé sobre la grieta y volví a conectar la hélice. Di vueltas poco a poco, y la luz manual enfocó un agujero tan profundo que parecía absorber toda mi luz.

En ningún momento reparé en el segmento alargado de sedimento, de unos cinco metros y medio de altura, que serpenteaba algo más de quince metros a lo largo del borde de la grieta. Tampoco vi los dos ojos amarillos que centelleaban mientras yo daba vueltas.

—Preparado, True, allá voy.

Levanté los pies de ambos controles de las botas, y permití que el peso del Newt Suit me hundiera... muy deprisa... ¡demasiado deprisa!

Al percibir la repentina alteración, las anguilas rompieron su formación. Giraron con un frenesí caótico y se abalanzaron sobre mí, atacando mis brazos y piernas desde todos los ángulos, golpeando el casco y la mochila con sus poderosos cuerpos. Intenté ahuyentarlas, pero había demasiadas, y yo me movía con excesiva lentitud. Las luces alejaban a la mayoría de mi rostro, pero atacaban mis piernas sin piedad, y sus afilados dientes se clavaban en mi piel metálica, sus torsos musculosos azotaban mi mochila, y yo me mantenía quieto por miedo a perder presión dentro del ADS.

Entonces, el ataque cesó con tanta celeridad como había empezado.

—Jesús...

Respiré hondo varias veces, y después extraje el brazo izquierdo de su manga y me sequé el sudor de la cara.

—¿Estás bien, Zack?

—Las anguilas... se han lanzado sobre mí, todas a la vez... Después, desaparecieron de repente. Santa mierda..., y ahora sé por qué.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Paseé la vista a mi alrededor y me di cuenta de que había caído en el abismo... y seguía cayendo.

—True, estoy descendiendo por el cañón. Preparado.

Apreté el pie derecho, conecté los propulsores y aminoré la velocidad de mi descenso. Levanté el brazo derecho, apunté la luz manual y miré a mi alrededor, mientras un aluvión de sedimento caía en la grieta desde arriba y me impedía ver.

Y entonces, algo inmenso se lanzó de costado hacia mí con la fuerza de una locomotora, una inmensa presión estrujó mi cerebro y perdí la conciencia.

Bien, el día que vi al monstruo fue a finales de septiembre, y yo volvía de Inverness. Llegué a lo alto de la colina, desde la cual se veía la bahía, eché un vistazo y vi un bulto grande. Lo más aproximado que puedo decirle es que parecía un barco volcado. Mediría unos diez metros de longitud, y sobresalía del agua casi tres metros. Era una mezcla de marrones, verdes y colores fangosos. Lo vi a saltos unos segundos, porque estaba conduciendo. Debí de verlo tres o cuatro veces más, y la última vez que miré había desaparecido. Pensé para mí: «Ahí está Nessie. Ya era hora de que lo viera, llevo viviendo aquí un año». Y entonces, algo en el fondo de mi cabeza me dijo: «No es tan solo Nessie, ha de ser el monstruo del lago Ness, en el que tanta gente ha invertido miles de libras para encontrarlo, y tú estás contemplando el maldito bicho». Casi me salí de la carretera, pero por suerte no lo hice, porque teníamos un coche nuevo. ¿Se imagina cuál habría sido la demanda del seguro?

Cuando llegué a casa, pensé: «Necesito un buen trago». Pero no había bebida en casa, de modo que pensé: «De acuerdo, un café bien cargado será suficiente».

VAL MOFFAT,  
residente del lago Ness,  
septiembre de 1990

# Capítulo 33

## *Castillo de Inverness*

No había presentes miembros de los medios, solo dos guardias estupefactos y Francesca Kasa, la enfermera particular de mi padre, que contemplaban el cuerpo de Angus derrumbado en el suelo de su celda.

—¡Escúchame, Angus! ¡Estás sufriendo un infarto! Espera, he llamado al hospital y la ambulancia ya viene.

La enfermera se volvió hacia los dos guardias, mientras Angus continuaba gimiendo.

—No conseguirán bajar una camilla por la escalera de caracol. Hemos de llevarle arriba. ¡Venga, movámonos!

Los dos guardias se precipitaron al interior de la celda.

La ambulancia subió a toda velocidad por el camino de entrada del castillo de Inverness, precedida por los aullidos de la sirena, y después dio marcha atrás hacia los barracones de la policía, justo cuando los guardias salían con Angus.

Una mujer bajó de la parte posterior de la furgoneta, con el largo pelo negro como ala de cuervo recogido bajo la gorra. Con la ayuda de un guardia, sacó la camilla.

—¡Tiéndanle, deprisa!

Los guardias obedecieron, en el momento en que su superior, el capitán Douglas Galliac, llegaba corriendo desde su puesto de guardia.

—¿Qué le ha pasado?

La enfermera Kasa sujetó a Angus a la camilla, mientras la paramédica revoloteaba sobre él y le auscultaba el corazón con un estetoscopio.

—Infarto de miocardio... Infarto generalizado.

—Debe de ser un coágulo de sangre en una o más de las arterias coronarias —dijo la médico de urgencias—. Le voy a administrar Retavase.

La paramédica empalmó una bolsa intravenosa a la camilla y pasó el extremo de la aguja a la enfermera, que pinchó a Angus.

—¡Ay!

El capitán Galliac palideció.

—¿Va a superarlo? ¿Adónde le llevan?

—¿Usted qué cree? —gritó la enfermera a modo de respuesta.

—¡Bien, no puedo permitir que se lo lleven, está condenado por asesinato!

—Y podría morir si lo retiene aquí. Así podrá explicar a los medios que la oficina del sheriff ejecutó al prisionero sin ni siquiera haber sido sentenciado.

—¿A qué estamos esperando? —gritó la conductora desde el asiento delantero de la ambulancia—. Tenemos a un equipo médico esperando para efectuar un angiograma y una endoprótesis vascular de urgencia.

—Put a mierda... Mastramico, Edwards, subidle a la ambulancia, los seguiremos hasta el hospital. He de localizar al sheriff. ¡Y nada de medios!

La paramédica y la enfermera subieron en la parte posterior de la ambulancia, mientras los dos guardias levantaban a Angus con la camilla. Las puertas dobles se cerraron de golpe, y la ambulancia partió a toda velocidad.

El vehículo de urgencias bajó por el sinuoso camino de Castle Street, y su sirena alertó a una segunda ambulancia, idéntica a la primera, que había estado esperando al pie de la colina desde hacía diez minutos.

La primera ambulancia, conducida por Theresa Cialino, se desvió hacia la carretera principal y obligó al tráfico a apartarse, mientras el segundo vehículo de urgencias, conducido por su primo, James Fox, se demoraba lo suficiente para que el coche del sheriff apareciera en su retrovisor. En ese momento, aceleró, se mezcló entre el tráfico y dobló a la izquierda.

Brandy contemplaba la escena desde la parte posterior de la primera ambulancia, mientras se quitaba la bata del servicio de urgencias.

—Ha sido divertido. Nunca había sido una fugitiva.

—Cómplice, muchacha, yo soy el fugitivo. —Angus se encogió de dolor cuando se sacó la intravenosa del brazo—. ¿Falta mucho, Theresa?

—Dos minutos, aguanta.

Theresa enmudeció la sirena, salió de la carretera principal y entró en un parque industrial. Aminoró la velocidad para pasar por encima de las bandas sonoras y siguió un callejón hasta una hilera de garajes.

Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un mando a distancia y lo activó.

La penúltima puerta de garaje se abrió y reveló un Audi TT Roaster 2004 plateado.

Angus, vestido ahora con un chándal Nike negro y gafas de sol, bajó de la ambulancia.

—Bien hecho, equipo. Brandy, tú vendrás conmigo. Theresa y Francesca, ya sabéis qué hay que hacer.

La enfermera besó a Angus en los labios apasionadamente.

—No te preocupes por nosotras, todo irá bien.

Angus le dio una palmadita en el trasero.

—Ya lo creo, pero si vuelves a besarme así, acabaré de veras en el hospital.

## *Lago Ness*

Los ojos de True MacDonald se abrieron de par en par cuando trescientos metros de cable umbilical desaparecieron bajo la superficie.

—Zachary, ¿me oyes? ¡Habla, Zachary!

Cuando desapareció el resto del cable, el barril de aluminio flotante salió disparado sobre la superficie a una velocidad de quince nudos, en dirección a la orilla oriental.

—¡Mierda!

True entró corriendo en la timonera y puso en marcha los motores gemelos. El yate salió en persecución del barril.

El depósito de aluminio golpeó la orilla con un fuerte ruido metálico, dio tres vueltas, y después fue arrastrado bajo el agua.

—¡Je... sús!

True cortó los motores y esperó a que el barril reapareciera. Como no lo hizo, encendió el motor y puso rumbo sur, en dirección al muelle de Aldourie.

—Se lo advertí una y otra vez, pero ¿me hizo caso? ¡Claro que no!

True dio marcha atrás y entró en el muelle. Tiró el cabo de proa a su padre.

—Ata eso, padre.

Alban obedeció.

—¿Qué ha pasado?

—Ya sabes lo que ha pasado. El monstruo se lo ha llevado.

—Entonces, está muerto.

—¡No está muerto!

Buscó en una caja de madera, agarró una linterna y las dos cargas submarinas restantes. Pasó por encima de la barandilla de estribor, saltó al muelle y se encaminó a la orilla, seguido por su padre.

—¿Qué vas a hacer, muchacho?

—Rescatar a Zack.

—¡No puedes! La guarida está prohibida, ya lo sabes.

—Me importa un huevo quebrantar el juramento de sangre —le dijo, al tiempo que corría hacia el castillo de Aldourie—. Zachary es mi mejor amigo.

—Escúchame, hijo... Si la bestia se ha apoderado de él, ya es demasiado tarde.

—Lleva un traje de buceo. Aún podría estar vivo.

—No es probable. —Alban le adelantó para cortarle el paso cuando llegó a un sendero invadido de malas hierbas—. ¡Espera, Finley!

True se detuvo.

—No te puse obstáculos cuando fuiste a buscarle a Invermoriston, pero esto es diferente. No puedo permitir que violes el juramento de sangre.

—Se acabó, padre. Angus tenía razón. Hay que hacer algo con esa bestia, y Zack



no puede hacerlo solo. O me ayudas o te apartas de mi camino, pero no me vas a detener. Hoy no.

True pasó de largo y rodeó el costado de la mansión barroca. Los muros de cemento manchados de óxido estaban invadidos por enredaderas, que ocultaban un pasadizo al aire libre en el primer piso.

True apartó el follaje y se abrió paso.

Puede ponerse en duda que desviaciones de estructura repentinas y considerables se propaguen de manera permanente en un estado de naturaleza. A veces, surgen monstruosidades que semejan estructuras normales en animales muy diferentes. Si formas monstruosas de la naturaleza son capaces de reproducirse (aunque no siempre se da el caso), su conservación dependería de circunstancias favorables muy poco usuales. También conseguirían cruzarse, durante las primeras y sucesivas generaciones, con la forma ordinaria, de modo que su carácter anormal se perdería casi inevitablemente.

CHARLES DARWIN,  
*El origen de las especies*, 1859

Si hubiéramos creído que el monstruo del lago Ness no existía, lo habríamos dicho en voz alta y clara. En cambio, la totalidad de las pruebas, los testigos oculares y el sónar me indujeron a afirmar, después de treinta días en el lago, que no cabe la menor duda de que existe algo que hay que resolver.

KIRA WOLFINGER,  
productora de la Expedición NOVA  
de 1998 al lago Ness

# Capítulo 34

## *Acuífero del lago Ness*

El agua fría me despertó. Noté que se filtraba dentro de mi Newt Suit y empapaba mi ropa.

Abrí los ojos.

Estaba en posición horizontal, suspendido del costado izquierdo, con los brazos mecánicos sujetos a mi espalda de cualquier manera. Me dolía la cabeza, mi mente seguía confusa, pero daba la impresión de que me estaba moviendo..., de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, surcando a gran velocidad la oscuridad.

Era una sensación peculiar.

¡Solo entonces me di cuenta de que estaba en las fauces del monstruo!

El animal debía haberse apoderado de mí cuando caía en la grieta, asiéndome de costado para evitar las luces.

Una oleada de miedo recorrió mi cuerpo como una corriente eléctrica. Intenté moverme, pero enseguida paré cuando noté que el animal compensaba mis esfuerzos cerrando más las mandíbulas sobre mi traje de buceo, ya bastante maltrecho.

Si quería, la drakonta me despedazaría en cuestión de segundos.

—¿True? —susurré en mis auriculares—. ¡True!

No hubo respuesta.

Extraje con sumo cuidado mis brazos de las mangas de aluminio y palpé con las manos el interior del traje. Noté que entraba agua por debajo de mi cuádriceps derecho... ¡por culpa de un diente afilado como un cuchillo que lo perforaba! Otro colmillo había agujereado una de las cápsulas de articulación de encima del hombro, y de ahí manaba sangre, y dos más habían perforado mi pierna izquierda y estaban apretando la carne.

Miré hacia atrás y vi el techo de la boca de la bestia. Una sola hilera de dientes curvos y afilados descendía hacia el centro de la garganta y llegaba al hueso mandibular de la anguila. Eran los «ganchos» de la naturaleza, que impedían escapar a la presa de la anguila.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando eché un vistazo a mi medidor de profundidad: doscientos cuarenta y cuatro metros. Puesto que la profundidad del lago en las cercanías del castillo de Aldourie era tan solo de doscientos diecisiete, teníamos que estar en la grieta. Antes de haber podido asimilar la gravedad de mi situación, caí en la cuenta de otra circunstancia desastrosa.

Cuando el monstruo me había mordido, había perdido la conciencia al instante, debido al repentino cambio de presión experimentado cuando los dientes perforaron el traje. Los dientes de la drakonta estaban ahora cerrando herméticamente los

agujeros. Cuando abriera la boca y sacara los dientes, ¡el súbito aumento de presión me aplastaría antes de poder ahogarme!

Mi cuerpo se puso rígido. Empecé a hiperventilar.

«¡Cálmate, Zachary, todavía no estás muerto! Respira.»

Abrí los ojos, miré por la burbuja transparente del casco y me di cuenta de que las luces no funcionaban. Palpé dentro del guante izquierdo y comprobé que el interruptor estaba desconectado, tal vez un acto reflejo antes de desmayarme.

Sopesé la posibilidad de activarlo, pero tuve miedo de asustar al monstruo. No podía hacerlo, y menos a esas profundidades.

Miré hacia abajo y me concentré en mis instrumentos.

El curso era cero-seis-cero. Nos estábamos moviendo en dirección este nordeste..., solo que ahora la profundidad iba en descenso.

Doscientos diecisiete metros... Doscientos cuatro metros... Ciento ochenta y nueve...

¿Dónde estábamos? ¿En el lago Ness, o en el pasaje submarino, en dirección al mar del Norte?

Tenía que averiguarlo.

Introduje la mano derecha dentro de mi manga y busqué las pinzas, sin dejar de sujetar la luz manual. Contuve el aliento, apreté el aparato como el gatillo de un revólver y activé el pequeño faro.

—Oh, Dios...

El vello de la nuca se me erizó, y nuevas oleadas de miedo inundaron mi mente.

Mi rayo estaba iluminando el interior de la cabeza del monstruo, un horrendo orificio erizado de filas de dientes afilados como estiletes. Los colmillos superiores e inferiores medirían fácilmente veinte centímetros, y los incisivos más pequeños eran más chatos, y anchos como mi mano.

Parecía un milagro que hubiera sobrevivido al ataque inicial del monstruo. Ahora, la pregunta era: ¿adónde me estaba llevando?

Giré un poco el antebrazo y ajusté la luz del foco para que saliera por el lado de la boca abierta del monstruo.

El círculo de luz perforó la negrura y reveló empinadas paredes de roca.

¡Estaba en lo cierto! Habíamos dejado atrás la pared oriental del lago Ness, y ahora estábamos recorriendo un pasaje subterráneo que nos conduciría al mar del Norte.

Sabía que nunca llegaríamos, pues el túnel estaba cortado en algún punto.

Mis músculos temblaban, y tuve la impresión de que mi vida estaba llegando a sus últimos y preciosos momentos.

El indicador de profundidad continuaba subiendo. Ciento setenta y un metros... Ciento sesenta y tres... Ciento cincuenta y seis...

Y de pronto, nos estabilizamos y mis oídos se destaparon, y cerré los ojos a la espera de morir.

Y esperé...

Y esperé...

Volví a abrir los ojos, y salí volando de la boca del monstruo, arrojado a la oscuridad.

Una repentina y dolorosa sacudida me dejó sin aliento cuando aterricé sobre la mochila contra lo que tenía que ser roca sólida.

Me desplomé dentro de mi traje roto, incapaz de respirar, mientras mi mente me chillaba que encendiera las luces.

Jadeante, conseguí activar el interruptor de mi guante izquierdo, y encendí las tres luces.

El rayo de delante alcanzó al monstruo en sus horrendos ojos amarillentos, y retrocedió a toda prisa hacia el río subterráneo desde el cual habíamos llegado.

Mi mente pugnó por recordar la espantosa imagen, mientras mi pecho se esforzaba por inhalar aire.

La cabeza del monstruo era colosal, y su cara, una combinación de anguila gigante y murciélago. Las ventanas de la nariz achatada eran pronunciadas, y revelaban una boca erizada de una serie de dientes alargados que avergonzarían a un tiranosaurio. La mayoría estaban encajados dentro de la mandíbula, pero varios de los colmillos más largos sobresalían de la boca en ángulos caprichosos, como en el caso de un rape, y me pregunté si el animal podía cerrar las mandíbulas sin empalarse. Una espesa crin comenzaba en lo alto del cráneo, que estaba cubierto de lesiones purulentas, y sus ojos eran una versión amarillenta de aquellos que me habían mirado hacía una eternidad en el mar de los Sargazos.

Contemplé el rayo de luz, que terminaba en el estanque de aguas oscuras y estancadas, consciente de que el monstruo estaba esperando bajo su superficie gorgoteante.

Todo me dolía, cada vez que respiraba me acordaba del momento en que había aterrizado en el suelo. ¿Dónde me hallaba? Ya no estaba bajo el agua, de eso no cabía duda. No obstante, mis indicadores me informaron de que me encontraba a ciento cincuenta y cuatro metros bajo la superficie.

Intenté cambiar de posición dentro del enorme peso del traje de buceo, pero solo conseguí sentarme de una forma incómoda. Con el foco delantero apuntado a la superficie del agua, moví el brazo derecho y apunté la luz que sostenían las pinzas a mi nuevo entorno.

Me hallaba en una inmensa caverna subterránea, sin duda tallada en la geología del Great Glen durante el último período glacial. Sobre mi cabeza, las estalactitas rezumaban gotas de humedad desde un techo arqueado que se extendía doce metros

sobre el estanque de aguas oscuras. El acuífero mediría unos dieciocho metros de anchura, y corría de oeste a este a través de la cámara de roca, similar a un túnel, para morir en un muro derrumbado a mi izquierda. Al otro lado de la vía fluvial había una orilla dentada más ancha que daba la impresión de correr paralela al río, siguiendo la longitud del pasaje, hasta donde llegaba mi haz de luz.

Yo estaba en la orilla norte, que parecía más un pequeño afloramiento rocoso. Hice girar las pinzas de mi manopla derecha y dirigí la luz manual hacia el lugar donde me hallaba sentado.

—Oh, Dios...

¡Estaba tendido sobre pilas de escombros compuestos de carne y huesos podridos! Algunos eran restos de animales, pero otros eran humanos.

«La guarida del dragón. ¡La visión de mis terrores nocturnos!»

Oleadas de terror amenazaron con arrojarme a un mar de locura.

«¡Esto no está pasando! ¡Hace seis meses estaba en el soleado sur de Florida, trabajando en la universidad! ¡Hace seis horas estaba haciendo el amor con Brandy MacDonald en la habitación de mi hotel!»

—¡No... no... no! —Me sobresaltó oír mi propia voz apagada—. No estoy aquí... Estoy dormido. ¡Despierta, Zachary! ¡Despierta de una puta vez!

Pero sí estaba allí, rodeado de los peores horrores que había imaginado, y ahora necesitaba que el hemisferio izquierdo de mi cerebro tomara el control, antes de que el derecho me enviara al fondo de un abismo mental.

—¡Basta! ¡Mantén la calma! Escúchame, Wallace, estás vivo. Estás vivo dentro de una caverna, dentro de un acuífero. Has salido del agua, y estás tendido sobre un afloramiento rocoso. Estás rodeado de aire, lo cual significa que la presión es correcta. Utiliza tus luces, utiliza tu inteligencia, ¡y encuentra una puta forma de salir de aquí!

Las palabras de ánimo devolvieron la lucidez a mis pensamientos.

—Muy bien, Zack, iremos paso a paso. Paso uno, has de salir de este Newt Suit, porque solo así conseguirás moverte. Paso dos, has de llegar a ese dique. Paso tres, vas a colocar los explosivos en los escombros y...

Mis luces parpadearon y disminuyeron de intensidad.

Mi corazón se aceleró.

Y entonces, los oí..., susurros en la oscuridad, que avanzaban hacia mí desde las sombras.

«Paso cuatro, vas a ser presa del pánico...»

## *Castillo de Aldourie*

La luz grisácea del día se filtraba a través de los antiguos cristales manchados, y arrojaba sombras góticas sobre los pasillos de la mansión desierta.

True y su padre se abrieron paso a través de décadas de telarañas y polvo, hasta llegar al estudio, sorprendidos al ver la puerta entreabierta.

True hizo una seña a su padre, para después abrir de un tirón la puerta y precipitarse al interior, donde descubrió asombrado a su hermana, parada junto a una inmensa chimenea de piedra y mortero.

—¿Brandy?

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Alban.

Antes de que True pudiera responder, una voz gritó desde dentro de la chimenea:

—¡Está atascada!

Angus pasó por debajo de la repisa y salió de las sombras, con la cara y las manos cubiertas de hollín.

—Vaya vaya, parece una reunión de familia disfuncional.

—No tenías que haber traído a Brandy aquí, Wallace —dijo Alban—. ¡Hiciste un juramento!

—Que les den por el culo a los Caballeros Negros, y que te den por el culo a ti también, Cascarrabias. La vida de mi hijo es más valiosa que cualquier juramento. — Se volvió hacia True—. Me alegro de verte, grandullón. Sé amable y préstanos tu corpachón, el pasadizo está atascado.

True miró a su padre, y después se reunió con Angus dentro de la chimenea. Los dos empujaron la pared del fondo, hasta que la mampostería giró sobre su pivote y dejó al descubierto un hueco oscuro, que recordaba el pozo vertical de una mina.

El pozo se hundía en la tierra, al igual que una gruesa cuerda enlazada alrededor de una polea, sujeta a una viga de acero que corría sobre sus cabezas.

Angus tiró de un extremo de la cuerda y levantó una pequeña plataforma de madera.

—¿Traes cargas, True? Tal vez las necesite para volar los escombros que bloquean el túnel.

—Solo tengo dos, pero deberían bastar. En cualquier caso, te voy a acompañar.

—Yo también —dijo Brandy, y se apretó entre ambos.

—Ella no irá a ninguna parte —gruñó Alban—. No es un Caballero Negro...

—Ni soy una MacDonald —replicó la joven—, ¡ya no! Es posible que tu sangre corra por mis venas, pero has tratado al monstruo mejor que a tu propia hija.

—Soy tu padre, y me harás caso...

—¿Padre? No has sido mi padre desde..., desde que mi madre murió, así que no intentes hacer valer tu autoridad sobre mí.

Alban empezó a decir algo, después calló, al ver la ira en el rostro de Brandy,

como si fuera la primera vez que la veía.

—Dios mío, ahora que te veo..., es como verla a ella. Te has convertido en una mujer hermosa. Tienes los ojos y los pómulos de tu madre, pero también mi carácter, Dios se apiade de ti.

—Que Dios se apiade de todos nosotros —murmuró True.

—Tienes razón, Brandy. No merezco ser llamado padre. —Se secó las lágrimas—. Lamento lo que te hice. No espero que me perdones, pero nunca me perdonaría si te dejara exponerte al peligro.

La ira de Brandy se calmó, y sintió un nudo en la garganta.

—¿Por qué lo dices ahora, viejo idiota?

—Tu madre... solía hacerme entrar en razón. Soy un viejo testarudo, pero tal vez pueda cambiar. Si me dejas, quizá pueda enmendar algunos yerros antes de que me entierres, ¿eh?

Angus asintió.

—Bien dicho, hermano caballero.

Brandy avanzó hacia su padre, pero Alban, sin saber cómo reaccionar, la paró con algo a medio camino entre un abrazo y una palmada en la cabeza.

—Muy bien, escuchadme ahora, los dos os vais a quedar aquí, solo yo acompañaré a Angus abajo.

True empezó a protestar, pero la expresión ceñuda de su padre zanjó la discusión.

Alban entró en la chimenea y rebuscó en el pozo. Sujetó los dos extremos de la cuerda y pisó con cuidado la plataforma.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hice. Vamos, hermano Wallace, tu chico necesita nuestra ayuda.

—Espera, Angus, coge esto.

True le dio los dos G-SHOK, y le enseñó a toda prisa a armar las espoletas.

Angus se guardó los explosivos en el bolsillo, comprobó las linternas, se puso al lado de Alban y agarró el lado derecho de la cuerda.

Los dos Caballeros Negros de la Orden del Temple soltaron el cable y dejaron que el contrapeso hiciera descender lentamente el montacargas hacia la oscuridad.



## ***En la guarida de la drakonta***

Estaban por todas partes, daban vueltas en las aguas estancadas del acuífero, reptaban tras de mí sobre las rocas, surgían de las sombras. Anguilas... Docenas, tal vez centenares. La saliva gorgoteaba en el fondo de sus gargantas, y los sonidos agudos llegaban a mis oídos como si fueran susurros.

Grité a pleno pulmón con la esperanza de asustarlas, pero el casco apagó el sonido, y sus lesiones cerebrales las inmunizaban.

Necesitaba hacer algo, y de prisa.

Mis luces parpadearon de nuevo y saltaron chispas a mi espalda. ¡Las anguilas estaban mordiendo los cables conectores de mi mochila!

Lancé contra ellas mi brazo mecánico con un gruñido, pero el alcance limitado del movimiento lo convirtió en inútil.

«Tendría que haber hecho caso a Brandy... Tendría que haber hecho caso a True. Pero nooooo, tenías que hacerte el tío duro, tenías que hacer frente a tus miedos como el jodido de sir William. ¡Idiota! ¿Se te ocurrió en algún momento que tal vez los sueños te estaban advirtiendo de que no bajaras aquí?»

Mis ojos captaron un movimiento. Ajusté el ángulo de mi rayo.

A la tenue luz vi la lechosa superficie gris del río y un par de ojos amarillentos, cuando se zambullían de nuevo en el agua como los de un cocodrilo al acecho.

La drakonta no tenía prisa, esperaba a que mis luces fallaran.

«¡Muy bien, Wallace, piensa! Es probable que las anguilas se hayan zampado el cordón umbilical, de modo que dentro de pocos minutos toda la mochila fallará.»

La idea de quedarme en una oscuridad absoluta con aquellos depredadores era incluso más aterradora que morir. Aún tenía los explosivos, pero el peso del Newt Suit me imposibilitaba arrojar las minibombas.

Tenía que desprenderme de mi armadura protectora.

Solté la luz manual y tanteé la pretina de mi piel de aluminio con ambas pinzas, y luego me quité el cinturón polivalente que contenía las cargas. Después de grandes esfuerzos, conseguí quitarme las correas de la mochila.

El pesado ensamblaje de la hélice resbaló de mis hombros y cayó detrás de mí. El ruido provocó que varias anguilas huyeran entre las rocas.

Ahora solo me quedaba una luz de baja intensidad.

Con manos temblorosas, abrí los cierres de los pestillos que mantenían sujetas las dos secciones del Newt Suit.

Extraje los brazos de las mangas metálicas y empujé hacia arriba la parte interior de mi casco. El torso del traje de buzo cedió con un silbido y se separó de la mitad inferior.

Respiré hondo varias veces, me quité el peso del torso del ADS, y después lo dejé en el suelo con cuidado, por si me decantaba por una rápida huida.

Inhalé una húmeda bocanada de aire, salí de la mitad interior del ADS, y empuñé la luz manual, con la cual escudriñé el perímetro.

Las anguilas emitieron gorgoteos desde las sombras, con sus ojos iluminados por mi haz.

Estaba aterrorizado e indefenso por completo. La atmósfera de la cámara era rancia y acre, y era casi imposible respirar sin toser.

La luz parpadeó y su potencia se redujo a la mitad.

Tuve la impresión de que la sangre se helaba en mis venas.

Las anguilas se arrastraron hacia mí desde las sombras.

Empecé a toser de forma incontrolable, y la cámara dio vueltas a mi alrededor. Apunté la luz a la mochila rota, desprendí una bombona de aire y me la llevé a la cara para respirar.

Las anguilas cercanas al agua se alejaron a toda prisa cuando la drakonta salió del agua. De su espantosa colección de dientes goteaba abundante saliva.

Una gruesa capa de lodo cubría su cabeza, crin y cuello de serpiente, y en el tenue círculo de luz vi brillar un momento los colores del espectro.

¿Colores?

¡Era petróleo! Y estaba por todas partes, goteaba del techo, impregnaba el río.

Busqué en el suelo el cinturón polivalente... ¿Dónde coño estaba? «¡Allí, debajo de la parte superior del Newt Suit!»

Mi luz se apagó, le di varios golpes, desesperado, y resucité de momento el rayo.

La cabeza del monstruo se elevó, y el animal utilizó sus aletas pectorales delanteras para extraer su torso de serpiente de las aguas estancadas, mientras las anguilas surgían de las grietas de las rocas y avanzaban en mi dirección.

Lancé de una patada huesos y piedras contra una anguila, mientras sacaba el cilindro y la cápsula de un G-SHOK del cinturón. Los encajé, arrojé el explosivo armado hacia el agua estancada y me agaché.

¡Bum!

Un destello de luz blanca, y después una oleada de calor infernal que chamuscó mi cara y me arrojó de espaldas contra la pared de roca.

Durante un largo momento me quedé aovillado. La cabeza me zumbaba.

«¡Arriba, saco de mierda! ¡Abre los ojos!»

Me sacudí las telarañas del cerebro y me senté, mientras tosía a causa del aire cargado. Las anguilas iban de un lado a otro, y a través de mi visión borrosa vi algunas en llamas. Ardía el estanque de agua, al igual que el techo, y la fisura que corría sobre la sección derrumbada del túnel a mi izquierda escupía llamas azules.

La drakonta se había ido, pero vi sus burbujas de aire reveladoras y la corriente que desplazaba bajo el agua, en dirección a la orilla opuesta.

Las llamas empezaron a extinguirse, excepto la preciada llama azul que ardía en

el techo sobre el montón de escombros. Sobre aquella geología fracturada, había un oleoducto roto en algún lugar, y estaba vertiendo crudo en el acuífero, envenenando el alma del Great Glen y de su habitante más grande.

Se había vertido mucho petróleo en el acuífero, y ahora se estaba filtrando en el pasaje y en el lago Ness. Era preciso extraerlo.

Sabía lo que debía hacer.

Ceñí el cinturón de explosivos alrededor de mi cintura y empecé a trepar a toda prisa sobre los montones de rocas, en dirección al extremo este de la cámara. Había huesos de animales por todas partes, algunos fosilizados, otros todavía cubiertos de pedazos de carne y pellejo. Tropecé con una pila podrida de harapos y carne, encajada entre dos piedras grandes, y su hedor me provocó náuseas.

—Oh, Jesús...

El rostro de la víctima estaba ceniciento y púrpura; los restos del cuerpo, retorcidos y rotos. Enormes marcas de dientes recorrían el cadáver, parecidas a agujeros de alquitrán del tamaño de mi puño. Faltaban los dos brazos, devorados hasta el hueso, y le habían mutilado las piernas justo por encima de las rodillas. Las vértebras inferiores de la columna vertebral sobresalían espantosamente de la espalda de la camisa de seda italiana color caoba y la chaqueta deportiva Armani a juego, con la corbata de color crema todavía anudada.

El monograma rojo cosido se veía con claridad en la manga izquierda: J. S. C.

John Cialino.

Los restos de la carne de Johnny C. no estaban hinchados como las víctimas de un ahogamiento. Había muerto como resultado del ataque.

La revelación de que Angus había dicho la verdad dio la impresión de asquearme y dotarme de nuevas fuerzas a la vez. Yo era el culpable, no él. Si existía una salida de este agujero infernal, tenía que encontrarla, aunque solo fuera para demostrar la inocencia de mi padre.

Respiré hondo, tosí y saqué a rastras el cadáver de Cialino de las rocas.

El hedor era abrumador.

Corrí sobre el afloramiento en dirección al dique, con el cuerpo tembloroso a causa de la adrenalina y el miedo. Con el cadáver de Cialino encajado bajo el brazo izquierdo, extendí el derecho, busqué un apoyo seguro, y después recorrí con cuidado la pila de rocas y cascotes que bloqueaban el río subterráneo.

El camino era traicionero; la roca, resbaladiza a causa del petróleo. Paso a paso fui avanzando, rezando para que las llamas agonizantes del techo que ardían sobre mi cabeza aguantaran un poco más. Agarré una roca, rodeé unos cascotes con la pierna derecha, en busca de un punto de apoyo, y entonces resbalé, lancé la mano derecha hacia arriba instintivamente y encontré una pieza de metal lisa y fría.

Me así, y después adopté una postura más segura. Me había sujetado a una barra

de hierro, oxidada y antigua, parte de lo que parecía un inmenso portal sepultado bajo los escombros.

¿Qué hacía allí?

La caverna se oscureció. Miré hacia atrás y vi los últimos focos de fuego, que se convertían en humo junto al agua.

Solo la llama azul que había sobre mi cabeza iluminaba la cámara.

«Vamos, Wallace, termina la faena antes de que acabes como Johnny C.»

Llegué a la mitad del dique, preparé a toda prisa los restantes once explosivos con espoletas de tres minutos, y después dejé caer cada uno de los cilindros entre las grietas de cascotes y rocas.

Con las prisas, me olvidé de que tendría que haber guardado algunos.

«Demasiado tarde. ¡Sigue moviéndote!»

Proseguí la marcha, y medio resbalé medio trepé sobre los restantes peñascos con los restos de Johnny C, hasta que me descubrí mirando hacia la orilla opuesta.

—Joder...

A la luz parpadeante del techo vi dos inmensas sombras. Congrios, el pariente de las aguas saladas de las anguilas. Las enloquecidas bestias, cada una de las cuales debía de pesar más de ochenta kilos, me silbaron como cobras.

«Queda otro medio minuto, tal vez menos. ¡Lárgate del dique!»

—¡Eh! ¡Fuera de aquí!

Agarré algunas piedras y las arrojé contra los depredadores, consiguiendo que retrocedieran unos metros.

«¡Idos!»

Tiré los restos de Cialino a la orilla y salté de los escombros, desesperado por alejarme del dique.

Demasiado tarde.

Mi cerebro pareció dar vueltas dentro de mi cráneo cuando múltiples explosiones se sucedieron detrás de mí como piezas de dominó, y alumbraron la oscuridad con brillantes llamas anaranjadas. Recibí metralla en la cabeza y la espalda, y la onda expansiva me arrojó al río negro.

Los bums sonaban apagados bajo el agua. Por un momento me quedé en aquel entorno casi helado, para permitir que el dolor se calmara; después me acordé de la drakonta, pataleé hacia la superficie, jadeando en busca de aire dentro de la cámara invadida de humo, desesperado por llegar a tierra.

Cuando intentaba salir del agua, el infierno se desató.

Un gran estruendo resonó en la caverna cuando setenta años y doscientas toneladas de escombros se derrumbaron en una avalancha de roca, agua y llamas. Las aguas estancadas del acuífero se convirtieron en un río lento, y después los restos del dique se abrieron y una corriente tremenda se apoderó de mí, arrastrándome hacia el

abismo.

Fui propulsado hacia la oscuridad, indefenso, mientras agitaba los brazos en busca de algo a lo que aferrarme..., cuando algo me agarró a mí, empaló el lado izquierdo de mi cuerpo y colgué de sus dientes como un gatito asido por la nuca.

«¡La drakonta!»

Me revolví en la oscuridad y golpeé a la bestia, y mi mano derecha se deslizó entre los barrotes de hierro del antiguo portal.

La corriente me había aplastado contra la reja, y una de sus púas inclinadas se me había clavado en la cadera y el muslo izquierdos. Aunque mi brazo derecho estaba libre del agua, la rodilla y el brazo izquierdos estaban atrapados entre dos listones de hierro. Por más que me esforzaba, no conseguía mantenerme a flote con la mano libre y elevar la cabeza sobre la corriente.

El metal chirrió bajo el agua. Noté que la fuerza de la corriente combaba el portal, pero aun así no podía liberarme de su abrazo.

«Aguanta, Zachary.»

Tenía el pecho en llamas, mis pulmones inflamados exigían alivio. La experiencia me instaba a conservar la calma, mientras mi pie y rodilla derechos luchaban contra la corriente, en busca de un punto de apoyo..., algo..., cualquier cosa sobre la que izarme.

Pero el río era eterno, y mis músculos, de plomo.

Me estaba ahogando.

¡Otra vez!

La misma idea en sí ya era tan humillante... tan exasperante, pero me embargó un extraño alivio, porque sabía que el monstruo podía olerme y se estaba acercando, y ahogarse era una forma de morir mucho mejor..., mejor que la de sir William Wallace, que había sido ahorcado y descuartizado, y mejor que la de Johnny C.

De modo que abrí la boca e inhalé las aguas amargas y acidas del lago Ness, y dejé que me tomara.

Mi cuerpo sufrió convulsiones mientras mi mente se partía en pedazos, mis pensamientos emponzoñados con imágenes oscuras y desesperadas de la primera vez que me ahogué, entrelazadas con destellos subliminales de mi segunda muerte en el mar de los Sargazos.

Mi vida era una tragedia griega, y me reí de la Parca mientras daba vueltas a mi alrededor, porque ¿de qué iba a estar asustado?

Y entonces, el dolor y el frío se alejaron, y las visiones se desvanecieron, sustituidas por mi cuerpo sin vida, tendido sobre un saliente rocoso.

La imagen de mis sueños.

*Aguanta, Zachary. Aguanta... Zachary.*

Zachary. Zachary...

—¡Zachary!

Abrí los ojos. Escupí agua. Tuve náuseas. Después, exhalé un suspiro de vida. Estaba mirando la cara de mi padre.

—¿Estás bien, hijo?

Intenté hablar, pero en cambio vomité agua helada teñida de petróleo. Rodé de costado y vomité más.

—Muy bien, hijo, sácalo todo. Saldrás de esta. Bien sabe Cristo que tienes más vidas que un gato. De todos modos, yo en tu lugar, me dedicaría a algo menos peligroso, como saltar en caída libre o domesticar caimanes.

Me senté, con el costado izquierdo ensangrentado y dolorido a causa de la púa de hierro que se me había clavado. Sobre nuestras cabezas, rodaban llamas por el techo como hilillos de niebla naranja, y arrojaban sobre la caverna un resplandor infernal y surrealista.

Tosí y escupí antes de poder hablar.

—¿Cómo? ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has salido de la cárcel?

—Buenas preguntas todas, pero antes... ¿dónde está el monstruo?

Meneé la cabeza y señalé.

—El pasaje se abrió. Estaba en el agua. Es probable que ya esté en el mar del Norte a estas alturas.

—Este no. —Dirigió el potente rayo de su linterna hacia el río—. ¿Dónde estás, demonio? Sal y enséñame tus ojos amarillos. Quiero verlos una vez más antes de enviarte al infierno.

—¿Qué estás haciendo, papá?

Sonrió.

—¿Papá? Nunca me llamaste así.

—Nunca te gustó.

—Pues ahora sí. Veo que has encontrado los restos de Johnny.

—Tenías razón. Lo siento... Tendría que haberte creído.

—Olvídalo. —Se volvió y gritó—: ¡Alban MacDonald, ¿dónde estás, vejestorio?!

—¡Aquí!

Miré detrás de mi padre, sorprendido de ver al Cascarrabias, ocupado en cavar en las pilas de escombros amontonados en la pared sur.

—Alban, mi hijo está herido. Llévale por el túnel de acceso. Yo tengo trabajo que hacer.

—Y yo también. Llévatelo tú.

—Maldito seas, Cascarrabias... Vamos, muchacho. —Angus me ayudó a ponerme en pie, y después señaló un pequeño agujero practicado entre los escombros de la

pared del fondo—. Arrástrate por ese túnel, te conducirá a una grieta y a un montacargas manual. Date prisa, el aire de aquí es irrespirable.

—No me iré sin ti.

El río oscuro eructó, con la drakonta de diez toneladas dando vueltas bajo la superficie, preparando su siguiente ataque.

—¡Ja! ¡Te he visto, demonio, sabía que no podrías irte!

—Es un animal, papá, déjalo en paz. Tiene el cerebro envenenado, ¿no hueles a petróleo? Está por todas partes, se escapa por un oleoducto agujereado, encima de nuestras cabezas.

—Sí. Sale de uno de los pozos viejos de Johnny.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. Esos hijos de puta han estado contaminando el Great Glen desde hace años. Han sobornado a funcionarios de Glasgow para mantener la boca cerrada.

—¿Por eso le pegaste?

—No. Le pegué porque abofeteó a Theresa, y eso no es aceptable, al menos para mí. No sabía que el dragón estaba tan cerca en aquel momento, pero tendría que haberlo sospechado, con las explosiones de dinamita de aquel día. En cualquier caso, Johnny se llevó su merecido, y ahora este engendro de la naturaleza se llevará el suyo.

—¿Porqué?

—Llámalo venganza. Vete ya, antes de que emerja.

Alban se acercó corriendo.

—¡Necesito ayuda, aún no lo he encontrado!

—Estará enterrado bajo los escombros —replicó Angus.

—Necesito tus ojos para encontrarlo.

—Llévate al chico, yo no pienso moverme.

Alban agarró mi brazo y me arrastró hacia la pared sur, mientras murmuraba incoherencias.

—Estaba aquí, muchacho, dentro de una grieta de esta pared. ¡Ayúdame a encontrarlo!

—Encontrar ¿qué? ¿Qué estamos buscando?

—Un estuche..., un estuche de plata, del tamaño de un pomelo. Estaba metido aquí, en esta pared.

—¿Qué tiene de especial ese estuche?

—No es el estuche, muchacho, sino lo que contiene..., nuestro pasado y nuestro futuro, un símbolo por el que muchos han muerto, un tesoro que algún día anunciará la libertad de Escocia.

Yo estaba débil y dolorido, y todavía muy asustado, pero aquel pedorro me estaba hablando en acertijos.

—¿Un símbolo? ¿Qué símbolo? ¿Qué hay aquí abajo tan valioso que tu sociedad secreta ha de protegerlo con un monstruo?

—Es el corazón, muchacho. El corazón de nuestro rey, Roberto I Bruce. ¡El Braveheart!

—¿El Braveheart? —Sacudí la cabeza, y después paré, pues el dolor me dio pie para sospechar que había sufrido una conmoción cerebral—. Douglas el Negro arrojó el corazón de Bruce en medio de la batalla hace mucho tiempo.

—Leyendas —gritó Angus—. Douglas el Negro murió en la batalla, pero nuestro pariente sir Adam devolvió el Braveheart a las Tierras Altas. Los templarios lo trajeron aquí, para que cualquier inglés que buscara el más sagrado de los Griaes de Escocia tuviera que enfrentarse a Satanás y a sus demonios para apoderarse de él.

MacDonald me entregó la linterna que le sobraba.

—¡Busca deprisa, antes de que la drakonta vuelva para comerse a tu padre!

—No volverá a comerse a nadie de mi clan —rugió Angus, al tiempo que se acercaba al borde del río. Introdujo la mano en su bolsillo y extrajo una astilla de cristal que había encontrado en el castillo de Aldourie. Sujetó la luz con su mano izquierda, se abrió la muñeca y dejó que la sangre cayera al agua.

»Puedo olerte, dragón. ¿Por qué no subes a echar un tiento, eh?«

Angus sacó de su bolsillo las dos cargas y las espoletas de G-SHOK, y las preparó en su mano libre.

—Sube, Nessie. Sube a probar esto.

El aire enrarecido y el espeso humo me estaban afectando, y sufrí un acceso de tos. Los fuegos se habían extinguido, la cámara estaba a oscuras, salvo por nuestras luces, y sabía que tenía que marcharme enseguida.

Algo surgió del río como una exhalación, y mi pulso se aceleró.

Angus giró en redondo y dirigió la luz de su linterna cien pasos hacia el oeste.

—¿Qué ha sido eso?

Me aparté de la pared, y retrocedí tambaleante hacia el río y el objeto grande que flotaba lentamente río abajo.

—No es nada—grité—, es el barril de respiración artificial de...

¡Angus!

El río estalló detrás de mi padre, y la ola le echó hacia atrás, al tiempo que las mandíbulas del monstruo se cerraban donde había estado un segundo antes.

A través del humo vi que Angus se arrastraba hacia su linterna caída, mientras toda la forma de anguila de la drakonta surgía del agua, y sus aletas pectorales delanteras impulsaban su cuerpo cubierto de lodo sobre la superficie rocosa, en pos de mi padre.

Angus lanzó los explosivos justo cuando la bestia se precipitaba sobre él como una pitón. Las dos explosiones fallaron su objetivo, pero volvieron a alimentar las



llamas del techo, lo cual provocó que el animal huyera.

Pero solo de momento.

Angus intentó huir, pero la drakonta le cortó la retirada, le rodeó con sus enormes dieciséis metros de cuerpo de serpiente. Los ojos amarillos, cegados por mis detonaciones, reflejaron las llamas anaranjadas cuando el enloquecido animal olfateó el aire en busca de su presa.

Transcurrieron los segundos y yo no tenía nada, ni un arma, ni un...

*¡Bum!*

La pesada bombona de acero que contenía el generador ADS se estrelló contra la puerta de hierro, lo cual atrajo la atención de la bestia...

... y la mía.

Embutí la linterna en mi bolsillo trasero y me zambullí en el agua helada, dejando que la corriente me condujera hacia los restos del portal de hierro colgante y el barril. Pataleé con fuerza, me agarré a la barrera y utilicé sus barrotes metálicos oxidados como escalones para salir del río.

No vi la cabeza de la bestia cuando atravesó el humo y la oscuridad, pero sentí su impacto cuando rebotó en el portal y golpeó la roca.

El golpe pareció aturdir a la bestia, pero también liberó el barril, que se perdió en la oscuridad, seguido por seiscientos metros de cable umbilical.

Así el cable y empecé a tirar de él para sacarlo del agua como un demente, con la intención de localizar su extremo cortado antes de que el barril arrastrara el resto del cable.

Mis manos tomaron nota del menor peso del cable, y supe que me quedaba poco.

—¡Cuidado, hijo!

Levanté la vista cuando el monstruo saltó de nuevo ciegamente hacia mí, y recibió en su boca erizada de puñales el extremo chisporroteante del cable, acompañado de varios miles de voltios de electricidad.

Venas azules de corriente recorrieron la cabeza de serpiente y prendieron fuego a su cara cubierta de petróleo. Herida y rabiosa, retrocedió y sacudió su cabeza como un animal mojado, lanzando gotas de mocos pútridos.

El antiguo portal gimió y sentí que cedía bajo mi cuerpo. Cuando se liberó de su armazón oxidado, salté a la orilla rocosa, con el extremo del cable todavía aferrado en mi mano derecha.

—¡Zack!

El cordón umbilical se tensó de repente y su peso me arrastró otra vez hacia el río.

Solté el cable y alcé la vista, justo cuando la cola del monstruo me lanzaba por los aires hacia la inconsciencia.

## Capítulo 35

Abrí los ojos, rodeado de oscuridad. Un dolor intenso laceraba mi cuerpo. Manaba sangre de mi cabeza y la nariz rota, y se me metía en la boca. Escupí el líquido tibio y me senté con un esfuerzo.

Gracias a las llamas azules que todavía ardían en el techo impregnado de petróleo, vi que estaba tendido sobre los cascotes, cerca de la salida del túnel. Pese al espeso humo y mi aturdimiento, distinguí un par de luces junto al borde del río. El rayo osciló, y después desapareció detrás de una enorme sombra.

Era el animal, que agitaba la cola de un lado a otro como un látigo, y continuaba impidiéndome ver.

Y entonces, vi a mi padre y a Alban. La bestia les había acorralado de espaldas al río.

Busqué la linterna en mi bolsillo trasero, y después la vi tirada sobre los cascotes. Su rayo se reflejaba en algo brillante.

*¿El Braveheart?*

Tanteé en busca del estuche de plata, pero encontré sin embargo el mango de una descomunal espada de acero.

Enfoqué la linterna hacia la hoja manchada de óxido y leí mi destino.

La drakonta cegada hizo entrechocar las mandíbulas y tragó aire. Chorros de un líquido espeso brillaban en sus colmillos.

Angus ayudó a su viejo camarada a ponerse en pie.

—No puede ver, Alban —susurró—, y el humo es demasiado espeso para que nos localice. La distraeré mientras vas a buscar a Zachary. Después, vosotros dos...

—Un Caballero Sacerdote no abandona a su compañero. Yo la distraeré, tú irás a buscar a tu hijo.

La drakonta continuaba abriendo y cerrando las mandíbulas, sin dejar de avanzar con su monstruoso cuerpo, empujándolos cada vez más hacia el río.

—Maldito Cascarrabias... Los dos vamos a morir.

Retrocedieron hasta el mismo borde del río. Las aguas rápidas lamieron sus talones.

Atravesé corriendo la oscuridad, mi olor disimulado por el hedor a crudo ardiendo.

Angus se volvió hacia la izquierda y me vio llegar. Se irguió en toda su estatura y

agitó los brazos en dirección al animal, con la intención de distraerlo.

—¡Ven, Nessie, no me asustas! ¡Acaba conmigo si te atreves!

Las fauces del monstruo se abrieron para atacar, y yo aproveché ese momento para hundir la antigua espada en el ojo izquierdo ciego de la drakonta, hasta que el acero perforó su cerebro.

La bestia se detuvo, todo el cuerpo presa de convulsiones, y su poderosa cabeza chocó contra el techo. El impacto partió su cráneo y provocó una avalancha de estalactitas, al tiempo que las llamas azules del techo prendían en el pellejo empapado de petróleo del monstruo y se producía una conflagración de un naranja intenso.

El techo se derrumbó, mientras la bestia enloquecida lanzaba sus mandíbulas en todas direcciones. El petróleo se introdujo en sus orificios nasales y el dragón lanzó llamas, mientras Angus, Alban y yo nos acurrucábamos detrás de un peñasco.

La cola del furioso animal pasó silbando sobre nuestras cabezas, y los tres nos pusimos a correr en dirección a la salida de la cámara. Animé a mi padre y a Alban a que me adelantaran, y después me detuve para mirar atrás y vi que la drakonta emitía su último grito de muerte y se derrumbaba panza arriba sobre la orilla rocosa. Del ojo izquierdo sin vida manaba sangre oscura, con la espada todavía clavada firmemente en la herida. Por un momento, pensé en recuperarla, pero la cola del monstruo todavía continuaba azotando el espacio que lo rodeaba.

Y entonces, me acordé de los restos de Johnny.

Corrí hacia el río, registré la orilla, y los vi cerca de la entrada del acuífero. Mientras me apoderaba del cuerpo mutilado por el cuello de la chaqueta, la cola del monstruo voló sobre mi cabeza y aterrizó en el río. Atrapada por la corriente, el cuerpo de la drakonta fue derivando poco a poco en el rápido acuífero, y casi me arrastró hacia el mar con ella.

—¡Zachary!

—Ya voy.

Corrí hacia la salida y atravesé el túnel a gatas, arrastrando los restos de John Cialino.

Durante quince minutos, los tres avanzamos a cuatro patas, tosiendo y gruñendo, hasta llegar a la salida y el aire puro. Estuvimos unos momentos en silencio, tendidos de espaldas y respirando, los rostros cubiertos de sudor y hollín; el mío, de sangre.

Por fin, Angus me dio una palmada en la rodilla, y en sus penetrantes ojos azules brillaban ahora lágrimas de orgullo.

—Matadragones, eso es lo que eres. Nunca había visto nada igual. Sir William y sir Adam se habrían sentido orgullosos.

—¿Era la espada de Adam?

—De hecho, era la de William, al menos según la traducción que hizo mi padre

del diario de Adam. Tal vez deberíamos volver a buscarla. Vale su peso en oro.

—Ha desaparecido. Se ha ido al mar con el monstruo. —Me volví hacia Alban—. Intenté salvarla...

Levantó la mano mientras tosía.

—Estoy en deuda.

—Digamos que estamos en paz —susurré. Entonces, recordé—. Alban, ¿y el Braveheart?

—También desaparecido. Tal vez sea mejor. En estos tiempos, lo utilizaríamos para comerciar, y haríamos pagar a la gente por verlo en una vitrina. Dejemos que muera con Nessie.

—Puede que otros vengan a buscarlo.

—No es probable. Los templarios son los propietarios del castillo de Aldourie. No tardaremos en cerrar el pozo.

Angus señaló el montacargas.

—Id vosotros dos, solo aguanta doscientos kilos. Que True te ayude a subirme, junto con los restos de Johnny.

Ayudé a Alban a incorporarse. Subimos a la plataforma y tiramos de la cuerda, que nos elevó hacia el lejano punto de luz diurna.

Mi padre nos vio ascender, y después regresó al túnel.

# Capítulo 36

## *Hospital Raigmore, Inverness*

La noticia de la atrevida fuga de mi padre había dado la vuelta al mundo cuando los cinco salimos del castillo de Aldourie a la gloriosa luz del día. El juez Hannam estaba furioso, y muchos predijeron que Angus sería el primer asesino que colgaría de un cadalso escocés desde que Henry Burnett, de veintiún años, había sido ahorcado en la cárcel de Craiginches el 15 de agosto de 1963, por matar a tiros al marido de su amante. La ironía no escapó a nadie.

El «anuncio» de que Angus llegaría vía ambulancia al hospital Raigmore dentro de una hora para «demostrar su inocencia» puso en acción a la prensa y a la oficina del sheriff. Cuando entramos en la autopista A9, siete coches de la policía y dos helicópteros se nos habían sumado. La gente saludaba y tocaba la bocina..., todo lo cual me recordó la huida de O. J. Simpson en el Ford Bronco blanco. Theresa Cialino estaba en el hospital, rodeada de reporteros, cuando su primo James entró al volante de nuestra ambulancia. Nos vimos rodeados al instante por una docena de agentes de policía armados hasta los dientes, además de hordas de medios. Todo el mundo estaba preparado cuando las puertas traseras de la ambulancia se abrieron.

Yo fui el primero en salir, con la cabeza vendada y los orificios nasales llenos de hollín. La enfermera Kasa ayudó a mi padre a bajar, y la policía le encadenó de inmediato las muñecas y los tobillos, como si fuera a escapar de aquella muchedumbre.

Y entonces, mientras los flashes destellaban y las cámaras rodaban, salieron sobre una camilla de la ambulancia los restos de John Cialino, y la leyenda del lago Ness adquirió de repente un nuevo significado.

El *Inverness Conner* describiría más tarde el momento como la conferencia de prensa «del muerto, el muerto andante y el hombre que murió tres veces».

Theresa se desmayó y tuvieron que llevarla en volandas al hospital. Angus exigió que le pusieran en libertad y amenazó con demandar al Tribunal Supremo. El juez ordenó que le trasladaran a la unidad de cardiología, y envió los restos de Johnny C. al laboratorio para que le practicaran la autopsia.

Fue un final peculiar de un juicio peculiar, que habría disfrutado más si no me hubiera desmayado.

Me condujeron a Urgencias, me conectaron a un respirador y pasé las siguientes veinticuatro horas en Cuidados Intensivos, debido a envenenamiento por dióxido de carbono y conmoción cerebral.

Desperté con un tubo ya demasiado conocido en la garganta, cuando Brandy entró en mi habitación particular.

—Dios, Zack, tienes un aspecto espantoso.

Fue como un *déjà vu* chungo.

—¿Vas a romper conmigo?

Brandy hizo ademán de darme un puñetazo en la cabeza.

—Eso es por tirarme al agua, hijo de puta. Y no, no voy a romper contigo, aunque debería, después de todo lo que me has hecho sufrir.

—¿Carr conmigo?

—¿Casarme contigo? ¿Es así como se piden esas cosas, con un puto tubo metido en la garganta? No, esperaré a que salgas de aquí, y después podrás comprarme un bonito anillo, ponerte de rodillas y pedírmelo como es debido.

Brandy habló y yo escuché. El conductor de la ambulancia, James Fox, había hecho una declaración en la cual explicaba que no había llevado a Angus al hospital solo «porque el viejo me convenció de que su hijo se encontraba en graves apuros». Tanto Fox como la enfermera Kasa juraron que me habían encontrado inconsciente en la orilla oriental del lago Ness, junto con los restos de Johnny C.

Por mi parte, afirmé que había perdido la memoria e ignoraba dónde se hallaba la cueva de la drakonta.

El forense confirmó la identidad de Johnny C. y la causa de su muerte. El Tribunal Supremo no tardó en anular el veredicto del jurado, y Angus salió convertido en un hombre libre..., y un héroe local. Hasta se hablaba de que el Consejo le iba a contratar como su «Embajador de Turismo» oficial.

Imaginé a Angus vestido con el *kilt* y comiendo *haggis* y anunciando: «Venga al lago Ness, donde el *haggis* es delicioso y los peces pican».

Eso me hizo sonreír.

La responsabilidad del incendio de unos matojos en el bosque contiguo al castillo de Aldourie se había atribuido a un oleoducto roto, propiedad de Cialino Oil. La EPA de Escocia había reparado el escape e iniciado una investigación a fondo.

Entre lágrimas de felicidad, Brandy explicó que Alban y ella se habían reconciliado. Se alojaba con él en el hotel, y era la primera vez que se sentía aceptada desde su infancia.

La verdad era que a mí también me pasaba lo mismo.

Mi padre llegó al día siguiente con ejemplares del *Inverness Courier*. Su foto aparecía en primera plana, bajo el titular: ¡REIVINDICADO!

—¿Cómo te encuentras, Matadragones?

—Todavía me duelen las costillas y la cadera, pero por lo demás bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Has sufrido más terrores nocturnos?

—Hasta el momento no.

—Bien, me alegro, hijo. Como puedes leer, soy un hombre libre, y debo darte las gracias. —Extendió la mano, pero me negué a estrecharla—. ¿Qué pasa?

—Aquí en la cama, he estado pensando mucho.

—Atando algunos cabos sueltos, ¿eh?

—Podríamos decirlo así. Calum Forrest, por ejemplo. Imagino que te enfadaste mucho cuando la mujer de tu mejor amigo se ahogó en diciembre pasado. Busqué ejemplares atrasados del *Inverness Courier* en mi ordenador portátil, pero no daban detalles.

Angus se encogió de hombros.

—Fue algo terrible.

—Es interesante que hubiera tantos presuntos ahogamientos en diciembre pasado. Uno pensaría que el sheriff Holmstrom podría haber llevado a cabo una investigación mejor, pero cómo iba a hacerlo, siendo un Caballero Negro y todo eso. Supongo que puedo darle las gracias por extraviar todas mis muestras, ¿eh?

—Una teoría interesante.

—Todavía estoy un poco confuso sobre la misión de los Caballeros Negros, pero es evidente, pese a vuestro juramento de sangre, que queríais acabar con el monstruo, y no creo que tuviera nada que ver con la esposa de Calum. Cuando estábamos en la caverna, afirmaste que la drakonta había probado la carne humana de nuevo. ¿Qué querías decir?

Angus estableció contacto visual, con expresión muy seria.

—Tu abuelo.

Me incorporé en la cama.

—¿Tu padre, Logan? Entonces, ¿no se ahogó?

—No. Era un Caballero Negro, como su padre y su hermano mayor, y como yo, y murió en aquel agujero infernal el 25 de septiembre de 1934. Mi tío Liam le acompañaba, y yo también. Solo era un crío de seis años, pero recuerdo lo que pasó como si fuera ayer.

—¿Qué estabais haciendo allí abajo?

—Bajar el portal de hierro, como hacíamos al principio de cada otoño. El portal fue colocado por sir Adam y la primera Orden de los Caballeros Negros, que pretendían utilizar a los demonios para custodiar el corazón de Bruce, su reliquia sagrada. Imagino que esos drakontas se parecían mucho a sus primas las anguilas, y marchaban del lago Ness al mar cuando hacía frío. Para encerrar a los grandes y asustar a los ingleses, los caballeros bajaban el portal a finales de verano y lo subían

de nuevo cada primavera.

—¿Y continuasteis la misión hasta que el túnel se derrumbó?

—Sí. Eso sucedió en el invierno del 34, provocado por la dinamita que utilizaron para construir la A82, justo como yo sospechaba... solo que mi padre y mi tío no lo sabían en aquel momento. Mientras yo esperaba en la boca de la cueva, fueron a subir el portal, algo que habían hecho docenas de veces sin el menor incidente, puesto que sus luces brillantes mantenían alejadas a las bestias. Solo que esta vez, una hembra joven y peleona los estaba esperando.

—Nessie.

—Sí. Ya era la reina del lago en aquel tiempo, y estaba muy irritada por las explosiones que se sucedían en la orilla occidental. Mientras yo miraba, se apoderó de tu abuelo entre sus terribles fauces, lo hizo pedazos y se lo comió.

»Mi tío me llevó a rastras, pero yo estaba conmocionado y asustado, y sufrí lo que sufriste tú cuando te mordió: los terrores nocturnos, el miedo. Los médicos no pudieron hacer nada, de modo que me tragué la ira y juré vengarme. Pero ya había tomado el juramento de sangre de los Caballeros Negros, y el tío Liam me obligó a jurar por el alma de mi padre que no renunciaría a la Orden. Un Wallace siempre cumple su palabra, y yo la cumplí, incluso después de que el demonio probara tu carne hace diecisiete años.

—Y después, murió la esposa de Calum.

—No fue la primera, pero después de que se la llevara, fui a ver a Alban y le exigí que matáramos al animal. Se negó, y amenazó con expulsarme de la Orden si hablaba.

—Cosa que hiciste, durante el juicio.

—Tenía que hacerlo. No por mí, sino porque sabía que la situación iba a empeorar. Algo raro estaba pasando en el lago Ness, eso era evidente, pero no sabíamos qué era. En cuanto el monstruo volvió a probar la carne humana, supe que continuaría sus ataques, como después de que se dio un banquete con mi padre. Los misteriosos ahogamientos durante el invierno y sus dieciocho horas de noche son más fáciles de mantener ocultos que los ataques durante la temporada turística.

—¿Y Theresa?

—Es una amiga íntima, nada más. Johnny y ella tenían problemas. Aquel día se puso violento con ella, y Theresa me pidió ayuda. Fui a verle a la obra. Discutimos, y ya sabes el resto. Por supuesto, no podía decirlo en el tribunal, porque eso implicaría a Theresa, y la pobre chica ya había sufrido bastante. Así que dije que me debía dinero, pero Theresa me envió el pago después de que me detuvieran.

—Y yo fui tu póliza de seguros, por si el monstruo no volvía a aparecer. Mentiste para que volviera, y después me utilizaste para demostrar la existencia de Nessie.

—Eso es verdad, pero no es el verdadero motivo de que te obligara a volver. —



Desvió la vista hacia la ventana—. Bien sabe Dios que he sido un padre pésimo para ti, Zachary, pero aún eres mi hijo, y te he echado mucho de menos. Además, sabía que sufrías mucho por dentro, como me había pasado a mí. Después de que tu madre me llamó...

—¿Mi madre te llamó?

—Sí. En enero. Me contó lo que te había pasado en el mar de los Sargazos, y todo lo que tu psiquiatra había dicho sobre tus terrores nocturnos y el miedo al agua, lo mismo que me había pasado a mí a los nueve años.

»Bien, yo me culpaba de todo eso, igual que tú. Pero también sabía que la única manera de que lo superaras era plantando cara a tus demonios interiores. Eso significaba que debías volver al lago Ness, pero no ibas a hacerlo de ninguna manera, al menos sin mucha resistencia. Cuando me detuvieron por la muerte de Johnny, sabía que el juicio podía animarte a volver, y sabía que si te acosaba lo suficiente, el Wallace que llevas dentro saldría a luchar. Y tenía razón. Fuiste a por el animal como Sherlock Holmes a por Moriarty. Pero jamás fue mi intención que te enfrentaras al monstruo solo, únicamente para demostrar su existencia.

—¿Estás diciendo que el verdadero motivo de que hablaras del monstruo y abandonaras a los templarios fue obligarme a superar mis temores?

—Así de claro.

—No te creo.

—¿No? Piénsalo, hijo. Tu mente estaba ocultando la verdad sobre el lago desde hacía diecisiete años. Llevarte al estrado de los testigos, mostrar al mundo tus cicatrices... Tenía que sacudirte ese cerebro tuyo, pero a base de bien. Joder, has pasado los últimos diecisiete años engañándote.

Me recosté sobre las almohadas, mientras reflexionaba sobre aquella revelación.

—Pon a trabajar tu mente, lo verás todo más claro. —Angus se inclinó y me besó en la frente—. He de irme, tengo una entrevista con un agente de Hollywood dentro de una hora, pero pronto nos veremos. Ah, casi me olvido.

Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y me tiró un documento doblado.

—Esta es tu parte de la tierra. A ti y a Maxi os toca a cada uno un treinta y tres por ciento. Recibiréis mi parte cuando estire la pata.

—¿La tierra? Pensaba que la habías vendido a Johnny C.

—Se la arrendé. Nunca la habría vendido. La tierra ha sido de nuestra familia desde que William Wallace era un mocoso. Al menos, ahora empezaremos a sacarle un poco de dinero, ¿eh?

—Pero, papá...

—Los culos son para cagar, hijo. —Angus me saludó desde el pasillo, dándome la espalda, mientras se detenía para seguir con la mirada a una bonita enfermera rubia—. Hasta luego, Matadragones.

# Capítulo 37

## *Inverness*

Transcurrieron dos días más antes de que me dieran el alta. La enfermera me sacó en silla de ruedas por una salida lateral, por si algún reportero seguía al acecho ante el hospital Raigmore. Brandy me estaba esperando, sentada en una Harley-Davidson nueva, un regalo del concesionario local. Ahora estaba haciendo anuncios para la televisión.

—Estás muy sexy sentada en ese trasto.

—Según los anuncios, las vibraciones me ponen caliente. Levántate de esa silla de ruedas y sube, conduzco yo.

Me senté detrás de ella y la besé, después puso el motor en marcha y aceleró por el camino de entrada.

El Great Glen estaba bañado en la luz anaranjada del ocaso cuando llegamos al castillo de Aldourie.

—Brandy, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Atar cabos sueltos, como dijiste tú.

Bajó de la moto y yo la seguí al interior de la antigua mansión.

Habían limpiado el estudio, y había velas encendidas por todas partes.

—¿Es aquí donde quieres hacer el amor? Eres una chica rara, ¿sabes?

Me besó, y después me guió hasta la chimenea.

—Habrà mucho tiempo para hacer el amor, Zachary Wallace. Pero antes, hay algunos asuntos de familia que merecen nuestra atención.

La pared trasera de la chimenea giró sobre sus goznes recién lubricados y dejó al descubierto el montacargas.

—Brandy...

—Adelante. Estaré aquí cuando hayas terminado.

La miré, inquieto, después subí a la plataforma y descendí por el pozo a oscuras.

No fue hasta que llegué al fondo cuando vi las antorchas. Estaban sujetas a las paredes de la caverna, e iluminaban un pasillo que nacía del túnel de acceso al acuífero y conducía a una parte diferente de la caverna.

Seguí las luces, doblé un recodo y entré en una cámara iluminada con antorchas.

Había dos docenas de templarios presentes, tal vez más, todos tapados con capuchas y túnicas negras. Me rodearon en silencio, y después el líder avanzó,

blandiendo su espada dorada.

—Zachary Adam Wallace —dijo Alban MacDonald, con la voz ahogada por la capucha—, ¿has venido por tu libre voluntad?

—Sí.

—Por este juramento de sangre, ¿juras obediencia a la Orden del Caballero?

—Sí.

—Hermanos del Temple, ¿alguna objeción a aceptar al novicio en la Orden?

Nadie contestó.

Tomó mi mano derecha y abrió mi carne con un roce de su hoja.

Alban indicó que me arrodillara, y después recitó el Salmo 133.

—Levantaos, sir Zachary, porque desde este día y para siempre sois caballero templario. ¿Sir Angus?

Mi padre avanzó, con la cara tapada por la capucha. De su túnica extrajo un estuche de plata, colgado de una cadena trenzada de oro. Lo alzó a la luz y tradujo en voz alta la inscripción latina.

—Bruce es Escocia, y Escocia es Bruce. Proteged el Braveheart, por el bien de la libertad..., reunido el aquelarre de los Caballeros Negros.

Angus colocó el collar del estuche alrededor de mi cuello, y después seguí a la procesión hasta un pequeño nicho.

Alban oprimió una sección de la roca, la cual giró y reveló un escondite de sesenta por noventa centímetros, con las paredes de ladrillo y mortero nuevos, forradas de seda.

Me quité del cuello el Braveheart y lo deposité sobre su nuevo lugar de reposo.

Alban murmuró una plegaria en latín, y después cerró el ataúd camuflado.

Y después, uno a uno, los Caballeros Negros me revelaron su rostro mientras estrechaban mi mano, que todavía sangraba.

Estaban Calum Forrest y el sheriff Holmstrom, y el viejo Stewart, mi profesor de historia en el instituto. True me dio un abrazo de oso, y me sorprendió ver al juez Hannam.

—Bienvenido a casa, muchacho —dijo—. Ahora, haznos un favor a todos y mantén alejado a tu padre de mi sala del tribunal.

El Cascarrabias era el último de la fila. Estrechó mi mano entre las suyas e inspeccionó mi palma ensangrentada.

—He aprendido que el tiempo puede curar las heridas, Zachary, incluso las de los episodios más sangrientos de la historia. Un día muy cercano, Escocia logrará la verdadera independencia, y ese día tú y yo ofreceremos el Braveheart a nuestro pueblo. Hasta entonces, guarda el secreto.

—Sí, señor.

—Tengo entendido que le has pedido la mano a mi hija.

—Deja de presionar al chico, Cascarrabias —tronó Angus, al tiempo que interrumpía nuestra conversación—. ¡No es que la haya dejado embarazada!

Fue preciso que True y yo los separáramos.

Supongo que algunas heridas tardan más en curar que otras.

Angus y yo fuimos los últimos en subir.

—Veo que Alban ha decidido volver a aceptarte después de que localizaras el Braveheart.

—Estoy seguro de que influyó en su decisión, pero fue idea de él darte la bienvenida a la Orden, que yo apoyé.

Cuando nos acercábamos a lo alto del pozo, la luz del estudio me dio en la cara.

Angus observó mi expresión preocupada.

—¿Otro cabo suelto que necesitabas atar?

—Solo uno. Tú sabías que Johnny C. había estado sobornando a las autoridades locales de la EPA, del mismo modo que sabías que la dinamita empleada para construir su complejo era lo que estaba enfureciendo a la bestia.

—¿Y?

—Que el incidente del mar de los Sargazos ocurrió en enero, lo cual significa que tú sabías lo de mis terrores nocturnos un mes antes de que te pelearas con Cialino en el castillo de Urquhart.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Fue un accidente, o condicionaste al monstruo echándole cebos, para que estuviera en la bahía la noche que golpeaste a Johnny C.?

—¿Condicionar al monstruo? Qué idea más inteligente. Ojalá se me hubiera ocurrido. —Me guiñó un ojo, y después bajó del montacargas a la chimenea, donde Brandy estaba esperando—. Todo tuyo, muchacha. A ver si puedes relajarle un poco para que empiece a disfrutar de la vida. Este chico piensa demasiado.

Saludó con la mano y salió por la puerta principal al camino de entrada al castillo, donde Theresa Cialino le estaba esperando en su Porsche.

De ello se deduce que cualquier especie, si varía de alguna manera que le resulte ventajosa, teniendo en cuenta las condiciones de la vida, complejas y a veces variables, tendrá mejores probabilidades de sobrevivir, y así será seleccionada por la naturaleza.

Charles Darwin,  
*El origen de las especies*, 1859

La evolución no es de «una naturaleza muy mística». Depende de accidentes. En numerosas especies, estos accidentes suceden con la frecuencia suficiente para dar lugar a certidumbres estadísticas.

J. B. S. Haldane,  
*A Dialectical Account of Evolution*, 1937

La ciencia no es «enseñar y contar». Como investigadores, jamás deberíamos basar nuestras conclusiones en la punta visible del iceberg, ni en la capacidad limitada del hombre de acceder a la naturaleza. Si una especie desconocida existe, pero aún hemos de verla, existe de todos modos. Por su parte, la naturaleza ha hecho lo posible por mantenernos alejados de sus profundidades, sean los abismos fríos e infestados de turba del lago Ness, o las aguas inexploradas de la Fosa de las Marianas. Solo después de inventar los medios de acceder se revelarán los misterios. Hasta entonces, cualquier conclusión que extraigamos seguirá sin demostrarse.

Zachary Wallace, biólogo marino,  
*Lago Ness: una nueva teoría*,  
Scripps, 1999 (inédito)

# Epílogo

## *Mar de los Sargazos, cinco meses después*

Y así concluye mi historia, solo que ahora he cerrado el círculo y he vuelto una vez más a este temible mar de los Sargazos. Brandy me acompaña esta vez, nos hemos casado, esperamos un hijo.

¿Los terrores nocturnos? Un recuerdo lejano.

Brandy y yo estábamos juntos en la cubierta, cogidos de la mano, mientras la tripulación del barco de investigación *Manhattanville* bajaba por el costado nuestro vehículo operado por control remoto. A bordo del sumergible no tripulado había cámaras, sónar y mi último señuelo, inspirado por un recuerdo de la infancia largo tiempo olvidado.

Las cámaras de *National Geographic* estaban rodando, documentando lo que, esperábamos, iban a ser las primeras tomas de una especie que yo había bautizado *Anguilla giganticusnessensis*.

Nunca tímida delante de una cámara, Brandy exhibió su vientre abultado, lo cual provocó que yo estallara en carcajadas.

Río mucho últimamente.

Una hora después, la última mancha púrpura del sol desapareció tras el horizonte occidental, justo cuando el ROV llegaba a su profundidad preprogramada de tres mil metros. Desde mis controles pasé las luces del robot de blancas a rojas, antes de conectar mi «señuelo de Nessie».

El sonido de los bancos de salmones resonaba a lo largo y ancho de las profundidades.

Veintisiete minutos después, el sónar registró nuestra primera señal.

—Es biológico —gritó John Beardon, nuestro técnico jefe—. Se halla a unos dos kilómetros. Velocidad de diecisiete nudos. Sea lo que sea, se acerca con rapidez.

—Conecta los altavoces —dije.

*Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup... Bli-blup...*

Llegaron unos momentos después. Eran cinco, jóvenes, y cada uno medía más de seis metros. Sus ojos amarillos aparecían anaranjados y luminiscentes a las luces rojas del ROV mientras daban vueltas en torno al robot, y sus cuerpos de serpiente se movían con elegancia, sincronizados mutuamente.

—Preparado el dardo transmisor —dije a las cámaras.

Brandy señaló a uno de los animales más grandes en el monitor, probablemente una hembra. Esperé a que se acercara más, apunté, y después, con la palanca de mando en la mano derecha, le disparé el dardo.

La gran hembra apenas se dio cuenta.

Los animales dieron vueltas alrededor del robot durante varios minutos, y después se marcharon. Ninguno había atacado al señuelo.

Cody Sauls, el director del documental de nuestra primera aventura, se acercó para acosarme con más preguntas.

—Felicidades, doctor Wallace, lo ha vuelto a conseguir. ¿Cuándo sabremos si estos animales emigran al lago Ness?

—Podría ser la primavera siguiente, o nunca. El hecho de que el pasaje se haya abierto de nuevo no garantiza nada. Nuestra esperanza reside en que el aparato nos permita seguir el rastro de estos animales y aprender más sobre su especie.

—¿Y el monstruo al que se enfrentó el pasado agosto? ¿Cuánto dice que medía...?

—Creo que por hoy ya está bien de pensar con el hemisferio izquierdo —interrumpió Brandy—. El buen doctor me prometió unos masajes en la espalda. ¿Sabía usted que los bebés nacen sin rótulas?

—Er...,sí. ¡Una última pregunta! ¿Imagina un día en que el público pague por descender a las profundidades y observar a estos magníficos monstruos en su medio ambiente?

—Mire usted —dije, mientras dejaba que Brandy me llevara hacia abajo—, esa es una pregunta que debería hacer a mi padre.

\* \* \*

# Notas

[1] Uno de los componentes de los Three Stooges, grupo cómico estadounidense conocido en España como los Tres Chiflados. (*N. del T.*)

[2] Capas donde la temperatura del agua cambia rápidamente con la profundidad (*N. del T.*)

[3] Explorador angloirlandés que llevó a cabo diversas expediciones a la Antártida, si bien pereció en la única cuyo objetivo era alcanzar el Polo Norte antes que Roald Amundsen. (*N del T*)

[4] Actor y humorista estadounidense de principios del siglo XX, muy popular en su momento. (*N. del T.*)

[5] Representación en vivo donde diversos actores encarnan a personajes del ejército de los Hannover y escenifican los hechos de 1746. (*N. del T.*)

[6] En inglés, *true* significa verdadero, auténtico, real... (*N. del T.*)

[7] Programa científico de televisión muy popular en Estados Unidos y otros países. (*N. del T.*)

[8] *Incident at Loch Ness* (2004), falso documental escrito por Herzog y Zak Perin inédito en España. (*N. del T.*)

[9] Especie de antílope (*N. del T.*)

[10] Asaduras de cordero, avena y especias, cocidas en las tripas del animal (*N del T*)

[11] *Mess* significa chapuza, desbarajuste... (*N. del T.*)

[12] Periódico sensacionalista estadounidense (*N. del T.*)

[13] University of Southern California (*N. del T.*)

[14] Cuchillo ceremonial escocés que se lleva con el *kilt* (*N. del T.*)

[15] Environmental Protection Agency (*N. del T.*)



[\[16\]](#) Canción tradicional escocesa compuesta por Robert Barus (*N. del T.*)

[\[17\]](#) Personas por la Ética en el Trato de los Animales (*N. del T.*)